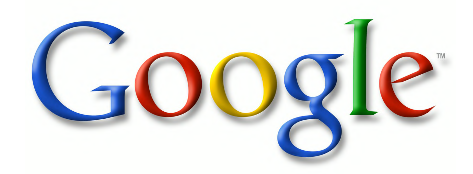
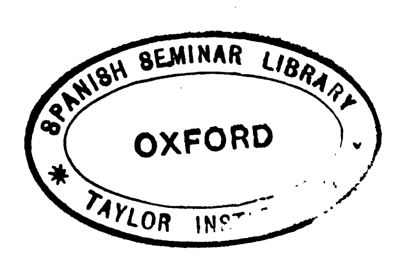





300193795.


SPANISH SEMINAR LIBRARY
OXFORD
TAYLOR INS

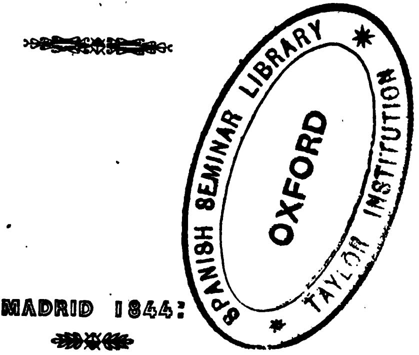
EL SEÑOR DE BEMBIBRE.

EL SEÑOR

DE BEMBIBRE,

NOVELA ORIGINAL

POR DON ENRIQUE GIL Y CARRASCO.



MADRID 1844:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

DE D. FRANCISCO DE P. MELLADO.

EL SEÑOR DE BEMBIBRE.

CAPÍTULO I.

En una tarde de mayo de uno de los primeros años del siglo XIV, volvian de la feria de San Marcos de Cacabelos, tres al parecer criados de alguno de los grandes señores que entonces se repartian el dominio del Bierzo. El uno de ellos, como de cincuenta y seis años de edad, montaba una haca gallega de estampa poco aventajada, pero que á tiro de ballesta descubria la robustez y resistencia propias para los ejercicios venatorios, y en el puño izquierdo cubierto con su guante llevaba un neblí encaperuzado. Registrando ambas orillas del camino, pero atento á su voz y señales, iba un sabueso de hermosa raza. Este hombre tenia un cuerpo enjuto y flexible, una fisonomia viva y atezada y en todo su porte y movimientos revelaba su ocupacion y oficio de montero.

Frisaba el segundo en los treinta y seis años y era el reverso de la medalla, pues á una fisonomia abultada y de poquísima expresion, reunia un cuerpo macizo y pesado, cuyos contornos de suyos poco airosos, comenzaba á borrar la obesidad. El aire de presuncion con que manejaba un soberbio potro andaluz en que iba caballero; y la precision con que le obligaba á todo género de movimientos, le daban á conocer como picador ó palafrenero, y el tercero por último que montaba un buen caballo de guerra é iba un poco mas lujosamente ataviado, era un mozo de presencia muy agradable, de gran soltura y despejo, de fisonomia un tanto maliciosa y en la flor de sus años. Cualquiera le hubiera señalado sin dudar por que era el escudero ó page de lanza de algun señor principal.

Llevaban los tres conversacion muy tirada, y como era natural, hablaban de las cosas de sus respectivos amos elogiándolos á menudo y entreverando las alabanzas con su capa correspondiente de murmuracion.

—Dígote Nuño, decia el palafrenero, que nuestro amo obra como un hombre, porque eso de dar la hija única y heredera de la casa de Arganza á un hidalguillo de tres al cuarto, pudiendo casarla con un señor tan poderoso, como el conde de Lemus, sería peor que asar la manteca. Miren que era acomodo un señor de Bembibre!!

—Pero hombre, replicó el escudero con sorna aunque no fuesen encaminadas á él las palabras del palafrenero; ¿qué culpa tiene mi dueño de que la doncella de tu jóven señora me ponga mejor cara que á tí para que le trates como á real de enci-

migo? Hubiérasle pedido á Dios que te diese algo mas de entendimiento y te dejase un poco menos de carne, que entonces Martina te miraria con otros ojos, y no vendría á pagar el amo los pecados del mozo.

Encendióse en ira la espaciosa cara del buen palafrenero que revolviendo el potro se puso á mirar de hito en hito al escudero. Este por su parte le pagaba en la misma moneda, y ademas se le reia en las barbas, de manera que sin la mediacion del montero Nuño, no sabemos en que hubiera venido á parar aquel coloquio en mal hora comenzando.

—Mendo, le dijo al picador, has andado poco comedido al hablar del señor de Bembibre que es un caballero principal á quien todo el mundo quiere y estima en el pais por su nobleza y valor, y te has espuesto á las burlas algo demasiadamente pesadas de Millan, que sin duda cuida mas de la honra de su señor que de la caridad á que estamos obligados los cristianos.

—Lo que yo digo es que nuestro amo hace muy bien en no dar su hija á don Alvaro Yañez, y en que *velis nolis* venga á ser condesa de Lemus y señora de media Galicia.

—No hace bien tal, repuso el juicioso montero, porque, sobre no tener doña Beatriz en mas estima al tal conde que yo á un alcon viejo y ciego, si algo le lleva de ventaja al señor de Bembibre en lo tocante á bienes, tambien se le queda muy atras en virtudes y buenas prendas y sobre todo en la voluntad de nuestra jóven señora que por cierto ha mostrado en la eleccion algo mas discernimiento que tú.

—El señor de Arganza nuestro dueño á nada se ha obligado, replicó Mendo, y así que don Alvaro se vuelva por donde ha venido y toque soleta en busca de su madre gallega.

—Cierto es, que nuestro amo, no ha empeñado palabra, ni soltado prenda, á lo que tengo entendido; pero en ese caso, mal ha hecho en recibir á don Alvaro del mismo modo que si hubiese de ser su yerno, y en permitir que su hija, tratase á una persona que á todo el mundo cautiva con su trato y gallardía, y de quien por fuerza se habia de enamorar una doncella de tanta discrecion y hermosura, como doña Beatriz.

—Pues si se enamoró, que se desenamore; contestó el terco palafrenero, ademas que no dejará de hacerlo en cuanto su padre levante la voz, porque ella es humilde como la tierra, y cariñosa como un ángel, la cuitada.

—Muy descaminado vas en tus juicios, respondió el montero; yo la conozco mejor que tú porque la he visto nacer; y aunque por bien dará la vida; si la violentan y tratan mal, solo Dios puede con ella.

—Pero hablando ahora sin pasion y sin enojo, dijo Millan metiendo baza; ¿qué te ha hecho mi amo, Mendo, que tan enemigo suyo te muestras? Nadie que yo sepa, habla asi de él en esta tierra, sino tú.

—Yo no le tengo tan mala voluntad, contestó Mendo, y si no hubiera parecido por acá el de Lemus, lo hubiera visto con gusto hacerse dueño del cotarro en nuestra casa, pero ¿qué quieres, amigo? Cada uno arrima el ascua á su sardina, y conde por señor nadie lo trueca.

—Pero mi amo, aunque no sea conde es noble y riço, y lo que es mas, sobrino del maestre de los templarios y aliado de la órden.

—Valientes herejes y hechiceros, esclamó entre dientes Mendo.

—Quieres callar, desventurado? le dijo Nuño en voz baja, tirándole del brazo con ira. Si te lo llegasen á oir, serian capaces de asparte como á San Andrés.

—No hay cuidado, replicó Millan á cuyo listo oido, no se habia escapado una sola palabra aunque dichas en voz baja. Los criados de don Alvaro, nunca fueron espías, ni mal intencionados, á Dios gracias, que al cabo, los que andan al rededor de los caballeros siempre procuran parecérseles.

—Caballero es tambien el de Lemus, y mas de una buena accion ha hecho.

—Sí, respondió Millan, con tal que haya ido delante de gente para que la pregonen en seguida. Pero sería capaz tu ponderado conde, de hacer por su mismo padre lo que don Alvaro hizo por mí?

—Qué fué ello? preguntaron á la vez los dos compañeros.

Una cosa que no se me caerá á dos tirones de la memoria. Pasábamos el puente viejo de Ponferrada, que como sabeis, no tiene barandillas, con una tempestad desecha, y el rio iba de monte á monte bramando como el mar: de repente revienta una nube, pasa una centella por delante de mi palafren; encabrítase este, ciego con el resplandor, y sin saber como, ni como no ¡paf! ambos vamos al rio de cabeza. ¿Qué os figurais que hizo

don Alvaro? Pues señor, sin encomendarse á Dios ni al diablo, metió las espuelas á su caballo y se tiró al rio tras de mi. En poco estuvo que los dos no nos ahogamos. Por fin mi jaco se fué por el rio abajo y yo medio atolondrado salí á la orilla, porque él tuvo buen cuidado de llevarme agarrado de los pelos. Cuando me recobré á la verdad, no sabia como darle las gracias porque se me puso un nudo en la garganta y no podia hablar; pero él que lo conoció se sonrió y me dijo: vamos hombre bien está: todo ello no vale nada: sosiégate, y calla lo que ha pasado porque sino puede que te tengan por mal ginete.

—Gallardo lance, por vida mia; esclamó Mendo con un entusiasmo que apenas podia esperarse de sus anteriores prevenciones, y de su linfático temperamento; y sin perder los estribos! ah buen caballero! Llévame el diablo, si una accion como esta no vale casi tanto como el mejor condado de España! Pero á bien, continuó como reportándose, que si no hubiera sido por su soberbio Almanzor, Dios sabe lo que le hubiera sucedido..... Son muchos animales! continuó, acariciando el cuello de su potro con una satisfaccion casi paternal: y dí Millan, que fué del tuyo por último? se ahogó el pobrecillo?

—No, respondió Millan, fué á salir un buen trecho mas abajo y allí le cogió un esclavo moro del Temple que habia ido á Pajariel por leña, pero el pobre animal habia dado tantos golpes y encontrones que en mas de tres meses no fué bueno.

Con estas y otras llegaron al pueblo de Arganza y se apearon en la casa solariega de su señor, el ilustre don Alonso Ossorio.

CAPÍTULO II.

Algo habrán columbrado ya nuestros lectores, de la situacion en que á la sazon se encontraba la familia de Arganza y el señor de Bembibre, merced á la locuacidad de sus respectivos criados. Sin embargo por mas que las noticias que les deben no se aparten en el fondo de la verdad, son tan incompletas, que nos obligan á entrar en nuevos pormenores, esenciales en nuestro entender para esplicar los sucesos de esta lamentable historia.

Don Alonso Ossorio, señor de Arganza habia tenido dos hijos y una hija; pero de los primeros murió uno antes de salir de la infancia, y el otro murió peleando como bueno, en su primer campaña contra los moros de Andalucia. Asi pues, todas sus esperanzas habian venido á cifrarse en su hija doña Beatriz que entonces tenia pocos años; pero que ya prometia tanta belleza como talento y generosa índole. Habia en su carácter una mezcla de la energia que distinguia á su padre y de la dulzura y melancolía de doña Blanca de Balboa, su madre, santa señora cuya vida habia sido un vivo y constante ejemplo de bondad, de resignacion y de piedad cristiana. Aunque con la pérdida temprana de sus dos hijos su complexion, harto delicada por desgracia, se habia arruinado enteramente, no fué esto obstáculo para que en la crianza esmerada de su hija emplease su instruccion poco comun en aquella época, y fecundase las felices disposiciones de que la habia dotado pródigamente la naturaleza. Sin mas esperanza que aquella criatura tan querida y hermosa, sobre ella

amontonaba su ternura, todas las ilusiones del deseo y los sueños del porvenir. Asi crecia doña Beatriz como una azucena gentil y fragante al calor del cariño maternal, defendida por el nombre y poder de su padre y cercada por todas partes del respeto y amor de sus vasallos, que contemplaban en ella una medianera segura para aliviar sus males y una constante dispensadora de beneficios.

Los años en tanto pasaban rápidos como suelen, y con ellos voló la infancia de aquella jóven tan noble, agraciada y rica; á quien por lo mismo pensó buscar su padre un esposo digno de su clase y elevadas prendas. En el Bierzo entonces no habia mas que dos casas cuyos estados y vasallos estuviesen al nivel: una la de Arganza, otra la de la antigua familia de los Yañez, cuyos dominios comprendian la fértil ribera de Bembibre y la mayor parte de las montañas comarcanas. Este linage habia dado dos maestres al órden del Temple y era muy honrado y acatado en el pais. Por una rara coincidencia á la manera que el apellido Ossorio pendia de la fragil existencia de una muger, el de Yañez estaba vinculado en la de un solo hombre nò menos frágil y deleznable en aquellos tiempos de desdicha y turbulencias. Don Alvaro Yañez y su tio don Rodrigo, maestre del Temple en Castilla; eran los dos únicos miembros que quedaban de aquella raza ilustre y numerosa; rama seca y estéril, el uno por su edad y sus votos; y vástago el otro lleno de sávia y lozania que prometia larga vida y sazonados frutos. Don Alvaro habia perdido de niño á sus padres, y su tio á la sazon comendador de la órden, le habia criado como cumplia á un caballero tan principal, te-

niendo la satisfaccion de ver coronados sus trabajos y solicitud con el éxito mas brillante. Habia hecho su primer campaña en Andalucia, bajo las órdenes de don Alonso Perez de Guzman, y á su vuelta trajo una reputacion distinguida, principalmente á causa de los esfuerzos que hizo para salvar al infante don Enrique, de manos de la morisma. Por lo demas la opinion en que segun nuestros conocidos del capítulo anterior le tenia el pais, y el rasgo contado por su escudero, darán á conocer mejor que nuestras palabras, su carácter caballeresco y generoso.

El influjo superior de los astros parecia por todas estas razones confundir el destino de estos dos jóvenes, y sin embargo debemos confesar que don Alonso tuvo que vencer una poderosa repugnancia para entrar en semejante plan. La estrecha alianza que los Yañez tuvieron siempre asentada con la órden del Temple, estuvo mil veces para desbaratar este proyecto de que iba á resultar el engrandecimiento de dos casas esclarecidas y la felicidad de dos personas universalmente estimadas.

Los templarios habian llegado á su período de riqueza y decadencia y su orgullo era verdaderamente insoportable á la mayor parte de los señores independientes. De Arganza lo habia esperimentado mas de una vez, y devorado su cólera en silencio, porque la órden dueña de los castillos del pais podia burlarse de todos, pero su despecho se habia convertido en odio hácia aquella milicia tan valerosa como sin ventura. Afortunadamente ascendió á maestre provincial de Castilla don Rodrigo Yañez y su carácter templado y pru-

dente enfrenó las demasías de varios caballeros, y logró conciliarse la amistad de muchos señores vecinos descontentos. De este número fué el primero don Alonso, que no pudo resistirse á la cortés y delicada conducta del maestre, y sin reconciliarse por entero con la órden, acabó por trabar con él sincera amistad. En ella se cimentó el proyecto de entronque de ambas casas, si bien el señor de Arganza no pudo acallar el desasosiego que le causaba la idea de que algun dia sus deberes de vasallo podrian obligarle á pelear contra una órden, objeto ya de celos y de envidia, pero de cuya alianza no permitia apartarse el honor á su futuro yerno. Como quiera, el poder de los templarios y la poca fortaleza de la corona, parecian alejar indefinidamente semejante contingencia, y no parecia cordura sacrificar á estos temores la honra de su casa y la ventura de su hija.

Bien hubiera deseado don Alonso y aun el maestre, que semejante enlace se hubiese llevado á cabo prontamente, pero doña Blanca cuyo corazon era todo ternura y bondad, no queria abandonar á su hija única en brazos de un hombre desconocido hasta cierto punto para ella; porque creia, y con harta razon, que el conocimiento recíproco de los caracteres y la consonancia de los sentimientos, son fiadores mas seguros de la paz y dicha doméstica que la razon de estado y los cálculos de la conveniencia. Doña Blanca habia penado mucho con el carácter duro y violento de su esposo, y deseaba ardientemente escusar á su hija los pesares que habian acibarado su vida. Así pues, tanto importunó y rogó que al fin hubo de recabar de su noble esposo que ambos jóvenes

se tratasen y conociesen sin saber el destino que les guardaban. ¡Solicitud funesta, que tan amargas horas preparaba para todos!

Este fué el principio de aquellos amores, cuya espléndida aurora debia muy en breve convertirse en un dia de duelo y de tinieblas. Al poco tiempo comenzó á formarse en Francia aquella tempestad, en medio de la cual desapareció por último la famosa caballeria del Temple. Iguales nubarrones asomaron en el horizonte de España, y entonces los temores del señor de Arganza se despertaron con increible ansiedad, pues harto conocia que don Alvaro era incapaz de abandonar en la desgracia á los que habian sido sus amigos en la fortuna, y segun el giro que parecia tomar aquel ruidoso proceso, no era imposible que su familia llegase á presentar el doloroso espectáculo que siempre afea las luchas civiles. A este motivo que en el fondo no estaba desnudo de razon ni de cordura, se habia agregado otro por desgracia mas poderoso, pero de todo punto contrario á la nobleza que hasta allí no habia dejado de resplandecer en las menores acciones de don Alonso. El conde de Lemus habia solicitado la mano de doña Beatriz, por medio del infante don Juan, tio del rey don Fernando el IV con quien unian á don Alonso relaciones de obligacion y amistad desde su efímero reinado en Leon; y atento solo á la ambicion de entroncar su linage con uno tan rico y poderoso, olvidó sus pactos con el maestre del Temple, y no vaciló en el propósito de violentar á su hija, si necesario fuese para el logro de sus deseos.

Tal era el estado de las cosas en la tarde que los criados de don Alonso y el escudero de don

Alvaro volvian de la feria de Cacabelos. El señor de Bembibre y doña Beatriz, en tanto estaban sentados en el hueco de una ventana de forma apuntada, abierta por lo delicioso del tiempo que alumbraba á un aposento espléndidamente amueblado y alhajado. Era ella de estatura aventajada, de proporciones esbeltas y regulares, blanca de color, con ojos y cabello negros y un perfil griego de estraordinaria pureza. La espresion habitual de su fisonomía manifestaba una dulzura angelical, pero en su boca y en su frente cualquier observador mediano hubiera podido descubrir indicios de un carácter apasionado y enérjico. Aunque sentada se conocia que en su andar y movimientos debian reinar á la vez el garbo, la magestad y el decoro, y el rico vestido bordado de flores con colores muy vivos que la cubria, realzaba su presencia llena de naturales atractivos.

Don Alvaro era alto, gallardo y vigoroso, de un moreno claro, ojos y cabello castaños, de fisonomía abierta y noble y sus facciones de una regularidad admirable. Tenia la mirada penetrante y en sus modales se notaba gran despejo y dignidad al mismo tiempo. Traia calzadas unas grandes espuelas de oro, espada de rica empuñadura y pendiente del cuello un cuerno de caza primorosamente embutido de plata, que resaltaba sobre su esquisita ropilla obscura, guarnecida de finas pieles. En una palabra, era uno de aquellos hombres que en todo descubren las altas prendas que los adornan, y que involuntariamente cautivan la atencion y simpatía de quien los mira.

Estaba poniéndose el sol detrás de las montañas que parten términos entre el Bierzo y Galicia

y las revestia de una especie de aureola luminosa que contrastaba peregrinamente con sus puntos oscuros. Algunas nubes de formas caprichosas y mudables sembradas acá y acullá por un cielo hermoso y purísimo, se teñian de diversos colores segun las herian los rayos del sol. En los sotos y huertas de la casa estaban floridos todos los rosales y la mayor parte de los frutales, y el viento que los movia mansamente venia como embriagado de perfumes. Una porcion de ruiseñores y gilguerillos cantaban melodiosamente, y era difícil imaginar una tarde mas deliciosa. Nadie pudiera creer, en verdad, que en semejante teatro iba á representarse una escena tan dolorosa.

Doña Beatriz clavaba sus ojos errantes y empañados de lágrimas ora en los celages del ocaso, ora en los árboles del soto, ora en el suelo; y don Alvaro, fijos los suyos en ella de hito en hito, seguia con ánsia todos sus movimientos. Ambos jóvenes estaban en un embarazo doloroso sin atreverse á romper el silencio. Se amaban con toda la profundidad de un sentimiento nuevo, generoso y delicado, pero nunca se lo habian confesado. Los afectos verdaderos tienen un pudor y reserva característicos, como si el lenguaje hubiera de quitarles su brillo y limpieza. Esto cabalmente es lo que habia sucedido con don Alvaro y doña Beatriz, que embebecidos en su dicha jamás habian pensado en darle nombre, ni habian pronunciado la palabra amor. Y sin embargo, esta dicha parecia irse con el sol que se ocultaba detrás del horizonte, y era preciso apartar de delante de los ojos aquel prisma falaz que hasta entonces les habia presentado la vida como un delicioso jardin.

Don Alvaro, como era natural, fué el primero que habló.

—¿No me direis, señora, preguntó con voz grave y melancólica, qué dá á entender el retraimiento de vuestro padre y mi señor para conmigo? Será verdad lo que mi corazon me está presagiando desde que han empezado á correr ciertos ponzoñosos rumores sobre el conde de Lemus? ¿De cierto, de cierto pensarian en apartarme de vos? continuó, poniéndose en pié con un movimiento muy rápido.

Doña Beatriz bajó los ojos y no respondió.

—Ah! ¿con que es verdad? continuó el apesarado caballero; ¿y lo será tambien, añadió con voz trémula, que han elegido vuestra mano para descargarme el golpe?

Hubo entonces otro momento de silencio, al cabo del cual doña Beatriz levantó sus hermosos ojos bañados en lágrimas, y dijo con una voz tan dulce como dolorida:

—Tambien es cierto.

—Escuchadme, doña Beatriz, repuso él, procurando serenarse. Vos no sabeis todavía como os amo, ni hasta qué punto sojuzgais y avasallais mi alma. Nunca hasta ahora os lo habia dicho... ¿para qué habia de hacer una declaracion que el tono de mi voz, mis ojos y el menor de mis ademanes estaban revelando sin cesar? Yo he vivido en el mundo solo y sin familia, y este corazon impetuoso no ha conocido las caricias de una madre ni las dulzuras del hogar doméstico. Como un peregrino he cruzado hasta aquí el desierto de mi vida; pero cuando he visto que vos érais el santuario adonde se dirigian mis pasos inciertos, hubiera deseado

que mis penalidades fuesen mil veces mayores para llegar á vos purificado y lleno de merecimientos. Era en mí demasiada soberbia querer subir hasta vos, que sois un ángel de luz, ahora lo veo; pero quién, quién, Beatriz, os amará en el mundo mas que yo?

—Ah! ninguno, ninguno, esclamó doña Beatriz retorciéndose las manos y con un acento que partia las entrañas.

—Y sin embargo me apartan de vos! continuó don Alvaro. Yo respetaré siempre á quien es vuestro padre; nadie daria mas honra á su casa que yo, porque desde que os amo se han desenvuelto nuevas fuerzas en mi alma, y toda la gloria, todo el poder de la tierra me parece poco para ponerlo á vuestros pies. Oh Beatriz, Beatriz! cuando volví del Andalucia, honrado y alabado de los mas nobles caballeros, yo amaba la gloria porque una voz secreta parecia decirme que algun dia os adornaríais con sus rayos, pero sin vos que sois la luz de mi camino, me despeñaré en el abismo de la desesperacion, y me volveré contra el mismo cielo!

—Oh Dios mio! murmuró doña Beatriz, en esto habian de venir á parar tantos sueños de ventura y tan dulces alegrias?

—Beatriz, esclamó don Alvaro, si me amais, si por vuestro reposo mismo mirais, es imposible que os conformeis en llevar una cadena que seria mi perdicion y acaso la vuestra.

—Teneis razon, contestó ella haciendo esfuerzos para serenarse. No seré yo quien arrastre esa cadena, pero ahora que por ventura os hablo por la última vez y que Dios lee en mi corazon, yo os

revelaré su secreto. Sino os doy el nombre de esposo al pié de los altares y delante de mi padre, moriré con el velo de las vírgenes; pero nunca se dirá que la única hija de la casa de Arganza mancha con una desobediencia el nombre que ha heredado.

—Y si vuestro padre os obligase á darle la mano?

—Mal le conoceis: mi padre nunca ha usado conmigo de violencia.

—¡Alma pura y candorosa, que no conoceis hasta donde lleva á los hombres la ambicion. Y si vuestro padre os hiciese violencia, qué resistencia le opondríais?

—Delante del mundo entero diria: no!

—Y tendríais valor para resistir la idea del escándalo y el bochorno de vuestra familia?

Doña Beatriz rodeó la cámara con unos ojos vagarosos y terribles, como si padeciese una violenta convulsion, pero luego se recobró casi repentinamente, y respondió:

—Entonces pediria auxilio al Todopoderoso, y él me daria fuerzas; pero, lo repito, ó vuestra ó suya.

El acento con que fueron pronunciadas aquellas cortas palabras descubria una resolucion que no habia fuerzas humanas para torcer. Quedóse don Alvaro contemplándola como arrobado algunos instantes, al cabo de los cuales le dijo con profunda emocion:

—Siempre os he reverenciado y adorado, señora, como á una criatura sobrehumana, pero hasta hoy no habia conocido el tesoro celestial que en vos se encierra. Perderos ahora seria como caer

del cielo para arrastrarse entre las miserias de los hombres. La fé y la confianza que en vos pongo es ciega y sin límites, como la que ponemos en Dios en la hora de la desdicha.

—Mirad, respondió ella señalando el ocaso, el sol se ha puesto, y es hora ya de que nos despidamos. Id en paz y seguro, noble don Alvaro, que si pueden alejaros de mi vista no les será tan llano avasallar mi albedrío.

Con esto el caballero se inclinó, le besó la mano con mudo ademan, y salió de la cámara á paso lento. Al llegar á la puerta volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con los de doña Beatriz, para trocar una larga y dolorosa mirada, que no parecia sino que habia de ser la última. En seguida se encaminó aceleradamente al patio donde su fiel Millan tenia del diestro al famoso Almanzor, y subiendo sobre él salió como un rayo de aquella casa, donde ya solo pensaba en él una desdichada doncella, que en aquel momento, á pesar de su esfuerzo, se deshacia en lágrimas amargas.

CAPÍTULO III.

Cuando don Alvaro dejó el palacio de Arganza, entre el tumulto de sentimientos que se disputaban su alma, habia uno que cuadraba muy bien con su despecho y amargura, y que de consiguiente á todos se sobreponia. Era este retar á combate mortal al conde Lemus, y apartar de

este modo el obstáculo mas poderoso de cuantos mediaban entre él y doña Beatriz á la sazon. Aquel mismo dia le habia dejado en Cacabelos, con ánimo al parecer de pasar allí la noche, y de consiguiente este fué el camino que tomó; pero su escudero que en lo inflamado de sus ojos, en sus ademanes prontos y violentos y en su habla dura y precipitada, conocia cual podia ser su determinacion despues de la anterior entrevista, cuyo sentido no se ocultaba á su penetracion, le dijo en voz bastante alta:

—Señor, el conde no está ya en Cacabelos, porque esta tarde, antes de salir yo, llegó un correo del rey y le entregó un pliego que le determinó á salir con la mayor diligencia, la vuelta de Lemus.

Don Alvaro, en medio de la agitacion en que se encontraba, no pudo ver sin enojo que el buen Millan se entrometiese de aquella suerte en sus secretos pensamientos: asi es que le dijo con rostro torcido:

—Quién le mete al señor villano en el ánimo de su señor?

Millan aguantó la descarga y don Alvaro como hablando consigo propio, continuó:

—Si, si, un correo de la córte... y salir despues con tanta priesa para Galicia... Sin duda camina adelante la trama infernal... Millan, dijo en seguida con un tono de voz enteramente distinto del primero, acércate y camina á mi lado. Ya nada tengo que hacer en Cacabelos y esta noche la pasaremos en el castillo de Ponferrada, dijo torciendo el caballo y mudando de camino, pero mientras que allí llegamos quiero que me digas

qué rumores han corrido por la feria acerca de los caballeros templarios.

—¡Estraños por vida mia, señor! le replicó el escudero: dicen que hacen cosas terribles y ceremonias de gentiles, y qué el papa los ha descomulgado allá en Francia, y que los tienen presos y piensan castigarles; y en verdad que si es cierto lo que cuentan seria muy bien hecho, porque mas son proezas de judios y gentiles que de caballeros cristianos.

—Pero qué cosas y que proezas son esas?

—Dicen que adoran un gato y le rinden culto como á Dios, que reniegan de Cristo, que cometen mil torpezas, y que por pacto que tienen con el diablo hacen oro, con lo cual están muy ricos; pero todo esto lo dicen mirando á los lados y muy callandito, porque todos tienen mas miedo al Temple que al enemigo malo.—Tras de esto el buen escudero comenzó á ensartar todas las groseras calumnias que en aquella época de credulidad y de ignorancia se inventaban para minar el poder del Temple, y que ya habian comenzado á producir en Francia tan tremendos y atroces resultados. Don Alvaro que pensando descubrir algo de nuevo en tan espinoso asunto habia escuchado al principio con viva atencion, cayó al cabo de poco tiempo en las cavilaciones propias de su situacion y dejó charlar á Millan, que no por su agudeza y rico ingenio estaba exento de la comun ignorancia y supersticion. Solo si al llegar al puente sobre el Sil, que por las muchas barras de hierro que tenia dió á la villa el nombre de Ponsferrata con que en las antiguas escrituras se la distingue, le advirtió severamente que en adelante no solo habla-

se con mas comedimiento, sino que pensase mejor de una órden con quién tenia asentadas alianza y amistad y no acogiese las hablillas de un vulgo necio y malicioso. El escudero se apresuró á decir que el contaba lo que habia oido, pero que nada de ello creia, en lo cual no daba por cierto un testimonio muy relevante de veracidad; y en esto llegaron á la barbacana del castillo. Tocó allí don Alvaro su cuerno, y despues de las formalidades de costumbre, porque en la milicia del Temple se hacia el servicio con la mas rigorosa disciplina, se abrió la puerta, cayó en seguida el puente levadizo, y amo y escudero entraron en la plaza de armas.

Todavía se conserva esta hermosa fortaleza, aunque en el dia solo sea ya el cadáver de su grandeza antigua. Su estructura tiene poco de regular porque á un fuerte antiguo de formas macizas y pesadas, se añadió por los templarios un cuerpo de fortificaciones mas moderno, en que la solidez y la gallardía corrian parejas; con lo cual quedó privada de armonía, pero su conjunto todavia ofrece una masa atrevida y pintoresca. Está situado sobre un hermoso altozano desde el cual se registra todo el Bierzo bajo, con la infinita variedad de sus accidentes, y el Sil que corre á sus pies para juntarse con el Boeza un poco mas abajo, parece rendirle homenage.

Ahora ya no queda mas del poderio de los templarios que algunos versículos sagrados inscritos en lápidas, tal cual símbolo de sus ritos y ceremonias y la cruz famosa terror de los infieles; sembrado todo aqui y acullá en aquellas fortísimas murallas; pero en la época de que hablamos

era este castillo una buena muestra del poder de sus poseedores. Don Alvaro dejó su caballo en manos de unos esclavos africanos y acompañado de dos aspirantes, subió á la sala maestral, habitacion magnífica con el techo y paredes escaqueados de encarnado y oro, con ventanas arabescas, entapizada de alfombras orientales y toda ella como pieza de aparato, adornada con todo el esplendor correspondiente al gefe temporal y espiritual de una órden tan famosa y opulenta. Los aspirantes dejaron al caballero á la puerta despues del acostumbrado *benedicite*, y uno que hacia la guardia en la antecámara le introdujo al aposento de su tio. Era este un anciano venerable, alto y flaco de cuerpo, con barba y cabellos blancos, y una expresion ascética y recogida, si bien templada por una benignidad grandísima. Comenzaba á encorvarse bajo el peso de los años, pero bien se echaba de ver que el vigor no habia abandonado aun aquellos miembros acostumbrados á las fatigas de la guerra y endurecidos en los ayunos y vigilias. Vestia el hábito blanco de la órden y exteriormente apenas se distinguia de un simple caballero. El golpe que parecia amagar al Temple, y por otra parte los disgustos que, segun de algun tiempo atrás iba viendo claramente, debian abrumar á aquel sobrino querido, último retoño de su linage, esparcian en su frente una nube de tristeza y daban á su fisonomía un aspecto todavía mas grave.

El maestre que habia salido al encuentro de don Alvaro, despues de haberle abrazado con un poco mas de emocion de la acostumbrada, le llevó á una especie de celda en que de ordinario es-

taba y cuyos muebles y atavios revelaban aquella primitiva severidad y pobreza en cuyos brazos habian dejado á la órden Hugo de Paganis y sus compañeros y de que eran elocuente emblema los dos caballeros montados de un mismo caballo. Don Rodrigo asi por el puesto que ocupaba, como por la austeridad peculiar á un carácter, queria dar este egemplo de humildad y modestia. Sentáronse entrambos en taburetes de madera, á una tosca mesa de nogal, sobre la cual ardia una lámpara enorme de cobre, y don Alvaro, hizo al anciano una prolija relacion de todo lo acaecido, que este escuchó con la mayor atencion.

—En todo eso, respondió por último, estoy viendo la mano del que degolló al niño Guzman delante de los adarves de Tarifa, y á la vista de su padre. El conde de Lemus está ligado con él y otros señores que sueñan con la ruina del Temple para adornarse con sus despojos, y temiendo que tu enlace con una señora tan poderosa en tierras y vasallos aumentaria nuestras fuerzas harto temibles ya para ellos en este pais, han adulado ambicion de don Alonso, y puesto en ejecucion todas sus malas artes para separaros. Pobre doña Beatriz! añadió con melancolía, ¿quien le dijera á su piadosa madre cuando con tanto afan y solicitud la criaba, que su hija habia de ser el premio de una cábala tan ruin?

—Pero señor, repuso don Alvaro, creeis que el señor de Arganza se hará sordo á la voz del honor y de la naturaleza?

—A todo hijo mio, contestó el templario. La vanidad y la ambicion secan las fuentes del alma, y con ellas se aparta el hombre de Dios de

quien viene la virtud y la verdadera nobleza.

—Pero no hay entre vos y él algun pacto formal?

—Ninguno. Menguado fué tu sino desde la cuna, don Alvaro, pues de otra suerte no sucederia que doña Blanca que en tan alta estima te tiene fuese causa ahora de tu pesar. Ella se opuso al principio y vuestra union porque quiso que su hija te conociese antes de darte su mano, y don Alonso, doblegando por la primera vez su carácter altanero, cedió á las solicitudes de su esposa. Asi pues aunque su conciencia le condene, á nada podemos obligarle por nuestra parte.

—Con que es decir, esclamó don Alvaro, que no me queda mas camino que el que la desesperacion me señale?

—Te queda la confianza en Dios y en tu propio honor de que á nadie le es dado despojarte, respondió el maestre con voz grave entre severa y cariñosa. Ademas, continuó con mas sosiego, todavia hay medios humanos que tal vez sean poderosos á desviar á don Alonso de la senda de perdicion por donde quiere llevar á su hija. Yo no le hablaré sino como postrer recurso, porque á pesar de mi prudencia tal vez se enconaria el odio de que nuestra noble órden va siendo objeto, pero mañana irás á Carracedo, y entregarás una carta abad de mi parte. Su carácter espiritual podrá darle alguna influencia sobre el orgulloso señor de Arganza y espero que si yo se lo pido, no se lo negará á un hermano suyo. Su órden y la mia nacieron en el seno de San Bernardo, y de la santidad de su corazon recibieron sus primeros preceptos. Dichosos tiempos en que seguíamos la

bandera del capitan invisible en demanda de un reino que no era de este mundo.

Don Alvaro al oirle se abochornó un poco viendo que en el egoismo de su dolor se habia olvidado de los pesares y zozobras que como una corona de espinas rodeaban aquella cana y respetable cabeza. Comenzó entónces á hablarle de los rumores que circulaban y el anciano apoyandose en su hombro bajó la escalera y le llevó al estremo de la gran plaza de armas cuyos muros dan al rio.

La noche estaba sosegada y la luna brillaba en mitad de los cielos azules y trasparentes. Las armas de los centinelas vislumbraban á sus rayos despidiendo vivos reflejos al moverse, y el rio semejante á una franja de plata corria al pie de la colina con un rumor apagado y sordo. Los bosques y montañas estaban revestidos de aquellas formas vagas y suaves con que suele envolver la luna semejantes objetos, y todo concurria á desenvolver aquel gérmen de melancolía que las almas generosas encuentran siempre en el fondo de sus sentimientos. El maestre se sentó en un asiento de piedra que habia á cada lado de las almenas y su sobrino ocupó el de enfrente.

—Tu creeras tal vez, hijo mio, le dijo, que el poder de los templarios que en Castilla poseen mas de veinte y cuatro encomiendas, sin contar otros muchos fuertes, de menos importancia; en Aragon ciudades enteras y en toda la Europa mas de nueve mil casas y castillos es incontratasble y que harto tiene la órden en que fundar el orgullo y altaneria con que generalmente se le dá en rostro

—Asi lo creo, respondió su sobrino.

—Asi lo creen los mas de los nuestros, contestó el maestre, y por eso el orgullo se ha apoderado de nosotros; el orgullo que perdió al primer hombre y perderá á tantos de sus hijos. En Palestina hemos respondido con el desden y la soberbia á las quejas y envidia de los demas, y el resultado ha sido perder la Palestina, nuestra pátria, nuestra única y verdadera pátria. ¡Oh Jerusalen, Jerusalen! ciudad de perfecto decoro, alegria de toda la tierra! esclamó con voz solemne, en tí se quedó la fuerza de nuestros brazos, y al dejar á san Juan de Acre, exhalamos el último suspiro! Desde entonces peregrinos en Europa, rodeados de rivales poderosos que codician nuestros bienes, corrompidas nuestras humildes y modestas costumbres primitivas, el mundo todo se va concitando en daño nuestro y hasta la tiara que siempre nos ha servido de escudo parece inclinarse del lado de nuestros enemigos. Nuestros hermanos gimen ya en Francia en los calabozos de Felipe, y Dios sabe el fin que les espera, pero que se guarden! esclamó con voz de trueno; allí nos han sorprendido, pero aqui y en otras partes aprestados nos encontrarán á la pelea. El papa podrá disolver nuestra hermandad y esparcirnos por la haz de la tierra, como el pueblo de Israel; pero para condenarnos nos tendrá que oir, y el Temple no irá al suplicio bajo la vara de ninguna potestad temporal como un rebaño de carneros.

Los ojos del maestre parecian lanzar relámpagos y su fisonomía estaba animada de un fuego y energia que nadie hubiera creido compatible con sus cansados años.

El Temple tenia un iman irresistible para todas las imaginaciones ardientes por su misteriosa organizacion, y por el espíritu vigoroso y compacto que vigorizaba á un tiempo el cuerpo y los miembros de por sí. Tras de aquella hermandad tan poderosa y unida, difícil era y sobre todo á la inesperiencia de la juventud, divisar mas que robustez y fortaleza indestructible, porque en semejante edad nada se cree negado al valor y á la energia de la voluntad: asi es que don Alvaro no pudo menos de replicar:

—Tio y señor ¿ese creeis que sea el premio reservado por el Altísimo á la batalla de dos siglos que habeis sostenido por el honor de su nombre? ¿Tan apartado le imaginais de vuestra casa?

—Nosotros somos, contestó el anciano, los que nos hemos desviado de él, y por eso nos vamos convirtiendo en la piedra de escándalo y de reprobacion. Y yo, continuó con la mayor amargura, moriré lejos de los mios, sin ampararlos con el escudo de mi autoridad, y la corona de mis cansados dias será la soledad y el destierro! Hágase la voluntad de Dios, pero cualquiera que sea el destino reservado á los templarios morirán como han vivido, fieles al valor y agenos á toda indigna flaqueza.

A esta sazon la campana del castillo anunció la hora del recogimiento, con lúgubres y melancólicos tañidos que derramándose por aquellas soledades y quebrándose entre los peñascos del rio, morian á lo lejos mezclados á su murmullo con un rumor prolongado y estraño.

—La hora de la última oracion y del silencio, dijo el maestre; vete á recoger, hijo mio, y prepá-

rate para el viage de mañana. Acaso te he dejado ver demasiado las flaquezas que abriga este anciano corazon, pero el Señor tambien estuvo triste hasta la muerte y dijo: «Padre, si puede ser pase de mi este cáliz». Por lo demas no en vano soy el maestre y padre del Temple en Castilla, y en la hora de la prueba, nada en el mundo debilitará mi ánimo.

Don Alvaro acompañó á su tio hasta su aposento y despues de haberle besado la mano, se encaminó al suyo donde al cabo de mucho desasosiego se rindió al sueño postrado con las estrañas escenas y sensaciones de aquel dia.

CAPÍTULO IV.

La caballeria del templo de Salomon habia nacido en el mayor fervor de las cruzadas, y los sacrificios y austeridades que les imponia su regla dictada por el entusiasmo y celo ardiente de san Bernardo, les habian grangeado el respeto y aplauso universal. Los templarios con efecto eran el símbolo vivo y eterno de aquella generosa idea que convertia hácia el sepulcro de Cristo los ojos y el corazon de toda la cristiandad. En su guerra con los infieles, nunca daban ni admitian tregua, ni les era lícito volver las espaldas aun delante de un número de enemigos conocidamente superiores: asi es que eran infinitos los caballeros que morian en los campos de batalla. Al desem-

barcar en el Asia los peregrinos y guerreros bisoños encontraban la bandera del Temple, á cuya sombra llegaban á Jerusalen sin esperimentar ninguna de las zozobras de aquel peligroso viage. El descanso del monge y la gloria y pompa mundana del soldado les estaban igualmente vedados, y su vida entera era un tegido de fatigas y abnegacion. La Europa se habia apresurado, como era natural, á galardonar una órden que contaba en su principio tantos héroes como soldados, y las honras, privilegios y riquezas que sobre ella comenzaron á llover; la hicieron en poco tiempo temible y poderosa, en términos de poseer, como decia don Rodrigo, nueve mil casas y los correspondientes soldados y hombres de armas.

Como quiera, el tiempo que todo lo mina, la riqueza que ensoberbece aun á los humildes, la fragilidad de la naturaleza humana que al cabo se cansa de los esfuerzos sobrenaturales y sobre todo la exasperacion causada en los templarios por los desastres de la Tierra santa, y las rencillas y desavenencias con los hospitalarios de san Juan, llegaron á manchar las páginas de la historia del Temple, limpias y resplandecientes al principio. Desde la altura á que los habian encumbrado sus hazañas y virtudes, su caida fué grande y lastimosa. Por fin perdieron á san Juan de Acre, y apagado ya el fuego de las cruzadas á cuyo calor habian crecido y prosperado, su estrella comenzó á amortiguarse, y la memoria de sus faltas, la envidia que ocasionaban sus riquezas, y los recelos que inspiraba su poder, fue lo único que trageron de la Palestina, su pátria de adopcion y de gloria, á la antigua Europa, verdadero campo de soledad

y destierro para unos espíritus acostumbrados al estruendo de la guerra y á la incesante actividad de los campamentos.

A decir verdad, los temores de los monarcas no dejaban de tener su fundamento, porque los caballeros teutónicos acababan de arrojarse sobre la Prusia con fuerzas menores y mas escaso poder que los Templarios, fundando un estado cuyo esplendor y fuerza han ido aumentándose hasta nuestros dias. Su numero era indudablemente reducido, pero su espíritu altivo y resuelto, su organizacion fuerte y compacta, su esperiencia en las armas y su temible caballeria, contrabalanceaban ventajosamente las fuerzas inertes y pesadas que podia oponerles en aquella época la Europa feudal.

Para conjurar todos estos riesgos imaginó Felipe el Hermoso, rey de Francia, la medida política sin duda, de aspirar al maestrazgo general de la órden que todavia llevaba el nombre de ultramarino; pero el desaire que recibió junto con la codicia que le inspiró la vista del tesoro del Temple en los dias que le dieron amparo contra una conmocion popular; acabó de determinar su alma vengativa á aquella atroz persecucion que tiznará eternamente su memoria. El papa que como único juez de una corporacion eclesiástica debia oponerse á las ilegales invasiones de un poder temporal, no se atrevia á contrariar al rey de Francia, temeroso de ver sujeta á la residencia de un concilio general la vida y memoria de su antecesor Bonifacio, como Felipe con toda vehemencia pretendia. De aqui resultaba que muchas gentes, y en especial los eclesiásticos, que veian la tibie-

za con que defendia la cabeza de la iglesia la causa de los templarios, se inclinaban á lo peor, como generalmente sucede, y de este modo las viles y monstruosas calumnias de Felipe, cada dia adquirian mas popularidad y consistencia entre una plebe supersticiosa y feroz.

Aunque entre los templarios españoles, la continua guerra con los sarracenos conservaba costumbres mas puras y acendradas, y daba á su existencia un noble y glorioso objeto de que estaban privados en Francia, tambien es cierto que los vicios consiguientes á la constitucion de la órden no dejaban de notarse en nuestra patria. Por otra parte el Temple en último resultado, era una órden estrangera cuya cabeza residia en lejanos climas, al paso que á su lado crecian en nombre y reputacion las de Calatrava, Alcántara y Santiago, plantas indígenas y espontáneas en el suelo de la caballeria española y capaces de llenar el vacío que dejáran sus hermanos en los escuadrones cristianos. Toda comparacion, pues, entre unas órdenes y la otra debia perjudicar á la larga á los caballeros del Temple, y por otra parte, conociendo los estrechos vínculos de su hermandad, dificil era separarlos de la responsabilidad de las acusaciones de la corte de Francia. De manera que los templarios españoles algo mas respetados y un poco menos aborrecidos que los de otros paises, no por eso dejaban de ser objeto de la envidia y codicia para los grandes y de aversion para los pequeños, perdiendo sus fuerzas y prestigio en medio de la especie de pestilencia moral que consumia sus entrañas.

Estas reflexiones que á riesgo de cansar á nues-

tros lectores, hemos querido hacer para esplicar la rápida grandeza y súbita ruina del órden del Temple, se habian presentado muchas veces al carácter meditabundo y grave del maestre de Castilla, y sido causa de la melancolia y abstraimiento que en él se notaba de mucho tiempo atrás; pero la mayor parte de sus súbditos, lo achacaban á la piedad un poco austera que habia distinguido siempre su vida. Don Alvaro, como ya hemos indicado, mas ardiente y menos reflexivo, no acertaba á esplicarse el desaliento de una persona tan valerosa y cuerda como su tio, y asi es que al dia siguiente caminaba la vuelta de Carracedo, algo mas divertido en sus propias tristezas y zozobras que no preocupado de los riesgos que amenazaban á sus nobles aliados. De la plática que iba á tener con el abad de Carracedo, pendian tal vez las mas dulces esperanzas de su vida, porque aquel prelado, como confesor de la familia de Arganza egercia grande influjo en el ánimo de su gefe. Por otra parte su poder temporal le daba no poca consideracion y preponderancia, porque despues de la bailía de Ponferrada, nadie gozaba de mas riquezas ni regía mayor número de vasallos que aquel famoso monasterio.

Don Rodrigo caminaba, pues, combatido de mil opuestos sentimientos, silencioso y recogido, sin hacer caso, ora por esto, ora por la poca novedad que á sus ojos tenia, del risueño paisage que se desplegaba al rededor, á los primeros rayos del sol de mayo. A su espalda quedaba la fortaleza de Ponferrada; por la derecha se estendia la dehesa de Fuentes Nuevas con sus hermosos collados plantados de viñas que se empinaban por detras de sus

robles; por la izquierda corria el rio entre los sotos, pueblos y praderas que esmaltan su bendecida orilla y adornan la falda de las sierras de la Aquiana, y al frente descollaba por entre castaños y nogales casi cubierta con sus copas y en vergel perpétuo de verdura, la magestuosa mole del monasterio fundado á la margen del Cua, por don Bernardo el Gotoso y reedificado y ensanchado por la piedad de don Alonso el emperador, y de su hermana doña Sancha. Cantaban los pájaros alegremente, y el aire frésco de la mañana venía cargado de aromas con las muchas flores silvestres que se abrian para recibir las primeras miradas del padre del dia.

¡Delicioso espectáculo, en que un alma descargada de pesares no hubiese dejado de hallar goces secretos y vivos!

Gracias á la velocidad de Almanzor que don Alvaro habia ganado en la campaña de Andalucia de un moro principal á quien venció, pronto se halló á la puerta del convento. Guardábanla dos como maceros, mas por decoro de la casa, que no por custodia ó defensa, que hicieron al señor de Bembibre el homenage correspondiente á su alcurma, y tirando uno de ellos del cordel de una campana avisó la llegada de tan ilustre huésped. Don Alvaro se apeó en el patio y acompañado de dos monges que bajaron á su encuentro y de los cuales el mas entrado en años le dió el ósculo de paz, pronunciando un versículo de la Sagrada escritura, se encamino á la cámara de respeto en que solia recibir el abad á los forasteros de distincion. Era esta la misma donde la infanta doña Sancha hermana del emperador don Alonso habia admi-

nistrado justicia á los pueblos del Bierzo, derramando sobre sus infortunios los tesoros de su corazon misericordioso: gracioso aposento con ligeras columnas y arcos arabescos con un techo de primorosos embutidos al cual se subia por una escalera de piedra adornada de un frágil pasamano. Una reducida pero elegante galeria le daba entrada y recibia luz de una cúpula bastante elevada y de algunos calados rosetones, todo lo cual junto con los muebles ricos pero severos que la decoraban, le daban un aspecto magestuoso y grave.

Los religiosos dejaron en esta sala á don Alvaro por espacio de algunos minutos al cabo de los cuales entró el abad. Era este un monge como de cincuenta años, calvo, de facciones muy marcadas; pero en que se descubria mas austeridad y rigor que no mansedumbre evangélica; enflaquecido por los ayunos y penitencias; pero vigoroso aun en sus movimientos. Se conocia á primera vista que su condicion austera y sombria, aunque recta y sana, le inclinaba mas bien á empuñar los rayos de la religion que no á cubrir con las alas de la clemencia las miserias humanas. Apesar de todo recibió á don Alvaro con bondad y aun pudiéramos decir con efusion, atendido su cáracter, porque le tenia en gran estima, y despues de los indispensables comedimientos se pusó á leer la cárta del maestre. A medida que la recorria iban amontonándose nubarrones en su frente dura y arrugada, tristes presagios para don Alvaro; hasta que concluida por último le dijo con su voz enérgica y sonora:

—Siempre he estimado á vuestra casa: vuestro padre fué uno dè los pocos amigos que Dio

me concedió en mi juventud, y vuestro tio es un justo á pesar del hábito que le cubre; pero ¿cómo quereis que yo me mezcle ahora en negocios mundanos, agenos á mis años y carácter, ni que vaya á desconcertar un proyecto en que el señor de Arganza piensa cobrar tanta honra para su linage?

—Pero padre mio, contestó don Alvaro, la paz de vuestra hija de penitencia, el amor que la teneis, la delicadeza de mi proceder, y tal vez el sosiego de esta comarca, son asuntos dignos de vuestro augusto ministerio y del sello de santidad que poneis en cuanto tocais. Imaginais que doña Beatriz encuentra gran ventura en brazos del conde?

—Pobre paloma sin mancilla, repuso el abad con una voz casi enternecida: su alma es pura como el cristal del lago de Carucedo, cuando en la noche se pintan en su fondo todas las estrellas del cielo, y ese reguero de maldicion, acabará por enturbiar y amargar esta agua limpia y serena.

Quedáronse entrambos callados por un buen rato, hasta que el abad como hombre que adopta una resolucion inmutable le dijo:

—Seríais capaz de cualquier empresa, por lograr á doña Beatriz?

—¿Eso dudais, padre? contestó el caballero; seria capaz de todo lo que no me envileciese á sus ojos.

—Pues entonces, añadió el abad, yo haré desistir á don Alonso de sus ambiciosos planes, con una condicion; y es que os habeis de apartar de la alianza de los templarios.

El rostro de don Alvaro se encendió en ira, y

en seguida perdió el color hasta quedarse como un difunto, en cuanto oyó semejante proposicion. Pudó sin embargo contenerse, y se contentó con responder aunque en voz algo trémula y cortada.

—Vuestro corazon está ciego, pues no vé que doña Beatriz seria la primera en despreciar á quien tan mala cuenta daba de su honra; la dicha siempre es menos que el honor. ¿Cómo queriais que faltase en la hora del riesgo á mi buen tio y á sus hermanos? Otra opinion creí mereceros!!

—Nunca estuvo la honra, respondió el abad con vehemencia, en contribuir á la obra de tinieblas, ni en hacer causa comun con los inícuos.

—Y sois vos, le preguntó el caballero con sentido acento: vos, un hijo de San Bernardo el que habla en esos términos de sus hermanos? ¿Vos oscureceis de esa manera la cruz que resplandeció en la Palestina con tan gloriosos rayos, y que ha menguado en España las lunas sarracenas? ¿Vos humillais vuestra sabiduría hasta recoger las hablillas de un vulgo fiero y maldiciente?

—¡Ah! repuso el monge con el mismo calor aunque con un acento doloroso; ¡pluguiera al cielo que solo en boca de la plebe anduviese el nombre del Temple! pero el papa vé los desmanes del rey de Francia sin fulminar sobre él los rayos de su poder, y ¿pensais que asi abandonaria sus hijos, no ha mucho tiempo de bendicion, si la inocencia no los hubiera abandonado antes? El gefe de la iglesia, hijo mio, no puede errar, y si hasta ahora no ha recaido ya el castigo sobre los delincuentes, culpa es de su corazon benigno y paternal. ¡Oh dolor! añadió levantando las manos y los ojos al cielo. ¡Oh vanidad de las grandezas

humanas! Porque han seguido los caminos de la perdicion y de la sobervia desviándose de la senda humilde y segura que les señaló nuestro padre comun? Por su desenfreno acabamos de perder la Tierra santa y ya será preciso pasar el arado sobre aquel alcazar á cuyo abrigo descansaba alegre la cristiandad entera, pero se ha convertido ya en templo de abominacion.

Don Alvaro no pudo menos de sonreirse con algo de desden y dijo.

—Mucho será que á tanto alcancen vuestras máquinas de guerra.

El abad le miró severamente y sin hablar palabra le asió del brazo y le llevó á una ventana. Desde ella se divisaba una colina muy hermosa, sombreadas sus faldas de viñedo al pie de la cual corria el Cua, y cuya cumbre remataba no en punta sino en una hermosa esplanada con el azul del cielo por fondo. Un monton confuso de ruinas la adornaba: algunas columnas estaban en pie aunque las mas sin capiteles: en otras partes se alcanzaba á descubrir algun lienzo grande de edificio cubierto de yedra y todo el recinto estaba rodeado aun de una muralla por donde trepaban las vides y zarzas. Aquel «campo de soledad mustio collado» habia sido el *Berdigum* romano.

Bien lo sabia don Alvaro pero el ademan de el abad y la ocasion en que le ponia delante aquel ejemplo de las humanas vanidades y sobervias le dejó confuso y silencioso.

Miradlo bien, le dijo el monge, mirad bien uno de los grandes y muchos sepulcros que encierran los esqueletos de aquel pueblo de gigantes. Tambien ellos en su orgullo é injusticia se

volvieron contra Dios como vuestros templarios. Id pues, id como yo he ido en medio del silencio de la noche, y preguntad á aquellas ruinas por la grandeza de sus señores, id, que no dejarán de daros respuesta los silbidos del viento y el ahullido del lobo.

El señor de Bembibre antes confuso quedó ahora como anonadado y sin contestar palabra.

—Hijo mio, añadió el monge, pensadlo bien y apartáos que aun es tiempo, apartáos de esos desventurados, sin volver la vista atrás, como el profeta que salia huyendo de Gomorra.

—Cuando vea lo que me decis respondió don Alvaro con reposada firmeza, entonces tomaré vuestros consejos. Los templarios serán tal vez altaneros y destemplados, pero es porque la injusticia ha agriado su noble carácter. Ellos responderán ante el soberano pontífice y su inocencia quedará limpia como el sol. — Pero en suma, padre mio, vos que veis la hidalguia de mis intenciones no hareis algo por el bien de mi alma y por doña Beatriz á quien tanto amais?

—Nada, contestó el monge: yo no contribuiré consolidar el alcázar de la maldad y del orgullo.

El caballero se levantó entonces y le dijo:

—Vos sois testigo de que me cerrais todos los caminos de paz. Quiera Dios que no os lo echeis en cara alguna vez!

—El cielo os guarde, buen caballero, contestó el abad, y os abra los ojos del alma. En seguida le fué acompañando hasta el patio del monasterio y despues de despedirlo se volvió á su celda donde se entregó á tristes reflexiones.

CAPÍTULO V.

Aunque don Alvaro no fundase grandes esperanzas en su entrevista con el abad, todavía le causó sorpresa el resultado: flaqueza irremediable del pobre corazon humano que solo á vista de la realidad inexorable y fria, acierta á separarse del talisman que hermosea y dulcifica la vida; la esperanza. El maestre por su parte conocia harto bien el fondo de fanatismo que en el alma del abad de Carracedo sofocaba un sin fin de nobles cualidades para no preveer el éxito; pero asi para consuelo de su sobrino como por obedecer á aquel generoso impulso que en las almas elevadas inclina siempre á la conciliacion y á la dulzura, habia dado aquel paso. Iguales motivos le determinaron á visitar al señor de Arganza, aunque la crítica situacion en que se encontraba la órden por una parte, y por otra la conocida ambicion de don Alonso parecian deber retraerle de este nuevo esfuerzo; pero la ternura de aquel buen anciano por el único pariente que le quedaba, rayaba en debilidad, aunque esteriormente la dejaba asomar rara vez,

Asi pues, un dia de los inmediatos al suceso que acabamos de contar, salió de la encomienda de Ponferrada con el séquito acostumbrado y se encaminó á Arganza La visita tuvo mucho de embarazosa y violenta, porque don Alonso deseoso de ahorrarse una esplicacion cordial y sincera sobre un asunto en que su conciencia era la pri-

mera á condenarle, se encerró en el coto de una cortesía fria y estudiada, y el maestre por su parte convencido de que su resolucion era irrevocable, y harto celoso del honor de su órden y de la dignidad de su persona para abatirse á súplicas inútiles, se despidió para siempre de aquellos umbrales que tantas veces habia atravesado con el ánimo ocupado en dulces proyectos.

Como quiera; el señor de Arganza un tanto alarmado con la intencion que parecia descubrir el afecto de don Alvaro hácia su hija, resolvió acelerar lo posible su ajustado enlace á fin de cortar de raiz todo género de zozobras. Poco temia de la resistencia de su esposa acostumbrado como estaba á verla ceder de continuo á su voluntad; pero el carácter de la jóven que habia heredado no poco de su propia firmeza, le causaba alguna inquietud. Sin embargo, como hombre de discrecion, á par que de energía, contaba á un tiempo con el prestigio filial y con la fuerza de su autoridad para el logro de su propósito. Asi pues, una tarde que doña Beatriz sentada cerca de su madre, trabajaba en bordar un paño de iglesia que pensaba regalar al monasterio de Villabuena, donde tenia una tia abadesa á la sazon; entró su padre en el aposento, y diciéndola que tenía que hablarle de un asunto de suma importancia, soltó la labor y se puso á escucharle con la mayor modestia y compostura. Caíanla por ambos lados numerosos rizos negros como el ébano, y la zozobra que apenas podia reprimir la hacía mas interesante. Don Alonso no pudo abstenerse de un cierto movimiento de orgullo al verla tan hermosa, en tanto que á doña Blanca por lo contrario, se le arrasaron

los ojos de lágrimas pensando que tanta hermosura y riqueza serian tal vez la causa de su desventura eterna.

—Hija mia, la dijo don Alonso, ya sabes que Dios nos privó de tus hermanos y que tú eres la esperanza única y postrera de nuestra casa.

—Si señor, respondió ella con su voz dulce y melodiosa.

—Tu posicion por consiguiente, continuó su padre, te obliga á mirar por la honra de tu linage.

—Si, padre mio, y bien sabe Dios que ni por un instante he abrigado un pensamionto que no se aviniese con el honor de vuestras canas y con el sosiego de mi madre.

—No esperaba yo menos de la sangre que corre por tus venas. Queria decirte pues que ha llegado el caso de que vea logrado el fruto de mis afanes y coronados mis mas ardientes deseos. El conde de Lemus, señor el mas noble y poderoso de Galicia, favorecido del rey y muy especialmente del infante don Juan, ha solicitado tu mano y yo se la he concedido.

—¿No es ese conde el mismo repuso doña Beatriz, que despues de lograr de la noble reina doña María el lugar de Monforte en Galicia, abandonó sus banderas para unirse á las del infante don Juan?

—El mismo, contestó don Alonso poco satisfecho de la pregunta de su hija, ¿y que teneis que decir dél?

—Que es imposible que mi padre me dé por esposo un hombre á quién no podria amar, ni respetar tan siquiera.

—Hija mia, contestó don Alvaro con modera-

cion, porque conocia el enemigo con quién se las iba á haber y no quería usar de violencia sino en el último extremo, en tiempo de discordias civiles no es fácil caminar sin caer alguna vez, porque el camino está lleno de escollos y barrancos.

—Sí, replicó ella, el camino de la ambicion está sembrado de dificultades y tropiezos, pero la senda del honor y la caballería es lisa y apacible como una pradera. El conde de Lemus sin duda es poderoso pero aunque sé de muchos que le temen y odian, no he oido hablar de uno qne le venere y estime.

Aquel tiro dirigido á la desalmada ambicion del de Lemus, que sin saberlo su hija venia á herir á su padre de rechazo, excitó su cólera en tales términos que se olvidó de su anterior propósito y contestó con la mayor dureza:

—Vuestro deber es obedecer y callar y recibir el esposo que vuestro padre os destine.

—Vuestra es mi vida, dijo doña Beatriz, y si me lo mandais, mañana mismo tomaré el velo en un convento; pero no puedo ser esposa del conde de Lemus.

—Alguna pasion teneis en el pecho, doña Beatriz, contestó su padre dirigiéndola escrutadoras miradas. ¿Amais al señor de Bembibre? le preguntó de repente.

—Sí padre mio, respondió ella con el mayor candor.

—Y no os dije que le despidiérais.

—Y ya le despedí.

—Y como no despedísteis tambien de vuestro corazon esa pasion insensata? Preciso será que la ahogueis entonces.

—Si tal es vuestra voluntad, yo la ahogaré al pie de los altares: yo trocaré por el amor del esposo celeste el amor de don Alvaro que por su fé y su pureza era mas digno de Dios, que no de mí, desdichada muger. Yo renunciaré á todos mis sueños de ventura; pero no le olvidaré en brazos de ningun hombre.

—Al cláustro iréis respondió don Alonso, fuera de sí de despecho, no á cumplir vuestros locos antojos, no á tomar el velo de que os hace indigna vuestro carácter rebelde, sino á aprender en la soledad, lejos de mi vista y de la de vuestra madre la obediencia y el respeto que me debeis.

Diciendo esto salió del aposento airado y cerrando tras sí la puerta con enojo dejó solas á madre y á hija que por un impulso natural y espontáneo, se precipitaron una en brazos de la otra; doña Blanca deshecha en lágrimas y doña Beatriz comprimiendo las suyas con trabajo, pero llena interiormente de valor. En las almas generosas despierta la injusticia fuerzas cuya existencia se ignoraba, y la doncella lo sentia entonces. Habia tenido bastante desprendimiento y respeto para no representar á su padre que si amaba á don Alvaro era porque todo en un principio parecia indicarle que era el esposo escogido por su familia; pero este silencio mismo contribuia á hacerle sentir mas vivamente su agravio. Lo que quebrantaba su valor era el desconsuelo de su madre que no cesaba un punto en sus sollozos teniéndola estrechamente abrazada.

—Hija mia, hija mia, dijo por fin en cuanto su congoja le dejó hablar, ¿cómo te has atrevido á

irritarle de esa manera, cuando nadie tiene valor para resistir sus miradas?

—En eso verá que soy su hija y que heredo el esfuerzo de su ánimo.

—Y yo, miserable muger, esclamó doña Blanca haciendo los mayores extremos de dolor, que con mi necia prudencia te he alejado del puerto de la dicha pudiendo ahora gozarte segura en la ribera!

—Madre mia, dijo la jóven enjugando los ojos de su madre; vos habeis sido toda bondad y cariño para mí y el dia de mañana solo está en la mano de Dios, sosegáos, pues, y mirad por vuestra salud. El Señor nos dará fuerzas para sobrellevar una separacion, á mi sobre todo que soy jóven y robusta.

La idea de la falta de su hija que ni un solo dia se habia apartado de su lado y que habia desaparecido por un momento, hizo volver á la triste madre á todos sus estremos de amargura, en términos que doña Beatriz hubo de emplear todos los recursos de su corazon y de su ingenio en apaciguarla. La anciana que por su carcáter suave y bondadoso estaba acostumbrada á ceder en todas ocasiones y cuyo matrimonio habia comenzado por un sacrificio algo semejante, aunque infinitamente menor que el que exigian de su hija bien quisiera indicarla algo, pero no se atrevia. Por último al despedirse le dijo.—Pero, hija de mi vida, no seria mejor ceder?

Doña Beatriz hizo un gesto muy expresivo, pero no respondió á su madre sino abrazándola y deseándole buen sueño.

CAPÍTULO VI.

La escena que acabamos de describir causó mucho desasosiego en el ánimo del señor de Arganza, porque harto claro veia ahora cuan hondas raices habia echado en el animo de su hija aquella malhadada pasion que así trastornaba todos sus planes de engrandecimiento. Poco acostumbrado á la contradiccion y mucho menos de parte de aquella hija, dechado hasta entonces de sumision y respeto, su orgullo se irritó sobremanera, si bien en el fondo y como á despecho suyo, parecia á veces alegrarse de encontrar en una persona que tan de cerca le tocaba, aquel valor noble y sereno y aquella elevacion de sentimientos. Sin embargo atento antes que todo á conservar ilesa su autoridad paternal, resolvió al cabo de dos dias llevar á doña Beatriz al convento de Villanueva; donde esperaba que el recogimiento del lugar, el ejemplo vivo de obediencia que á cada paso presenciaria, y sobre todo el ejemplo de su piadosa tia, contribuirian á mudar las disposiciones de su ánimo.

Por secreto que procuró tener don Alonso el motivo de su determinacion, se traslució sobradamente en su familia y aun en el lugar y como todos adoraban á aquella criatura tan llena de gracias y de bondad, el dia de su partida fué uno de llanto y de consternacion generales. El mismo Mendo, el palafrenero que tan inclinado se mostraba á favorecer los proyectos de su amo y á llevar

las armas de un conde, apenas podia contener las lágrimas. Don Alonso daba á entender con la mayor serenidad posible en medio del pesar que esperimentaba que era ausencia de pocos dias y no llevaba mas objeto que satisfacer el deseo que siempre habia manifestado la abadesa de Villabuena de tener unos dias en su compañia á su sobrina. A todo el mundo decia lo contrario su corazon y era trabajo en balde el que el anciano señor se tomaba.

Doña Beatriz se despidió de su madre á solas y en los aposentos mas escondidos de la casa, y por esta vez ya no pudo sostenerla su aliento: asi fué que rompió en ayes y en gemidos tanto mas violentos cuanto mas comprimidos habian estado hasta entonces. El corazon de una madre suele tener en las ocasiones fuerzas sobrehumanas, y bien lo mostró doña Blanca que entonces fué la consoladora de su hija y la que supo prestarle ánimo. Por fin doña Beatriz se desprendió de sus brazos y enjugándose las lágrimas bajó al patio donde casi todos los vasallos de su padre la aguardaban: sus hermosos ojos humedecidos todavia, despedian unos rayos semejantes á los del sol cuando despues de una tormenta atraviesan las mojadas ramas de los arboles, y su talla magestuosa y elevada, realzada por un vestido oscuro, la presentaba en todo el esplendor de su belleza. La mayor parte de aquellas pobres gentes á quienes doña Beatriz hacia asistido en sus enfermedades y socorrido en sus miserias, que siempre la habian visto aparecer en sus hogares como un ángel de consuelo y de paz, se precipitaron á su encuentro con voces y alaridos lamentables besándole unos las

manos y otros la falda de su vestido. La doncella como pudo se desasió suavemente de ellos, y subiendo en su hacanea blanca con ayuda del enternecido Mendo, salió del palacio estendiendo las manos hacia sus vasallos y sin hablar palabra, porque desde el principio se le habia puesto un nudo en la garganta.

El aire del campo y su natural valor le restituyeron por fin un poco de serenidad. Componian la comitiva su padre, que caminaba un poco delante como en muestra de su enojo, aunque realmente por ocultar su emocion, el viejo Nuño, caballero en su haca de caza, pero sin alcon ni perro, el rollizo Mendo que aquel dia andaba desatentado, y su criada Martina, jóven aldeana, rubia viva y linda, de ojos azules y de semblante risueño y lleno de agudeza. Como, con gran placer suyo, iba destinada á servir y acompañar á su señora durante su reclusion, no sabemos decir á punto fijo, si era esto lo que mas influia en el mal humor del caballerizo, que á pesar de los celos y disgustos que le daba con Millan, el page de don Alvaro, tenia la debilidad de quererla. Viendo pues doña Beatriz, que habian entrado en conversacion, dijo al montero, que por respeto caminaba un poco detras.

—Acércate, buen Nuño, porque tengo que hablarte. Tu eres el criado mas antiguo de nuestra casa, y como á tal sabes cuanto te he apreciado siempre.

—Si señora, contesto él con voz no muy segura; ¿quien me dijera á mí cuando os llevaba á jugar con mi alcones y perros que habian de venir dias como estos?

—Otros peores vendrán, pobre Nuño, si los que me quieren bien no me ayudan. Ya sabes de lo que se trata, y mucho me temo que la indiscreta ternura de mi padre no me fuerce á tomar por esposo un hombre de todos detestado. Si yo tuviera parientes á quienes dirigirme, solo de ellos solicitaria amparo; pero por desgracia soy la última de mi linage. Preciso será pues, que él me proteja, me entiendes ¿te atreverias á llevarle una carta mia?

Nuño calló.

—Piensa, añadió doña Beatriz, que se trata de mi felicidad en esta vida y quizá en la otra ¿Tambien tu serias capaz de abandonarme?

—No señora, respondió el criado con resolucion, venga la carta que yo se la llevaré, aunque hubiera que atravesar por medio toda la moreria. Si el amo lo llega á saber me mandará azotar y poner en la picota y me echará de casa que es lo peor; pero don Alvaro que es el mismo pundonor y la misma bondad, no me negará un nicho en su castillo para cuidar de sus alcones y gerifaltes. Y sobre todo sea lo que Dios quiera, que yo á buen hacer lo hago y él bien lo vé.

Doña Beatriz enternecida le entregó la carta, y casi no tuvo tiempo para darle las gracias porque Mendo y Martina se le incorporaron en aquel punto. Asi pues continuaron en silencio su camino por las orillas del Cua, en las cuales estaba situado el convento de monjas de San Bernardo, hermano en su fundacion del de Carracedo y en el cual habian sido religiosas dos princesas de sangre real. El convento ha desaparecido pero el pueblo de Villanueva junto al cual estaba, toda-

via subsiste y ocupa una alegre y risueña situacion al pie de unas colinas plantadas de viñedo. Rodéanlo praderas y huertas llenas las mas de higueras y toda clase de frutales y las otras cercacas de frescos chopos y alamos blancos. El rio le proporciona riego abundante y fertiliza aquella tierra en que la naturaleza parece haber derramado una de sus mas dulces sonrisas

Al cabo de un viage de hora y media se apeó la cabalgata delante del monasterio, á cuya porteria salió la abadesa acompañada de la mayor parte de la comunidad, á recibir á su sobrina. Las religiosas todas la acogieron con gran amor prendadas de su modestia y hermosura, y don Alonso despues de una larga conversacion con su cuñada, se partió á escondidas de su hija, desconfiando de su energia y resolucion, harto quebrantada con las escenas de aquel dia. Nuño y Mendo, se despidieron de su jóven ama con mas enternecimiento del que pudiera esperarse de su sexo y educacion. Aquellos fieles criados acostumbrados á la presencia de doña Beatriz que como una luz de alegria y contento parecia iluminar todos los rincones mas obscuros de la casa, conocian que con su ausencia, la tristeza y el desabrimiento iban á asentar en ella sus reales. Conocian que don Alonso se entregaria mas frecuentemente á los accesos de su mal humor sin el suave contrapeso y mediacion de su hija; y por otra parte no se les ocultaba que los achaques, ya habituales de doña Blanca, agravados con el nuevo golpe, acabarian de obscurecer el horizonte doméstico. Asi pues entrambos caminaron sin hablar palabra detras de su amo no menos adusto y silencioso

que ellos, y al llegar á Arganza, Mendo se fué á las caballerizas con el caballo de su señor y el suyo, y Nuño despues de piensar su jaca, y cenar, salió cerca de media noche con pretesto de aguardar una liebre en un sitio algo lejano, y de amaestrar un galgo nuevo de escelente traza, pero en realidad para llegar á Bembibre á deshora y entregar con el mayor recato la carta de doña Beatriz que poco mas ó menos decia asi:

«Mi padre me destierra de su presencia por vuestro amor y yo sufro contenta este destierro; pero ni vos ni yo debemos olvidar que es mi padre, y por lo tanto si en algo teneis mi cariño y alguna fé poneis en mis promesas, espero que no adoptareis ninguna determinacion violenta. El primer domingo despues del inmediato procurad quedaros de noche en la iglesia del convento, y os diré lo que ahora no puedo deciros. Dios os guarde, y os de fuerzas para sufrir.»

Nuño desempeñó con tanto tino como felicidad su delicado mensaje y solo pudo hacerle aceptar don Alvaro una cadena de plata de que colgar el cuerno de caza en los dias de lujo para memoria suya. Por lo demas el buen montero todavia tuvo tiempo para volver á su aguardo y coger la liebre, que trajo triunfante á casa muy temprano deshaciéndose en elogios de su galgo.

CAPITULO VI.

El medio de que el señor de Arganza se habia valido para arrancar del corazon de su hija el

amor que tan firmes raices habia echado, no era á la verdad el mas aproposito. Aquella alma pura y generosa, pero altiva; mal podia regirse con el freno del temor, ni del castigo. Tal vez la templanza y la dulzura hubieran recabado de ella cuanto la ambicion de su padre podia apetecer, porque la idea del sacrificio suele ser instintiva en semejantes caracteres, y con mas gusto la acogen á medida que se presenta con mas atavios de dolor y de grandeza, pero doña Beatriz, que segun la exacta comparacion del abad de Carracedo, se asemejaba á las aguas quietas y trasparentes de el lago azul y sosegado de Carracedo, facilmente se embravecia cuando la azotaba su superficie el viento de la injusticia y dureza. La idea sola de pertenecer á un tan mal caballero como el conde Lemus, y de ser el juguete de una villana intriga, la humillaba en términos de arrojarse á cualquier violento estremo por apartar de sí semejante mengua.

Por otra parte la soledad, la ausencia y la contrariedad, que bastan para apagar inclinaciones pasageras, ó culpables afectos, solo sirven de alimento y vida á las pasiones profundas y verdaderas. Un amor inocente y puro acrisola el alma que le recibe y por su abnegacion insensiblemente llega á eslabonarse con aquellos sublimes sentimientos religiosos, que en su esencia no son sino amor limpio del polvo y fragilidades de la tierra. Si por casualidad viene la persecucion á adornarle con la aureola del martirio, entonces el dolor mismo lo graba profundamente en el pecho, y aquella idea querida llega á ser inseparable de todos los pensamientos, á la manera que una madre

suele mostrar predileccion decidida al hijo doliente y enfermo que no la dejó ni un instante de reposo.

Esto era cabalmente lo que sucedia con doña Beatriz. En el silencio que la rodeaba se alzaba mas alta y sonora la voz de su corazon y cuando su pensamiento volaba al que tiene en su mano la voluntad de todos y escudriña con su vista lo mas obscuro de la conciencia; sus labios murmuraban sin saber aquel nombre querido. Tal vez pensaba que sus oraciones, se encontraban con las suyas en el cielo, mientras sus corazones volaban uno en busca de otro en esta tierra de desventuras, y entonces su imaginacion se exaltaba hasta mirar sus lágrimas y tribulaciones como otras tantas coronas que la adornarian á los ojos de su amado.

Su tia que tambien habia amado y visto deshojarse en flor sus esperanzas bajo la mano de la muerte, respetaba los sentimientos de su sobrina y procuraba hacerle llevadero su cautiverio, dándole la posible libertad y tratándola con el mas estremado cariño, porque su femenil agudeza, le daba á entender claramente que solo este proceder podia emplearse con aquella naturaleza á un tiempo de leon, y de paloma. La prudente señora queria dejar obrar la lenta medicina del tiempo antes de arriesgar ninguna otra tentativa.

El dia que doña Beatriz habia señalado á don Alvaro en su carta, estaba elegido con gran discrecion, porque en él se celebraban despues de las vísperas los funerales de los regios patrones de aquella santa casa, que comunmente solian atraer numeroso concurso, á causa de la limosna que se

repartia; y de ordinario duraban hasta de noche. Fácil le fué por lo tanto al caballero deslizarse á favor de un disfraz de aldeano por entre el gentio y meterse en un confesonario, donde se escondió como pudo, mientras los paisanos del pueblo oian el sermon con la mayor atencion. En las iglesias de aquel país, habia y hay aun en algunas, confesonarios cerrados por delante, con unas puertas de celosia, y mas de una vez han sucedido ocultaciones semejantes á la de nuestro caballero. Por fin despues de acabados los oficios, la iglesia se fué desocupando, las monjas rezaron sus últimas oraciones y el sacristan apagó las luces, y salió de la iglesia cerrando las puertas con sus enormes llaves.

Quedóse el templo en un silencio sepulcral y alumbrado por una sola lámpara, cuya llama débil y oscilante mas que aclaraba los objetos, los confundia. Algunas cabezas de animales y hombres que adornaban los capiteles de las columnas lombardas, parecian hacer estraños gestos y visages, y las figuras doradas de los santos de los altares, en cuyos ojos reflejaban los rayos vagos y trémulos de aquella luz mortuoria, parecian lanzar centellantes miradas sobre el atrevido que traia á la mansion de la religion y de la paz otros cuidados que los del cielo. El coro estaba obscuro y tenebroso, y el ruido del viento entre los árboles, y el murmullo de los arroyos que venian de fuera, junto con algun chillido de las aves nocturnas, tenian un eco particular y temeroso debajo de aquellas bóvedas augustas.

Don Alvaro no era superior á su siglo, y en cualquiera otra ocasion, semejantes circunstancias no hubiesen dejado de hacer impresion profunda

en su ánimo; pero los peligros reales que le cercaban si era descubierto, el riesgo que corria en igual caso doña Beatriz, el deseo de aclarar el enigma oscuro de su suerte, y sobre todo la esperanza de oir aquella voz tan dulce, se sobreponian á toda clase de temores imaginarios. Oyó por fin la campana interior del cláustro, que tocaba á recogerse, luego voces lejanas como de gentes que se despedian, pasos por aquí y acullá, abrir y cerrar puertas, hasta que al último todo quedó en un silencio tan profundo como el que le envolvia.

Salió entonces del confesonario y se acercó á la reja del coro bajo, aplicando el oido con indecible ansiedad y engañándose á cada instante creyendo percibir el leve sonido de los pasos y el crugido de los vestidos de doña Beatriz. Por fin una forma blanca y ligera apareció en el fondo obscuro del coro y adelantándose rápida y silenciosamente, presentó á los ojos de don Alvaro, ya un poco habituados á las tinieblas, los contornos puros y airosos de la hija de Ossorio.

Mas facil le fué á ella distinguirle, porque el bulto de su cuerpo, se dibujaba claramente en medio de los rayos desmayados de la lámpara que por detras le herian. Adelantóse, pues hasta llegar á la berja con el dedo en los labios como una estátua del silencio, que hubiese cobrado vida de repente, y volviendo la cabeza, como para dirigir una postrera mirada al coro, preguntó con voz trémula:

—Sois vos don Alvaro?

—Y quien sino yo, respondió él, vendria á buscar vuestra mirada en medio del silencio de los sepulcros? Me han dicho que habeis sufrido

mucho con la separacion de vuestra madre, y aunque en esta obscuridad no distingo bien vuestro semblante, me parece ver en él la huella del insomnio y de las lágrimas. ¿Nó se ha resentido vuestra salud?

—No á Dios gracias, respondió ella casi con alegria, porque como penaba por vos, el cielo me ha dado fuerzas. No sé si el llanto habrá enturbiado mis ojos, ni si el pesar habrá robado el color de mis mejillas, pero mi corazon siempre es el mismo.—Pero somos unos locos, añadió como recobrándose, en gastar asi estos pocos momentos que la suerte nos concede y que sin gran peligro nuestro tal vez no volverán en mucho tiempo. ¿Qué imaginais, don Alvaro, de haberos yo llamado de esta suerte?

—He imaginado, respondió él, que leiais en mi alma, y que con vuestra piedad divina os compadeciais de mí.

—Y no habeis meditado algun proyecto temerario y violento? No habeis pensado en romper mis cadenas con vuestras manos atropellando por todo?

Don Alvaro no respondió y doña Beatriz continuó con un tono que se parecia al de la reconvencion:—Ya veis que vuestro corazon no os engañaba y que yo leia en él como en un libro abierto; pero sabed que no basta que me ameis, sino que me creais y aguardeis noblemente. No quiero que os volvais contra el cielo, cuya autoridad ejerce mi padre, porque ya os dije que yo jamás mancharia mi nombre con una desobediencia.

—¡Oh Beatriz! contestó don Alvaro con precipitacion, no me condeneis sin oirme. Vos no sa-

beis lo que es vivir desterrado de vuestra presencia: vos no sabeis sobre todo como despedaza mis entrañas la idea de vuestros pesares, que yo, miserable de mí, he causado sin tener fuerzas para ponerles fin. Cuando os veia dichosa en vuestra casa, de todos acatada y querida, el mundo entero no me parecia sino una fiesta sin término, una alegre romeria á donde todos iban á rendir gracias á Dios por el bien que su mano les vertia. Cuando los pájaros cantaban por la tarde, solo de vos me hablaban con su música: la voz del torrente me deleitaba porque vuestra voz era la que escuchaba en ella; y la soledad misma parecia recogerse en religioso silencio solo para escuchar de mis labios vuestro nombre. Pero ahora la naturaleza entera se ha obscurecido, las gentes pasan junto á mí silenciosas y tristes, en mis ensueños os veo pasar por un cláustro tenebroso con el semblante descompuesto y lleno de lágrimas, y el cabello tendido, y el eco de la soledad que antes me repetia vuestro nombre, solo me devuelve ahora mis gemidos. ¿Qué quereis? la desesperacion me ha hecho acordar entonces de que era noble, de que penábais por mí, de que tenia una espada y de que con ella cortaria vuestras ligaduras.

—Gracias don Alvaro, respondió ella enternecida, veo que me amais demasiado, pero es preciso que me jureis aqui delante de Dios, que á nada os arrojareis sin consentimiento mio. Sois capaz de sacrificarme hasta vuestra fama, pero ya os lo he dicho, yo no desobedeceré á mi padre.

—No puedo jurároslo, señora, respondió el caballero, porque ya lo estais viendo; la persecu-

cion y la violencia han empezado por otra parte y tal vez solo las armas podrán salvaros. Mirad que os pueden arrastrar al pie del altar y allí arrancaros vuestro consentimiento.

—No creais á mi padre capaz de tamaña villanía.

—Vuestro padre, replicó don Alvaro con cólera, tiene empeñada su palabra, segun dice, y además cree honraros á vos y á su casa.

—Entonces yo solicitaré una entrevista con el conde y le descubriré mi pecho y cederá.

—Quién, él ¿ceder él? contestó don Alvaro fuera de sí y con una voz que retumbó en la iglesia; ceder cuando justamente en vos estriban todos sus planes! Por vida de mi padre, señora, que sin duda estais loca!

La doncella se sobrepuso al susto que aquella voz le habia causado, y le dijo con dulzura pero con resolucion.

—En ese caso yo os avisaré, pero hasta entonces juradme lo que os he pedido. Ya sabeis que nunca, nunca seré suya.

—¡Doña Beatriz! esclamó de repente una voz detras de ella.

—Jesus mil veces, esclamó acercándose involuntariamente á la reja mientras don Alvaro maquinalmente echaba mano á su puñal. Ah eres tú Martina? añadió reconociendo á su fiel criada que habia quedado de acecho, pero de la cual se habia olvidado por entero.

—Si señora, respondió la muchacha; y venia á deciros que las monjas comenzarán á levantarse muy pronto porque ya está amaneciendo.

—Preciso será, pues, que nos separemos, dijo

doña Beatriz con un suspiro; pero nos separaremos para siempre, si no me jurais por vuestro honor lo que os he pedido.

—Por mi honor lo juro, respondió don Alvaro.

—Id pues con Dios, noble caballero, yo recurriré á vos si fuere menester, y estad seguro de que nunca maldecireis la hora en que os confiasteis á mí.

Ama y criada se apartaron entonces con precipitacion y don Alvaro despues de haberlas seguido con los ojos, se escondió de nuevo. A poco rato las campanas del monasterio tocaron á la oracion matutina con regocijados sonidos, y el sacristan abrió las puertas de la iglesia dirigiéndose á la sacristia, por manera que don Alvaro pudo salir sin ser visto. Encaminóse luego precipitadamente al monte, donde Millan habia pasado la noche con los caballos, y montando en ellos, por sendas y veredas escusadas llegaron prontamente á Bembibre.

CAPÍTULO VII.

Los dias que siguieron al encierro de doña Beatriz, fueron efectivamente para el señor de Bembibre todo lo penosos y desabridos que le hemos oido decir; y aun algo mas. Sin embargo, su natural violento é impetuoso mal podia avenirse con un pesar desmayado y apático, y dia y noche habia estado trazando proyectos á cual mas de-

sesperados. Unas veces pensaba en forzar á mano armada el asilo pacífico de Villabuena al frente de sus hombres de armas en mitad del dia y con la enseña de su casa desplegada. Otras resolvia enviar un cartel al conde de Lemus. Ya imaginaba pedir auxilio á algunos caballeros templarios y sobre todo al comendador Saldaña, alcaide de Cornatel, que sin duda se hubieran prestado en odio del enemigo comun, y ya finalmente aunque como relámpago fugaz, parto de la tempestad que estremecia su alma, llegó á aparecérsele la idea de una alianza con un gefe de bandidos y proscritos llamado el Herrero, que de cuando en cuando se presentaba en aquellas montañas á la cabeza de una cuadrilla de gentes, restos de las disensiones domésticas que habian agitado hasta entonces la corona de Castilla.

Como quiera, á cada una de estas quimeras salia al paso prontamente ya la noble figura de doña Beatriz indignada de su audacia; ya el venerable semblante de su tio el maestre que le daba en rostro con los peligros que acarreaba á la órden, ya finalmente la voz inexorable de su propio honor que le vedaba otros caminos; y entonces el caballero volvia á su lucha y á sus angustias, temblando por su única esperanza y entregado á todos los vaibenes de la incertidumbre. En tal estado sucedió la escena de que hemos dado cuenta á nuestros lectores y don Alvaro hubo de ceder en sus desmandados propósitos, por ventura avergonzado de que la elevacion de ánimo de una sola y desamparada doncella asi aleccionase su impaciencia. De todas maneras aquella conversacion que habia descorrido enteramente el velo y mani-

festado el corazon de su amante en el lleno de su virtud y belleza, contribuyó no poco á sosegar su espíritu rodeado hasta allí de sombras y espantos.

Asi se pasó algun tiempo sin que don Alvaro hostigase á su hija, siguiendo en esto los consejos de su muger y de la piadosa abadesa; y doña Beatriz por su parte sin quejarse de su situacion y convertida en un objeto de simpatia y de ternura para aquellas buenas religiosas, que se hacian lenguas de su hermosura y apacible condicion. Gozaba como hemos dicho, de bastante libertad y paseaba por las huertas y sotos que encerraba la cerca del monasterio, y su corazon llagado se entregaba con inefable placer á aquellos indefinibles goces del espíritu, que ofrece el espectáculo de una naturaleza frondosa y apacible. Su alma se fortificaba en la soledad y aquella pasion pura en su esencia se purificaba y acendraba mas y mas en el crisol del sufrimiento ahondando sus raices á manera de un árbol místico en el campo del destierro, y levantando sus ramas marchitas en busca del rocío bienhechor de los cielos.

Esta calma, sin embargo, duró muy poco. El conde de Lemus volvió á presentarse reclamando sus derechos y don Alonso entonces intimó á su hija su última é irrevocable resolucion. Como este era un suceso que forzosamente habia de llegar, la jóven no manifestó sorpresa ni disgusto alguno y se contentó con rogar á su padre que le dejase hablar á solas con el conde, demanda á que no pudo menos de acceder.

Como nuestros lectores habrán de tratar un poco mas de cerca á este personage en el curso de esta historia, no llevarán á mal que les demos

una ligera idea de él. Don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemus, y señor el mas poderoso de toda Galicia, era un hombre á quien venia por juro de heredad la turbulencia, el desasosiego y la rebelion, pues sus antecesores á trueque de engrandecer su casa, no habian desperdiciado ocasion entre las muchas que se les presentaron, cuando el trono glorioso de san Fernando se deslustró en manos de su hijo y de su nieto con la sangre de las revueltas intestinas. Don Pedro por su parte como venido al mundo en época mas acomodada á estos designios, pues alcanzó la minoria turbulenta de don Fernando el Emplazado, aumentó copiosamente sus haciendas y vasallos, con la ayuda del infante don Juan, que entonces estaba apoderado del reino de Leon, y sin escrupulizar en ninguna clase de medios. Por aquel tiempo fué cuando con amenaza de pasarse al usurpador, arrancó á la reina doña María, la dádiva del rico lugar de Monforte con todos sus términos, abandonándola en seguida y engrosando las filas de su enemigo. Esta ruindad que por su carácter público y ruidoso, de todos era conocida, tal vez no equivalia á los desafueros de que eran teatro entonces sus estendidos dominios. Frio de corazon, como la mayor parte de los ambiciosos, sediento de poder y riquezas con que allanar el camino de sus deseos; de muchos temido, de algunos solicitado y odiado del mayor número, su nombre habia llegado á ser un objeto de repugnancia para todas las gentes dotadas de algun pundonor y bondad. A vueltas de tantos y tan capitales vicios no dejaba de poseer cualidades de brillo: su orgullo desmedido se convertia en valor

siempre que la ocasion lo requeria: sus modales éran nobles y desembarazados, y no faltaba á los deberes de la liberalidad en muchas circunstancias, aunque la vanidad y el cálculo fuesen el móvil secreto de sus acciones.

Este era el hombre con quien debia unir su suerte doña Beatriz. Cuando llegó el dia de la entrevista se adornó uno de los locutorios del convento con esmero para recibir á un señor tan poderoso, y presunto esposo de una parienta inmediata de la superiora. La comitiva del conde con don Alonso y algun otro hidalguillo del pais ocupaban una pieza algo apartada, mientras él sentado en un sillon á la orilla de la reja, aguardaba con cierta impaciencia y aun zozobra la aparicion de doña Beatriz.

Llegó por fin esta acompañada de su tia y ataviada como aquel caso lo pedia, y haciendo una ligera reverencia al conde se sentó en otro sillon destinado para ella en la parte de adentro de la reja. La abadesa despues de corresponder al cortés saludo y cumplimientos del caballero, se retiró dejándolos solos. Doña Beatriz entretanto observó con cuidado el aire y facciones de aquel hombre que tantos disgustos le habia acarreado y que tantos otros podia acarrearle todavia. Pasaba de treinta años y su estatura era mediana: su semblante de cierta regularidad, carecia sin embargo de atractivo ó por mejor decir repulsaba, por la espresion de ironía que habia en sus labios delgados revestidos de cierto gesto sardónico; por el fuego incierto y vagaroso de sus miradas en que no asomaba ningun vislumbre de franqueza y lealtad, y finalmente por su frente altanera y lijeramente

surcada de arrugas, rastro de pasiones interesadas y rencorosas, no de la meditacion ni de los pesares. Venia cubierto de un rico vestido y traia al cuello pendiente de una cadena de oro la cruz de Santiago. Habíase quedado en pié y con los ojos fijos en aquella hermosa aparicion, que sin duda encontraba superior á los encarecimientos que le habian hecho. Doña Beatriz le hizo un ademan lleno de nobleza para que se sentase.

—No haré tal, hermosa señora, respondió él cortesmente, porque vuestro vasallo nunca querria igualarse con vos, que en todos los torneos del mundo seríais la reina de la hermosura. ¡Ojalá fuérais igualmente la de los amores!

—Galan sois, respondió doña Beatriz, y no esperaba yo menos de un caballero tal; pero ya sabeis que las reinas gustamos de ser obedecidas, y asi espero que os senteis. Tengo ademas que deciros cosas en que á entrambos nos vá mucho, añadió con la mayor seriedad.

El conde se sentó no poco cuidadoso, viendo el rumbo que parecia tomar la conversacion, y doña Beatriz continuó:

—Escusado es que yo os hable de los deberes de la caballería y os diga que os abro mi pecho sin reserva. Cuando habeis solicitado mi mano sin haberme visto, y sin averiguar si mis sentimientos me hacian digna de semejante honor, me habeis mostrado una confianza que solo con otra igual puedo pagaros. Vos no me conoceis y por lo mismo no me amais.

—Por esta vez habeis de perdonar, repuso el conde. Cierto es que no habian visto mis ojos el milagro de vuestra hermosura, pero todos se han

conjurado á ponderarla, y vuestras prendas de nadie ignoradas en Castilla, son el mayor fiador de la pasion que me inspirais.

Doña Beatriz disgustada de encontrar la galantería estudiada del mundo, donde quisiera que solo apareciese la sinceridad mas absoluta, respondió con firmeza y decoro:

—Pero yo no os amo, señor conde, y creo bastante hidalga vuestra determinacion, para suponer que sin el alma no aceptaríais la dádiva de mi mano.

—Y por qué no, doña Beatriz, repuso él con su fria y resuelta urbanidad: cuando os llameis mi esposa, comprendereis el dominio que ejerceis en mi corazon, me perdonareis esta solicitud tal vez harto viva, con que pretendo ganar la dicha de nombraros mia, y acabareis sin duda por amar á un hombre cuya vida se consagrará por entero á preveniros por todas partes deleites y regocijos, y que encontrará sobradamente pagados sus afanes con una sola mirada de esos ojos.

Doña Beatriz comparaba en su interior este lenguage artificioso en que no vibraba ni un solo acento del alma, con la apasionada sencillez y arrebato de las palabras de su don Alvaro. Conoció que su suerte estaba echada irrevocablemente, y entonces con una resolucion digna de su noble energía, respondió:

—Yo nunca podré amaros, porque mi corazon ya no es mio.

Tal era en aquel tiempo el rigor de la disciplina doméstica, y tal la sumision de las hijas á la voluntad de los padres, que el conde se pasmó al ver lo profundo de aquel sentimiento, que asi tras-

pasaba los límites del uso en una doncella tan compuesta y recatada. Algo sabía de los desdichados amores que ahora empezaban á servir de estorbo en su ambiciosa carrera, pero acostumbrado á ver ceder todas las voluntades delante de la suya, se sorprendia de hallar un enemigo tan poderoso en una muger tan suave y delicada en la apariencia. Con todo, su perseverancia nunca habia retrocedido delante de ningun género de obstáculos; asi es que recobrándose prontamente, respondió no sin un ligero acento sardónico que toda su disimulacion no fué capaz de ocultar.

—Algo habia oido decir de esa estraña inclinacion hácia un hidalgo de esta tierra; pero nunca pude creer que no cediese á la voz de vuestro padre y á los deberes de vuestro nacimiento.

—Ese á quien llamais con tanto énfasis hidalgo, respondió doña Beatriz sin inmutarse, es un señor no menos ilustre que vos. La nobleza de su estirpe solo tiene por igual la de sus acciones, y si mi padre juzga que tan reprensible es mi comportamiento, no creo que os haya delegado á vos su autoridad, que solo en él acato.

Quedóse pensativo el conde un rato como si en su alma luchasen encontrados afectos, hasta que en fin sobreponiéndose á todo, segun suele suceder, la pasion dominante, respondió con templanza y con un acento de fingido pesar.

—Mucho me pesa, señora, de no haber conocido mas á fondo el estado de vuestro corazon, pero bien veis que habiendo llevado tan adelante este empeño, no fuera honra de vuestro padre ni mia esponernos á las malicias del vulgo.

—¿Quiere decir, replicó doña Beatriz con amar-

gura, que yo habré de sacrificarme á vuestro orgullo? ¿De ese modo amparais á una dama afligida y menesterosa? ¿Para eso traeis pendiente del cuello ese símbolo de la caballería española? Pues sabed, añadió con una mirada propia de una reina ofendida, que no es asi como se gana mi corazon. Id con Dios, y que el cielo os guarde, porque jamás nos volveremos á ver.

El conde quiso replicar; pero le despidió con un ademan altivo que le cerró los lábios, y levantándose se retiró paso á paso y como desconcertado mas que con el justo arranque de doña Beatriz, con la voz de su propia conciencia. Sin embargo, la presencia de don Alonso y de los demas caballeros, restituyó bien presto su espíritu á sus habituales disposiciones, y declaró que por su parte ningun género de obstáculo se oponia á la dicha que se imaginaba entre los brazos de una señora, dechado de discrecion y de hermosura. El señor de Arganza al oirlo, y creyendo tal vez que las disposiciones de su hija hubiesen variado, entró en el locutorio apresuradamente.

Estaba la jóven todavía al lado de la reja con el semblante encendido y palpitante de cólera; pero al ver entrar á su padre, que á pesar de sus rigores era en todo estremo querido á su corazon, tan terribles disposiciones se trocaron en un enternecimiento increible, y con toda la violencia de semejantes transiciones, se precipitó de rodillas delante de él, y estendiendo las manos por entre las barras de la reja, y vertiendo un diluvio de lágrimas, le dijo con la mayor angustia:

—Padre mio, padre mio! no me entregueis á ese hombre indigno! no me arrojeis en brazos de

la desesperacion y del infierno! Mirad que sereis responsable delante de Dios de mi vida y de la salvacion de mi alma!

Don Alonso, cuyo natural franco y sin doblez no comprendia el disimulo del conde, llegó á pensar que su discrecion y tino cortesano habian dado la última mano á la conversacion de su hija, y aunque no se atrevia á creerlo, semejante idea se habia apoderado de su espíritu mucho mas de lo que podia esperarse de tan corto tiempo. Asi, pues, fué muy desagradable su sorpresa viendo el llanto y desolacion de doña Beatriz. Sin embargo, le dijo con dulzura:

—Hija mia, ya es imposible volver atrás: si este es un sacrificio para vos, coronadlo con el valor propio de vuestra sangre, y resignáos. Dentro de tres dias os casareis en la capilla de nuestra casa con toda la pompa necesaria.

—¡Oh señor! pensadlo bien! dadme mas tiempo tan siquiera!...

—Pensado está, respondió don Alonso, y el término es suficiente para que cumplais las órdenes de vuestro padre.

Doña Beatriz se levantó entonces, y apartándose los cabellos con ambas manos de aquel rostro divino, clavó en su padre una mirada de estraordinaria intencion, y le dijo con voz ronca:

—Yo no puedo obedeceros en eso, y diré «no» al pié de los altares.

—Atrévete, hija vil! respondió el señor de Arganza fuera de sí de cólera y de despecho, y mi maldicion caerá sobre tu rebelde cabeza y te consumirá como fuego del cielo. Tú saldrás del techo

paterno bajo su peso, y andarás como Cain, errante por la tierra.

Al acabar estas tremendas palabras se salió del locutorio, sin volver la vista atrás, y doña Beatriz despues de dar dos ó tres vueltas como una loca, vino al suelo con un profundo gemido. Su tia y las demas monjas acudieron muy azoradas al ruido, y ayudadas de su fiel criada la transportaron á su celda.

CAPÍTULO VIII.

El parasismo de la infeliz señora fué largo, y dió mucho cuidado á sus diligentes enfermeras, pero al cabo cedió á los remedios y sobre todo á su robusta naturaleza. Un rato estuvo mirando al rededor con ojos espantados, hasta que poco á poco y á costa de un grande esfuerzo, manifestó la necesaria serenidad para rogar que la dejasen sola con su criada, por si algo se la ofrecia. La abadesa, que conocia muy bien la índole de su sobrina, enemiga de mostrar ninguna clase de flaqueza á los ojos de los demas, se apresuró á complacerla, diciéndole algunas palabras de consuelo y abrazándola con ternura.

A poco de haber salido las monjas, doña Beatriz se levantó de la cama en que la habian reclinado, con la agilidad de un corzo y cerrando la puerta por dentro, se volvió á su asombrada doncella, y la dijo atropelladamente:

—Quieren llevarme arrastrando al templo de Dios, á que mienta delante de él y de los hombres! ¿no lo sabes, Martina? Y mi padre me ha amenazado con su maldicion si me resisto!... todos, todos me abandonan! Oyes! es menester salir! es menester que él lo sepa, y ojalá que él me abandone tambien, y asi Dios solo me ampararà en su gloria.

—Sosegáos por Dios, señora, respondió la doncella consternada, ¿cómo quereis salir con tantas rejas y murallas?

—No, yo no, respondió doña Beatriz, porque me buscarian y me cogerian, pero tú puedes salir y decirle á que estado me reducen. Inventa un recurso cualquiera.... aunque sea mentira, porque, ya lo estás viendo, los hombres se burlan de la justicia y de la verdad. ¿Qué haces? añadió con la mayor impaciencia, viendo que Martina seguia callada; ¿dónde estan tu viveza y tu ingenio? Tú no tienes motivos para volverte loca como yo.

En tanto que esto decia medía la estancia con pasos desatentados y murmurando otras palabras que apenas se le entendian. Por fin el semblante de la muchacha se animó como con alguna idea nueva y le dijo alborozada:

—Albricias, señora, que en esta misma noche estaré fuera del convento y todo se remediará; pero por Dios y la Virgen de la Encina que os sosegueis, porque si de ese modo os echais á morir á fé que vamos á hacer un pan como unas hostias.

—Pero ¿qué es lo que intentas? preguntó su ama, admirada no menos de aquella súbita mu-

danza que del aire de seguridad de la muchacha.

—Ahora es, respondió esta, cuando la madre tornera va á preparar la lámpara del cláustro: yo me quedaré un poco de tiempo en su lugar, y lo demas corre de mi cuenta: pero cuenta con asustaros, aunque me oigais gritar y hacer locuras.

Diciendo esto salió de la celda brincando como un cabrito, no sin dar antes un buen apreton de manos á su señora. La prevencion que le dejaba hecha no era ciertamente ociosa, porque á poco tiempo comenzaron á oirse por aquellos cláustros tales y tan descompasados gritos y lamentos, que todas las monjas se alborotaron y salieron á ver quien fuese la causadora de tal ruido. Era ni mas ni menos que nuestra Martina que con gestos y ademanes propios de una consumada actriz, iba gritando á voz en cuello:

—Ay padre de mi alma! pobrecita de mí que me voy á quedar sin padre! ¿dónde está la madre abadesa que me dé licencia para ir á ver á mi padre antes de que se muera?

La pobre tornera seguía detrás como atortolada de ver la tormenta que se habia formado no bien se habia apartado del torno.

—Pero muchacha, le dijo por fin ¿quién ha sido el corredor de esa mala nueva? que cuando yo volví, ya no oí la voz de nadie detrás del torno, ni pude verle.

—¿Quién habia de ser respondió ella con la mayor congoja, sino Tirso el pastor de mi cuñado, que iba el pobre sin aliento á Carracedo á ver si el padre boticario le daba algun remedio. Buen lugar tenia él de pararse! Pero dónde está la madre abadesa?

—Aquí, respondió esta que habia acudido al alboroto: pero á estas horas te quieres ir cuando se va á poner el sol?

—Si señora, á estos horas, replicó ella siempre con el mismo apuro, porque mañana ya será tarde.

—Y dejando á tu señora en este estado? repuso la abadesa.

Doña Beatriz que tambien estaba allí contestó con los ojos bajos y con el rostro encendido por la primera mentira de toda su vida:

—Dejadla ir, señora tia, porque amas puede Dios depararle muchas y padres no le ha dado sino uno.

La abadesa accedió entonces, pero en vista de la hora insistió en que la acompañase el cobrador de las rentas del convento. Martina bien hubiera querido librarse de un testigo de vista importuno, pero conoció con su claro discernimiento que el empeñarse en ir sola seria dar que pensar, y esponerse á perder la última áncora de salvacion que quedaba á su señora. Asi pues dió las gracias á la prelada, y mientras avisaban al cobrador, se retiró con su señora á su celda como para prepararse á su impensada partida. Doña Beatriz trazó atropelladamente estos renglones.

«Don Alvaro: dentro de tres dias me casan si vos ó Dios no lo impedis. Ved lo que cumple á vuestra honra y á la mia, pues ese dia será para mí el de la muerte.»

No bien acababa de cerrar aquella carta cuando vinieron á decir que el escudero de Martina estaba ya aguardando, porque como los criados del monasterio vivian en casas pegadas á la fábrica, siempre se les encontraba á mano y pron-

tes. Doña Beatriz dió algunas monedas de oro y plata á su criada y solo la encargó la pronta vuelta, porque si podia acomodarse al arbitrio inventado, su noble alma era incapaz de contribuir gustosa á ningun género de farsa ni engaño. La muchacha que ciertamente tenia mas de malicia y travesura que no de escrúpulo, salió del convento finjiendo la misma priesa y pesadumbre que antes, oyendo las buenas razones y consuelos del cobrador, como si realmente las hubiese menester. El lugar á donde se dirigian era Valtuille, muy poco distante del monasterio porque de allí era Martina y allí tenia su familia; pero sin embargo, ya comenzaba á anochecer cuando llegaron á las eras. Allí se volvió Martina al cobrador y dándole una moneda de plata, le despidió socolor de no necesitarle ya, y de sacar de cuidado á las buenas madres. Dió él por muy valederas las razones en vista del agasajo, y repitiéndola alguno de sus mas sesudos consejos, dió la vuelta mas que de paso á Villabuena. Ocurriósele, por el camino que las monjas le preguntarian por el estado del supuesto enfermo, y aun estuvo por deshacer lo andado para informarse, en cuyo caso toda la maraña se desenredaba y el embuste venia al suelo con su propio peso: pero afortunadamente se echó la cuenta de que con cuatro palabras, algun gesto significativo y tal cual meneo de cabeza, salia del paso airosamente y se ahorraba ademas tiempo y trabajo, y de consiguiente se atuvo á tan cuerda determinacion.

Martina por su parte, queriendo recatarse de todo el mundo, fué rodeando las huertas del lugar, y saltando la cerca de la de su cuñado, se

entró en la casa cuando menos la esperaban. Tanto su hermana como su marido la acogieron con toda la cordialidad que nuestros lectores pueden suponer y que sin duda se merecia por su carácter alegre y bondadoso. Pasados los primeros agasajos y cariños, Martina preguntó á su cuñado si tenia en casa la yegua torda.

—En casa está, respondió Bruno, asi se llamaba el aldeano, por cierto que como ha sido año de pastos, parece una panera de gorda. Capaz esta de llevarse encima, el mismo pilon de la fuente de Carracedo.

—No está de sobra, replicó Martina, porque esta noche tiene que llevarnos á los dos á Bembibre.

—A Bembibre? repusó el aldeano, tu estás loca, muchacha!

—No sino en mi cabal juicio, contestó ella; y en seguida, como estaba segura de la discrecion de sus hermanos, se pusó á contarles los sucesos de aquel dia. Marido y muger escuchaban la relacion con el mayor interés, porque siendo renteros hereditarios de la casa de Arganza, y teniendo ademas á su servicio una persona tan allegada, parecian en cierto modo de la familia. No faltó en medio del relato, aquello de: pobre señora! maldita vanidad! despreciar á un hombre como don Alvaro! picaro conde! y otras por el estilo, con que aquellas gentes sencillas, y poco dueñas por lo tanto de los primeros movimientos, significaban su aficion á doña Beatriz, y al señor de Bembibre, cosa en que tantos compañeros tenian. Por fin concluido el relato, la hermana de Martina se quedó como pensativa, y dijo á su marido con aire muy desalentado:

—Sabes que una hazaña como esa puede muy bien costarnos los prados y tierras, que llevamos en renta y á mas de esto, á mas la malquerencia de un gran señor?

—Muger, respondió el intrépido Bruno; que estas ahí diciendo de tierras, y de prados? No parece sino que doña Beatriz, es ahí una estraña, ó una cualquiera! Y sobre todo mas fincas hay que las del señor de Arganza, y no es cosa de tantas cabilaciones eso de hacer el bien. Con que asi, muchacha, añadió dando un pellizco á Martina, voy ahora mismo á aparejar la torda, y ya verás que paso llevamos los dos por esos caminos.

—Anda, que no te pesará respondió la sútil doncella, moviendo el bolsillo que le habia dado su ama; que doña Beatriz, no tiene pizca de desagradecida. Hay aquí mas maravedis de oro que los que ganas en todo el año con el arado.

—Pues por ahora, respondió el labriego, tu ama habrá de perdonar, que alguna vez han de poder hacer los pobres el bien sin codicia, y solo por el gusto de hacerlo. Con que sea madrina del primer hijo que nos dé Dios, me doy por pagado y contento.

Dicho esto se encaminó á la cuadra silbando una tonada del pais, y se puso á enalbardar la yegua con toda diligencia, en tanto que la muger, contagiada enteramente de la resolucion de su marido, decia á su hermana con cierto aire de vanidad:

—Es mucho hombre este Bruno! Por hacer bien, se echaria á volar desde el pico de la Aquiana.

En esto ya volvia él con la yegua aderezada y sacándola por la puerta trasera de la huerta, para meter menos ruido, montó en ella poniendo á Mar-

tina delante, y despues de decir á su muger que antes de amanecer estarian ya de vuelta, se alejaron á paso acelerado. Era la torda, animal muy valiente; y asi es que apesar de la carga, tardaron poco en verse en la fértil ribera de Bembibre, bañada entonces por los rayos meláncolicos de la luna que rielaba en las aguas del Boeza, y en los muchos arroyos que como otras tantas venas suyas, derraman la fertilidad y alegría por el llano. Como la noche estaba ya adelantada, por no despertar á la ya recogida gente del pueblo, torcieron á la izquierda y por las afueras se encaminaron al castillo, sito en una pequeña eminencia y cuyos destruidos paredones y murallas, tienen todavia una apariencia pintoresca en medio del fresco paisage que enseñorean. A la sazon todo parecia en él, muerto y silencioso; pero los pasos del centinela en la plataforma del puente levadizo, una luz que alumbraba un aposento de la torre de enmedio y esmaltaba sus vidrieras de colores y una sombra que de cuando, en cuando se pintaba en ellos, daban á entender que el sueño no habia cerrado los ojos de todos. Aquella luz era la del aposento de don Alvaro y su sombra, la que aparecia de cuando en cuando en la vidriera. El pobre caballero hacia dias que apenas podia conciliar el sueño á menos de haberse entregado á violentas fatigas en la caza.

Llegaron nuestros aventureros al foso y llamando al centinela dijeron que tenian que dar á don Alvaro un mensage importante. El comandante de la guardia viendo que solo era un hombre y una muger, mandó bajar el puente y dar parte al señor de la visita. Millan que como page andaba mas

cerca de su amo, bajó al punto á recibir á los huéspedes á quienes no conoció hasta que Martina le dió un buen pellizco diciéndole.

—Ola, señor bribon, ¡como se conoce que piensa su merced poco en las pobres reclusas y que al que se muere le entierran!

—Enterrada tengo yo el alma en los ojuelos de esa cara, reina mia, contestó él con un tono entre chancero y apasionado: pero que diablos te trae á estas horas por esta tierra?

—Vamos señor burlon, respondió ella, enséñenos el camino y no quiera dar á su amo las sobras de su curiosidad.

No fué menor la sorpresa de don Alvaro, que la de su escudero, aunque su corazon présago y leal le dió un vuelco terrible. Cabalmente el dia antes habia recibido nuevas de la guerra civil que amagaba en Castilla y de la cual mal podia escusarse; y la idea de una ausencia en aquella ocasion agravaba no poco sus angustias. Martina le entregó silenciosamente el papel de su señora que leyó con una palidez mortal. Sin embargo, como hemos dicho mas de una vez, no era de los que en las ocasiones de obrar se dejan abrumar por el infortunio. Repúsose pues, lo mejor que pudo y empezó por preguntar á Martina, si creia que hubiese algun medio de penetrar en el convento.

—Si señor, respondió ella, porque como mas de una vez me ha ocurrido que con un señor tan testarudo como mi amo algun dia tendríamos que hacer nuestra voluntad y no la suya, me he puesto á mirar todos los agugeros y resquicios, y he encontrado que los barrotes de la reja por donde sale el agua de la huerta, estan casi podridos,

y que con un mediano esfuerzo podrian romperse.

—Si, pero si tu señora ha de estarse encerrada en el monasterio mientras tanto, nada adelantamos con eso.

—Qué! no señor, repuso la astuta aldeana, porque como mi ama gusta de pasearse por la huerta hasta despues de anochecer, muchas veces cojo yo la llave y se la llevo á la hortelana, pero como siempre me manda colgarla de un clavo cualquiera dia puedo dejar otra en su lugar y quedarme con ella para salir á la huerta á la hora que nos acomode.

—En ese caso, repuso don Alvaro, dí á tu señora que mañana á media noche me aguarde junto á la reja del agua. Tiempo es ya de salir de este infierno en que vivimos.

—Dios lo haga, respondió la muchacha con un acento tal de sinceridad, que se conocia la gran parte que le alcanzaba en las penas de su señora, y un poco ademas del tedio de la clausura. Despidióse en seguida porque ningun tiempo le sobraba para estar al amanecer en Villabuena segun lo reclamaba asi su plan, como la urgencia del recado que llevaba de don Alvaro. Asi que volvió á subir en la torda con el honrado Bruno, pero en brazos de Millan, y volvieron á correr por aquellos desiertos campos, hasta que al rayar el alba, se encontraron en las frescas orillas del Cua. Cabalmente tocaban entonces á las primeras oraciones, de consiguiente no pudo llegar mas á tiempo. Al punto la rodearon las monjas preguntándole con su natural curiosidad qué era lo que habia ocurrido.

—¿Qué habia de ser pecadora de mí, respondió ella con el mayor enojo, sino una sandez de las muchas de Tirso? Vió caer á mi padre con el accidente que le dá de tarde en tarde, y sin mas ni mas vino á alborotarnos aqui y hasta á Carracedo fué sin que nadie se lo mandase. No, pues si otra vez no escogen mejor mensagero, á buen seguro que yo me mueva, aunque de cierto se muera todo el mundo.

Diciendo esto se dirigió á la celda de su señora dejando á las buenas monjas entregadas á sus reflexiones sobre la torpeza del pastor y lo pesado del chasco. El remiendo de Martina aunque del mismo paño, como suele decirse, no estaba tan curiosamente echado que al cabo de algun tiempo no pudiesen verse las puntadas; pero contaba con que tanto ella como su señora estuviesen ya por entonces al abrigo de los resultados.

CAPÍTULO IX.

Don Alvaro salió de su castillo muy poco despues de Martina y encaminándose á Ponferrada, subió el monte de Arenas, torció á la izquierda, cruzó el Boeza y sin entrar en la bailia tomó la vuelta de Cornatel. Caminaba orillas del Sil, ya entonces junto con el Boeza, y con la pura luz del alba é iba cruzando aquellos pueblos y valles que el viagero no se cansa de mirar, y que á semejante hora estaban poblados con los cantares de infini-

tas aves. Ora atravesaba un soto de castaños y nogales, ora un linar cuyas azuladas flores semejaban la superficie de una laguna: ora praderas fresquísimas y de un verde delicioso y de cuando en cuando solia encontrar un trozo de camino cubierto á manera de dosel con un rústico emparrado. Por la izquierda subian en un declive manso á veces y á veces rápido, las montañas que forman la cordillera de la Aquiana con sus faldas cubiertas de viñedo, y por la derecha se dilataban hasta el rio huertas y alamedas de gran frondosidad. Cruzaban los aires bandadas de palomas torcaces con vuelo veloz y sereno al mismo tiempo: las pomposas oropéndolas y los vistosos gayos revoloteaban entre los árboles, y pintados gilgueros y desvergonzados gorriones se columpiaban en las zarzas de los setos. Los ganados salian con sus cencerros y un pastor jovencillo iba tocando en una flanta de corteza de castaño una tonada apacible y suave.

Si don Alvaro llevase el ánimo desembarazado de las angustias y sinsabores que de algun tiempo atrás acibaraban sus horas, hubiera admirado sin duda aquel paisage que tantas veces habia cautivado dulcemente sus sentidos en dias mas alegres; pero ahora su único deseo era llegar pronto al castillo de Cornatel, y hablar con el comendador Saldaña su alcaide.

Por fin torciendo á la izquierda y entrando en una encañada profunda y barrancosa por cuyo fondo corria un riachuelo, se le presentó en la cresta de la montaña la mole del castillo iluminada ya por los rayos del sol, mientras los precipicios de alrededor estaban todavia obscuros y cubiertos de vapores. Paseábase un centinela

por entre las almenas y sus armas despedian á cada paso vivos resplandores. Dificilmente se puede imaginar mudanza mas repentina que la que experimenta el viagero entrando en esta profunda garganta: la naturaleza de este sitio es aspera y montaraz, y el castillo mismo cuyas murallas se recortan sobre el fondo del cielo parece una estrecha atalaya entre los enormes peñascos que le cercan y al lado de los cerros que le dominan. Aunque el foso se ha cegado y los aposentos interiores se han desplomado con el peso de los años, el esqueleto del castillo todavia se mantienen en pie y ofrece el mismo espectáculo que entonces ofrecia visto de lejos.

Don Alvaro cruzó el arroyo y comenzó á trepar la empinada cuesta en que serpenteaba el camino, que despues de numerosas curvas y prolongaciones acababa en las obras exteriores del castillo. Iba su ánimo combatido de deseos y esperanzas á cual mas inciertas, pero determinado á aceptar las numerosas ofertas del comendador Saldaña y ponerlas á prueba en aquella ocasion, en que se trataba de algo mas que su propia vida. Resuelto á esconder su plan y los resultados de él á los ojos de todo el mundo, y seguro de que la templanza y austeridad de su tio no le permitirian prestarle su ayuda; sus imaginaciones y esperanzas solo descansaban en el alcaide de Cornatel. Su castillo de Bembibre no le ofrecia el sigilo necesario para la empresa que meditaba, sopena de encender la guerra en aquella pacífica comarca, y por otra parte ningun velo pudiera encontrar tan tupido y espeso como el misterio temeroso y profundo que cercaba todas las cosas de aquella órden.

El comendador que, segun su inveterada costumbre, estaba en pie al romper el dia, viendo un caballero que subia la cuesta, y conociéndole cuando ya estuvo mas cerca, salió á recibir con un afecto casi paternal á tan ilustre huésped, mirado entre todos los templarios como el apoyo mas fuerte de su órden en aquella tierra. Era don Gutierre de Saldaña hombre ya entrado en dias; de regular estatura, pelo y barba como de plata; pero ágil y fuerte en sus movimientos como un mancebo. Su semblante hubiera infundido solo veneracion á no ser por la inquietud y desasosiego de alma que privaba á aquel noble busto romano del reposo y calma que tan naturales adornos son de la ancianidad. Eran sus ojos vivos y rasgados de increible fuerza, y en su frente elevada y espaciosa se pintaban como en un fiel espejo pensamientos semejantes á las nubes tormentosas que coronan las montañas, que unas veces se disipan azotadas del viento y otras veces descargan sobre la atemorizada llanura. Cualquiera al verle hubiera dicho que las pasiones habian ejecutado su estrago en aquel natural poderoso y enérgico, pero de cuantas habian agitado su juventud, para todos desconocida y enigmática, solo una habia quedado por señora de aquel alma profunda é insondable como un abismo. Esta pasion era el amor á su órden y el deseo de acrecentar su honra y su opulencia, término cuyo logro no encontraba en él diferencia en los caminos. Su vida se habia pasado en la Tierra santa en continuas batallas con los infieles y en medio de los odios de los caballeros de San Juan y de los príncipes que tan fieros golpes dieron al poder de los cristianos en la Si-

ria, y por último habia asistido á la ruina de San Juan de Acre ó Tolemaida, postrer baluarte de la cruz en aquellas regiones apartadas. Entonces dió la vuelta á España, su patria, herida su alma altiva y rebelde en lo mas vivo, pensando en la Tierra santa que perdian para siempre sus hermanos, y cargado en fin con todos los vicios que legítimamente podian atribuirse á la milicia del Temple. Parecióle que en vista de la tibieza con que la Europa comenzaba á mirar la conquista de ultramar, solo para los templarios estaba guardada tamaña empresa y en el desvario de su despecho y de su orgullo llegó á imaginar la Europa entera convertida en una monarquía regida por el gran maestre, y que al son de las trompetas de la órden y al rededor del Balzá se movia de nuevo y como animada de una sola voluntad en demanda del Santo sepulcro. El ejemplo de los caballeros teutónicos en Alemania acabó de encender su fantasia volcánica, y vueltos sus ojos á Jerusalen, trabajando sin cesar por el engrandecimiento de su hermandad y codiciando para ella alianzas y apoyos en todas partes, sus amigos se habian convertido para él en hijos queridos y sus contrarios en criaturas odiosas, como si el mismo infierno las vomitára. Aquel alma sombria y tremenda exacerbada con la desgracia y lejos de la abnegacion y la humildad, fuentes puras de la institucion, se habia amargado con las aguas del orgullo y de la venganza, móvil entonces el mas poderoso de sus acciones. Como quiera, la fé iluminaba todavia aquel abismo, si bien su luz hacia resaltar mas sus tinieblas.

Este hombre estraordinario queria á don Al-

varo con pasion no solo ha causa de su confederacion con la órden, sino por sus prendas hidalgas y elevado ingenio. No parecia sino que un reflejo de sus dias juveniles se pintaba en aquella figura de tan noble y varonil belleza. Hasta le habian oido hablar con una mal disimulada emocion de la desdichada pasion del noble mancebo, cosa estraña en su austeridad y adusto carácter. Los recientes sucesos de Francia acababan de dar la última mano á sus estraños proyectos, porque una vez arrojado el guante por los príncipes, la poderosa órden del Temple tendria que presentar la gran batalla, de la cual, en su entender, debia resultar la total sumision de la Europa y tras de ella la reconquista de Jerusalen. Sin embargo por muchas que fueran las tinieblas con que el orgullo y el error cegaban su entendimiento, de cuando en cuando la verdad le mostraba algun vislumbre que si no bastaba para disiparlas, sobraba para introducir en su alma la inquietud y el recelo. Con esto se habia llegado á hacer mas ceñudo y menos tratable que de costumbre, y fuese por respeto á sus meditaciones ó por motivo menos piadoso, los caballeros y aspirantes esquivaban su conversacion.

Paseábase pues solo en uno de los torreones que miran hácia poniente, cnando divisó con su vista de águila y acostumbrada á distinguir los objetos á largas distancias en los vastos desiertos de la Siria á nuestro caballero que con su page de lanza iban subiendo á buen paso el ágrio repecho que conducia y conduce al castillo. Bajó, pues, á la puerta misma á recibirlo, no solo con la cortesía propia de su clase, sino tambien con la since-

ra cordialidad que siempre le inspiraba aquel gallardo mancebo.

—¿De dónde bueno tan temprano? le dijo abrazándole estrechamente.

—De mi castillo de Bembibre, respondió el caballero.

—¡De Bembibre! contestó el comendador como admirado. Quiere decir que habeis andado de noche y que vuestra prisa debe ser muy grande y ejecutiva.

Don Alvaro hizo una señal de afirmacion con la cabeza y el anciano despues de examinarle atentamente le dijo.

—Por el Santo sepulcro, que teneis el mismo semblante que teniámos los templarios el dia que nos embarcamos para Europa! ¿Qué os ha pasado en este mes en que no hemos podido echaros la vista encima?

—Ni yo mismo sabria decíroslo, respondió don Alvaro, y sobre todo aqui, añadió echando una mirada al rededor.

—Sí, si, teneis razon, contestó Saldaña, y asiéndose de su brazo subió con él al mismo torreon en que antes estaba.

—¿Qué es lo que pasa? preguntó de nuevo el comendador. El jóven por única respuesta sacó del seno la carta de doña Beatriz y se la entregó. Como era tan breve, el comendador la recorrió de una sola ojeada, y dijo frunciendo el entrecejo de una manera casi feroz, aunque en voz baja.

—Ira de Dios, señores villanos! ¿con qué quereis acorralarnos y destrozar ademas el pecho de gentes que valen algo mas que vosotros? ¿Y qué habeis pensado, repuso volviéndose á don Alvaro?

—He pensado arrancarla de su convento aunque hubiese de romper por medio de todas las lanzas de Castilla; pero llevarla á mi castillo ofrece muchos riesgos para ella, y venia á pediros ayuda y consejo.

—Ni uno ni otro os faltarán. Habeis obrado como discreto, porque si á vuestro castillo os la llevaseis ó tendriais que abrir de grado sus puertas á quien fuese á buscarla, ó se encenderia al punto la guerra, cosa que daria gran pesar á vuestro tio y á nadie traeria ventaja por ahora.

—Si yo pudiera esconderla en las cercanías, repuso don Alvaro, hasta que pasase el primer alboroto, la pondria despues en un convento de la Puebla de Sanabria, donde es abadesa una parienta mia.

—Pues en ese caso, replicó Saldaña, traedla á Cornatel, porque si á buscarla vinieren, á fé que no la encontrarán. Junto al arroyo y cubierta con malezas al lado de una cruz de piedra, está la mina del castillo y por allí podeis introducirla. En mis aposentos no entra nadie, y nadie de consiguiente la verá. Pero á lo que dice la carta mucha diligencia habeis menester para impedir un suceso que ha de quedar concluido pasado mañana.

—Y tanta, respondió don Alvaro, que esta misma noche pienso dar cima á la empresa.—Y en seguida le contó la visita de Martina y la traza concertada que al comendador le pareció muy bien.

Quedáronse entonces entrambos en silencio como embebecidos en la contemplacion del soberbio punto de vista que ofrecia aquel alcázar reducido y estrecho, pero que semejante al nido de las águilas, dominaba la llanura. Por la parte de orien-

te y norte le cercaban los precipicios y derrumbaderos horribles, por cuyo fondo corria el riachuelo que acababa de pasar don Alvaro, con un ruido sordo y lejano, que parecia un continuo gemido. Entre norte y ocaso se divisaba un trozo de la cercana ribera del Sil lleno de árboles y verdura, mas allá del cual se estendia el gran llano del Bierzo poblado entonces de monte y dehesas, y terminado por las montañas que forman aquel hermoso y feraz anfiteatro. El Cua encubierto por las interminables arboledas y sotos de sus orillas corria por la izquierda al pie de la cordillera besando la falda del antiguo *Bergidum*, y bañando el monasterio de Carracedo. Y hácia el poniente por fin el lago azul y trasparente de Carracedo, harto mas estendido que en el dia, parecia servir de espejo á los lugares que adornan sus orillas y á los montes de suavísimo declive que le encierran. Crecian al borde mismo del agua, encinas corpulentas y de ramas pendientes parecidas á los sauces que aun hoy se conservan, chopos altos y doblegadizos como mimbres que se mecian al menor soplo del viento y castaños robustos y de redonda copa. De cuando en cuando una bandada de lavancos y gallinetas de agua revolaba por encima describiendo espaciosos círculos, y luego se precipitaba en los espadañales de la orilla ó levantando el vuelo desaparecia detras de los encarnados picachos de las médulas.

Saldaña tenia clavados los ojos en el lago, mientras don Alvaro siguiendo con la vista las orillas del Cua, procuraba en vano descubrir el monasterio de Villabuena oculto por un recodo de los montes.

—¡Dichosas orillas del mar Muerto! prorrumpió por fin con un suspiro el anciamo comendador. ¡Cuánto mas agradables y benditas eran para mi sus arenas que la frescura y lozanía que engalana aquellas orillas!

Aquella repentina esclamacion quo revelaba el sentido de sus largas meditaciones, arrancó de su distraccion á don Alvaro.

Acercóse entonces al templario, y le dijo:

—¿No confiais en que los caballos del Temple vuelvan á beber las aguas del Cedron?

—¡Qué sino confio! esclamó el caballero con una voz semejante á la de una trompeta. ¿Y quién sino esta confianza mantiene la hoguera de mi juventud bajo la nieve de estas canas? ¿Por qué conservo á mi lado esta espada, sino es por la esperanza de lavarla en el Jordan del orin de la mengua y del vencimiento?

—Os confieso, contestó don Alvaro que al ver la tormenta que parece formarse contra vuestra órden, algunas veces he llegado á dudar de vuestras glorias futuras y hasta de vuestra existencia.

—Si: replicó el templario con amargura, ese es el premio que dá Felipe en Francia á los que le salvaron de las garras de un populacho amotinado. Ese sin duda el que nos prepara el rey don Jaime por haber criado en nuestro nido el águila que con un vuelo glorioso fué á posarse en las mezquitas de Valencia y las montañas de Mallorca. Ese tal vez el que don Fernando el IV guarda á los únicos caballeros que entre los lobos hambrientos de Castilla no han embestido su mal guardado rebaño. Pero nosotros saldremos de las sombras de la calumnia como el sol de las tinieblas de

la noche: nosotros abatiremos á los sobervios y levantaremos á los humildes: nosotros reuniremos el mundo al pie del Calvario, y allí comenzará para él la era nueva.

—¿Habeis oido alguna vez las reflexiones de mi tio?

—Vuestro tio es una estrella limpia y sin mancha en el cielo de nuestra órden, replicó el comendador, y tal vez dice verdad: pero vuestro tio se olvida, añadió con orgulloso entusiasmo, que el primer don del cielo es el valor que todavia habita en el corazon de los templarios como en su tabernáculo sagrado. Acaso es cierto que el orgullo nos ha corrompido; pero quién ha vertido mas sangre por la causa de Dios? ¿Dónde estaban para nosotros el cariñoso calor del hogar doméstico, el noble ardor de la ciencia y el reposo del cláustro? ¿Qué nos quedaba sino el poder y la gloria? Cualquiera que sea nuestra culpa, con nuestra sangre la volveremos á lavar, y con nuestras lágrimas en las ruinas del palacio de David. Pero ¿quiénes son esos gusanos viles que han dejado el sepulcro de Cristo en poder de los perros de Mahoma para juzgarnos á nosotros, á quien todo el poder del cielo y del infierno apenas fué bastante á arrojar de aquellas riberas?

Calló entonces por un rato, y despues tomando la mano de su compañero, le dijo con un acento casi enternecido.

—Don Alvaro, vuestra alma es noble y no hay cosa que no comprenda, pero vos no sabeis lo que es haber sido dueños de aquella tierra milagrosa y haberla perdido. Vos no podeis imaginaros á Jerusalen en medio de su gloria y magestad. Y

ahora, continuó con los ojos casi bañados de lágrimas, ahora está sentada en la soledad llorando hilo á hilo en la noche, y sus lágrimas en sus megillas. El laud de los trovadores ha callado como las harpas de los profetas, y ambos gimen al son del viento colgados de los sáuces de Babilonia. Pero nosotros volveremos del destierro, añadió con un tono casi triunfante, y levantaremos otra vez sus murallas con la espada en una mano y la llana en la otra, y entonaremos en sus muros el cántico de Moisés al pie de la cruz en que murió el hijo del hombre.

Aquel rostro sulcado por los años se habia encendido, y su noble figura animada por el fuego que inspiran todas las pasiones verdaderas y vestida con aquel hermoso ropage blanco que tan bien decia con su edad, asomada á los precipicios de Cornatel que por su hondura y obscuridad pudieran compararse al valle de la muerte, parecia el profeta Ezequiel evocando los muertos de sus sepulcros para el juicio final. Don Alvaro que tan fácilmente se dejaba subyugar por todas las emociones generosas, apretó fuertemente la mano del anciano y le dijo conmovido:

—Dichoso el que pudiera contribuir á la santa obra. No será mi brazo el que os falte.

—Mucho podeis hacer, contestó Saldaña. ¡Quiera Dios coronar nuestros nobles intentos!

Bajaron entonces á los aposentos del comendador que eran unas cuantas cámaras de tosca estructura, una de las cuales tenia una escalera que descendia á la mina. Saldaña entregó á don Alvaro la llave de la puerta ó trampa esterior y bajando con él le hizo notar todos los anditos y

pasadizos subterráneos. Volvieron otra vez á los aposentos donde hicieron una frugal comida, y al caer el sol salió de nuevo don Alvaro con su escudero. Habíale ofrecido Saldaña algunas buenas lanzas por si queria escolta con que mejor asegurar su intento; pero el jóven la rehusó prudentemente, haciéndole ver que el golpe era de astucia y no de fuerza, y que cuanto pudiese llamar la atencion, perjudicaria su éxito. Encaminóse pues, solo con su escudero á la orilla del Sil que cruzó por la barca de Villadepalos. Despues se internó en la dehesa que ocupaba entonces la mayor parte del fondo del Bierzo, y dando un gran rodeo para evitar el paso por Carracedo, tomó ya muy entrada la noche la vuelta de Villabuena.

CAPÍTULO X.

Tiempo es ya de que volvamos á doña Beatriz, cuya situacion era sin duda la mas violenta y terrible de todas. La agitacion nerviosa y calenturienta que le habia causado la terrible escena con su padre, y la inminencia del riesgo, le habian dado fuerzas para arrojarse á cualquier estremo á trueque de huir de los peligros que la amagaban, pero cuando Martina desapareció para llevar su mensage y aquella violenta agitacion se fué calmando para venir á parar por último en una especie de postracion, comenzó á ver su conducta bajo diverso aspecto, á temblar por lo que iba á suce-

der como habia temblado por lo pasado, y á encontrar mil dudas y tropiezos, donde su pasion solo habia visto antes resolucion y caminos llanos. Ningun empacho habia tenido el dia de su encierro en solicitar la entrevista de la iglesia, porque semejante paso solo iba encaminado á contener á su amante en los límites del deber, é inclinarle al respeto en todo lo que emanase de su padre. La paz de aquella tierra y la propia opinion la habian determinado á semejante paso; pero ahora tal vez para encender esta guerra, para confiarse á la proteccion de su amante, para arrojarse á las playas de lo futuro sin el apoyo de su padre, sin las bendiciones de su madre, era para lo que llamaba á don Alvaro. Aquel era su primer acto de rebelion, aquel el primer paso fuera del sendero trillado y hasta allí fácil de sus deberes, y la propension al sacrificio que descansa en el fondo de todas las almas generosas, no dejó tambien de levantarse para echarle en cara que atenta únicamente á su ventura, no pensaba en la soledad y afliccion que envenenarian los últimos dias de sus ancianos padres. Su pobre madre en particular tan enferma y lastimada se le representaba, sucumbiendo bajo el peso de su falta y estendiendo sus brazos á su hija que no estaba allí para cerrarle los ojos y recoger su último suspiro.

Si tales reflexiones se hubieran representado solas á su imaginacion, claro es que hubiesen dado en el suelo con todos sus propósitos; pero el vivo resentimiento que la violencia de su padre le causaba, y la frialdad de alma del conde, cuyos ruines propósitos ni aun bajo el velo de la cortesía habian llegado á encubrirse, le restituian toda la

presencia de ánimo que era menester en tan apurado trance. Y como entonces, no dejaba de aparecerse á su imaginacion la noble y dolorida figura de don Alvaro que venia á pedirle cuenta de sus juramentos y á preguntarle con risa sardónica qué habia hecho de su pasion, de aquella adoracion profunda, culto verdadero con que siempre la habia acatado, sus anteriores sentimientos al punto cedian á los que mas fácil y natural cabida habian hallado en su corazon. De esta manera dudas, temores, resolucion y arrepentimientos se disputaban aquel combatido y atribulado espíritu.

La vuelta de Martina que con tanta prontitud como ingenio habia desempeñado su árdua comision, la asustó mas que la alegró, porque era señal de que aquella tremenda crísis tocaba á su término. Contóle con alegria y viveza la muchacha todas las menudencias de su correría, y concluyó con la noticia de que aquella misma noche á las doce, don Alvaro entraria por la reja del agua en la huerta, y que entrambas se marcharian á donde Dios se la deparase con sus amantes, porque, como decia el señor de Bembibre, era aquel demasiado infierno para tres personas solas.

Doña Beatriz que habia estado paseando á pasos desiguales por la habitacion, cruzando las manos sobre el pecho de cuando en cuando, y levantando los ojos al cielo, se volvió entonces á Martina y le dijo con ceño:

—Y como loca, aturdida, le sugeriste semejante traza? Te parece á tí que son estos juegos de niño?

—A mi no contestó, con despejo la aldeana: á quien se lo parece es al testarudo de vuestro padre y al otro danzante de Galicia. Esos si que mi-

van como juego de niños echaros el lazo al pescuezo y llevaros arrastrando por ahí adelante. Miren que aliño de casa estaria, la muger llorando por los rincones y el marido por ahí urdiéndolas y luego regañando si le salen mal!

Doña Beatriz al oir esta pintura tan viva como exacta de la suerte que le destinaban, levantó los ojos al cielo retorciéndose las manos y Martina entre enternecida y enojada le dijo:

—Vamos, vamos, que ese caso no llegará Dios mediante! Con tantos pesares ya habeis perdido el color, ni mas ni menos que el otro que parece que le han desenterrado! Esta noche salimos de penas y vereis que corrida damos por esos campos de Dios. Una libra de cera he ofrecido á la vírgen de la Encina, si salimos con bien.

Todas estas cosas que á manera de torbellino salian de la rosada boca de aquella muchacha, no bastaron á sacar á doña Beatriz de su distraccion inquieta y dolorida. Llegó por fin la tarde y como no se dispusiese á salir de la celda, su criada le hizo advertir que mal podian ejecutar su intento sino iban á la huerta. Entonces la señora se levantó como si un resorte la hubiera movido, y como para desechar toda reflexion inoportuna, se encaminó precipitadamente al sitio de sus acostumbrados paseos.

Era la tarde purísima y templada y la brisa que discurria perezosamente entre los árboles, apenas arrancaba un leve susurro de sus hojas. El sol se acercaba al ocaso por entre nubes de variados matices, y bañaba las colinas cercanas, las copas de los árboles y la severa fábrica del monasterio de una luz cuyas tintas variaban, pero de

un tono general siempre suave y apacible. Las tórtolas arrullaban entre los castaños, y el murmullo del Cua. Tenia un no se qué de vago y adormecido que inclinaba el alma á la meditacion. Difícil era mirar sin enternecimiento aquella escena sosegada y melancólica, y el alma de doña Beatriz tan predispuesta de continuo á esta clase de emociones, se entregaba á ellas con toda el ánsia que sienten los corazones llagados.

Cierto era que con pocas alegrias podia señalar los dias que habia pasado en aquel asilo de paz, pero al cabo el cariño con que habia sido acogida y el encanto que derramaba en su pecho la santa calma del cláustro, tenian natural atractivo á sus ojos. ¿Quién sabe lo que le aguardaba el porvenir en sus regiones apartadas?... Doña Beatriz se sentó al pie de un álamo, y desde allí como por despedida tendia dolorosas miradas á todos aquellos sitios testigos y compañeros de sus pesares, á las flores que habia cuidado con su mano, á los pájaros para quienes habia traido cebo mas de una vez y á los arroyos, en fin que tan dulce y sonoramente murmuraban. Embebecida en estos tristes pensamientos no echó de ver que el sol se habia puesto y callado las tórtolas y pajarillos, hasta que la campana del convento tocó á las oraciones. Aquel son que se prolongaba por las soledades y se perdia entre las sombras del crepúsculo, asustó á doña Beatriz que lo escuchó como si recibiera un aviso del cielo, y volviéndose á su criada le dijo:

—¿Lo oyes, Martina? Esa es la voz de Dios que me dice: «Obedece á tu padre.» ¿Cómo he podido abrigar la loca idea de apelar á la ayuda de don Alvaro?

—¿Sabeis lo que yo oigo? replicó la muchacha con algo de enfado; pues es ni mas ni menos que un aviso para que os recojais á vuestra celda y tengais mas juicio y resolucion, procurando dormir un poco.

—Te digo, la interrumpió doña Beatriz, que no huiré con don Alvaro.

—Bien está, bien está, repuso la doncella, pero andad y decídselo vos, porque al que le vaya con la nueva, buenas albricias le mando. Lo que yo siento es haberme dado semejante priesa por esos caminos, que no hay hueso que bien me quiera, y á mí me parece que tengo calentura. Trabajo de provecho, asi Dios me salve!

En esto entraron en el convento, y Martina se fué á la celda de la hortelana, donde, contra las órdenes de su ama, hizo el trueque de llaves proyectado.

Las noches postreras de mayo duran poco, y asi no tardaron en oir las doce en el reló del convento. Ya antes que dieran, habia hecho su reconocimiento por los tenebrosos cláustros la diligente Martina, y entonces volviéndose á su ama, le dijo:

—Vamos, señora, porque estoy segura de que ya ha limado ó quebrado los barrotes, y nos aguarda como los padres del Limbo el santo advenimiento.

—Yo no tengo fuerzas, Martina, replicó doña Beatriz acongojada, mejor es que vayas tu sola y le digas mi determinacion.

—¿Yo, éh? respondió ella con malicia. Pues no era mala embajada! Muger soy y él un caballero de los mas cumplidos, pero mucho seria que

no me arrancase la lengua. Vamos, señora, añadió con impaciencia: poco conoceis el leon con quien jugais. Si tardais, es capaz de venir á vuestra misma celda y atropellarlo todo. Sin duda quereis perdernos á los tres!

Doña Beatriz no menos atemorizada que subyugada por su pasion, salió apoyada en su doncella y entrambas llegaron á tientas á la puerta del jardin! Abriéronla con mucho cuidado y volviendo á cerrarla de nuevo, se encaminaron apresuradamente hácia el sitio de la cerca por donde salia el agua del riego. Como la reja contemporánea de don Bernardo el Gotoso, estaba toda carcomida de orin, no habia sido difícil á un hombre vigoroso como don Alvaro, arrancar las barras necesarias para facilitar el paso desahogado de una persona, de manera que cuando llegaron ya el caballero estaba de la parte de adentro. Tomó silenciosamente la mano de doña Beatriz que parecia de hielo y la dijo:

—Todo está dispuesto, señora; no en vano habeis puesto en mí vuestra confianza.

Doña Beatriz no contestó y don Alvaro repuso con impaciencia.

—Qué haceis? Tanto tiempo os parece que nos sobra?

—Pero don Alvaro, preguntó ella, con sola la mira de ganar tiempo ¿á dónde quereis llevarme?

El caballero le esplicó entonces rápida, pero claramente, todo su plan tan juicioso como bien concertado, y al acabar su relacion, doña Beatriz volvió á guardar silencio. Entonces la zozobra y la angustia comenzaron á apoderarse del corazon de don Alvaro que tambien se mantuvo un rato

sin hablar palabra, fijos los ojos en los de doña Beatriz que no se alzaban del suelo. Por fin acallando en lo posible sus recelos, le dijo con voz algo trémula.

—Doña Beatriz, habladme con vuestra sinceridad acostumbrada. Habeis mudado por ventura de resolucion?

—Sí, don Alvaro, contestó ella con acento apagado y sin atreverse á alzar la vista: yo no puedo huir con vos sin deshonrar á mi padre.

Soltó él entonces la mano, como si de repente se hubiera convertido entre las suyas en una vívora ponzoñosa y clavándo en ella una mirada casi feroz, le dijo con tono duro y casi sardónico.

—¿Y qué quiere decir entonces vuestro dolorido y estraño mensaje?

—Ah! contestó ella con voz dulce y sentida, ¿de ese modo me dais en rostro con mi flaqueza?

—Perdonadme, respondió él, porque cuando pienso que puedo perderos, mi razon se estravía y el dolor llega á hacerme olvidar hasta de la generosidad. Pero decidme, ¡ah! decidme, continuó arrojándose á sus pies, que vuestros labios han mentido cuando asi queriais apartarme de vos. ¿No vais con vuestro esposo, con el esposo de vuestro corazon? Esto no puede ser mas que una fascinacion pasagera.

—No es sino verdadera resolucion.

—Pero lo habeis pensado bien? repuso don Alvaro. No sabeis que mañana vendrán por vos para llevaros á la iglesia y arrancaros la palabra fatal?

Doña Beatriz se retorció las manos lanzando sordos gemidos, y dijo:

—Yo no obedeceré á mi padre.

—Y vuestro padre os maldecirá, ¿no lo oisteis ayer de su misma boca?

—Es verdad, es verdad! esclamó ella espantada y revolviendo los ojos; él mismo lo dijo.—Ah! añadió en seguida con el mayor abatimiento, hágase entonces la voluntad de Dios y la suya.

Don Alvaro al oirla se levantó del suelo donde todavia estaba arrodillado como si se hubiese convertido en una barra de hierro ardiendo y se plantó en pié delante de ella con un ademan salvage y sombrío, midiéndola de alto á bajo con sus fulminantes miradas. Ambas mugeres se sintieron sobrecogidas de terror, y Martina no pudo menos de decir á su ama casi al oido.—¿Qué habeis hecho señora? Por fin don Alvaro hizo uno de aquellos esfuerzos que solo á las naturalezas estremadamente enérgicas y altivas son permitidos, y dijo con una frialdad irónica y desdeñosa que atravesaba como una espada el corazon de la infeliz:

—En ese caso, solo me resta pediros perdon de las muchas molestias que con mis importunidades os he causado, y rendir aqui un respetuoso y cortés homenage á la ilustre condesa de Lemus, cuya vida colme el cielo de prosperidad.

Y con una profunda reverencia se dispuso á volver las espaldas, pero doña Beatriz asiéndole del brazo con desesperada violencia le dijo con voz ronca.

—¡Oh! no asi, no asi, don Alvaro! Cosedme á puñaladas si quereis, que aqui estamos solos y nadie os imputará mi muerte, pero no me trateis de esa manera, mil veces peor que todos los tormentos del infierno!

—Doña Beatriz, quereis confiaros á mi?

—Oídme, don Alvaro, yo os amo, yo os amo mas que á mi alma, jamás seré del conde... pero, escuchadme, y no me lanceis esas miradas.

—Quereis confiaros á mí y ser mi esposa, la esposa de un hombre que no encontrará en el mundo mas múger que vos?

—Ah! contestó ella congojosamente y como sin sentido; sí con vos, con vos hasta la muerte; y entonces cayó desmayada entre los brazos de Martina y del caballero.

—Y qué haremos ahora? preguntó éste.

—¿Qué hemos de hacer? contestó la criada, sino acomodarla delante de vos en vuestro caballo y marcharnos lo mas á prisa que podamos. Vamos, vamos, ¿no habeis oido sus últimas palabras? Algo mas suelta teneis la lengua que mañosas las manos.

Don Alvaro juzgó lo mas prudente seguir los consejos de Martina, y acomodándola en su caballo con ayuda de Martina y Millan salió á galope por aquellas solitarias campiñas, mientras escudero y criada hacian lo propio. El generoso Almanzor, como si conociese el valor de su carga, parece qne habia doblado sus fuerzas y corria orgulloso y engreido, dando de cuando en cuando gozosos relinchos. En minutos llegaron como un torbellino al puente del Cua y atravesándolo comenzaron á correr por la opuesta orilla con la misma velocidad.

El viento fresco de la noche y la impetuosidad de la carrera habian comenzado á desvanecer el desmayo de doña Beatriz, que asida por aquel brazo á un tiempo cariñoso y fuerte, parecia trasportada á otras regiones. Sus cabellos sueltos por

la agitacion y el movimiento ondeaban al rededor de la cabeza de don Alvaro como una nube perfumada, y de cuando en cuando rozaban su semblante. Como su vestido blanco y ligero resaltaba á la luz de la luna mas que la obscura armadura de don Alvaro, y semejante á una exalacion celeste entre nubes, parecia y desaparecia instantáneamente entre los árboles, se asemejaba á una sílfide cabalgando en el hipógrifo de un encantador. Don Alvaro embebido en su dicha, no reparaba que estaban cerca del monasterio de Carracedo, cuando de repente una sombra blanca y negra se atravesó rápidamente en medio del camino y con una voz imperiosa y terrible gritó:

—¿Adonde vas, robador de doncellas? El caballo á pesar de su valentía se paró y doña Beatriz y su criada por un comun impulso, restituida la primera al uso de sus sentidos por aquel terrible grito, y la segunda casi perdido el de los suyos de puro miedo se tiraron inmediatamente al suelo. Don Alvaro bramando de ira, metió mano á la espada, y picando con entrambas espuelas, se lanzó contra el fantasma en quien reconoció con gran sorpresa suya al abad de Carracedo.

—Como así! le dijo en tono aspero: un señor de Bembibre trocado en salteador nocturno!

—Padre, le| interrumpió don Alvaro, ya sabeis que os respeto á vos y á vuestro santo hábito, pero por amor de Dios y de la paz dejadnos ir nuestro camino. No querais que manche mi alma con la sangre de un sacerdote del Altísimo.

—Mozo atropellado, respondió el monge, que no respetas ni la santidad de la casa del Señor;

¿cómo pudiste creer que yo no temeria tus desafueros y procuraria salirte al paso?

—Pues habeis hecho mal, replicó don Alvaro rechinando los dientes. Qué derecho teneis vos sobre esa dama ni sobre mí?

—Doña Beatriz, respondió el abad con reposo, estaba en una casa en que ejerzo autoridad legítima y de donde fraudulentamente la habeis arrancado. En cuanto á vos, esta cabeza calva os dirá mas que mis palabras.

Don Alvaro entonces se apeó y envainando su espada y procurando serenarse le dijo:

—Ya veis, padre abad, que todos los caminos de conciliacion y buena avenencia estaban cerrados. Nadie mejor que vos puede juzgar de mis intenciones, pues, que no ha muchos dias os descubrí mi alma como si os hablára en el tribunal de la penitencia, asi pues, sed generoso, amparad al afligido y socorred al fugitivo y no aparteis del sendero de la virtud y la esperanza, dos almas á quienes sin duda en la patria comun, unió un mismo sentimiento antes de llegar á la patria del destierro.

—Vos habeis arrebatado con violencia á una principal doncella del asilo que la guardaba, y este es un feo borron á los ojos de Dios y de los hombres.

Doña Beatriz entonces, se adelantó con su acostumbrada y hechicera modestia y le dijo con su dulce voz.

—No, padre mio, yo he solicitado su ayuda, yo he acudido á su valor; yo me he arrojado en sus brazos y heme aqui.

Entonces le contó rápidamente y en medio del arrebato de la pasion las escenas del locutorio, su

desesperacion, sus dudas y combates; y exaltándose con la narracion, concluyó asiendo el escapulario del monge con el mayor estremo del desconsuelo y esclamando:

—Oh padre mio, libradme de mi padre, libradme de este desgraciado á quien he robado su sosiego, y sobre todo, libradme de mí misma porque mi razon esta rodeada de tinieblas y mi alma se estravia en los despeñaderos de la angustia que hace tanto tiempo me cercan.

Quedóse todo entonces en un profundo silencio que el abad interrumpió por fin con su voz bronca y desapacible, pero trémulo á causa del involuntario enternecimiento que sentia.

—Don Alvaro, dijo, doña Beatriz se quedará conmigo para volver á su convento y vos tornareis á Bembibre.

—Ya que tratais de arrancarla de mis manos, debierais antes arrancarme la vida. Dejadnos ir nuestro camino y ya que no querais contribuir á la obra de amor, no provoqueis la cólera de quien os ha respetado aun en vuestras injusticias. Apartáos os digo, ó por quien soy que todo lo atropello, aun la santidad misma de vuestra persona.

—Infeliz! contestó el anciano, los ojos de tu alma están ciegos con tu loca idolatria por esta criatura. Hiéreme y mi sangre irá en pos de tí gritando venganza como la de Abel.

Don Alvaro fuera de sí de enojo se acercó para arrancar á doña Beatriz de manos del abad, usando si preciso fuese de la última violencia, cuando ésta se interpuso y le dijo con calma:

—Detenéos don Alvaro todo esto no ha sido

mas que un sueño de que despierto ahora, y yo quiero volverme á Villabuena, de donde nunca debí salir.

Quedóse don Alvaro yerto de espanto y como petrificado en medio de su colérico arranque y solo acertó á replicar con voz sorda.

—A tanto os resolveis?

—A tanto me resuelvo, contestó ella.

—Doña Beatriz, esclamó don Alvaro con una voz que parecia querer significar á un tiempo las mil ideas que se cruzaban y chocaban en su espiritu; pero como si desconfiase de sus fuerzas se contentó con decir.—Doña Beatriz... adios! Y se dirijió adonde estaba su caballo con precipitados pasos.

La desdichada señora rompió en llanto y sollozos amarguísimos, como si el único eslabon que la unia á la dicha, se acabase de romper en aquel instante. El abad entonces penetrado de misericordia se acercó rápidamente á don Alvaro y asiéndole del brazo le trajo como á pesar suyo delante de doña Beatriz.

—No os partireis de ese modo, le dijo entonces, no quiero que salgais de aqui con el corazon lleno de odio. ¿No teneis confianza, ni en mis canas, ni en la fé de vuestra dama?

—Yo solo tengo confianza en las lanzas moras y en que Dios me concederá una muerte de cristiano y de caballero.

—Escúchame, hijo mio, añadió el monge con mas ternura de la que podia esperarse en su carácter adusto y desabrido; tú eres digno de suerte mas dichosa y solo Dios sabe como me atribulan tus penas. Gran cuenta darán á su justicia los

que asi destruyen su obra, yo que soy su delegado aqui y ejerzo jurisdicion espiritual, no consentiré en ese malhadado consorcio, manantial de vuestra desventura. He visto que premio dan á tu hidalguia y en mi encontrarás siempre un amparo. Tú eres la oveja sola y estraviada, pero yo te pondré sobre mis hombros y te traeré al redil del consuelo.

—Y yo, repuso doña Beatriz, renuevo aqui delante de un ministro del altar el juramento que tengo ya hecho y de que no me hará perjurar ni la maldicion misma de mi padre. ¡Oh don Alvaro! por qué quereis separaros de mí en medio de vuestra cólera? Nada os merecen las persecuciones que he sufrido y sufro por vuestro amor? ¿Es esa la confianza que poneis en mi ternura? ¿Cómo nó veis que si mi resolucion pareee vacilar es que mis fuerzas flaquean y mi cabeza se turba en medio de la agonía que sufro sin cesar, yo, desdichada muger, abandonada de los mios, sin mas amparo que el de Dios y el vuestro?

El despecho de don Alvaro se convirtió en enternecimiento, cuando vió que el descubrimiento del abad y el inesperado cambio de doña Beatriz se trocaban en bondad paternal y en tiernas protestas. Su índole natural era dulce y templada, y aquella propension á la cólera y á la dureza que en él se notaba hacia algun tiempo, provenia de las contrariedades y sinsabores que por todas partes le cercaban.

—Bien veis, venerable señor, dijo al abad, que mi corazon no se ha salido del sendero de la sumision, sino cuando la iniquidad de los hombres me ha lanzado de él. Han querido arrebatármela y eso

es imposible, pero si vos quereis mediar y me ofreceis que no se llevará á cabo ese casamiento abominable, yo me apartaré de aqui como si hubiera oido la palabra del mismo Dios.

—Toca esta mano á que todos los dias baja la magestad del cielo replicó el monge, y vete seguro de que mientras vivas y doña Beatriz abrigue los mismos sentimientos, no pasará á los brazos de nadie, ni aunque fueran los de un rey.

—Doña Beatriz dijo acercándose á ella y haciendo lo posible por dominar su emocion; yo he sido injusto con vos y os ruego que me perdoneis. No dudo de vos, ni he dudado jamás; pero la desdicha amarga y trueca las índoles mejores. Nada tengo ya que deciros, porque ni las lágrimas, ni los lamentos, ni las palabras os revelarian lo que está pasando en mi pecho. Dentro de pocos dias partiré á la guerra que vuelve á encenderse en Castilla. A Dios, pues, os quedad, y rogadle que nos conceda dias mas felices.

Doña Beatriz reunió las pocas fuerzas que le quedaban para tan doloroso momento y acercándose al caballero, se quitó del dedo una sortija y la puso en el suyo diciéndole:

—Tomad ese anillo prenda y símbolo de mi fé pura y acendrada como el oro; y en seguida cogiendo el puñal de don Alvaro, se cortó una trenza de sus negros y largos cabellos que todavia caian desechos por sus hombros y cuello y se la dió igualmente. Don Alvaro besó entrambas cosas y la dijo:

—La trenza la pondré dentro de la coraza al lado del corazon, y el anillo no se apartará de mi dedo; pero si mi escudero os devolviese algun

dia entrambas cosas, rogad por mi eterno descanso.

—Aunque asi fuera os aguardaré un año, y pasado él me retiraré á un convento.

—Acepto vuestra promesa, porque si vos murieseis igualmente, ninguna muger se llamaria mi esposa.

—El cielo os guarde, noble don Alvaro; pero no os entregueis á la amargura. Cuidad que la esperanza es una virtud divina.

Estas parece que debian ser sus últimas palabras; pero lejos de moverse parecian clavados en la tierra, y sujetos por su recíproca y dolorosa mirada, hasta que por fin movidos de un irresistible impulso, se arrojaron uno en brazos de otro, diciendo doña Beatriz en medio de un torrente de lágrimas:

—Si, si, en mis brazos aquí junto á mi corazon.... que importa que este santo hombre lo vea... antes ha visto Dios la pureza de nuestro amor.

Asi estuvieron algunos instantes, como dos puros y cristalinos rios que mezclan sus aguas, al cabo de los cuales se separaron, y don Alvaro montando á caballo, despues de recibir un abrazo del abad, se alejó lentamente volviendo la cabeza atrás hasta que los árboles lo ocultaron. Millan se quedó por disposicion de su amo, para acompañar á doña Blanca y á su criada á Villabuena. El anciano entonces dió un corto silbido, y un monge lego, que estaba escondido tras de unas tapias, se presentó al momento. Díjole algunas palabras en voz baja, y al cabo de poco tiempo se volvió con la litera del convento, conducida por dos poderosas mulas. Entraron en ella ama y criada: retiró-

se el lego: asió Millan de la mula delantera, montó el abad en su caballo, y emprendieron de esta suerte el camino de Villabuena, adonde llegaron todavia de noche. Por la brecha de la reja volvieron á entrar las fugitivas, y Martina casi en brazos condujó á su señora á la habitacion, en tanto que el abad daba la vuelta á Carracedo, mas satisfecho de su prudencia, con la cual todo se habia remediado sin que nada se supiese, que su pedestre acompañante del término de su aventura nocturna.

Al dia siguiente cuando los criados del conde, y del señor de Arganza, fueron al convento llevando los presentes de boda, encontraron á doña Beatriz atacada de una calentura abrasadora, perdido el conocimiento, y en medio de un delirio espantoso.

CAPÍTULO XI.

Estraño parecerá tal vez á nuestros lectores, que tan á punto estuviese el abad de Carracedo, para destruir los planes de felicidad de don Alvaro y doña Beatriz, por quien suponemos que no habrá dejado de interesarse un poco su buen corazon, y sin embargo es una cosa natural. Cuando el señor de Bembibre se despidió de él en su primera entrevista, su resoluccion y sus mismas palabras le dieron á entender que su energía natural estímulada por la violenta pasion que le dominaba, no retrocederia delante de ningun obstá-

culo, ni se cansaria de inventar planes y ardides. Era doña Beatriz su hija de confesion, y todas las cosas á ella pertenecientes excitaban su cuidado y solicitud; pero desde su ida á Villabuena por honor de una casa de su órden y que estaba bajo su autoridad, su vigilancia se habia redoblado y no sin fruto. Un criado de Carracedo, habia visto un aldeano montar en un sobervio caballo en uno de los montes cercanos á Villabuena y salir con uno al parecer escudero, por trochas y veredas, como apartándose de poblado. Lo estraño del caso, le movió á contárselo al abad, y este por las señas y la direccion que llevaba conoció que don Alvaro rondaba los alrededores y que en vista de la insistencia del conde de Lemus, trataria tal vez de robar á su amante. Comunicó, pues, sus órdenes á todos los guarda bosques del monasterio, y al barquero de Villadepalos (pues la barca era del monasterio) tambien para que acechasen todo con vigilancia, y le diesen parte inmediatamente de cuanto observasen. La escapatoria de la discreta y aguda Martina, sin embargo, no llegó á sus oidos; pero la venida de don Alvaro de Cornatel, el estudiado rodeo que le vieron tomar los guardas para apartarse del convento, y sobre todo la idea de que al siguiente dia espiraba el plazo señalado á doña Beatriz, fueron otros tantos rayos de luz que le indicaron aquella noche como la señalada para la ejecucion del atrevido plan. Suponiendo con razon que Cornatel fuese el punto destinado para la fuga, hizo retirar la barca al otro lado y como el Sil iba crecido con las nieves de las montañas que se derretian, y no se podia vadear; desde luego se aseguró que su plan no saldria falli-

do. Cierto es que don Alvaro podia llevarse á doña Beatriz á Bembibre, ó cruzar el rio por el puente de Ponferrada, en cuyo caso burlaria sus afanes; pero ambas cosas ofrecian tales inconvenientes que sin duda debian arredrar á don Alvaro. El puente estaba fortificado y sin órden del maestre nadie hubiera pasado por él á hora tan desusada, cosa que nuestro caballero deseaba sobre todo evitar. Así pues las redes del prelado estaban bien téndidas, y el resultado de la tentativa de don Alvaro fué el que por su desdicha debiera de ser necesariamente.

Como quiera no creia el buen religioso que la pasion de doña Beatriz hubiese echado en su alma tan hondas raices, ni que á tales estremos la impeliese el deseo de huir un matrimouio aborrecido. Acostumbrado á ver doblegarse á todas las doncellas de alto y bajo nacimiento delante de la autoridad paterna, imaginaba que solo una fascinacion pasagera podia mover á doña Beatriz á semejante resolucion, y cabalmente las consecuencias de esta falta fueron las que se propuso atajar. Pero cuando por sus ojos vió la violencia de aquel contrariado afecto y el manantial de desdichas que podia abrir la obstinacion del señor de Arganza, determinó oponerse resueltamente á sus miras. Su corazon, aunque arrebatado de fanático celo, no habia desechado, sin embargo, ninguno de aquellos generosos impulsos, propios de su clase y estado, y ademas queria á doña Beatriz con ternura casi paternal. En el secreto de la penitencia, aquella alma pura y sin mancha se le habia presentado en su divina desnudez y cautivado su cariño, como era inevitable. Por otra parte bien

veia que don Alvaro, caballero y pundonoroso, si en aquella época los habia, solo acosado por la desesperacion y la injusticia, se lanzaba á tan violentos partidos. Asi pues, al dia siguiente muy temprano salió á poner en ejecucion su noble propósito, cosa de que con gran pesadumbre suya le escusó la enfermedad de doña Beatriz, que todo lo retardó por sí sola. No le pareció justo entonces amargar la zozobra del señor de Arganza, que ya empezaba á recoger el fruto de sus injusticias, pero no cejó ni un punto de lo que tenia determinado.

Don Alvaro por su parte desde Carracedo se fué en derechura á Ponferrada, donde llegó antes de amanecer, pero no queriendo alborotar á nadie á hora tan intempestiva, y con el objeto de recobrarse antes de presentarse á su tio, estuvo vagando por las orillas del rio hasta que los primeros albores del dia trocaron en su natural color las pálidas tintas de que revestia la luna las almenas y torreones de aquella magestuosa fortaleza. Entró entonces en ella, y con la franqueza propia de su carácter, aunque exigiéndole antes su palabra de caballero de guardar su declaracion en el secreto de su pecho y no tomar sobre lo que iba á saber providencia alguna, contó á su tio todos los sucesos del dia anterior. Escuchóle el anciano con vivo interés, y al acabar le dijo:

—Buen valedor has encontrado en el abad de Carracedo, y la desgracia te ha traido al mismo punto en que yo quise ponerte cuando aun no se habia desencadenado esta tormenta. Yo conozco al abad, y por mucha que sea la enemiga y el rencor con que mira á nuestra caballería, su alma

es recta y no se apartará de la senda de la verdad.—Pero Saldaña!.... añadió con pesadumbre; uno de los ancianos de nuestro pueblo, encanecido en los combates, prestar su ayuda, y lo que es mas el castillo que gobierna á semejantes propósitos! Consentir que atravesase una muger los umbrales del Temple, cuando hasta el beso de nuestras madres y hermanas nos está vedado!

Don Alvaro intentó disculparle.

—No, hijo mio, contestó el maestre, esto que contigo ha hecho por el cariño que te tiene, hubiera él hecho igualmente por un desconocido, con tal que de ello resultase crecimiento á nuestro poder y menoscabo al de nuestros enemigos. Harto conocido le tengo: su alma iracunda y soberbia se ha exasperado con nuestras desdichas, y solo sueña en propósitos de ambicion y en medios puramente humanos para restaurar nuestro decoro. En sus ojos todos son buenos si conducen á este fin. En el se ofrece viva y de manifiesto la decadencia de nuestra órden!

Don Alvaro dijo entonces á su tio que pensaba partir al punto á Castilla, y el anciano se lo aprobó, no solo porque como señor mesnadero estaba obligado á servir al rey en la ocasion que se ofrecia, sino tambien con el deseo de que los peligros y azares de la guerra que tan bien cuadraban á su carácter, le divirtiesen de sus sinsabores y pesares. Por esta vez su bandera, compañera inseparable de la del Temple, tenia que ir sola en busca del enemigo; pues los caballeros recelosos con sobrado fundamento de la potestad real, y pendientes del giro que tomasen en el vecino reino de Francia los atropellos cometi-

des en la persona de su maestre ultramarino y demas caballeros, juzgaron prudente mantenerse neutrales en la guerra intestina de que iba á ser teatro la desventurada Castilla.

Al dia siguiente salió don Alvaro de Bembibre camino de Carrion con parte de su mesnada, dejando el cuidado de conducir la otra parte á Melchor Robledo, uno de sus oficiales; y su castillo, en manos de los caballeros templarios de Ponferrada. En tanto que allá llega y se junta la hueste del rey don Fernando IV, forzoso será que demos á nuestros lectores alguna idea de las nuevas turbulencias que en diversos sentidos llamaban á los pueblos y á los ricos hombres, á las armas.

La familia de los Laras, poderosísima en Castilla, tenia vinculados en su casa la turbulencia y el desasosiego, no menos que la nobleza y la opulencia. El gefe actual de este linage don Juan Nuñez de Lara habia estado largo tiempo desnaturalizado de Castilla, y entrado en ella á mano armada cuando la gloriosa reina doña Maria tenia las riendas del gobierno; pero desbaratado su escuadron por don Juan de Haro, cayó en poder de la reina prisionero. Despojáronle entonces de todos sus castillos y heredades, pero poco tardaron en volvérselas, y para sellar mas fuertemente esta avenencia le hicieron mayordomo del rey, puesto el mas aventajado y codiciado de su casa. Corrian, empero, los tiempos tan turbios y alterados, y el carácter del Nuñez de Lara era tan enojadizo y revoltoso, que todas estas mercedes no fueron bastantes á corregir sus malas propensiones. El infante don Juan, que tan funesto nombre ha dejado en nuestra historia para servir de sombra y de

contraste á la resplandeciente figura de Guzman el Bueno, mal hallado con la pérdida de su soñado reino de Leon, tardó poco en trabar con él amistad y alianza, deseoso de fundar en ella sus pretensiones al señorio de Vizcaya, que pertenecia á su muger doña María Diaz de Haro, como heredera de su padre el conde don Lope, pero que sin embargo, no habia salido de las manos de don Diego su tio, poseedor de él á la sazon. Era este pleito muy ajeno y dificil de componer y pocos señores ademas lo deseaban sinceramente, porque con semejantes bandos y desavenencias el poder de la corona se enflaquecia al compas de sus usurpaciones y desafueros, y no llegaba el caso de poner coto á este gérmen de debilidad que atacaba el corazon del estado. Las revueltas de la menor edad del rey, habian enseñado á los señores, el camino de la rebelion, y asi el brazo como el discurso del rey, eran ambos flojos en demasia para atajar tan grave daño.

A pesar de todo por la discrecion y habilidad de la reina doña Maria llegó á sosegarse la diferencia de don Diego de Haro, y del infante don Juan, entregando aquel el señorío de Vizcaya á su sobrina dona Maria Diaz, y recibiendo este en trueque las villas de Villalba y Miranda; pero el rey, cuyo natural ligero y poco asentado fué causa gran número de veces de que se desgraciasen muy sabias combinaciones políticas, escluyó de esta avenencia y concierto, en que mediaron los principales señores de su corona, á su mayordomo don Juan Nuñez de Lara con quien comenzaba á disgustarse y desabrirse. Segun era de esperar de sus fueros y altaneria, miróle Lara, como un ultra-

je sangriento y despidiéndose del rey con palabras asperas y descomedidas, fuese á encerrar en Tordehumos, lugar fuerte. Repartió su gente por Iscar, Montejo y otros lugares, y poveyéndose de armas, víveres y pertrechos, se preparó á arrostrar la cólera del rey.

Este por su parte no menos resentido de las demasias de don Juan Nuñez, despues de tener consejo con los suyos envió á requerirle con un caballero que pues tan mal sabia agradecer sus mercedes, saliese al punto de la tierra y le entregase las villas de Moya y Cañete en que le heredára poco antes. Contestóle don Juan Nuñez con su acostumbrada insolencia que no saldria de una tierra donde era tan natural como el mas natural de ella, y que en cuanto á las villas harto bien ganadas las tenia. Con esto el rey juntó sus tropas y se preparó á cercarle en Tordehumos.

A pesar de estas disensiones, tanto el monarca como los señores del partido de Lara estaban acordes en un punto: el odio á los templarios, y sobre todo en el deseo de repartirse sus despojos. Cierto es que el rey no habia recibido daño de la órden en las pasadas turbulencias y que los caballeres se habian mantenido neutrales cuando menos, durante aquella época azarosa pero no lo es menos que un miembro de ella, el comendador Martin Martinez, habia entregado al infante don Juan, el castillo y plaza del puente de Alcántara. El rey sin embargo tuvo mas en cuenta este hecho aislado que el comportamiento decoroso de toda la órden y por otra parte el deseo de reparar con sus bienes los descalabros de la corona, y de acallar con ellos la codicia de sus ricos hombres acabaron de

inclinar la balanza de su ánimo en contra de tan ilustre milicia. No obstante como el papa Clemente IV no acababa de fulminar sus anatemas, ni se atrevia á tomar bajo su proteccion á aquella tan perseguida caballeria, estaban los ánimos en suspenso y con la espada á medio sacar de la baina. De todas maneras no se cesaba un punto de minar en la opinion los cimientos del Temple y de urdir sordas cábalas para el dia en que hubiesen de romperse las hostilidades. El infante don Juan centro de todas ellas, no reposaba un momento, y como dejamos ya indicado, los proyectos del conde de Lemus y las amarguras de doña Beatríz y de don Alvaro eran obra de aquellas manos, que así asesinaban en la cuna los niños inocentes, como las esperanzas mas santas y legítimas. Los templarios eran dueños de las entradas de Galicia por la parte del puerto de Piedrafita, Valdeorres, con los castillos de Cornatel y del Valcarce. Las fortalezas de Corullon, Ponferrada, Bembibre dominaban las llanuras mas pingües del pais y por otra parte si las casas de Yañez y Osserio llegaban á enlazarse, sus numerosos vasallos montañeses de las fuentes del Baeza y del Burbia cerrarian gran porcion de entradas y desfiladeros y harian casi inespugnable la posicion de la órden en aquella comarca. Harto claro veian esto el infante y los suyos y de ahí nacian las persecuciones del conde que lejos de venir á la jornada de Tordehumos, se quedó en los confines de Galicia y en el Bierzo, así para llevar adelante su particular propósito, como para juntar fuerzas contra los templarios con quienes parecia inevitable un rompimiento.

Encontróse pues, solo don Alvaro en medio de

la hueste de Castilla, ó por mejor decir, acompañado de la natural ojeriza y recelo que inspiraba su alianza estrecha y sincera con el Temple, su valor, su destreza en las armas, y la nombradía que habia sabido alcanzarse de antemano. Por fin junto el ejercito real, y completa ya la gente del señor de Bembibre que con el segundo tercio acaudillado por Robledo, se le habia incorporado; moviéronse de Carrion y fueron á ponerse sobre Tordehumos con grandes aprestos, bagajes y máquinas de guerra.

CAPÍTULO XII.

Justamente el señor de Bembibre se alejaba del Bierzo cuando la fiebre se cebaba en doña Beatriz con terrible saña, y la infeliz le llamaba á gritos en medio de su delirio. ¿Quién le dijera á él cuando en lo mas alto de la sierra que divide al Bierzo de los llanos de Castilla volvió su caballo para mirar otra vez aquella tierra cuyos recuerdos llenaban su corazon, quien le dijera que aquella doncella angelical su único amor y su única esperanza para el porvenir, yacia en el lecho del dolor mirando con ojos encendidos y estraviados á cuantos la rodeaban y consumidos sus delicados miembros por el ardor de la calentura? Tal era sin embargo la tremenda realidad, y mientras la cuchilla de la muerte amagaba á la una, corria el otro por su parte á innumerables riesgos y peligros.

Asi de dos hojas nacidas en el mismo ramo y mecidas por el mismo viento cae la una al pie del árbol paterno, en tanto que la compañera vuela con las ráfagas del otoño á un campo desconocido y lejano.

Figúrense nuestros lectores la consternacion que causaria en Arganza la triste noticia de la enfermedad de su única heredera. Doña Blanca por la primera vez de su vida soltó la compresa á su dolor y á sus quejas, y se desató en reproches é invectivas contra la obstinacion de su esposo y contra los planes que asi amenazaban aquella criatura tan querida, en términos que aun al conde á pesar de la hospitalidad le alcanzó parte de su cólera. Inmediatamente declaró su resolucion de ir á Villabuena á pesar de sus dolencias, y de asistir á su hija, y don Alonso temeroso de causar una nueva desgracia contrariándola en medio de su agitacion, ordenó que en una especie de silla de manos la trasladasen al monasterio. En cuanto llegó sus miembros casi paralíticos parecieron desatarse, y sus dolores habituales cesaron, por manera que todos estaban maravillados de verlo. ¡Admirable energia la del amor maternal, santo destello del amor divino que para todo encuentra fuerzas y jamás se cansa de los sacrificios y fatigas mas insoportables!

Doña Beatriz no conoció ya á su madre aunque sus miradas se clavaban incesantemente en ella y parecia poner atencion á todas las palabras de ternura que de sus labios salian, pero era aquella especie de atencion á un tiempo intensa y distraida que se advierte en los locos. Su delirio tenia fases muy raras y diversas: á veces era tran-

quilo y melancólico y otras lleno de convulsiones y de angustias. El nombre de su padre y el de su amante eran los que mas frecuentemente se le escapaban, y aunque el del conde se le escuchaba alguna vez, siempre era tapándose la cara con las sábanas ó haciendo algun gesto de repugnancia.

Un monge anciano de Carracedo muy versado en la física y que conocia casi todas las plantas medicinales que se crian por aquellos montes, estaba constantemente á su cabecera observando los progresos del mal, y habia ya propinado á la enferma varias bebidas y cordiales; pero el mal, lejos de ceder, parecia complicarse y acercarse á una crisis temible. Una noche en que su tia, su madre y el buen religioso estaban sentados al rededor de su lecho, se incorporó, y mirando á todas partes con atencion, se fijó en la escasa luz de una lámpara que en lo mas apartado de la pieza lanzaba trémulos y desiguales resplandores. Estuvo un rato contemplándola y luego preguntó con una voz débil pero que nada había perdido de su armonioso metal:

—Es la luz de la luna?... pero yo no la veo en las ondas del rio..... tampoco la dicha baja del cielo para regocijar nuestros corazones!— Aquí dió un profundo suspiro y luego esclamó vivamente;—No importa, no importa; desde el firmamento nos alumbrará... si, si, venga tu caballo moro!..... ay! me parece que he perdido la vida y que un espíritu me lleva por el aire, pero los latidos de tu corazon han despertado el mio! voy á perder el juicio de alegria, déjame cantar el salmo del contento. «Al salir Israel

de Egipto»..... pero mi madre, mi pobre madre, esclamó con pesadumbre: ¡ah! yo la escribiré y, y cuando sepa que soy feliz se alegrará tambien!

Sonrióse entonces melancólicamente, pero cambiando al punto de ideas gritó desaforadamente con espanto y arrojándose fuera de la cama con una violencia tal, que la abadesa y su madre apenas podian sugetarla.—La sombra! la sombra! ¡ay! yo he caido del cielo!.... quién me levantará?..... adios!.... no vuelvas la cabeza atras para mirarme que me partes el corazon ¡Ya se ha perdido entre los árboles!...... ahora es cuando debo morirme.... alma cristiana, prepara tu ropa de boda y ve á encontrar tu celestial esposo!

Entonces fatigada cayó otra vez sobre las almohadas en medio de las lágrimas de las dos señoras, y comenzó á respirar con mucha congoja y anhelo. El monge le tomó entonces el pulso y mirándole á los ojos con mucha atencion, se fué á sentar á un estremo de la celda con aire abatido y meneando la cabeza. Doña Blanca que lo vió se arrojó de rodillas en un reclinatorio que allí habia y asiendo un crucifijo que sobre él estaba y abrazándolo estrechamente esclamaba con una voz ronca y ahogada.

—¡Oh Dios mio; no á ella, no á ella, sino á mi! es mi hija unica ¡yo no tengo otra hija! vedla, señor, tan jóven, tan buena y tan hermosa! ¡tomad mi vida! ved que no son mi lágrimas las solas que correrán por ella, porque es un vaso de bendicion en quién se paran los ojos de todos ¡oh señor! oh señor ¡misericordia!

La abadesa que á pesar de que mas necesidad

tenia de consuelos que poder para darlos, acudió á sosegar á su hermana diciéndole que si asi se abandonaba á su dolor, mal podia aprovechar las pocas fuerzas que le quedaban para asistir á su hija. Surtió este consejo el efecto deseado; pues doña Blanca con esta idea se serenó muy pronto, tal era el miedo que tenia á verse separada de su hija.

En tal estado se pasaron algunos dias, durante los cuales no cesaron las monjas de rogar á Dios por la salud de doña Beatriz. Hubo que establecer una especie de turno para la asistencia, pues todas á la vez querian quedarse para velarla y asistirla. El luto parecia haber entrado en aquella casa sin aguardar á que la muerte le abriese camino. Sin embargo despues de doña Blanca nadie estaba tan atribulada como Martina, de cuyo lindo y alegre semblante habian desaparecido los colores tan frescos y animados que eran la ponderacion de todos. Por lo que hace al señor de Arganza que apesar de sus rigores amaba con verdadera pasion á su hija, oprimido por el doble peso del pesar y del remordimiento, apenas se atrevia á presentarse por Villabuena, pero pasaba dias y noches sin gozar un instante de verdadero reposo y á cada paso estaba enviando expresos que volvian siempre con nuevas algo peores.

Por fin el medico declaró que su ciencia estaba agotada y que solo el celestial podria curar á doña Beatriz. Entonces se le administró la extremauncion, porque como no habia recobrado el conocimiento, no pudo dársele el viático. La comunidad toda deshecha en lágrimas acudió á la ceremonia y cada una se despidió en su interior

de aquella tan cariñosa y dulce compañera, que en medio de los sinsabores que la habian cercado de contínuo, mientras habia vivido en el convento, no habia dado á nadie el mas leve disgusto.

No hubo fuerzas humanas que arrancasen á doña Blanca del lado de su hija la noche que debia morir; asi pues, hubieron de consentir en que presenciase el doloroso trance. Hácia media noche, sin embargo, doña Beatriz pareció volver en sí del letargo que habia sucedido á la agitacion del delirio, y clavando los ojos en su fiel criada le dijo en voz casi imperceptible.

—¿Eres tú, pobre Martina? ¿Dónde está mi madre? Me pareció oir su voz entre sueños!

—Bien os parecia, señora, replicó la muchacha reprimiéndose por no dejar traslucir la alegria tal vez infundada y loca que con aquellas palabras habia recibido: mirad al otro lado, que ahí la teneis.

Doña Beatriz volvió entonces la cabeza, y sacando ambos brazos tan puros y bien formados no hacia mucho, y entonces tan descarnados y flacos, se los echó al cuello y apretándola contra su pecho con mas fuerza de la que podia suponerse, esclamó prorrumpiendo en llanto:

—Madre mia de mi alma! madre querida!

Doña Blanca fuera de sí de gozo, pero procurando reprimirse, le respondió.

—Si, hija de mi vida, aquí estoy: pero serénate que todavía estás muy mala, y eso puede hacerte daño.

—No lo creais, replicó ella, no sabeis cuanto me alivian estas lágrimas, únicas dulces que he vertido hace tanto tiempo. Pero vos estais mas

flaca que nunca.... ah! sí, es verdad! todos hemos sufrido tanto! Y vos tambien, tia mia! Y mi padre dónde está?

—Pronto vendrá, replicó doña Blanca: pero vamos, sosiégate amor mio, y procura descansar.

Doña Beatriz, sin embargo, siguió llorando y sollozando largo rato: tantas eran las lágrimas que se habian helado en sus ojos y oprimian su pecho. Por fin rendida del todo, cayó en un sueño profundo y sosegado, durante el cual rompió en un abundante sudor. El anciano se acercó entonces á ella, y reconociendo cuidadosamente su respiracion igual y sosegada y su pulso, levantó los ojos y las manos al cielo, y dijo:—Gracias te sean dadas á tí, Señor, que has suplido la ignorancia de tu siervo y la has salvado.

Y cogiendo á doña Blanca, atónita y turbada, de la mano, la llevó delante de una imagen de la vírgen y arrodillándose con ella, empezó á rezar la Salve en voz baja pero con el mayor fervor. La abadesa y Martina imitaron su ejemplo, y cuando acabaron, entrambas hermanas se arrojaron una en los brazos de otra, y doña Blanca pudo tambien desahogar su corazon oprimido.

El sueño de la enferma duró hasta muy entrada la mañana siguiente, y en cuanto se despertó y el médico volvió á asegurar que ya habia pasado el peligro, las campanas del convento comenzaron á tocar á vuelo y en el monasterio fué un dia de gran fiesta. Don Alonso volvió á ver á su hija, pero aunque no habia renunciado á su plan tanto por la palabra empeñada, cuanto por lo mucho que lisongeaba su ambicion, resolvió no violentar su voluntad siguiendo en esto los impul-

sos de su propio corazon y los consejos del prelado de Carracedo. El conde por su parte, aunque momentáneamente, se alejó del pais, y de todas maneras doña Beatriz no esperimentó al salir de la enfermedad ningun género de contrariedad ni persecucion. Sin embargo, la convalecencia parecia ir larga, y como el monasterio podia traerle á la imaginacion mas facilmente las desagradables escenas de que habia sido teatro, por órden del monge de Carracedo que con tan paternal solicitud la habia asistido, la trasladaron á Arganza, donde todos los recuerdos eran mas apacibles y consoladores. El pueblo entero que la habia contado por muerta la recibió como nuestros lectores pueden figurarse con fiestas, bailoteos y algazaras que la esplendidez del señor hacia mas alegres y animados. Hubo su danza y loa correspondiente, un mayo mas alto que una torre, y por añadidura una especie de farsa medio guerrera, medio venatoria, dispuesta y acaudillada por nuestro amigo Nuño el montero, que aquel dia parecia haberse quitado veinte años de encima. Por lo que toca al rollizo Mendo, se alegró tanto de la vuelta de Martina, que no parecia sino que la taimada aldeana le correspondia decididamente. Muchos fueron los tragos y tajadas con que la celebró, pero si hubiera tenido noticia de sus escapatorias nocturnas, y sobre todo de la última, probablemente no se libra de una indigestion. De todas maneras la ignorancia le hacia dichoso como á tantos otros, y como él se convertia en sustancia todas las burlas y aun bufidos de la linda doncella, estaba que no cabia en su pellejo, harto estirado ya por su gordura. Añádase á esto que la ma-

la sombra de Millan andaba lejos rompiéndose la crisma contra las murallas de Tordehumos y que Martina volvia mas interesante con la ligera palidez que le habian causado sus vigilias y congojas, y tendremos completamente esplicado el regocijo del buen palafrenero.

CAPÍTULO XIII.

Volvamos ahora á don Alvaro, que bien ageno de semejantes sucesos, habia llegado á Tordehumos con la hueste del rey. Este pueblo que don Juan Nuñez habia provisto y reparado con la mayor diligencia, está en la pendiente de una colina dominada por un castillo, y no lejos pasa el rio llamado Rioseco. La posicion es buena: las murallas estaban entonces en el mejor estado: la guarnicion era valerosa y suficiente y su gefe diestro, esperimentado y valiente. Ya en otro tiempo le habia sitiado el rey en Aranda, de donde se salió á despecho de su cólera, y esta memoria le daba aliento para desafiarle desde Tordehumos, lugar mas acomodado á la defensa. Tenia ademas la fundada esperanza de que nunca llegarian á estrecharle hasta el estremo, porque conservaba en el campo enemigo inteligencias y valimiento de que fiaba no menos que de su valor, el éxito de la empresa. El infante don Juan, aunque servia bajo las banderas de su sobrino, no por eso habia desatado los antiguos vínculos de amistad que le unian

con el de Lara, antes entre sus enemigos era donde pensaba servirle mejor; ruin manejo que solo cabia en la doblez de aquel alma villana. Hernan Ruiz de Saldaña, Pero Ponce de Leon y algunos otros principalcs señores tambien estaban en el plan, si bien no encubrian sus pensamientos ni conducta bajo el manto de celo hipócrita por los intereses del rey en que se cobijaba el infante don Juan. Asi es que el cerco emprendido con gran calor, iba aflojándose y entibiándose de dia en dia con gran pesadumbre del rey, que no tardó mucho en caer en la cuenta de su daño.

Como quiera, los caballeros mas afectos à su persona, ó mas leales no dejaban de pelear con ardor en las frecuentes salidas que hacian los sitiados, y don Alvaro que por su aislamiento ignoraba parte de estas tramas, y que por la rectitud de sus sentimientos era incapaz de entrar en ellas. andaba entre los que mas se distinguian. Sucedió, pues, que una noche saliendo los cercados con gran sigilo, dieron impensadamente sobre el real enemigo cuya mayor parte estaba descuidado, cayendo con mas furia sobre el ala del señor de Bembibre y demas caballeros fieles al rey. Don Alvaro que no solia prescindir de las preeauciones y vigilancia propias de la guerra, salió al punto con la mitad de su prevenida gente á rechazar la imprevista embestida, enviando aviso inmediatamente al cuartel del rey para que le sostuviesen en el ataque que emprendia. En el desórden introducido y en la dañada intencion del infante consistió sin duda que el refuerzo pedido no llegase. La noche estaba muy obscura, los enemigos se aumentaban sin cesar: los gritos de ra-

bia, de temor y de dolor se mezclaban con las órdenes de los cabos: las armas y escudos despedian chispas en la obscuridad con el incesante martilleo y la escena llegó á hacerse temerosa y horrible de veras. Por fin los enemigos comenzaron á estenderse por las alas del reducido y abandonado escuadron, y don Alvaro estrechado entonces, comenzó á retirarse ordenadamente resistiendo con su acostumbrado valor el empuje contrario. Su gente por último, comenzó á desbandarse y don Alvaro herido ya en el pecho, recibió otra herida en la cabeza, con lo cual vino al suelo debajo de su noble caballo que herido tambien hacia rato, parecia haber conservado su brio, solo para ayudar á su ginete. Entonces sobrevino nueva pelea al rededor del caido caballero, pues sus soldados hacian desesperados esfuerzos para arrancarle del poder de los enemigos; pero el número de estos era ya tan grande y el aliento que recibian de don Juan Nuñez que mandaba en persona esta encamisada, tal; que por último ensangrentados y rotos hubieron de tomar la huida dejándolo en sus manos. Lara que lo reconoció y que ya de antemano le estimaba, hizo vendar sus heridas y trasportarle con gran cuidado á su castillo. Por último como los refuerzos del rey iban llegando: él mismo se retiró en buen órden sin esperimentar daño ni escarmiento. Sus soldados alegres con el botin recogido, dieron tambien la vuelta muy animosos, formando vivo contraste con las tropas del rey; mústios y descontentos de lo que habia pasado.

El fiel Millan que habia peleado como correspondia al lado de su amo en aquella noche fatal,

separado de él por el tropel de los fugitivos en el momento crítico, por la mañana muy temprano se presentó á las puertas de Tordehumos, pidiendo que le tomasen por prisionero con su amo, de quien venia á cuidar durante sus heridas. Lara mandó recibirle al punto, y llamándole á su presencia le alabó mucho su fidelidad y le regaló una cadena de plata encargándole encarecidamente la asistencia de un caballero tan cumplido como su amo. Por lo que hace á la mesnada de este, reducida casi á la mitad por la tremenda refriega de la noche, y heridos la mayor parte de los que sobrevivieron, se reunieron bajo el mando de Melchor Robledo y se pusieron á retaguardia del campo para curarse y restablecerse lo posible.

El rey por su parte, aunque don Alvaro no fuese muy de su devocion por su alianza con los templarios, no por eso dejó de sentir su prision y heridas, porque sobrado conocía que una lanza tan buena y un corazon tan noble le hacian infinita falta en medio de las voluntades, cuando menos tibias, que le rodeaban.

Don Alvaro tardó bastantes horas en volver á su conocimiento por el aturdimiento de su caida y por la mucha sangre que con sus heridas habia perdido. Lo primero que vieron sus ojos al abrirse fué á su fiel Millan que de pie al lado de su cama, estaba observando con particular solicitud todos sus movimientos. A los pies estaba tambien en pie un caballero de aspecto noble, aunque algo ceñudo habitualmente; cubierto con una rica armadura azul, llena de perfiles y dibujos de oro de esquisito trabajo. Finalmente, á la cabecera se descubria un personage de ruin aspecto, con

ropa talar obscura y una especie de turbante ó tocado blanco en la cabeza. El caballero era don Juan Nuñez de Lara, y el otro sugeto el rabino Ben Simuel su físico, hombre muy versado en los secretos de las ciencias naturales y á quien el vulgo ponia por lo tanto sus ribetes de nigromante y hechicero. Su raza y creencia le hacian odioso, y su esterior tampoco era á propósito para granjearse el cariño de nadie.

Don Alvaro estendió sus miradas al rededor y encontrando las paredes de un aposento en lugar de los lienzos y colgaduras de su tienda, y aquellas personas para él desconocidas, comprendió cual era su suerte y no pudo reprimir un suspiro. Lara se acercó entonces á él y tomándole la mano le aseguró que no estaba sino en poder de un caballero que admiraba su valor y sus prendas; que se sosegase y cobrase ánimo para sanar en breve de sus heridas que, aunque graves, daban esperanzas de curacion no muy lejana.

—Finalmente, añadió apretándole la mano, no veais en don Juan Nuñez de Lara vuestro carcelero, sino vuestro enfermero, servidor y amigo.

Don Alvaro quiso responder, pero Ben Simuel se opuso encargándole mucho el silencio y el reposo; y haciéndole beber una pocion calmante, se salió con don Juan de la habitacion dejando al herido caballero en compañía de Millan. En cuanto se fueron, don Alvaro le preguntó con voz muy débil:

—Me oyes, Millan?

—Si señor, respondió éste, ¿qué me quereis?

—Si muero, toma de mi dedo el anillo, y del lado izquierdo de mi coraza la trenza que me dió

doña Beatriz aquella noche fatal, y se la llevarás de mi parte diciéndola... no, nada le digas.

—Está bien, señor; si Dios os llama á sí se hará como decís, pero por ahora sosegáos y mirad por vos.

Don Alvaro procuró descansar, pero á pesar de la medicina solo logró algun reposo interrumpido y desigual; tales eran los dolores que sus heridas le causaban.

CAPÍTULO XIV.

A los pocos dias de haber caido don Alvaro prisionero, ocurrió por fin una novedad que todos esperaban con ánsia grandísima en el campamento del rey. Vinieron cartas del papa Clemente IV con la órden de proceder al arresto y enjuiciamiento de todos los templarios de Europa y secuestro de sus bienes, y con ellas noticias de los horribles suplicios de algunos caballeros de la órden en Francia. Aquel pontífice débil y cobarde, habia consentido que los sacasen de su fuero, entregándolos en manos de una comision especial, que equivalió á ponerlos en las del verdugo. Clemente temblaba de que Felipe el Hermoso quisiese poner en juicio la magestad del pontificado, en la persona ó por mejor decir en la memoria de su antecesor Bonifacio, y á trueque de evitarlo, le dejaba bañarse en la sangre de los templarios y cebarse en sus bienes. En Francia, sin em-

bargo, la audacia del rey y el desconcierto de lo imprevisto del golpe y la desatinada conducta del maestre general ultramarino Jacobo de Molay habia allanado el camino de una empresa tan escabrosa y difícil: pero en España donde la órden estaba sobre sí y donde era quizás mas poderosa que en ninguna otra nacion, menester era emplear infinita destreza y valor. Cierto es que ni en Portugal, ni en Aragon, ni en Castilla se les desaforaba, antes se les sujetaba á concilios provinciales; pero despues de lo que habia pasado en el reino vecino, parecia natural que desconfiasen de la potestad civil y que no quisiesen soltar las armas. Por otra parte nada tenia de estraño que quisiesen vengar las afrentas de su órden, por cuyo honor y crecimiento estaban obligados á sacrificar hasta su propia vida. Preciso era desconcertar su accion en lo posible, y apercibirse al combate al mismo tiempo.

El rey don Fernando á pesar de suceso de tanto bulto, para el cual parecia necesitar el auxilio de todos sus ricos hombres, no por eso desistia de su saña contra don Juan Nuñez de Lara, resuelto sin duda á volver á su corona el brillo que en las pasadas revueltas habia perdido. El infante don Juan mediaba entre el rey y su rebelde vasallo, y como este carácter le daba facilidad para pasar muchas veces á Tordehumos, poco tardó en concertar con su dueño el plan que hacia tanto tiempo estaba madurando. Don Alvaro era el apoyo mas firme de los templarios en el reino de Leon, y el mas ardiente y poderoso de sus aliados. Aunque su castillo de Bembibre estaba guarnecido por soldados de la órden, claro estaba que si moria su

dueño habrian de desocuparlo, y de todos modos los vasallos de la casa de Yañez no tardarian en apartarse de sus banderas. No era el infante hombre que delante de la sangre retrocediese: el rival de su valido estaba en manos de don Juan Nuñez de Lara: con él venia al suelo una de las principales barreras que apartaban la rica herencia del Temple de sus manos codiciosas, ¿qué mas podia desear?

No bien llegaron las bulas del papa Clemente, al punto pasó á Tordehumos, y allí subiendo con su castellano á una torre solitaria del castillo, comenzaron una plática muy viva y acalorada.

Con gran sorpresa y aun susto de los que desde abajo les miraban, don Juan Nuñez con ademanes descompuestos echó mano á la espada, como si de su huésped recibiese alguna ofensa; pero sin duda se hubo de arrepentir, porque á poco rato volvió el acero á la vaina con muestras de gran cortesía, y entrambos caballeros se dieron las manos. El infante bajó poco despues y tomó el camino real con muestras de gran satisfaccion y contento.

La sangre perdida y la gravedad de sus heridas habian reducido á don Alvaro á una postracion grandísima; pero la ciencia de Ben Simuel y los cuidados de Millan, junto con las atenciones de don Juan Nuñez, habian logrado arrancarlo de la jurisdiccion de la muerte y volverle aunque con pasos muy perezosos al camino de la vida. La calentura habia ido cediendo y los dolores eran mucho menos vivos, de manera que sin los cuidados que acibaraban su pensamiento, fácil era calcular que su convalecencia hubiera sido mas rápida.

Una tarde entró don Juan de Lara en su aposento y tomando asiento á su cabecera mientras Millan los dejaba solos para que hablasen con mas libertad, le preguntó asiéndole de la mano:

—¿Cómo os sentis, noble don Alvaro? ¿Estais contento de mi carceleria?

—Me encuentro ya muy aliviado, señor don Juan, respondió el herido, gracias á vuestros obsequios y atenciones que casi me harian dar gracias al cielo de mi prision.

—Segun eso, bien podreis escucharme una cosa de gran cuantia que tengo que deciros?

—Podeis comenzar, si gustais.

Don Juan entonces principió á contarle por estenso las noticias recibidas de Francia y la prision, embargo de bienes y encausamiento de los templarios ordenados en las cartas del papa Clemente, recibidas poco habia en los reales de Castilla.

—Bien conozco, concluyó diciendo, que en la hidalguía de vuestra alma no cabe abandonar una alianza que hubiéseis asentado con caballeros como vos, pero ya veis que asistir á los templarios abandonados del vicario de Jesucristo y cargados con el grave peso de una acusacion tan fundada en la criminal demanda que acaso van á intentar, seria hacer traicion á un mismo tiempo á vuestros deberes de cristiano y bien nacido. Si en algo estimais, pues, la fina voluntad que de asistiros y serviros he mostrado, ruégoos que desde ahora rompais la confederacion que teneis con esa órden, objeto del ódio universal, y no os aparteis de vuestros amigos y aliados naturales.

Don Alvaro que estaba íntimamente conven-

cido de la iniquidad de la acusacion dirigida contra el Temple y que nunca hubiera creido en el gefe supremo de la iglesia tan culpable debilidad, escuchó la relacion de don Juan con una emocion violenta y profunda, cambiando muchas veces de color y apretando involuntariamente los puños y los dientes con muestras de dolor y de cólera. Por fin enfrenando como mejor pudo los tumultuosos movimientos de su espíritu, respondió:

—Los templarios se sujetarán al juicio que les abren, en justa obediencia de mandato del sumo pontífice, única autoridad de ellos reconocida, aunque tan ruinmente se postra delante del rey de Francia: pero ni dejarán las armas ni se darán á prision, ni soltarán sus bienes y castillos sino caso de ser á ello sentenciados por los concilios. Por lo que á mí toca, don Juan de Lara, os perdono el juicio que de mí habeis formado, en gracia de tantos obsequios y cuidados como os debo; pero os suplico que aprendais á conocerme mejor.

La legítima humillacion que don Juan sufria, despertó su ira y despecho, pero deseoso de que la cuestion mejorase de terreno, y al mismo tiempo de apurar todos los medios de conciliacion y templanza, replicó:

—Pero qué! ¿no temeis manchar la limpieza de vuestra fama, ligándoos con un cuerpo agangrenado con tantas infamias y abominaciones, á quien toda la cristiandad rechaza como á un leproso?

—Señor don Juan, os matais en valde, queriendo persuadirme á mí lo que tal vez vos mismo no creeis. Por lo demas, no toda la cristiandad rechaza el Temple, pues no se os esconde que el sá-

bio rey de Portugal ha enviado sus embajadores al papa para protestar de las tropelías y maldades de que está siendo objeto esta ilustre milicia.

—Mal aconsejado rey! dijo el de Lara.

—El mal aconsejado sois vos, repuso don Alvaro con impaciencia, en menguar asi vuestro propio decoro. Id con Dios, que ni mi corazon ni mi brazo faltarán nunca á esos perseguidos caballeros.

Lara frunció el ceño y le preguntó con voz altanera.

—¿Olvidais que sois mi prisionero?

—Si, á fé que lo habia olvidado, porque vos me habeis dicho que érais mi amigo y no mi carcelero; pero ya que volveis á vuestro natural papel, sabed que aunque me tengais á vuestra merced, mi corazon y mi espíritu se rien de vuestras amenazas.

Don Juan se mordió los labios y guardó silencio por un buen rato, durante el cual sin duda su alma naturalmente noble y recta le estuvo haciendo sangrientos reproches por su proceder; pero con su genial obstinacion se aferró mas y mas en el partido adoptado. Por fin levantándose dijo á su prisionero.

—Don Alvaro, ya conoceis de oidas mi índole arrebatada y violenta: los primeros movimientos no están en nuestra mano. Olvidad cuanto os he dicho, y no me juzgueis sino como hasta aqui me habeis juzgado.

Dicho esto se salió de la cámara, y don Alvaro con el descuido propio de los hombres esforzados, cuando solo de su vida se trata, se entregó á sus habituales reflexiones. El de Lara estuvo paseando

en la plataforma de uno de los torreones el resto de la tarde con pasos desiguales, hablando consigo propio en ocasiones, gesticulando con vehemencia, y sentándose de cuando en cuando arrobado en profundas distracciones. Por fin largo rato despues de puesto el sol, cuando los áridos campos circunvecinos iban desapareciendo entre los velos de la noche, bajó por la angosta escalera de caracol, y encaminándose á la sala principal del castillo, mandó á llamar por un page á su físico Ben Simuel. Poco tardó en asomar por la puerta la cara de zorro del astuto judio, y sentándose al lado de su señor, entablaron en voz muy baja una viva conversacion, de que el page no pudo percibir nada sin embargo de estar en la puerta, hasta que por fin Ben Simuel levantándose, y despues de escuchar las últimas palabras de don Juan que las acompañó con un gesto muy espresivo y semblante casi amenazador, se salió de la sala con bastante diligencia.

Cerca de las diez de la noche serian, cuando el mismo judio se presentó en el encierro de don Alvaro con una copa en una salvilla, y despues de reconocer sus vendajes, le hizo tomar aquella pocion con que le dijo que reconciliaria el sueño. Despidióse en seguida y don Alvaro comenzó á sentir cierta pesadez que despues de tantos insomnios parecia pronóstico de un sueño sosegado. Apenas tuvo tiempo de decir á Millan que le dejase solo, y que cerrase la puerta por fuera sin entrar hasta que llamase, y al punto se quedó profundamente adormecido. El buen escudero no menos necesitado de descanso que su amo hizo cuanto se le mandaba, y echando la llave y guardándo-

sela en el bolsillo, se tendió cuán largo era en una cama que para él habian puesto en un caramanchon vecino, y no despertó hasta el dia siguiente, cuando ya el sol estaba bastante alto. Acercóse entonces á la puerta por ver si su señor se rebullia ó quejaba; pero nada oyó.—Vamos, dijo para sí, de esta vez sus melancolias han podido menos que el sueño y cuando despierte, Dios mediante, se ha de encontrar otro.—Aguardó, pues, otro rato bueno, durante el cual comenzó á inquietarse, pensando que tanto dormir podria hacer daño á su señor; pero pasada una hora y media ya no pudo contener su impaciencia, y metiendo la llave en la cerradura y dándole vuelta con mucho tiento, entró de puntillas hasta la cama de don Alvaro, y despues de vacilar todavia un poco, por fin se decidió á llamarle meneándole suavemente al mismo tiempo. Don Alvaro ni se movió ni dió respuesta alguna, y Millan de veras asustado acudió á abrir una ventana: pero ¡cuál no debió de ser su asombro y consternacion, cuando vió el cuerpo de su señor inanimado y frio, apartados los vendajes, desgarradas las heridas y toda la cama inundada en sangre!

Al principio se quedó como de una pieza agarrotado por el espanto, la sorpresa y el dolor; pero en cuanto pudo moverse, salió dando gritos y con los cabellos herizados todavia por los corredores del castillo. Al ruido acudieron algunos hombres de armas y criados, y por último el mismo Lara seguido de Ben Simuel. Millan ahogado por los sollozos que por fin habian podido abrirse paso por medio de su estupor y asombro, les conduce hasta el lecho de su malogrado amo, y cayó sobre

él abrazándole estrechamente. Don Juan no pudo contener una mirada errante y tremenda que dirijió á su médico; pero recobrándose al punto y revolviendo fieramente al rededor, y fijándola alternativamente en sus soldados y en Millan, mandó á este con voz imperiosa que contase lo que habia sucedido. Asi lo hizo con toda la sencillez é ingenuidad de su dolor, hasta que llegando á decir como habia dejado solo á don Alvaro, el judio que habia estado registrando el cuerpo, se volvió á él con ojos airados y le dijo.

—Mira, desgraciado! mira tu obra! Tu amo en un ensueño ó en un acceso de delirio ha roto sus vendajes y se ha desangrado. ¡Cómo dejar solo á un caballero tan mal herido!

El desdichado escudero empezó á mesarse los cabellos hasta que empleando Lara su autoridad logró que acabase su relacion y entonces condolido de su pena le dijo:

—Tu no has hecho sino obedecer á tu señor y en nada eres culpable. Ademas todos nos hemos engañado: ¿quién no creia á este noble mancebo libre ya de todo riesgo? Dios ha querido afiijirme permitiendo que un castillo mio fuese testigo de semejante desgracia!

Mañana se dará sepultura á este ilustre caballero en el panteon de este castillo.

—No ha de ser asi por vida vuestra, señor, le interrumpió Millan, antes entregádmelo á mí para que lo lleve á Bembibre y lo entierre con sus mayores. Válgame Dios! esclamó en voz imperceptible, y qué responderé á su tio el maestre, y á doña Beatriz cuando me pregunten por él!

—El cuerpo de don Alvaro, replicó don Juan,

descansará en este castillo hasta que restablecida la paz y acabadas estas funestas disensiones, pueda yo mismo con todos los caballeros de mi casa y mis aliados trasladarlo al panteon de su familia, con la pompa correspondiente á su estirpe y alto valor.

Como esto parecia redundar en honra de su malogrado señor, y por otra parte, como sabia que don Juan Nuñez era absoluto en sus voluntades, hubo de conformarse con lo dispuesto. El cuerpo de don Alvaro estuvo todo aquel dia de manifiesto en la capilla del castillo, acompañado del inconsolable escudero, y escoltado por cuatro hombres de armas que de cuando en cuando se relevaban. El capellan estendió la fé de muerto correspondiente, y aquella misma noche depositó en la bóveda del castillo en un sepulcro nuevo los restos de aquel jóven desdichado.

Al dia siguiente, Millan se presentó á don Juan para que le diese permiso de volver al Bierzo, y despues de alabar mucho su fidelidad, se lo otorgó, acompañándolo de un bolsillo lleno de oro.

—Muchas gracias, noble señor, respondió él rehusándolo. Don Alvaro dejó hecho su testamento al venir á esta desventurada guerra, y estoy seguro de que habrá mirado por su pobre escudero de cuya fidelidad estaba él bien seguro.

—Eso no importa, replicó don Juan haciéndole tomar la bolsa, tú eres un buen muchacho y ademas el único plecer de que disfrutamos los poderosos, es el de dar.

Millan salió entonces del castillo, y yendo á encontrarse con Robledo, le contó la tragedia acaecida. La noticia que al instante corrió por e-

campo llenó de disgusto á todos, porque si bien no miraban á don Alvaro con cariño, no por eso dejaban de estimar su brillante valor de que tan fresca memoria dejaba. La mesnada volvió á sus prados y montañas nativas llena de luto y de tristeza por la muerte de su señor, verdadero padre de sus vasallos; y por la de tantos otros hermanos de armas cuyos huesos blanqueaban ya á la luna en los áridos campos de Castilla. Millan los dejó atras y se adelantó á llevar á Arganza y á Ponferrada la fatal nueva.

CAPÍTULO XV.

Doña Beatriz, como dejamos dicho, volvió á la casa paterna en medio del regocijo de los suyos que tantas razones tenian para estimarla. Su padre como deseoso de borrar las pasadas violencias, ó bien convencido de que poco valian para sojuzgar un ánimo tan esforzado, la trataba con la antigua bondad, sin mentarle siquiera sus proyectos favoritos. El conde de Lemus que frecuentemente era huésped de la casa, penetrado sin duda de los mismos sentimientos, ó por mejor decir convencido de que otro era el camino que llevaba al logro de sus afanes, escaseaba sus visitas á doña Beatriz y habia trocado sus importunidades en un respeto profundo y en una deferencia siempre cortés y delicada. La urbanidad de sus modales y la profunda simulacion de su carácter acostumbrado á los

mas tortuosos caminos, le ayudaron eficazmente en la dificil tarea de cambiar la opinion que acerca de su persona y sentimientos, habia formado doña Blanca. Doña Beatriz, sin embargo, nunca podia acallar la voz que repetia en su memoria las frias y altaneras palabras de aquel hombre en el locutorio de Villabuena. Harto bien lo conocia él y por eso todos sus conatos se dirigian á lavar esta mancha que sin duda le afeaba á los ojos de la jóven. Y por último, fuerza es confesarlo, á pesar de la dureza y frialdad de aquel alma, el candor y la belleza de doña Beatriz, habian llegado á penetrar en ella por intérvalos y con un vislumbre nuevo y desconocido, que á veces suavizaba su natural aspereza.

Como suele acontecer á personas arrastradas por una pasion, la señora de Arganza se habia sostenido con particular entereza á pesar de sus achaques, mientras duró la enfermedad y convalecencia de su hija. El dolor y la alegria sucesivamente le habian dado fuerzas, y solo cuando ambos estremos fueron cediendo, la naturaleza recobró su curso con todo el ímpetu consiguiente á tan larga compresion. Asi pues, cuando doña Beatriz volvió no ya á su natural robustez porque esto no llegó á á suceder, sino en sí; su madre comenzó á flaquear y al poco tiempo se postró enteramente al rigor de sus dolencias. De esta suerte el vivo rayo de contento que habia iluminado aquella noble familia, tardó poco en obscurecerse del todo, y de nuevo comenzaron las torturas y congojas de la incertidumbre.

Tenian los males de doña Blanca intérvalos frecuentes y lucidos en que su razon se despeja-

ba; pero entonces una melancolía profunda se derramaba en todos sus discursos y pensamientos. Su alma apasionada y tierna, pero humilde y apacible, no habia conocido mas camino que la resignacion, ni mas norte que la obediencia. Habíase inclinado vivamente á don Alvaro mientras su voluntad habia caminado de acuerdo con la de su noble esposo, y aun le conservaba una aficion involuntaria á pesar de las desavenencias ocurridas; pero últimamente la fuerza que toda su vida habia preponderado en su espíritu, acabó de ladearla hácia la voluntad manifiesta de su esposo. En un carácter tímido y sosegado como el suyo, la idea de nuevas discordias entre el padre y la hija, era una especie de pesadilla que continuamente la estaba oprimiendo. Tambien en su juventud habian violentado su inclinacion, y al cabo los cuidados domésticos, la conformidad religiosa y el amor de sus hijos, le habian proporcionado momentos de reposo y aun de felicidad. ¿Quién puede adivinar lo que pasa en el corazon, ni quien seria bastante audaz para asegurar que apagadas las terribles llamaradas de la juventud, su hija no acabase por agradecer la solicitud de su padre, consolándose como ella se habia consolado y regocijándose por último de dejar á sus descendientes un nombre ilustre y las riquezas que siempre lo realzan? El mal concepto que en un principio habia formado del conde se habia ido desvaneciendo, gracias á la perseverancia, artificio y destreza de su conducta, y la buena señora juzgaba que lo mismo deberia acontecer á su hija.

Por desgracia todos estos argumentos que tanto peso tenian en una índole como la suya na-

da tenian que ver con la elevacion de sentimientos y energia de resolucion que distinguia á su hija. Doña Beatriz jamas se hubiera contentado con obedecer á su esposo, porque necesitaba respetarle y estimarle, y por otra parte su condicion era de aquellas que nunca aciertan á transigir con la injusticia y luchan sin tregua hasta el último momento. Los bienes de la tierra, los incentivos de la vanidad nunca habian fascinado sus ojos; pero estas disposiciones se habian fortificado en la soledad del cláustro y en medio de su atmósfera religiosa, donde todos los impulsos de aquel alma generosa habian recibido un muy subido y frio temple. No parecia sino que en el borde de la eternidad, al cual estuvo asomada, su alma se habia iniciado en los misterios de la nada que forma las entrañas de las cosas terrenas, y se habia adherido con mas ahinco á la pasion que la llenaba, fiel trasunto del amor celeste por su pureza y sinceridad. Sin embargo la mudanza de ideas y el nuevo giro que al parecer tomaban los pensamientos de aquella madre tan cariñosa y con tanto estremo querida, afectaban su corazon, no atreviéndose á contradecirla en medio de sus padecimientos y no cabiendo en su memoria por otra parte mas imagen que la del ausente don Alvaro. Este enemigo de nueva especie, con quien tenia que combatir, era ciertamente harto mas temible que los atropellos y desafueros anteriormente empleados.

Tal era la situacion de la familia de Arganza, cuando una tarde de verano estaban sentadas entrambas señoras en la misma sala, y á la misma ventana en que vimos por la primera vez á don

Alvaro despedirse de la señora de sus pensamientos, Doña Blanca parecia sumida en la dolorosa distraccion que esperimentaba despues de sus accesos, recostada sin fuerzas en un gran sillon de brazos. Su hija acababa de dejar y tenia á un lado el arpa con que habia procurado divertir sus pesares, y sus ojos se fijaban en aquel sol que iba á ponerse, que habia alumbrado la salida de don Alvaro de aquellos umbrales y que todavia no habia traido el dia del consuelo. Sus pensamientos naturalmente volaban á los tendidos llanos de Castilla en busca de aquel jóven digno de mas benigno destino, cuando de repente el galope de un caballo que pasaba por debajo de la ventana las sacó de sus meditaciones. Doña Beatriz se asomó rápidamente á la ventana; pero ginete y caballo doblaban la esquina en busca de la puerta principal, y solo pudo percibir un vislumbre que parecia traerle á la memoria una figura conocida. Al punto las herraduras sonaron en el patio, y las pisadas de un hombre armado se oyeron en la escalera poco distante del aposento. A poco rato entró Martina precipitada, y con el semblante de un difunto, dijo como sin saber lo que decia.

—Señora, es Millan....

La misma palidez de la criada se difundió instantáneamente por las facciones de su ama que sin embargo respondió:

—Ya sé lo que me trae: mi corazon me lo acaba de decir; que entre al instante. La doncella salió y á poco rato entró Millan por la puerta en que doña Beatriz tenia clavados los ojos que parecian saltársele de las órbitas. Doña Blanca toda alarmada se levantó aunque con mucho trabajo y fué á

ponerse al lado de su hija, y Martina se quedó á la puerta enjugándose los ojos con una punta de su delantal, mientras Millan se adelantaba con pasos inciertos y turbados hasta ponerse delante de doña Beatriz. Allí quiso hablar, pero se le anudó la voz en la garganta y así alargó sin decir una palabra anillo y trenza. Toda esplicacion era inútil porque ambas prendas venian manchadas de sangre! Martina entonces rompió en sollozos, y Millan tardó poco en acompañarla. Doña Beatriz tenia fija la misma mirada desencajada y terrible en el anillo y en la trenza, hasta que por último bajando los ojos y exalando un suspiro histérico dijo con voz casi tranquila:

—Dios me lo dió, Dios me lo quitó, sea por siempre bendito.

Doña Blanca entonces se colgó del cuello de su hija y deshecha en lagrimas le decia:

—No hija querida, no manifiestes esa tranquilidad que me asusta mas que tu misma muerte. Llora, llora en los brazos de tu madre! Grande es tu pérdida! Mira yo tambien lloro, porque yo tambien le amaba! Ay! quien no amaba aquel alma divina encerrada en tan hermoso cuerpo!

—Si, si, teneis razon, esclamó ella apartándola; pero dejadme: y como murió, Millan? Cómo murió, te digo?

—Murió desangrado en su cama, abandonado de todos y aun de mí, respondió el escudero con una voz apenas articulada.

Entonces fué cuando los miembros de doña Beatriz comenzaron á temblar con una convulsion dolorosa que por último la privó de sentido Largo rato tardó en volver en sí, pero los sacudimien-

tos de su naturaleza ya quebrantada por la anterior enfermedad, fueron menos violentos. Por fin cuando volvió en sí, los muchos lamentos que su madre empleaba adrede para excitar sus lágrimas, y sobre todos los consuelos religiosos del abad de Carracedo que acababa de llegar, desataron el manantial de su llanto. Esta crisis sin embargo no fué menos violenta que la otra porque eran tales su congoja y sus sollozos que muchas veces creyeron que se ahogaba. En este fatal estado pasó la noche entera y la mañana siguiente, hasta que por la tarde se levantó por fin una voraz calentura. Como quiera, á los pocos dias sintió mejoria y pudo ya levantarse. Su semblante, sin embargo comenzó á perder su frescura y á notarse en su mirada un no se qué de encendido, é inquieto. Su carácter se hizo asi mismo pensativo y recogido mas que nunca: su devocion tomó un giro mas ardiente y apasionado: sus palabras salian bañadas de un tono particular de uncion y melancolia y aunque las escaseaba en gran manera, eran mas dulces, cariñosas y consoladoras que nunca. Jamás se oia en sus labios el nombre de aquel amante adorado ni se quejaba de su desdicha; solo Martina creia percibirle entre sueños y en el movimiento de sus labios cuando rezaba. Por lo demas cuidaba y asistia á los enfermos del pueblo con sin igual solicitud y esmero, hacia limosnas continuas y su caridad era verdaderamente inagotable. Finalmente la aureola que le rodeaba á los ojos de aquellas gentes sencillas pareció santificarse é iluminarse mas vivamente, y su hermosura misma, aunque ajada por la mano del dolor, parecia desprenderse de sus atractivos terrenos pa-

ra adornarse con galas puramente místicas y espirituales.

El conde de Lemus con su natural discrecion y tino se ausentó de Arganza en aquella época á Galicia, donde le llamaban sus cábalas y manejos, y cuando volvió al cabo de algun tiempo, su conducta fué mas reservada circunspecta y decorosa que nunca.

Cualquiera puede figurarse la acogida triste y sentida que haria el anciano maestre al escudero de su sobrino, portador de aquella dolorosísima nueva. Acababa de recibir las terribles noticias de Francia tras de las cuales veia venir irremediablemente la ruina de su gloriosa órden, cuando introdujeron á Millan en su aposento. Este golpe acabó con su valor, porque como noble era amante de la gloria de su linage estinguido ya á la sazon por la muerte de aquel jóven que sus manos y consejos habian formado, hasta convertirle en un dechado de nobleza y en un espejo de caballería. Aquel venerable viejo encanecido en la guerra, y famoso en la órden por su valor y austeridad, se abandonó á los mismos extremos que pudiera una muger, y solo al cabo de un largo rato y como avergonzado de su debilidad recobró su superioridad sobre sí propio.

Millan continuando en su amarga peregrinacion subió por fin al castillo de Cornatel y dió parte al comendador Saldaña de lo ocurrido. El caballero recibió la noticia con valor, pero sintió en su corazon una pena agudísima. Don Alvaro era la única persona que habia logrado insinuarse hacia mucho tiempo en aquel corazon de todo punto ocupado por el celo de su órden y los planes de su en-

grandecimiento. Descansaban ademas en aquel mancebo bizarro y generoso gran numero de sus mas floridas esperanzas, y tanto en su pecho como en su entendimiento dejaba un grandísimo vacío. Quedóse pensativo por algun tiempo y por fin como herido de una idea súbita dijo á Millan.

—¿No has traido el cuerpo de tu señor? Millan le contó entonces las razones y pretestos de don Juan de Lara, á los cuales no hizo Saldaña sino mover la cabeza, y por último dijo;—Aqui hay algun misterio.

El escudero que atentamente le escuchaba le dijo entonces.—Cómo, señor ¡pensariais que no fuese cierto?—Cómo! cómo! repuso el comendador, recobrándose; y luego añadió con tristeza.—Y tan cierto como es ¡pobre mozo!

Millan que habia querido entreveer una esperanza en las palabras del comendador, se convenció entonces de su locura y despidiéndose del caballero se volvio á Bembibre. A los pocos dias hizo abrir judicialmente el testamento de su señor en que se encontró heredado en pingües tierras viñas y prados, y asegurada su fortuna. El resto de sus bienes debia pasar al órden del Temple, despues de infinitas mandas y limosnas.

CAPÍTULO XVI.

Algunos meses se pasaron en este estado hasta que una mañana al volver de la capilla donde largo tiempo habian estado orando, declaró doña

Beatriz á su madre con voz muy serena y entera su voluntad de tomar el velo de las esposas del Señor en Villabuena. —Ya veis, madre mia, le dijo que no es esto una determinacion tomada en el arrebato de un justo dolor. Adrede he dejado pasar tantos dias, durante los cuales se ha arraigado mas y mas en mi alma esta resolucion, que por lo invariable parece venida de otro mundo mejor, ageno á las vicisitudes y miserias del nuestro. La soledad del cláustro es lo único que podrá responder á la profunda soledad que rodéa mi corazon, y la inmensidad del amor divino lo único que puede llenar el vacío incomensurable de mi alma.

Doña Blanca se quedó como herida de un rayo con una declaracion, que nunca habia previsto, aunque no era sino muy natural, y que asi daba en tierra con todas las esperanzas de su esposo y aun con las suyas propias. No obstante, disipado en parte su asombro, tuvo fuerzas bastantes para responder.

—Hija mia, los dias de mi vida están contados, y no creo pienses en privarme de tus cuidados, único bálsamo que los alarga. Despues de mi muerte tú consultarás con tu conciencia, y si tienes valor para acabar asi con tu linage, y dejar morir en la soledad á tu anciano padre, el Señor te perdone y bendiga como te perdono y bendigo yo.

El alma de doña Beatriz naturalmente generosa y desprendida, y á fuer de tal tanto mas inclinada al sacrificio cuanto mas doloroso se le presentaba, se conmovió profundamente con estas palabras á un mismo tiempo cariñosas y sen-

tidas. No era fácil cambiar un propósito en tantas razones fundado, pero la idea de los pesares de su madre, que en ningun tiempo había tenido para ella sino consuelos y ternura, socababa los cimientos de su enérgica voluntad. Poco trabajo de consiguiente costó á doña Blanca arrancarle la promesa de que nunca durante su vida volvería á mentarle semejante resolucion; no atreviéndose á pedirle que desistiese de ella absolutamente, tanto porque fiaba del tiempo y de sus esfuerzos sucesivos, cuanto porque bien se le alcanzaban los miramientos y pulso que necesitaba el carácter de su hija.

Como quiera, á poco se habia obligado esta, porque tan tasados estaban ciertamente los dias de la enferma y postrada doña Blanca, que inmediatamente cayó en cama, convertidas sus habituales dolencias en una agudísima y ejecutiva. La edad, su complexion no muy robusta, la pérdida de sus hijos y sobre todo la enfermedad y pesares de doña Beatriz junto con la incertidumbre fatal en que la tenia sumida su anunciada vocacion, habian concurrido á cortar los últimos hilos de su vida. La jóven en el estravío de su dolor no pudo menos de atribuirse gran parte de la culpa de aquel desdichado suceso, y por primera vez comenzó á atormentar su alma el torcedor del remordimiento. Hasta el dolor de su padre parecia oprimirla con su peso; cargos desacertados sin duda, pues el término de aquella vida estaba irrevocablemente marcado, y solo la exaltacion de su sensibilidad podia pintarle como reprensible una conducta tan desinteresada y amante como la suya.

Doña Blanca durante su enfermedad no cesaba de dirigir á su hija miradas muy significativas y penetrantes, y de estrechar su mano. No parecia sino que deseosa de declararle su pensamiento, se contenía por no hacer más amarga la hora de la separacion, de suyo tan amarga y lastimosa. Por fin llegando el mal á su estremidad, el abad de Carracedo que como amigo y confesor de la familia no se habia apartado de su cabecera, le administró todos los ausilios y consuelos de la religion.

Con ellos pareció cobrar ánimos la enferma y salió por fin de la noche en que todos creyeron recoger su postrer suspiro; pero su ansiedad parecia mayor. El alba de un dia lluvioso y triste comenzaba ya á colorear los vidrios de colores de las ventanas, cuando doña Blanca, asiendo la mano de su hija, le dijo con voz apagada.

—Hace muchos dias que está pesando sobre mí una idea de la cual podrias tú librarme, y darme una muerte descansada y dulce.

—Madre mia! respondió con efusion doña Beatriz, mi vida, mi alma entera son vuestras. ¿Qué no haré yo porque llegueis al trono del eterno contenta de vuestra hija?

—Ya sabes, continuó la enferma; que nunca he querido violentar tus inclinaciones.... ¿cómo habia de intentarlo en esta hora suprema, en que la terrible eternidad me abre sus puertas? Tu voluntad es libre, libre como la de los pájaros del aire; pero tú no sabes los recelos que llevo al sepulcro sobre tu porvenir y sobre la suerte de nuestro linage.....

—Acabad, señora, contestó doña Beatriz con dolorosa resignacion, que á todo estoy dispuesta.

—Sí, respondió la madre, pero de tu pleno y entero consentimiento.... Sin embargo, si el noble conde de Lemus no fuese ya tan desagradable á tus ojos, si hubiese desarmado tu severidad, como ha desarmado la mia... El cielo sabe que mi fin seria muy sosegado y dichoso. Doña Beatriz arrancó entonces un doloroso suspiro de lo íntimo de sus entrañas y dijo; «Venga el conde ahora mismo, y le daré mi mano en el instante, delante de vos!

—¡No, nó! exclamaron á un tiempo aunque con distintos acentos la enferma y el abad de Carracedo que estaba sentado al otro lado de la cama. ¡Eso no puede ser!

Doña Beatriz sosegó á entrambos con un gesto lleno de dignidad y en seguida replicó con calma y tranquilidad.—Asi será, porque tal es la voluntad de mis padres, en un todo acorde con la mia propia. ¿Donde esta el conde?

Don Alonso hizo seña á un page que inmediatamente trajo al noble huésped. El abad mientras tanto habia estado hablando vivamente y con enérgicos ademanes al señor de Arganza, y por los de éste se podia venir en conocimiento de que se escusaba con el enardecido monge. El conde de Lemus se llegó mesuradamente á la presencia de doña Beatriz y de su madre.

—Una palabra, señor caballero, dijo la jóven apartándole á un estremo del aposento donde habló con él un breve instante, al cabo del cual el conde se inclinó profundamente puesta la mano en el pecho, como en señal de asentimiento. Entonces volvieron delante del lecho de doña Blanca y la doncella dirigiéndose al abad le dijo:

—¿Qué dudais, padre mio? mi voluntad es invariable, y solo nos falta que pronuncieis las sagradas palabras.

El abad oyendo esto, aunque con repugnancia y con el corazon traspasado de amargura á vista de aquel tremendo sacrificio, pronunció con voz ronca la fórmula del sacramento y amoos esposos quedaron ligados con aquel tremendo vínculo que solo desata la mano de la muerte.

Tales fueron las bodas de doña Beatriz en que sirvió de altar un lecho mortuorio, y de antorchas nupciales los blandones de los sepulcros. Doña Blanca murió por fin, aquella misma tarde, de manera que las lágrimas, los lamentos y los cánticos funerales, venian á ser los himnos de regocijo de aquel dia. ¡Raro y discordante contraste en cualquier otra ocasion semejante, consonancia íntima y perfecta de aquel desposorio cuyos frutos, de amargura y desdicha debian de ser!

Doña Beatriz en cuanto espiró su madre se aferró à su cuerpo con tan estrecho y convulsivo abrazo, que hubo necesidad de emplear la fuerza para separarla de aquel sitio de dolor. El abad y don Alonso se quedáron solos por un momento delante del cadáver todavia caliente.

—¡Pobre y angelical señora! tu ciega solicitud y extremada ternura han labrado la desdicha de tu hija única ¡La paz sea sobre tus restos! Pero vos, añadió volviéndose al señor de Arganza con el ademan de un profeta, vos habeis herido el árbol en la raiz! y sus ramas no abrigarán vuestra casa, ni vos os sentaríais á su sombra, ni vereis sus renuevos florecer y verduguear en vuestros campos. La soledad os cercará en la hora de la

muerte, y los sueños que ahora os fascinan serán vuestro mas doloroso torcedor. Diciendo esto, se salió de la sala dejando como aniquilado á don Alonso que cayó sobre un sitial, hasta que el de Lemus echándole de menos, vino á sacarle de su abatimiento. Llevóselo en seguida y dos ó tres doncellas y un sacerdote entraron á velar el cadaver de aquella cuya grandeza y riquezas cabian ya en la estrechez y miseria del sepulcro.

CAPÍTULO XVII.

Por tan estraños caminos el alma generosa y esforzada de doña Beatriz vino á sucumbir bajo el peso de su misma abnegacion y á sacrificar el corto reposo que le brindaba el porvenir á una expiacion soñada. Con tan raro concierto y eslabonamiento de circunstancias, á cual mas desdichadas, uno por uno se disiparon tantos sueños de ventura como habian mecido su florida primavera, y al despertar se encontró la esposa de un hombre cuya perversidad y vileza todavia estaban por manifestarse en su infernal desnudez. Los dias de su gloria habian pasado y la corona se habia caido de su cabeza, pero todavia le quedaba un consuelo en medio de tantos males, y era la esperanza de bajar temprano al sepulcro á reunirse con el verdadero esposo que habia elegido en su juventud y cuyos recuerdos por donde quiera la acompañaban, como la columna de fuego que guia-

ba á los israelitas por el desierto en mitad de la noche. Nadie mejor que ella sabia que las fuentes de la vida comenzaban á cegarse en su pecho con las arenas de la soledad y del desconsuelo, y que aquel alma impetuosa, y ardiente que sin cesar luchaba por romper su cárcel, acabaría no muy tarde por levantar el vuelo desde ella. Sus noches desde la enfermedad de Villabuena eran inquietas, y los sucesos posteriores habian aumentado su ansiedad y desasosiego. La muerte de su madre acababa de cerrar el círculo de soledad y desamparo en que empezaba á verse aprisionada, y estremecida su complexion con tantos golpes y trastornos, su respiracion comenzaba á ser anhelosa; palpitaba á veces con violencia su corazon y solo un torrente de lágrimas podia hacer cesar la opresion que sentia en aquellos momentos: otras veces sentia correr un fuego abrasador por sus venas y latir con violencia y por largo tiempo el pulso, exaltándose al propio tiempo su imaginacion, ó cayendo en una especie de estupor que duraba á menudo muchas horas. Aquel cuerpo noble y bien formado dechado de tantas gracias y cifra de tantas perfecciones, hacia tiempo que iba perdiendo la morbidez de sus formas y las alegres tintas de la salud. Las facciones se adelgazaban insensiblemente: el color pálido de la cara se hacia mas notable por el subido carmin que coloreaba una pequeña parte de las megillas: los ojos aumentaban en aquella clase de brillantez que pinta aun á los menos conocedores, que padecen el cuerpo y el espíritu á un tiempo mismo; y á estas señales físicas de un profundo padecimiento interior se agregaba aquel paso rápido de la exal-

tacion en las ideas y sentimientos, el desaliento y la melancolía. que indica tan claramente la union íntima del cuerpo y del espíritu.

El otoño habia sucedido á las galas de la primavera y á las canículas del verano, y tendia ya su manto de diversos colores por entre las arboledas, montes y viñedos del Bierzo. Comenzaban á volar las hojas de los árboles: las golondrinas se juntaban para buscar otras regiones mas templadas, y las cigüeñas describiendo círculos al rededor de las torres en que habian hecho su nido, se preparaban tambien para su viage. El cielo estaba cubierto de nubes pardas y delgadas por medio de las cuales se abria paso de cuando en cuando un rayo de sol, tibio y descolorido. Las primeras lluvias de la estacion que ya habian caido, amontonaban en el horizonte celages espesos y pesados, que adelgazados á veces por el viento y esparcidos entre las grietas de los peñascos y por la cresta de las montañas, figuraban otros tantos cendales y plumas abandonados por los genios del aire en medio de su rápida carrera. Los rios iban ya un poco turbios é hinchados, los pajarillos volaban de un árbol á otro sin soltar sus trinos armoniosos, y las ovejas corrian por las laderas y por los prados recien despojados de su yerba balando ronca y tristemente. La naturaleza entera parecia despedirse del tiempo alegre y prepararse para los largos y obscuros lutos del invierno.

Las tres de la tarde serian, cuando en uno de estos dias dos caballeros armados de punta en blanco descendian del puerto de Manzanal y entraban en la ribera frondosa de Bembibre. Llevaban calada entrambos la celada y solo los segun-

un escudero de facciones atezadas y cabello ensortijado. El uno de ellos que parecia el mas jóven, llevaba una armadura negra, el escudo sin divisa y casco negro tambien coronado de un penacho muy hermoso del mismo color, cuyas plumas tremolaban airosamente á merced del viento. Mucho debia importarle que no le conociesen, cuando bajo semejante disfraz se encubria. El otro que por su cuerpo ligeramente encorvado y por la menor soltura de sus movimientos parecia un poco mas anciano, era sin duda un templario, pues llevaba la cruz encarnada en el manto blanco y en el escudo los dos caballeros montados en un mismo caballo, que eran las armas de la órden. A bastante distancia de estos dos personages caminaban como hasta quince ó veinte hombres de armas tambien con las divisas del Temple.

Era aquel dia el que la iglesia destina para la conmemoracion de los difuntos, y las campanas de todos los pueblos llamaban á vísperas á sus moradores para orar por las almas de los suyos. Las mugeres acudian á la iglesia cubiertas con sus mantillas de bayeta negra, llevando cada una en su canasto de miembres la acostumbrada ofrenda del pan y las velas de cera amarilla. Los hombres envueltos en sendas y cumplidas capas acudian tambien silenciosos y graves á la religiosa ceremonia.

Como en el Bierzo está y estuvo siempre muy diseminada la poblacion, la proximidad de las aldeas, hace que sus campanas se oigan distintamente de unas á otras. La hora de la oracion que sorprende al cazador en algun pico elevado y solitario tiene un encanto y solemnidad indefinible, porque los

diversos sonidos, cercanos y vivos los unos, confusos y apagados los otros, imperceptibles y vagos los mas remotos, derramándose por entre las sombras del crepúsculo y por el silencio de los valles, recorren un diapason infinito y melancólico, y llenan el alma de emociones desconocidas.

Caminaban nuestros dos viageros de dia muy claro y de consiguiente carecia el paisage y la música de las campanas de aquel misterio que la proximidad de la noche comunica á toda clase de escenas y sensaciones, pero segun el profundo silencio que guardaban, no parecia sino que aquellos lentos y agudos tañidos que semejantes á una sinfonia fúnebre y general por la ruina del mundo venian de todos los collados, de las llanuras y de los precipicios, embargaban profundamente su alma. ¿Quién sabe de donde venian aquellos dos forasteros y si eran nativos de aquella tierra? ¿Quién sabe si aquellas voces de metal que ahora solo hablaban de la muerte, habian entonado un himno de alegria el dia de su nacimiento, les habian despertado en los dias de fiesta con sus repiques, y les traian entonces al pensamiento mil pasadas historias y recuerdos? Tal vez eran estas las ideas que en ellos se despertaban, pero no se las comunicaban uno á otro; y callados y absortos en sus meditaciones, caminaban á largo y tendido paso sin reparar en las miradas de aquellos sencillos campesinos. Por fin doblaron la cuesta de Congosto y siguieron el camino del Bierzo abajo.

Aquella misma tarde doña Beatriz acompañada de todos sus criados y vasallos del pueblo de Arganza, habia acudido á las exequias comunes de la gran familia de Cristo, y orado fervorosa-

noche sobre la sepultura apenas cerrada de aquella madre que tanto habia querido, y queria aun. Tambien habia rogado al Ser supremo por el eterno descanso de aquel que la adoraba con fé tan profunda y cuyos huesos descansaban en tierra estraña lejos de los de sus padres y hermanos. En aquel dia de comun tristeza se representaban como en un animado panorama las cortas alegrías de su vida, las escenas de dolor que las habian seguido, el sepulcro que habia devorado silenciosamente sus esperanzas terrenas, y la prision de sus fatales lazos que sin cesar elevaban sus pensamientos en alas de la religion hácia las regiones de lo futuro. Con semejantes impresiones su corazon se habia oprimido mas que de costumbre, y acabados los oficios, habia sentido la necesidad de respirar el aire libre, necesidad que por su violencia probaba muy bien el trastorno que su constitucion iba sufriendo. Echó, pues, con su fiel Martina por una calle de árboles de las muchas que cruzaban el soto y huertas de la antigua y noble casa, y fatigada de su corto paseo, sentóse al pié de un nogal frondoso y acopado, por cuyo pié corria un arroyuelo manso y limpio, con sus orillas coronadas de trebol y yerba buena. Allí con el codo en las rodillas y la megilla apoyada en la mano, seguian sus ojos aquellas diáfanas aguas con el aire abatido y desmayado que de continuo solia seguir á sus accesos mas vivos. La fiel y ansiosa doncella, única tal vez que conocia á fondo los pesares de su señora y concebia sérios temores sobre el fin de aquella fatal melancolía, se habia apartado un poco, acostumbrada á respetar estos momentos de distraccion y abandono que

en medio de la sorda é interna agitacion de doña Beatriz, podian pasar por un verdadero descanso. La pobre muchacha no habia querido separarse de su ama en la hora de la amargura, porque habiéndose criado en la casa tenia por ella toda la ternura de una hermana junto con el respeto y sumision completa, propios de su estado. Millan establecido ya y deseoso de coronar con el matrimonio sus sinceros amores, siempre habia encontrado aplazamientos y dificultades que si bien no eran muy de su gusto, siempre encontraban sin embargo disculpa á sus ojos, porque se hacia cargo de que si su amo viviese y hubiese menester su ayuda ó compañia, bien podian esperar todas las Martinas del mundo hasta el dia mismo del juicio. Solo una cosa le afligia y era ver que el alegre y vivo natural de la aldeana se habia trocado un poco con tantos sustos y tristezas, y que las rosas mismas de sus megillas habian perdido sus vivos matices. Como quiera, todavia conservaba su gracia y donaire, y sobre todo aquel escelente corazon con que de todos se daba á querer.

—Por fin hoy, decia para sí, contemplando á su ama, estará un poco mas á sus anchas la pobrecilla, porque el viejo y el otro pájaro andan por las montañas en no sé qué manejos. Dios me perdone, ya es mi amo y me ha regalado las arracadas y cadena que guardo en mi cofre, y sin embargo, ni con esas me pasa de los dientes para adentro. Es verdad que el que conoció á don Alvaro por maldito que fuese su genio en ocasiones, bien creerá que este señor con todo su condado y su fachenda, no le llega á la suela del zapato. Así

me hubiera yo casado con él, como volar. No sé que mal espíritu le metió á nuestra santa ama semejante terquedad en la cabeza en la hora de la muerte. Dios la tenga en su gloria! pero lo que es el amo que no se moria y tenia el uso cabal de sus sentidos y potencias, no sé yo qué bien le salgan sus soberbias y fantasías. Bien oí yo lo que le dijo el abad de Carracedo, que por cierto no ha vuelto á poner aqui los pies desde entonces. En verdad, en verdad, que muchas veces he pensado en aquellas palabras y que cuando veo como pasa las noches en claro mi señora y las congojas que le dan, no sé que me dá á mí tambien el corazon. Válgame Dios; y tan contentos como hubiéramos podido estar todos! No se lo demanden á quien tiene la culpa en el dia del juicio.

Aqui llegaba la buena Martina en sus reflexiones, cuando sintiendo pasos detras de sí volvió la cabeza y vió la abultada persona de Mendo que echando los bofes por andar de prisa, venia hácia ella con toda la idea de una novedad muy grande pintada en su espacioso y saludable semblante.

—¿Qué ocurre, Mendo? preguntó la muchacha que nunca desaprovechaba la ocasion de dispararle alguna pulla; ¿qué traeis con esa cara de palomino asustado, que no parece sino que veis la mala vision de siempre?

Esta alusion á la inquietud y comezon que le causaban las visitas un poco frecuentes de Millan, no fué muy del agrado del buen palafrenero que de seguro hubiera respondido, si se le hubiera ocurrido algo de pronto, pero como no era la prontitud del ingenio la cualidad que mas campaba en

él; y como por otra parte el recado que traia era urgente, se contentó con responder:

—En cuanto á la vision puede que la espante yo haciéndole la señal de la cruz en los lomos; pero no es ese el caso. Has de saber que al meter yo el caballo Reduan por la reja del cercado, de repente se me acercaron dos caballeros, el uno de esos nigrománticos de templarios y el otro no, y preguntándome por doña Beatriz, dijeron que querian hablarla dos palabras. Por cierto que el caballo del uno me parece que le conozco.

—Mas valia que conocieses al ginete: dime ¿qué señas tiene?

—Ambos traen baja la visera, y el que no es templario, viene con armas negras, que parece el mesmo enemigo malo.

—¿Sabes, hombre, que me dá en qué pensar la tal visita y no sé si decírselo al ama?

—Decírselo, eso sí, porque yo tengo que volver con el recado y aunque ellos me lo dijeron con mucha aquella y buen modo, si no les llevo la respuesta. Dios sabe lo que vendrá, porque ni uno ni otro me han dado buena espina.

Doña Beatriz que habia oido las ultimas palabras de la conversacion les ahorró sus dudas y escrúpulos preguntándoles de que se trataba, á lo cual Mendo repuso, contestando palabra por palabra como á Martina.

—Un caballero del Temple! dijo ella como hablando entre sí. Ah! tal vez querrán proponer á mi padre ó al conde algun partido honroso para la guerra que amenaza, y me elegirán á mí por medianera. Que vengan al punto, dijo á Mendo. Tambien la hora de la desgracia ha llegado para esta

noble órden! Quiera Dios que no sea el maestre!

—Pero, señora, aqui en este sitio y sola los quereis recibir?

—Necio eres, Mendo, repuso doña Beatriz, ¿qué temores puede causar á una dama la presencia de dos caballeros? Anda y que no tengan motivo para quejarse de nuestra cortesia.

—El diablo es esta nuestra ama, iba diciendo entre dientes el caballerizo: ella no tiene miedo ni aunque sea á un vestiglo! cuidado con fiarse de los templarios que son unos brujos declarados y serán capaces de convertirla en rata! No, pues yo en cuanto les dé el recado, por sí ó por nó voy á avisar á la gente de casa por lo que pueda suceder.

Los encubiertos caballeros en cuanto recibieron el permiso se entraron á caballo en el cercado y se encaminaron por las señas que les dió el palafrenero hácia donde quedaba su señora.—Pues! dijo este poco satisfecho de semejante llaneza: como si fuera por su casa se meten! No, pues como se salgan un punto de lo regular, yo les prometo que les pese de la burla.—Y diciendo esto se encaminó á la casa.

Echaron pié á tierra los desconocidos poco antes de llegar á doña Beatriz, y el caballero de las armas negras con un paso no muy seguro se fué acercando á ella seguido del templario. La señora con ojos espantados y clavados en él, seguia con ademan atónito todos sus movimientos, como colgada de un suceso estraordinario y sobrenatural. Si el sepulcro rompiese alguna vez sus cadenas, sin duda creeria que la sombra de don Alvaro era lo que asi se le aparecia. El caballero se

alzó lentamente la celada y dijo con una voz sepulcral:—Soy yo, doña Beatriz!

Martina dió entonces un tremendo grito y cayó al suelo sin fuerzas, cerrando los ojos por no ver el espectro de don Alvaro, pues por tal le descubrian la palidez de sus facciones y su voz trémula y hueca. Su ama al contrario, aunque sujeta á la misma engañosa ilusion, lejos de temer la imágen de su amante, se arrojó hácia ella con los brazos abiertos temiendo que entre ellos se le deshiciese y esclamando con un acento que salia de lo mas hondo del corazon.

—¡Ah! ¿éres tú, sombra querida, eres tú? ¿Quién te envia otra vez á este valle de lágrimas y delitos que no te merecia? Mis ojos desde tu muerte no han hecho mas que seguir el rastro de luz que tu alma dejó en los aires al encumbrarse al empíreo, no he abrigado mas deseo sino el de juntarme contigo.

—Tened, doña Beatriz, repuso el caballero (porque como presumirán nuestros lectores menos preocupados que aquella desventurada muger, él mismo y no su espiritu era el que se aparecia) porque todavia no sé si debo bendecir ó maldecir este instante que nos reune.

—Ah! replicó doña Beatriz sin poner atencion en lo que le decia, y palpando sus manos y sus armados brazos, ¿pero eres tú? ¿pero estás vivo?

—Vivo, sí, respondió él, aunque bien pueda decirse que acabo de salir de la huesa.

—Justicia divina! esclamó ella con el acento de la desesperacion, cuando ya no le cupo ninguna duda; es él el mismo! Miserable de mí! que es lo que he hecho?

Diciendo esto se retiró unos cuantos pasos hasta apoyarse en el tronco de un árbol, retorciéndose los brazos.

Don Alvaro echó una ojeada al templario que tambien habia levantado su visera y no era otro sino el comendador Saldaña; el que parecia pedirle perdon. En seguida se acercó á doña Beatriz y le dijo con un acento al parecer respetuoso y sosegado, pero en realidad iracundo y fiero.

—Señora, el comendador que veis ahí presente me ha asegurado que sois la esposa del conde de Lemus, y aun cuando no ha mucho que le debí la libertad y la vida, y sus años le aseguran el respeto de todos, no sé en que estuvo que no le arrancase la lengua con que me lo dijo y el corazon por las espaldas. Voy viendo que no mintió, pero aun me quedan tantas dudas que si vos no me las desvaneceis, nunca llegaré á creerlo.

—Cuanto os ha dicho es la pura verdad, respondió doña Beatriz: id con Dios, y abreviad esta conversacion que sin duda será la postrera.

—La postrera será sin duda alguna, repuso él con el mismo acento, pero fuerza será que me oigais. Que es verdad decis? Lo siento por vos mas que por mí porque habeis caido de un modo lamentable, y me habeis engañado ruin y bajamente.

—¡Ah! no: esclamó doña Beatriz juntando las manos, nunca....

—Escuchadme todavia, dijo don Alvaro interrumpiéndola con un gesto duro é imperioso. Vos no sabeis todavia hasta donde ha llegado el amor que os tenido. Yo no habia conocido familia ni mas padre que mi buen tio, y vos lo érais todo pa-

mamien la tierra, y en vos se posaban todas mis esperanzas á la manera que las águilas cansadas de volar se posan en las torres de los templos. ¡Ah! templo y muy santo era para mí vuestra alma, y cuando la dicha me abrió sus puertas, procuré despojarme antes de entrar en él de todas las fragilidades y pobrezas humanas. Con vos mi vida cambió enteramente: los arrebatos de la imaginacion: las ilusiones del deseo, los sueños de gloria, los instintos del valor todo tenia un blanco, porque todo iba á parar á vos. Mis pensamientos se purificaban con vuestra memoria: en todas partes veia vuestra imágen como un reflejo de la de Dios, procuraba ennoblecerme á mis propios ojos para realzarme á los vuestros, y os adoraba en fin como pudiera haber adorado un ángel caido que pensase subir otra vez al cielo por la escala mística del amor. Tenia por divina la fortuna de encontrar gracia en vuestros ojos, é imajinándoos una criatura mas perfecta que las de la tierra, sin cesar trabajaba mi espíritu para asemejarme á vos Saben los cielos, sin embargo, que una sola sonrisa vuestra, la ventura de llegar mis labios á vuestra mano eran galardon sobrado de todos mis afanes.

La voz varonil de don Alvaro destemplada en un principio por la cólera, á despecho de sus esfuerzos, se habia ido enterneciendo poco á poco hasta que por último se asemejaba al arrullo de una tórtola. Doña Beatriz dominada desde el principio por una profunda emocion, habia estado con los ojos bajos, hasta que al fin dos hilos copiosos de lágrimas comenzaron á correr por su semblante marchito ya, pero siempre hermoso. Al escu-

char las últimas palabras de don Alvaro se redobló su pena, y dirigiéndole una tristísima mirada le dijo con voz interrumpida por los sollozos:

—¡Oh, sí ¡ es verdad! hubiéramos sido demasiado felices! No cabia tanta ventura en este angosto valle de lágrimas.

—Ni en vos cabia la sublimidad de que en mi ilusion os adornaba, respondió el sentido caballero. Os acordais de la noche de Carracedo?

—Sí me acuerdo, respondió ella.

—Os acordais de vuestra promesa?

—Presente está á mi memoria, como si acabase de salir de mis labios.

—Pues bien, aquí me teneis que vengo á reclamar vuestra palabra, porque aun no se ha pasado un año; y á pediros cuenta del amor que en vos puse y de mi confianza sin límites. Qué habeis hecho de vuestra fé? No me respondeis y bajais los ojos? Respondedme..... ved que soy yo quien os pregunta; ved que os lo mando en nombre de mis esperanzas destruidas, de mi desdicha presente y de la soledad y la amargura que habeis amontonado en mi porvenir!

—Todo está por demas entre nosotros, replicó ella. El comendador os ha dicho la verdad: soy la esposa del conde de Lemus.

—Beatriz, esclamó el caballero, por vos, por mí mismo, esplicáos. En esto hay algun misterio infernal sin duda alguna. Mirad, yo no quisiera despreciaros! yo quiero que os disculpeis, que os justifiqueis; ya que os pierdo no quisiera maldecir vuestra memoria. Decidme que os arrastraron al altar, decidme que os amedrentaron con la muerte, que perturbaron vuestra razon con men-

quinaciones infernales: decidme en fin, algo que os restituya la luz que veo en vos obscurecida y que ha llenado mi pecho de hiel y de tinieblas.

Doña Beatriz volvia á su silencio, cuando Martina recobrada ya de su susto y viendo que era el señor de Bembibre, no un espíritu sino en cuerpo y alma el que tenia delante, no pudo menos de responder por su ama.

—Si señor, si que la violentó su madre, y del peor modo posible, porque ella quiso desde luego irse al convento y esperaros allí, aunque todos decian que estábais en el otro mundo y en seguida quedarse monja tan profesa como la abadesa su tia. Por mas señas que...

—Silencio, Martina, replicó su señora con energía, y vos don Alvaro nada creais, porque he dispuesto de mi mano libre y voluntariamente delante del abad de Carracedo que me dió la bendicion nupcial. Ya veis, pues, que ninguna violencia pudo haber.

—¿Con que segun eso vos sola os habeis apartado del camino de la verdad? Por vos lo siento, otra vez vuelvo á decíroslo, porque envileceis mi amor que era la llama mas pura de mi vida. ¡Quién me dijera algun dia que os habia de tener por mas vil y despreciable que el polvo de los caminos!

—Don Alvaro! le interrumpió el templario; ¿cómo os olvidais asi de vos mismo y ultrajais á una dama?

—Dejadle, noble anciano, repuso doña Beatriz; razon tiene para enojarse y aun para maldecir el dia en que me vió por vez primera. Don Alvaro, prosiguió dirigiéndose á él; Dios juzgará en su dia

entre los dos, porque él es el único que tiene la llave de mi pecho, y á sus ojos no mas están patentes sus arcanos. Solo os ruego que me perdoneis, porque mi vida sin duda será breve, y no quisiera morir con el peso de vuestro ódio encima de mi corazon. A Dios, pues; idos pronto porque vuestra vida y tal vez mi honra están peligrando en este punto en que nos despedimos para siempre, y en que de nuevo os ruego que me perdoneis, y os olvideis de quien tan mal premio supo dar á vuestra acendrada hidalguía.

Estas palabras pronunciadas con tanta modestia y dulzura, pero en que vibraba una entonacion particular; parecian revelar á don Alvaro en medio de su pesadumbre y su cólera el inmenso sacrificio que aquella dulce y celestial criatura se imponia. El metal de su voz tenia á un mismo tiempo algo de sonoro y desmayado, como si su música fuese un eco del alma que en vano se esforzaban por repetir en toda su pureza los órganos ya cansados. Don Alvaro notó tambien el estrago que los sinsabores y los males habian hecho en aquel semblante modelo de gracia noble y á la par lozana y florida. Su ira y despecho se trocó de nuevo en un enternecimiento involuntario y acercándose mas á ella con toda la efusion de su corazon, le dijo:

—Beatriz, por Dios santo, por cuanto pueda ser de algun precio para vos en esta vida ó en la otra, descifradme este lúgubre enigma, que me oprime y embarga como un manto de hielo. Disipad mis dudas....

—¿Os parece, le contestó ella interrumpiéndole con el mismo tono patético y grave, que hemos

bebido poco del cáliz de afliccion, que tan hidrópica sed os aqueja de nuevos pesares?

—¡Ay señora de mi alma! esclamó Martina acongojada: ¿qué es lo que veo por la calle grande de árboles? Desdichadas de nosotras! es mi señor y el conde y todos los criados de la casa! Que vá á suceder, Dios mio?

Doña Beatriz entonces pasó de su resignada calma á la mas tremenda agitacion, y agarrando á don Alvaro por el brazo con una mano y señalándole con la otra un sendero encubierto entre los árboles, le decia con los ojos desencajados y con una voz ronca y atropellada:

—Por aquí! por aquí, desventurado! este sendero conduce á la reja del cercado y llegareis antes que ellos. ¡Oh Dios mio! para esto lo habeis traido otra vez delante de mis ojos?... Pero qué haceis? mirad que vienen!...

—Dejádlos que vengan, dijo don Alvaro, cuyos ojos al solo nombre del conde habian brillado con singular espresion.

—Cielo santo! estais en vos? No veis que estais solos y ellos son muchos y vienen armados? ¡Oh! no os sonriais desdeñosamente; yo soy una pobre muger que no sé lo que me digo! bien sé que vuestro valor triunfará de todo; pero pensad en mi honra que vais á arrastrar por el suelo y no me sacrifiqueis á vuestro orgullo! Ah! por Dios, noble comendador, llevaosle, llevaosle, porque le matarán y yo quedaré amancillada!

—Sosegáos, señora, contestó el anciano, la fuga nos deshonraria mucho mas á todos, y en cuanto á vuestra honra nadie dudará de ella cuando ponga por garante estas canas.

El ruido se oia ya mas cerca, y las muchas voces y acalorada conversacion, parecian indicar alguna resolucion enérgica y decidida.

—Bien veis que ya es tarde, dijo entonces don Alvaro, pero sosegáos, añadió con sonrisa irónica, que no es este el lugar y mucho menos la ocasion de la sangre.

Doña Beatriz viendo la inutilidad de sus esfuerzos, rendida y sin ánimo, se habia dejado caer al pié del nogal que sombreaba el arroyo.

CAPITULO XVIII.

Como presumirán nuestros lectores, el necio apuro del caballerizo era la causa de este desagradable accidente, pues en cuanto se despidió de los forasteros, echó á correr á la casa, esparciendo una alarma que ninguna clase de fundamento tenia. Por casualidad el conde y su suegro, á quienes no se esperaba aquel dia, habian dado la vuelta impensadamente y encontrando sus gentes un poco azoradas y en disposicion de acudir al soñado riesgo de su señora, se encaminaron allá con ellos, un poco recelosos por su parte, pues la guerra implacable y poco generosa que hacian á los templarios en la opinion, y los preparativos de todo género en que no cesaban un punto, les daban á temer cualquier venganza ó represalias.

Cuando don Alvaro y el comendador sintieron ya cerca el tropel, como de comun acuerdo se ca-

laron la celada y como dos estátuas de bronce aguardaron la llegada. El primero que asomó su ancha carota y su cuerpo de costal, fué el buen Mendo que muy pagado de su papel, no queria ceder á nadie la delantera. Venia todo sofocado y sin aliento, y sudando por cada pelo una gota.

—Martina! Martina! dijo en cuanto llegó; y el ama qué han hecho de ella?...

La muchacha le señaló á doña Beatriz con el dedo y le dijo en voz baja con cólera:

—¡Desgraciado y necio de tí! ¿qué es lo que has hecho?

En tanto llegaron todos, y mientras don Alonso y su yerno se encaraban con los forasteros, sus criados se fueron estendiendo en corro al rededor de ellos, contenidos y enfrenados por su actitud imponente y reposada. Adelantóse el conde entonces con su altanera cortesía, y dirigiéndose al de las armas negras, le dijo:

—¿Me perdonareis, caballero, que os pregunte el motivo de tan estraña visita y os ruegue que me descubrais vuestro nombre y semblante?

—Soy, respondió él levantando la visera, don Alvaro Yañez, señor de Bembibre, y venia á reclamar de doña Beatriz Ossorio, el cumplimiento de una palabra ya hace algun tiempo empeñada.

—Don Alvaro! esclamaron á un tiempo los dos, aunque con distinto acento y espresion, porque la esclamacion del de Arganza revelaba el candor y la sinceridád de su asombro, al paso que la del conde manifestaba á un tiempo despecho, asombro, vergüenza y humillacion. Habia dado dos pasos atrás, y desconcertado y trémulo añadió: Vos aquí?

—¿Os sobrecoge mi venida? contestó don Alvaro con sarcasmo, no me maravilla á fé: vos contábais con que la muerte ó la vejez por lo menos, me cogiese en el calabozo que me dispuso vuestra solicitud y la de vuestro amigo el generoso infante don Juan, ¿no es verdad?

—¡Ah don Juan Nuñez! murmuró el conde en voz baja, víctima todavía de su sorpresa.

—¿Todavía os quejais de él? contestó don Alvaro con el mismo tono irónico. Ingrato sois, por vida mia, porque en los seis meses que ha durado mi sepultura, me han dicho que habíais alcanzado el logro de vuestros afanes y casádoos con doña Beatriz; de manera que siendo ya tan poderoso, y destruidos los templarios, casi podíais coronaros por rey de Galicia. Sin embargo, si he llegado antes de tiempo y en ello os doy pesar, me volveré á mi deleitoso palacio hasta que para salir me vaya órden vuestra. ¿Qué no haré yo por grangearme la voluntad de un caballero tan cumplido, con los caidos tan generoso, con los fuertes tan franco y tan leal?

Don Alonso y su hija, como si asistiesen á un espectáculo del otro mundo, estaban escuchando mudos y turbados estas palabras con que comenzaban á distinguir el cúmulo de horrores y perfidias que formaban el nudo de aquel lamentable drama. Por fin don Alonso, dando treguas al tumulto de sensaciones que se levantaba en su pecho, dijo al conde:

—¿Es cierto lo que cuenta don Alvaro? Porque no os habeis asustado de verle, sino de verle aqui: ¿es cierto que yo, mi hija, y todos nosotros somos juguetes de una trama infernal?

El conde irritado ya con la fronte de don Alvaro, sintió renacer su orgullo y altanería, viéndose de esta suerte interrogado:

—De mis acciones á nadie tengo que responder en este mundo, contestó con ceño el señor de Arganza. En cuanto á vos, señor de Bembibre, declaro que mentís como villano y mal nacido que sois. ¿Quién sale garante de vuestras mal urdidas calumnias?

—En este sitio yo, respondió el comendador descubriendo su venerable y arrugado rostro; en Castilla don Juan de Lara, y en todas partes y delante de los tribunales del rey estos papeles, añadió mostrando unos que se encerraban en una cartera.

—¡Ah traidor! esclamó el conde desenvainando la espada y yéndose para don Alvaro: aquí mismo voy á lavar mi afrenta con tu sangre. Defiéndete.

—Deteneos, conde, le replicó don Alonso metiéndose por medio, estos caballeros están en mi casa y bajo el fuero de la hospitalidad. Ademas no es esta injuria que se lave con un reto obscuro, sino que debeis pedir campo al rey en presencia de todos los ricos hombres de Castilla y limpiar vuestra honra harto obscurecida por desgracia.

—Debeis pensar tambien, replicó gravemente don Alvaro, que el presente es caso de menos valer, y que habiendo descendido con vuestro atentado á la clase de pechero, ni sois ya mi igual ni puedo medirme con vos.

—Está bien: replicó el conde, conozco vuestro ardid, pero eso no os valdrá. ¡Ah valerosos vasallos! continuó volviéndose al grupo, atadme al pun-

to á esas envahidores como rebeldes y traidores al rey don Fernando de Castilla: señor de Bembibre, comendador Saldaña, presos sois en nombre de su autoridad.

—Ninguno de los mios se mueva, repuso don Alonso, ó le mandaré ahorcar del árbol mas alto del soto.

Pero era el caso que entre todos los circunstantes solo tres ó cuatro eran criados del señor de Arganza: los demas pertenecian á la hueste del conde, y avezados á cumplir puntualmente toda clase de órdenes, se preparaban á obedecer tambien la que ahora recibian. Aunque no pasaban de una docena, parecian gente resuelta y estaban medianamente armados, de manera que guiados y acaudillados por una persona de valor, como su señor, no era dificil que diesen en tierra con los solos caballeros, anciano el uno, y el otro aunque jóven, escaso de fuerzas á juzgar por su semblante. Estaban ademas en medio de un coto cercado de paredes y á pie, con lo cual toda huida parecia imposible, pero no por eso se mostraban dispuestos á rendirse, sino á emprender una vigorosa defensa. Don Alonso viendo la inutilidad de sus protestas, se habia puesto al lado de los recien venidos con ánimo al parecer de ayudarles, pero desarmado como estaba fácil hubiera sido á las gentes de su yerno apartarle á viva fuerza del lugar del combate.

Doña Beatriz entonces se levantó y poniéndose por medio de los encarnizados enemigos, dijo al conde con tranquila severidad.

—Esos caballeros son iguales á vos y ninguna autoridad podeis egercer sobre ellos. Ademas las

leyes de la caballeria prohiben hacer uso de la fuerza entre personas cuyos agravios tienen á Dios y á los hombres por jueces. Sed noble y confesad que un arrebato de cólera os ha sacado del camino de la cortesía.

—El rey ha mandado prender á todos los caballeros del Temple y á cuantos les prestáren ayuda, y yo, á fuer de vasallo, solo estoy obligado á obedecerle.

—Como obedecísteis á su noble madre cuando el asunto de Monforte, esclamó al templario con amargura.

—Ademas, señora, prosiguió el conde como si no hubiese sentido el tiro; sin duda se os olvida que no estais en vuestro lugar rogando por vuestro amante, con quien os encuentro sola y en sitios desusados.

—No es á mí á quien deshonran esas sospechas respondió ella con dulzura, porque sabe el cielo que ni con el pensamiento os he ofendido: sino al pecho ruin que las da calor y orígen. De todas maneras, os perdono, solo con que no hostigueis á esos nobles caballeros.

—No os dé pena de nosotros, generosa doña Beatriz, respondió el comendador: este debate se acabará sin sangre, y nosotros seremos los dueños de ese ruin y mal caballero.

Al acabar estas palabras hizo una señal al page ó esclavo que le acompañaba, y él asiendo un cuerno de caza que á la espalda traia pendiente de una bordada bandolera, lo aplicó á los labios y sacó de él tres puntos agudos y sonoros que retumbaron á lo lejos. Al instante mismo y semejante á un cercano temblor de tierra, se oyó el ga-

lope desbocado de varios caballos de guerra, y no tardó en aparecer la guardia que vimos atravesar la ribera de Bembibre detras de nuestros caballeros. Habíanse quedado cubiertos con unos árboles y setos cerca de la reja del cercado, con órden de impedir que la cerràsen y de acudir á la primera señal. Mendo en medio de su priesa no pensó en atajarles la entrada, y por consiguiente ninguno de los circunstantes podia preveer semejante suceso. Los hombres de armas del Temple superiores en número, harto mejor armados que sus enemigos y montados ademas en arrogantes caballos, se mostraron á los ojos de aquellas gentes tan de súbito que no se les figuró sino que por una de las diabólicas artes que egercian los caballeros, la tierra los habia vomitado, y una legion de espíritus malignos venia detras de ellos en su ayuda. Dieron, pues, á correr por el bosque con desaforados gritos, invocando todos los santos de su devocion; en cuanto al conde no se movió, porque aunque el peligro que le amenazaba, era de los inminentes despues del ruin comportamiento que acababa de observar, su orgullo no pudo avenirse á la idea de la fuga. Quedóse por lo tanto mirando con altanería á sus enemigos, como si los papeles estuviesen trocados.

—Y ahora, don villano, le dijo Saldaña con ira, ¿qué merced esperais de nosotros, sino es que con una cuerda bien recia os ahorquemos de una escarpia del castillo de Ponferrada, para que aprendan los que os asemejan á respetar las leyes de la caballeria?

—Eso hubiera hecho yo con vosotros de haberos tenido entre mis manos, respondió él, con

frialdad; no me quejaré de que me pagueis en mi moneda.

—Vuestra moneda no pasa entre los nobles; id en paz, que en algo nos habemos de diferenciar, dijo don Alvaro; pero tened entendido que si como caballero, y señor independiente no he aceptado vuestro reto, me encontrareis en la demanda del Temple, porque desde mañana seré templario.

Un relámpago de feroz alegría brilló en las siniestras facciones del conde que respondió:

—Allí nos encontraremos, y vive Dios que no os escapareis de entre mis garras como os escapais ahora, y que los candados que os echaré no se abrirán tan pronto como los de Tordehumos y su traidor castellano.

Con estas palabras se alejó dirigiéndoles una mirada de despecho y sin encontrar con las de su suegro, ni su esposa, que no fué poca fortuna, porque sin duda aquel alma vil se hubiera gozado en la especie de estupor que le causó la terrible declaracion de don Alvaro.

—¿Es un sueño lo que acabo de escuchar? repuso la desdichada mirándole con ojos estraviados y con el color de la muerte en las megillas; ¿vos? ¿vos templario?

—¿Eso dudais? contestó él ¿no os lo habia dicho vuestro corazon?

—¡Ah! y vuestra noble casa, repuso doña Beatriz, y vuestro linage esclarecido que en vos se estingue?

—Y no habeis visto estinguirse otras cosas aun mas nobles, mas esclarecidas y mas santas? No habeis visto la estátua de la fé volcada de su pe-

pedestal, apagarse las estrellas y caer despeñadas del cielo, y quedarse el universo en medio de una noche profunda? Tal vez vuestros ojos no hayan sido testigos de estas escenas, pero yo las he presenciado con los de mi alma y no las puedo apartar de ellos.

—¡Oh! sí, replicó doña Beatriz, despreciadme, escarnecedme, decid que os he engañado traidoramente, arrastradme por el suelo, pero no tomeis el hábito del Temple. ¿Sabeis vos las tragedias de Francia? ¿sabeis el odio que se ha encendido contra ellos en toda la cristiandad?

—¿Qué quereis? Eso cabalmente me ha determinado á seguir su bandera. ¿Pensais que soy yo de los que abandonan á los desgraciados?

—Está bien, heridme, heridme en el corazon con los filos de vuestras palabras; yo no me defenderé: pero sed hombre, luchad con vuestro dolor y no estanqueis la sangre ilustre que corre por vuestras venas!

—Os cansais en vano, señora: tengo empeñada mi palabra al comendador.

—Verdad es, repuso el anciano conmovido, pero recordad que yo no la acepté, porque la disteis en un arrebato de dolor.

—Pues ahora la ratifico. ¿Qué poder tienen para apartarme de mi propósito tan especiosos argumentos, ni qué interés puede tomarse en mi destino la poderosa condesa de Lemus?

Doña Beatriz abrumada por tan terribles golpes, no respondió ya sino con sordos y ahogados gemidos. Don Álvaro cuyo pecho lastimado se movia al impulso de encontradas pasiones [illegible]
[illegible]

mó entonces fuera de sí con la espresion del dolor mas profundo.

—Beatriz! Beatriz! justificáos, decidme que no me habeis vendido: mi corazon me está gritando que no habeis menester mi perdon! corred ese velo que os presenta á mis ojos con las tintas de la maldad y la bajeza.

Adelantóse entonces el señor de Arganza con continente grave y dolorido y preguntó á don Alvaro.

—No sabeis nada de las circunstancias que acompañaron las bodas de mi hija?

—No, á fé de caballero, respondió él.

Don Alonso se volvió entonces á su hija y mirándole con una mezcla inesplicable de tristeza y de ternura, dijo á don Alvaro;

—Todo lo vais á saber.

—¡Oh! no, padre mio: dejádle con sus juicios temerarios; tal vez se curen con el cauterio del orgullo las llagas de su alma: pensad que vais á hacerle mas infeliz!

—El orgullo, doña Beatriz! replicó el contristado caballero: mi orgullo erais vos y mi humillacion vuestra caida.

—No, hija mia, repuso don Alonso, bien me lo predijo el santo abad de Carracedo, pero la venda no habia caido hasta hoy de mis ojos. ¿Qué importa que me cubras con el manto de tu piedad, si no has de acallar por eso la voz de mi conciencia?

Entonces contó por menor á don Alvaro y pintándose con negros colores, todas las circunstancias del sacrificio de doña Beatriz y las amenazas del abad de Carracedo que tan tristemente comenzaban á cumplirse aquel dia. La conducta del

anciano habia sido realmente culpable, pero el oro; la gloria y el poder del mundo juntos no le hubieran movido á entregar su hija única en los brazos de un hombre tan manchado. El noble proceder de la jóven, su desinterés en cargar con tan grave culpa como la que su amante le imputaba solo para que mas facilmente pudiera consolarse de la pérdida de su amor, creyéndola indigna de él; aquella abnegacion imponderable, decimos, habia acabado de desgarrar las entrañas del anciano que terminó su relacion entre lamentos terribles y golpeándose el pecho. Quedáronse todos en un profundo silencio que duró un gran espacio, hasta que don Alvaro dijo con un profundo suspiro:

—Razon teniais, doña Beantriz, en decir que semejante declaracion me haria mas desdichado. Dos veces os he amado, y dos os pierdo. Dura es la prueba á que la providencia me sujeta! Sin embargo el cielo sabe cuan inefable es el consuelo que recibo en veros pura y resplandeciente como el sol en mitad de su carrera. No nos volveremos á ver, pero detras de las murallas del Temple me acordaré de vos....

Doña Beatriz rompió otra vez en amargo llanto viéndole persistir tan tenazmente en su resolucion, y él añadió:

—No lloreis, porque mi intento se me logrará sin duda. Dicen que amenaza á esta milicia inminente destruccion. No lo creo, pero, si asi fuese, ¿cómo podreis estrañar que yo sepulte las ruinas de mi esperanza bajo estas grandes y soberbias ruinas? Y luego ¿no sois vos harto mas desgraciada que yo? Pensad en vuestros dolores no en los mios.... Adios, no os pido que me deis á besar

vuestra mano, porque es de otro dueño, pero vuestro recuerdo vivirá en mi memoria á la manera de aquellas flores misteriosas que solo abren sus cálices por la noche sin dejar de ser por eso puras y fragantes. Adios...

Don Alonso le hizo una señal con la mano para que acortase tan dolorosa escena.

—Sí, sí; teneis razon. Adios para siempre porque jamás ¡oh! jamás volveremos á encontrarnos!

—Sí, sí, respondió ella con religiosa exaltacion levantando los ojos y las manos al cielo: allí nos reuniremos sin duda!

Al acabar estas palabras se arrojó en los brazos de su padre, y don Alvaro sin detenerse á mas montó de un brinco en su caballo y metiéndole los acicates, desapareció como un relámpago, seguido del comendador y su escasa tropa. Cuando ya se desvaneció el ruido que hacian, doña Beatriz se enjugó los ojos, y apartándose suavemente de los brazos de su padre, se puso á mirar el semblante alterado del anciano, que clavados los ojos en el suelo y pálido como la muerte, parecia haber comprendido de una vez el horror de su obra. Conociólo su generosa hija, y acercándose á él con semblante apacible y casi risueño le dijo:

—Vamos, señor, sosegáos. ¿Quién no ha pasado en el mundo penalidades y trabajos? No sabeis que es tierra de paso y campo de destierro? El tiempo trae muchas cosas buenas consigo, y Dios nos vé sin cesar desde su trono.

—Ojalá que no me viera á mí! repuso el anciano, meneando la cabeza: ojalá que ni sus ojos ni los mios penetrasen en las tinieblas de mi conciencia! Hija mia! hija de mi dolor! Y eso yo, el que te he es-

entregado á tí, ángel de luz, en los brazos de un malvado? Sí, tú puedes estar serena, porque tu sacrificio te ensalzará á tus ojos y te dará fuerzas para todo; pero yo, miserable de mí, ¿con qué me consolaré? Yo, parricida de mi única hija, ¿cómo encontraré perdon en el tribunal del Altísimo?

—¡Qué quereis! le dijo doña Beatriz: vos buscabais mi felicidad, y no la habeis encontrado: os engañaron como á mí!... resignémonos con nuestra suerte, porque Dios es quien nos la envia!

—No, hija mia, no te esfuerces en consolarme, pero tú no serás de ese indigno: yo iré al rey: yo iré á Roma á pie con el bordon de peregrino en la mano: yo me arrojaré á las plantas del pontífice y le pediré que te vuelva tu libertad, que deshaga este nudo á abominable...

—Guardáos bien de poner vuestra honra en lenguas del vulgo, repuso doña Beatriz con seriedad. Ademas, padre mio, de qué me serviria ya la libertad? ¿No habeis oido que pasado mañana será ya templario?

—Ese peso mas sobre mi conciencia culpable! esclamó el señor de Arganza, tapándose la cara con ambas manos, ¿tambien se perderá por mí un caballero tan cumplido? ¡Ay! todas las aguas del Jordan no me lavarian de mi culpa!

Doña Beatriz apuró en vano por un rato todos los recursos de su ingenio y todo el tesoro de su ternura para distraer á su padre de su pesar. Por fin ya obscurecido, volvieron los dos á casa seguidos de la pensativa Martina que con las escenas de aquella tarde andaba muy confusa y pesarosa. Al llegar se encontraron á varios criados que venian en su busca; pues aunque el conde les habia dicho

que los caballeros venian de paz, y que su cólera hábia sido injusta, añadiéndoles ademas que no perturbasen la plática de su amo, con la tardanza comenzaban á impacientarse y no quisieron aguardar á mas.

El conde por su parte deseoso de evitar las desagradables escenas que no hubieran dejado de ocurrir con su suegro y su esposa, salió precipitadamente para Galicia, dejando al tiempo y á su hipocresía el cuidado de soldar aquella quiebra: determinacion que, como presumirán nuestros lectores, no dejó de servir de infinito descanso á padre y á hija en la angustia suma que les cercaba. Triste consuelo el que consiste en la ausencia de aquellas personas que debiendo sernos caras por los lazos de la naturaleza llegan á convertirse á nuestros ojos por un juego cruel del destino, en objetos de desvio y de odio!.

CAPÍTULO XIX.

Nuestros lectores nos perdonarán si les obligamos á deshacer un poco de camino para que se enteren del modo con que se prepararon y acontecieron los estraños sucesos á que acaban de asistir. Muévenos á ello no solo el deseo de darles á conocer esta verdadera historia, sino el justo desagravio de un caballero que sin duda les merecerá mala opinion, y que sin embargo no estaba tan desnudo de todo buen sentimiento, como tal

vez se figuran. Este caballero era don Juan Nuñez de Lara.

Quien quiera que vea su propension á la rebelion y desasosiego, su amistad con el infante don Juan, y su desagradecimiento á los favores y mercedes del rey, fácilmente se inclinará á creer que semejantes cualidades serian bastantes para sofocar cuantos buenos gérmenes pudiesen abrigarse en su alma, sin embargo no era asi don Juan Nuñez; revoltoso, tenaz y desasosegado no habia faltado á pesar de todo á las leyes sagradas del honor y de la caballeria. Asi fué que cuando don Alvaro cayó en sus manos, ya vimos la cortesía con que comenzó á tratarle y el agasajo con que fué recibido en su castillo de Tordehumos; sobrevinieron á poco las pláticas con el infante, sobre las bulas de Bonifacio, á propósito del enjuiciamiento de los templarios, y alli determinó el pérfido y antiguo maquinador á don Juan Nuñez á separar de una manera ó de otra á don Alvaro de la alianza de los caballeros, bien persuadidos ambos de que su causa recibiria un doloroso golpe, especialmente en el Bierzo. Bien hubiera querido el infante que el tósigo ó el puñal le desembarazasen de tan terrible enemigo; pero su ligera indicacion encontró tal acogida que ya vimos á don Juan Nuñez sacar la espada para dar la respuesta. Por lo tanto hubo de recoger velas con su astucia acostumbrada, y aun asi lo único que alcanzó, fué que diesen al señor de Bembibre un narcótico con el cual pasase por muerto, y que entonces lo aprisionasen estrecha y cautelosamente hasta que roto y vencido el enemigo comun, pudiese volver á la luz un caballero tan valeroso y afamado.

Buen cuidado tuvo el pérfido don Juan, ocultarle la segunda parte de su trama infernal, pues sobrado conocia que si Lara llegaba á columbrar que se trataba de hacer violencia á una dama como doña Beatriz, al momento mismo y sin ningun género de rescate hubiera soltado á don Alvaro para que con su espada cortase los hilos de tan vil intriga. Asi pues, con el color del público bien se decidió don Juan Nuñez á una accion que tan amargos resultados debia producirle mas adelante: pero sin embargo, no se resolvió del todo, sin intentar antes los medios de la persuasion, mas por satisfacerse á sí propio que con la esperanza de coger fruto. El resultado de sus esfuerzos fué el que vimos; y en la misma noche Ben Simuel preparó un filtro con que todas las funciones vitales de don Alvaro, se paralizaron completamente. En tal estado entró por una puerta falsa, y desgarrando los vendajes de don Alvaro y regando la cama con sangre preparada al intento, facilitó la escena que ya presenciamos y que tanto afligió al buen Millan, desasosegando tambien al principio al mismo Lara con la tremenda semejanza de la muerte. Nada, pues, mas natural que su resistencia á soltar el supuesto cadáver que en la noche despues de sus exéquias, fué trasladado por don Juan y su físico á un calabozo muy hondo que caia bajo uno de los torreones angulares, el menos frecuentado del castillo. Allí le sujetaron fuertemente y le dejaron solo para que al recobrar el uso de sus sentidos no recibiese mas impresiones que las que menos daño le trageesen en medio de la debilidad producida por un tan largo parasismo.

Don Álvaro volvió en sí muy lentamente, y tardó largo espacio de tiempo en conocer el estado á que le habian reducido. Vió la obscuridad que le rodeaba: pero pensó que seria de noche, pero luego al hacer un movimiento, sintió los grillos y esposas que le sujetaban pies y manos, y al punto cayó en la cuenta de su situacion. Sin embargo, con la ayuda de un rayo de luz que penetraba por un angosto y altísimo respiradero abierto oblicuamente en la pared, vió que su cama era muy rica y blanda, y algunos taburetes y sitiales que habia por allí esparcidos, contrastaban estrañamente con la desnudez de las paredes y la lobreguez del sitio. Sus heridas estaban vendadas con el mayor cuidado, y en un poyo cerca de la cama habia preparada una copa de plata con una bebida aromática. La estrechez á que lo reducian junto con unas atenciones tan prolijas, era una especie de contradiccion propia para desconcertar una imaginacion mas entera, y reposada que la suya.

Entonces un ruido de pasos que se sentia cerca y que parecian bajar una empinada escalera de caracol vino á sacarle de sus desvarios. Abrieron una cerradura, descorrieron dos ó tres cerrojos, y por fin entraron por la puerta dos personas, en quienes á pesar de su debilidad reconoció al instante á Lara y al rabino, su físico. Traia el primero en la mano, una lámpara y un manojo de llaves; y el segundo una salvilla con bebidas, refrescos y algunas conservas. Don Juan entonces se acercó al prisionero con visible empacho y le dijo:

—Don Álvaro, sin duda os maravillará cuanto por vos está pasando; pero la salud de Castilla lo exige así y no me ha sido dable obrar de otra ma-

nera. Sin embargo una sola palabra vuestra os volverá la libertad: renunciad á la alianza del Temple y sois dueño de vuestra persona. De otra suerte, no saldreis de aquí, porque sabed que estais muerto para todo el mundo, menos para Ben Simuel y para mí.

Como don Alvaro habia perdido la memoria del dia anterior á causa de su debilidad, no dejó de recibir sorpresa al ver entrar á Lara y á su físico; pero entonces todo lo percibió de una sola ojeada y con aquel sacudimiento recobró parte de su energía y fortaleza. Asi pues, respondió á don Juan.

—No es este el modo de tratar á los caballeros como yo, que en todo son vuestros iguales, menos en la ventura, y mucho menos el dearrancarme un consentimiento que me deshonraria. De todo ello, don Juan Nuñez, me dareis cuenta á pie ó á caballo, en cuanto mi prision se acabe.

—En eso no hay dudar, respondió Lara con sosiego; pero mientras tanto quisiera proceder coco quien soy con vos y haceros mas llevaderos los males de esta prision, que solo la fuerza de las circunstancias me obligan á imponeros. Dadme, pues, vuestra palabra de caballero de que no intentareis salir de este encierro, mientras yo no os diere libertad ó mientras á viva fuerza ó por capitulacion mia, no tomasen este castillo.

Don Alvaro se quedó pensativo un rato al cabo del cual respondió:

—Os la doy.

Lara entonces le soltó grillos y esposas y ademas le entregó las llaves del calabozo diciéndole:

—En caso de asalto tal vez no podria yo librar vuestra vida de los horrores del incendio y del

pillage: por eso pongo vuestra seguridad en vuestras manos. Por lo demas quisiera saber si algo necesitais para complaceros al punto.

Don Alvaro le dió las gracias repitiendo no obstante su reto.

A la visita siguiente Lara trajo sus armas al preso diciéndole que el cerco se iba estrechando, y que si llegaban á dar el asalto, allí le dejaba con que defenderse de los desmanes enemigos. Esta nueva prueba de confianza dejó muy obligado á don Alvaro, que por otra parte se veia regalado y agasajado de mil modos, restablecido ya de sus heridas.

Cuando se obligo á no intentar su evasion por ningun camino hízole titubear un poco la memoria de doña Beatriz que á tantos peligros y maquinaciones dejaba espuesta; pero la fé ciega que en ella tenia depositada disipó todos sus recelos. En cuanto á la ayuda que pudiera proporcionar á su tio el maestre, y á sus caballeros la tenia él en su modestia por de poco valer, y como por otra parte los habia dejado dueños de su castillo, no le afligia tanto por este lado el verse aherrojado de aquella suerte. Ultimamente como don Juan habia incluido en las condiciones su única esperanza racional, que era la de que el rey echase de Tordehumos á su castellano de grado ó por fuerza, no encontró reparo en ligarse de tan solemne manera.

Como quiera, por mas que tuviese á menos la queja y se desdeñase de pedir merced, no por eso dejaba de suspirar en el hondo de su pecho por los collados del Boeza y las cordilleras de Noceda donde tan á menudo solia fatigar al colmilludo javalí,

al terrible oso y al corzo volador. Acostumbrado al aire puro de sus nativas praderas y montañas, inclinado por índole natural á vagar sin objeto los dias enteros á la orilla de los precipicios, en los valles mas escondidos y en las cimas mas enriscadas; á ver salir el sol, asomar la luna y amortiguarse con el alba las estrellas; el aire de la prision se le hacia insoportable y fétido, y su juventud se marchitaba como una planta roida por un gusano oculto. Por la noche veia correr en sueños todos los rios frescos y murmuradores de su pintoresco país, coronados de fresnos, chopos y mimbreras que se mecian graciosamente al soplo de los vientos apacibles, y allá á lo lejos una muger vestida de blanco, unas veces radiante como un meteoro, palida y triste otras como el crepúsculo de un dia lluvioso, cruzaba por entre las arboledas que rodeaban un solitario monasterio. Aquella muger jóven y hermosa siempre, tenia la semejanza y el suave contorno de doña Beatriz; pero nunca acertaba á distinguir claramente sus facciones. Entonces solia arrojarse de la cama para seguirla, y al tropezar con las paredes de su calabozo, todas sus apariciones de gloria se trocaban en la amarga realidad que le cercaba.

Con semejante lucha que su altivez le obligaba á ocultar y que por lo mismo se hacia cada vez mas penosa, su semblante habia ya perdido el vivo colorido de la salud, y Ben Simuel que conocia la insuficiencia de toda su habilidad para curar esta clase de dolencias, solo se limitaba á consejos y proverbios sacados de la Escritura que no dejaban de hacer impresion en el ánimo de don Alvaro naturalmente dado á la contemplacion. Don Juan

Nuñez no parecia sino que empeñado mal su grado en tan odiosa demanda, queria borrar su conducta á fuerza de atenciones y de obsequios, tales por lo menos como eran compatibles con tan violento estado de cosas.

Continuaba el sitio entre tanto con bastante apremio de los sitiados, pues el rey no pensaba en cejar de su empeño hasta reducir á su rebelde vasallo. A no pocos señores deudos y aliados de Lara pesábales de tanto teson, y en los demas el miedo de ver crecer la autoridad real á costa de sus fueros y regalias entibiaba de todo punto la voluntad; pero de todos modos, nadie hasta entonces habia desamparado los reales.

Un dia, poco antes de amanecer despertaron á don Alvaro el galope y relincho de los caballos, el clamoréo de trompetas y atambores, la gritería de la guarnicion y de la gente de afuera, el crugir de las cadenas de los puentes levadizos, los pasos y carreras de los hombres de armas y ballesteros, y finalmente un tumulto grandísimo dentro y fuera del castillo. Por último las voces y la confusion y estruendo, se oyeron en los patios interiores de la fortàleza y don Alvaro que creyendo trabado el combate, iba ya á echar mano á sus armas, se mantuvo á raya no poco sorprendido de no oir el martilleo de las armas, los lamentos é imprecaciones del combate y aquella clase de desórden temeroso y terrible que nunca deja de introducirse en un puesto ganado por asalto. Las voces por el contrario parecian ser de concordia y alegria, y al poco rato ya no se oyó mas que aquel sordo murmullo que nunca deja de desprenderse de un gran gentio. De todo esto coligio don Alvaro que

sin duda don Juan habia hecho con el rey algun concierto honroso, y que sus huestes habian entrado amigablemente y de paz en la fortaleza. Causóle gran alegria semejante idea y con viva impaciencia se puso á aguardar la visita de cualquiera de sus dos alcaides paseándose por su calabozo apresuradamente. Poco tardó en satisfacerse su anhelo, porque en cuanto fué de dia claro, entró don Juan Nuñez en la prision con el rostro radiante de júbilo y orgullo, y el continente de un hombre que triunfa de las dificultades, á fuerza de perseverancia y arrojo.

—No, no es el linage de los Laras el que sucumbirá delante de un rey de Castilla: no está ya en su mano apretarme en Tordehumos, ni aun parar delante de sus murallas dentro de algun tiempo. Ahora aprenderá á su costa ese rey mozo y mal aconsejado á no despreciar sus ricos hombres, que valen tanto como él.

Estas fueron las primeras palabras que se vertieron de la plenitud de aquel corazon soberbio, y que al punto dieron en tierra con los vanos pensamientos y esperanzas de don Alvaro. Lara vuelto en sí de aquel arrebato de gozo y viendo anublarse la frente de su prisionero, se arrepintió de su ligereza, y le dió mil escusas delicadas y corteses de haberle anunciado de aquella manera una nueva que naturalmente debia contristarle.

Rogóle entonces don Alvaro que le contase el fundamento de su orgullosa alegria, que era el haberse pasado á sus banderas don Pedro Ponce de Leon, y don Hernan Ruiz de Saldaña, no menos solicitados de la amistad que tenian con él asentada, que enojados de lo largo del sitio y de la per-

gracia del rey. Con esta desercion quedaba tan enflaquecido el egército real y tan pujante don Juan Nuñez, que por fuerza tendria que avenirse el monarca al rigor de las circunstancias y aceptar las condiciones de su afortunado vasallo. Don Juan contó tambien á su prisionero la mala voluntad y encono que en toda España se iba concitando contra los templarios, y que solo esperaba el rey á salir de aquella empresa para despojarles de todas sus haciendas y castillos, que todavia no habian querido entregar.

—Y es posible, esclamó por último, que un caballero como vos se aparte asi de sus hermanos, solo por defender una causa de todos desahuciada?

—Ya os lo dije otra vez, respondió don Alvaro con enojo, el mundo entero no me apartará del sendero del honor; pero vos, os lo repito, encontraréis tal vez algun dia en la punta de mi lanza, el premio de esta prision inicua é injusta que me haceis sufrir.

—Si muero á vuestras manos, contestó Lara con templanza, no me deshonrará muerte semejante; pero por estraña que os parezca mi conducta, harto mas negra se mostraria á mis ojos sino atára este brazo que tanto habia de sostener esa casa de indignidad y reprobacion.

Diciendo esto cerró la puerta y desapareció. ¿Estaba realmente convencido de la culpabilidad de los templarios, ó no eran sus palabras sino el fruto de la ambicion y de la política? Ambas cosas se disputaban el dominio de su entendimiento, pues aunque su ambicion era grande y su educacion no le permitia acoger las groseras creencias del vulgo, al cabo tampoco sabia elevarse sobre

el nivel de una época ignorante y grosera, que acogia las calumnias levantadas al Temple con tanta mayor facilidad cuanto mas torpes y monstruosas se presentaban.

Puede decirse que entonces fué cuando deshecha su última esperanza empezó don Alvaro á sentir todos los rigores de su prision. El conflicto en que segun todas las apariencias iba á verse don Rodrigo su tio, espoleaba los ardientes deseos que de acudir en su socorro siempre tuvo, y últimamente llegó á pensar con cuidado en las asechanzas que durante su incomunicacion absoluta con el mundo de afuera, pudieran armarse á doña Beatriz. En su mano estaban las llaves de su prision: colgadas en la pared su armadura y espada; pero harto mas le custodiaban y aprisionaban que con todos los cerrojos y guardianes del mundo. Sin embargo, mas de una vez maldijo la ligereza con que habia empeñado su fé, pues á no ser por ella, aun sujeto y aherrojado, tal vez hubiera podido hacer en provecho de su libertad lo que ahora ni siquiera de lejos se ocurria á su alma pura y caballerosa. Con tantas contrariedades y sinsabores, sus fuerza. cada vez iban á menos, en términos que Ben Simuel llegó á concebir serios temores, caso que aquella reclusion se dilatase por algun tiempo.

CAPÍTULO XX.

Bien ageno se hallaba por cierto el desdichado cautivo de que lejos de Tordehumos y en los montes de su país habia un hombre cuyo leal co-

razon, desechando por un involuntario instinto, la idea de su muerte, solo pensaba en descorrer el velo que semejante suceso encubria, y para ello trabajaba sin cesar. Este hombre era el comendador Saldaña á quien una voz, sin duda venida del cielo, inspiró desde luego varias dudas sobre la verdadera suerte de don Alvaro. Parecíale y con razon estraño el empeño de don Juan Nuñez en guardar el cadáver; cuando ningun deudo tenia con el señor de Bembibre, faltando en esto á la establecida práctica de entregar los muertos á los amigos ó parientes, sin dilatarles la honra de la sepultura en los lugares de su postrer descanso. Por otra parte las circunstancias que precedieron á la tragedia, tenian en sí un viso de misterio que le hacia insistir en su idea, porque nunca pudo tiznar á Lara con la sospecha de un asesinato deliberado y frio. Sin embargo como la fé y declaracion que trajo Millan á todo mundo habian convencido y satisfecho, y como sus barruntos mas tenian de presentimiento que de racional fundamento, apenas se atrevia á comprometer la gravedad de sus años y consejo, dando á conocer un género de pensamientos que sin duda todos calificarian de desvario y flaqueza senil.

Asi y todo semejante idea se arraigaba en él un dia y otro; hasta que cansado de luchar con ella aun durante el sueño, escribió una carta al maestre en que le pedia licencia en tono resuelto para partirse á Castilla y averiguar el paradero de su sobrino. El abad le contestó manifestando gran estrañeza de su incertidumbre y negándole el permiso que demandaba, porque no parecia cordura abandonar la guarda de un puesto tan im-

portante, por correr detras de una quimera impalpable. El implacable conde de Lemus juntaba ya gentes por la parte de Valdeorres, y no era cosa de que faltase su brazo y su esperiencia en ocasion de tanto empeño como la que se preparaba.

La contradiccion no hizo mas que fortalecer su estraño juicio y dar nuevo estímulo á sus deseos, cosa natural en los caracteres vehementes como el de Saldaña, y cuyas fuerzas y arrojo crecen siempre en proporcion de los obstáculos. En la tregua que daban al Temple el rey y los ricos hombres de Castilla empeñados en la demanda de Tordehumos, aconteció que se metieron dentro de sus muros como ya dejamos contado, don Pero Ponce y don Hernan Ruiz de Saldaña. Ligaban á este caballero y al anciano comendador vínculos muy estrechos de parentesco, y de consiguiente ninguna mas propicia ocasion para apurar todos sus recelos é imaginaciones. Cabalmente por aquellos dias visitó el maestre el fuerte de Cornatel para enterarse de sus aprestos y fortalezas, y tantos fueron entonces los ruegos y encarecimientos, que al cabo hubo de darle una especie de mandado para el campo del rey, y desde alli con un salvo conducto que le envió su deudo, se introdujo en la plaza.

Portador de tan aciagas nuevas era, que mas de una vez se le ocurrió el deseo de hallar á don Alvaro en brazos del eterno sueño: tan cierto estaba de la profunda herida que iba á abrir en su corazon el malhadado fin de aquel amor, cuya índole á un tiempo pura y volcánica, no desconocia el comendador. Combatido de semejantes pensamientos, llegó á Tordehumos, donde fué acogido por su

pariente con cordialidad cariñosa, por don Juan y los demas caballeros con la cortesía y respeto que les merecia, sino su hábito, su edad y su valor tan conocido desde la guerra de la Palestina. Los templarios escitaban sin duda grande odío y aversion; pero su denuedo, única de sus primitivas virtudes de que no habian decaido, su poder, los misterios mismos de su asociacion, los escudaban de todo desman y menosprecio. El comendador pidió una plática secreta á don Juan Nuñez, con su pariente por testigo, sino tenia reparo en hacerle partícipe de sus secretos. Otorgósela al punto, diciéndole que don Hernando, no solo era su amigo, sino que la gran merced que acababa de hacerle, exigia de él una obligacion sin límites. Fuéronse los tres entonces á una cámara mas apartada, y alli tomando asiento al lado de una ventana, Saldaña dirigió su voz á Lara estos términos:

—Siempre os tuve, don Juan de Lara, por uno de los mas cumplidos caballeros de Castilla, no solo por vuestra alcurnia, sino por vuestra hidalguía; siempre os he defendido contra vuestros enemigos, viendo que no degenerábais de tan ilustre sangre.

—Escusad las alabanzas que no tengo merecidas, le dijo don Juan, atajándole, por mas precio que las dé ver que salen de vuestra boca.

—Pocas han salido en verdad de ella, respondió Saldaña; pero sinceras todas como las que acabais de oirme. ¡Cuál no ha debido ser por lo mismo mi sorpresa, al veros servir de instrumento á inícuos planes, deteniendo á don Alvaro en las entrañas de la tierra, cual si le cubriera la losa del sepulcro!

Todo podia esperarlo Lara menos cargo tan súbito y severo: asi fué que sin poderlo remediar, se turbó. Advirtiólo el comendador y entonces ya se acabaron sus dudas y recelos, porque estaba seguro de que don Juan soltaria á su prisionero no bien hubiese escuchado la negra historia que iba á contarle. Recobróse, no obstante Lara, y respondió con rostro torcido:

—Por vida de mi padre, que sino os amparasen vuestras canas no me agraviariais de esa suerte. Si don Alvaro murió, culpa es de su desdicha, que no mi mala voluntad. Cuando se acabe este sitio, yo os le entregaré á la puerta de su castillo, con todo el honor correspondiente, si su tio el maestre os comisiona para recibirlo.

—¡Ah don Juan Nuñez! repuso el comendador, y que mal se os acomodan esos postizos embustes, hijos de un discurso dañado y de todo punto olvidado de las leyes del honor! Os lo repito; vos habeis servido de escalon para los pies de un malvado, y por vos ha quedado atropellada una principal señora. Por vos, Lara, que calzais espuela de oro: por vos que nacísteis obligado á proteger á todos los desvalidos: por vos, en fin, se ha perdido ya para siempre una doncella de las mas nobles, discretas y hermosas del reino del Leon.

Entonces contó viva y rápidamente los desposorios de doña Beatriz, verdadero objeto de las maquinaciones del infante don Juan, que por este camino llegaba á engrandecer un privado, en el cual contaba asegurar cumplida ayuda para todos sus propósitos y esperanzas. Saldaña con aquel razonar inflexible y sólido que se funda en la enseñanza de los años, y en el conocimiento del

mundo, le puso de manifiesto el deslucido papel á que la astuta y redomada perfidia del infante y del conde, le habian reducido para mejor asegurar el logro de sus ruines intentos. Durante este razonamiento don Juan Nuñez iba manifestando la cólera y el resentimiento que poco á poco se apoderaban de su corazon, hasta que por fin tan intensa y terrible se hizo su espresion, que se le trabó la lengua durante un rato, agitado por un temblor convulsivo y con los ojos vueltos en sangre. Tres veces probó á levantarse de su taburete y otras tantas sus vacilantes rodillas se negaron á sostenerle. El comendador conociendo lo que pasaba dentro de su alma, abrió una ventana para que respirase aire mas puro, y procuró dar salida á su coraje con palabras acomodadas á su intento, hasta que por fin pasado el primer arrebato de rábia, rompió don Juan en quejas é imprecaciones contra el infante y el de Lemus.

—¡A mí! decia rechinando los dientes y despidiendo relámpagos por los ojos ¡á mí tan traidora y perversa cábala! ¡A un Nuñez de Lara convertirle así en asesino de damas hermosas, mientras se empozan los caballeros! ¡Ah infante don Juan! ¡ah don Pedro de Castro y como habeis de lavar con vuestra sangre esta banda de bastardía con que habeis cruzado el escudo de mis armas! si, si, noble Saldaña, don Alvaro está en mi poder ¿pero cómo presentarme á su vista con el feo borron de mi conducta? Cómo decirle, yo soy quien os ha robado la dicha! ¡Ah! no importa: yo quiero confesarle mi crímen, quiero presentarle mi cuello! Pluguiera al cielo que semejante paso me humillára, pues eso seria buena prueba de que no es-

taba mi conciencia tan obscurecida y turbia! Venid, venid! dijo levantándose con tremenda resolucion: en sus manos voy á poner mi castigo.

—No, don Juan, respondió el comendador, asiéndole del brazo, vos no conoceis la índole generosa, pero terrible y apasionada de don Alvaro, y á despecho de toda su hidalguía, tal vez os arranque la vida.

—Arránquemela en buen hora, repuso Lara desconcertado y fuera de sí, sino me ha de arrancar del corazon este arpon aguzado del remordimiento y de la vergüenza. Vamos al punto á su calabozo. —Y diciendo y haciendo, se llevó á los dos precipitadamente.

Estaba don Alvaro sentado tristemente en un sitial, fijos los ojos en aquel rayo de luz que entraba por la reja, y entregado á reflexiones amargas sobre el remoto término de su encierro, cuando en la guerra con el Temple que tan inminente le habia pintado don Juan; su tio, y aun la misma Beatriz pudieran haber menester su brazo. Oyó entonces ruido de pasos muy presurosos en la escalera y el crugir de las armas contra los escalones y paredes, cosa que no poco le maravilló, acostumbrado al cauteloso andar de Lara, y al imperceptible tiento del judío. Abrióse entonces la puerta con gran ímpetu, y entraron tres caballeros, uno de los cuales esclamó al momento:

—¿Dónde estais, don Alvaro, que con esta luz tan escasa apenas os veo?

Figúrense nuestros lectores cuanta sorpresa causaria al desgraciado y noble preso semejante aparicion! Sino le hubiera visto acompañado de Lara, sin duda lo hubiera tenido por cosa de fre-

chiquería, pero pasado aquel pasmo involuntario, se colgó de un brinco al cuello del comendador que por su parte le apretaba contra su pecho entre sus nervudos brazos como si fuese un hijo milagrosamente resucitado. Enternecido Lara con aquella escena en que la alegria de don Alvaro hacia tan doloroso contraste con la melancólica efusion de Saldaña, procuró descargarse del terrible peso que le abrumaba y se apresuró á decir á su cautivo:

—Don Alvaro, libre estais desde ahora: dichoso yo mil veces si mis ojos se hubiesen abierto mas á tiempo! pero antes de ausentaros, fuerza será que me perdoneis ó que pierda la vida á los filos de vuestro puñal, para lo cual aquí teneis mi pecho descubierto. Sabe el cielo, gallardo jóven, que mi intento al guardaros tan rigorosamente no era mas que el que ya conoceis, pero mi necio candor y las tramas de los perversos, junto con vuestro sino malhadado, os han hecho perder á doña Beatriz. El comendador, que veis presente, ha descorrido el velo y yo vengo á reparar, en cuanto alcance, mi culpa, ya con mi vida, ya haciendo voto de desafiar al conde y al infante don Juan en desagravio de mi afrenta.

Acerbo era el golpe que don Juan Nuñez descargaba sobre don Alvaro; asi fué que perdió el color y estuvo para caer; pero recobrándose prontamente, respondió con comedimiento:

—Señor don Juan, aunque tenia determinado demandaros cuenta de tan injusto encierro, al cabo me soltais cuando estoy en vuestras manos, y vos mas poderoso que nunca; accion sin duda muy digna de vos. En cuanto á lo que de doña Beatriz

os han contado, bien se echa de ver que no la conoceis, pues de otra manera no daríais crédito á vulgares habladurias. Cierto es que me tendrá por muerto, porque á estas fechas ya la habrá entregado mi escudero las prendas que recibí de su amor, pero me prometió aguardarme un año, y me aguardará. Por lo demas, si quereis desengañaros, bien cerca teneis quien ponga la verdad en su punto, pues viene de aquel pais. ¿No es verdad, venerable Saldaña, que semejante nueva es absolutamente falsa?.... No respondeis? Disipad, os suplico, las dudas de nuestro huésped, porque las mias no darán que hacer á nadie.

—Doña Beatriz, respondió Saldaña, ha dado su mano al conde de Lemus, y esta es la verdad.

—Mentís vos! gritó don Alvaro con una voz sofocada por la cólera: no sé como no os arranco la lengua para escarmiento de impostores! ¿Sabeis á quién estais ultrajando? Vos no sois digno de poner los labios en la huella que deja su pié en la arena... ¿quién sois, quién sois para vilipendiarla asi?

—Don Alvaro, esclamó Lara interponiéndose, ¿es este el pago que dais á quien ha venido á quitarme la venda de los ojos y á arrancaros á vos de las tinieblas de vuestra mazmorra?

—¡Ah! perdonad, perdonadme, noble don Gutierre! repuso don Alvaro con voz dulce y templada, llevando á sus labios la arrugada mano del anciano; pero ¿cómo conservar la calma y el respeto cuando oigo en vuestros labios esas calumnias, hijas de algun pecho traidor y fementido? ¿Asistísteis vos á esos desposorios? Lo vísteis por vuestros propios ojos.

—No, contestó Saldaña con acento antes apesarado que iracundo, porque sin duda de la cólera y apasionado afecto de aquel desgraciado jóven esperaba cualquier arrebato; no fuí yo testigo de ellos, pero todo el pais lo sabe y...

—Y todo el pais miente, replicó don Alvaro sin dejarle concluir la frase. Decidme que dude del sol, de la naturaleza entera, de mi corazon mismo, pero no empañeis con sospechas ni con el álito de mentirosos rumores aquel espejo de valor, de inocencia y de ternura.

Entonces se puso á pasear delante de los asombrados caballeros, que no se atrevian á socabar mas en su corazon para arrancar aquella planta tan profundamente arraigada, diciendo en voz baja:

—¡Ah! quién sabe si cansada de persecuciones y sacrificios le habrá parecido muy enojoso el convento y sobrado largo el plazo de un año que me concedió para aguardarme? Por otra parte, ¿cuándo me ha mecido la buena suerte para esperar ahora su benéfico influjo?

Siguió asi paseando un corto espacio, y murmurando palabras confusas, hasta que volviéndose de repente á don Juan de Lara, le dijo con acento alterado:

—No decíais que estaba libre, hace un momento? Venga, pues, un caballo! un caballo al punto!... Antes morir que vivir en tan espantosa agonía! No hay quien me ayude á darme las hevillas de mi coraza?

El comendador le ayudó á armarse con gran presteza, mientras don Juan le respondia:

—Vuestro caballo mismo, á quien hice curar

por saber la mucha estima en que lo teniais, os está esperando en el patio, enjaezado; pero don Alvaro, pensad en lo que hace poco os he pedido. Tal vez he podido haceros un daño gravísimo, pero si tuve noticia de la ruindad y vileza de que entrambos somos víctimas, no me asista el perdon de Dios en la hora del juicio.

—Don Juan, respondió él, veo que vuestro corazon no está corrompido ni sordo á la voz del honor; pero si vuestros temores son legítimos y me precipitais asi en un abismo de dolores que jamás alcanzareis á sondear, algo mas duro se os hará conseguir el perdon de Dios que el mio, sinceramente otorgado en presencia de estos dos nobles testigos, junto con mi gratitud por la hospitalidad que os he merecido.

Con esto subieron inmediatamente á la plaza de armas del castillo, donde el gallardo Almanzor soltó un largo y sonoro relincho en cuanto conoció á su dueño. Subió este sobre él despues de despedirse de todos los caballeros, y salió del castillo con el comendador y sus hombres de armas, dejando en el pecho de Lara un disgusto que solo se podia igualar á la cólera que habian despertado en él la negra traicion del conde y del infante. Por si algo pudiera valer, habia entregado al comendador la correspondencia de entrambos personages, en que su trama estaba de manifiesto, pero no consiguió por esto dar treguas á su pesar.

Don Alvaro y su compañero pasaron fácilmente los atrincheramientos de los sitiadores á favor del carácter de que iba revestido el templario, y emprendieron con gran diligencia el camino del Bierzo. Dos leguas llevarian andadas, cuando don Al-

paró de repente su caballo y dijo á Saldaña con voz profunda:

—Si fuese cierto...

Don Gutierre no pudo menos de menear tristemente la cabeza, y el jóven añadió con impaciencia:

—Bien está, pero no me interrumpais ni me desespereis cuando tan cerca tenemos el desengaño. Oidme lo que queria deciros. Si fuese cierto, no tardaré mas en pedir el hábito del Temple que lo que tarde en llegar á Ponferrada. Os doy mi palabra de caballero.

—No os la acepto, replicó Saldaña, porque...

Don Alvaro le hizo una señal de impaciencia para que no se cansase en balde, precepto que él guardó muy de grado por no irritarle mas, y asi sin hablar apenas mas palabra, llegaron al término de su viage, no muy dichoso por cierto, segun hemos visto ya.

CAPÍTULO XXI.

Un natural menos ardiente, un alma menos impetuosa que la del señor de Bembibre no hubiera adoptado probablemente tan temeraria determinacion como era la de entrar en el Temple, cuando cielo y tierra parecian conjurados en su daño; pero el vacío insondable que habia dejado en su corazon el naufragio de su mas dulce y lisonjera esperanza; la necesidad de emplear en alguna em-

presa de crédito la fogosidad y energía de su carácter y mas que todo quizá el deseo de venganza, fueron móviles bastantes poderosos para allanar toda clase de embarazos. La ocasion no podia brindarse mas favorable, porque el triste drama de aquella milicia religiosa á un tiempo y guerrera, tocaba ya á su desenlace. Todos los ánimos sin embargo estaban suspensos y como colgados de aquel estraño acontecimiento, porque la caballeria del Temple contaba en España mas elementos de resistencia que en nacion alguna, y los sucesos la encontraban no solo aprestada, sino sañuda y encendida en deseo de venganza. Centro y corazon de semejantes disposiciones era el rey don Dionis de Portugal, príncipe el mas sábio y prudente que entonces habia en la Península, y que bien penetrado de la persecucion injusta de semejante religion, no solo habia mandado sus embajadores al papa para quejarse y protestar de los atropellos y desmanes cometidos, sino que resuelto á sostenerla en España y Portugal, se habia entendido para el caso con el maestre de Castilla y con el teniente de Aragon, y concertado con ellos los medios de conservar ilesa su existencia, y sobre todo su opinion. Apoyados pues, en el rey de Portugal, seguros de su inocencia, seguros todavia mas de su esfuerzo y pundonor, y ansiosos los unos de venganza y los otros entregados á quiméricos planes, bien podian tener en balanzas la suerte de la España y hacer vacilar á los monarcas de Castilla y Aragon antes de comenzar la lucha. Sin embargo las huestes por todas partes se iban juntando, y de ambas partes parecian resueltos á poner este gran duelo al trance de una

batalla, justamente recelosos y desconfiados los unos para entregarse inermes y desvalidos en manos de sus enemigos declarados; y apoyados los otros en las bulas del papa y en los peligros que podian sobrevenir al estado conservando armados y encastillados unos hombres de tan graves delitos acusados.

Don Rodrigo Yañez, menos preocupado que sus hermanos, y convencido íntimamente de que aquella venerable institucion habia caducado á las destructoras manos del tiempo, no parecia dispuesto á resistir las órdenes del sumo pontífice, ni menos recelaba sujetarse á la jurisdicion y juicio de los prelados españoles, dechado entonces de ciencia y evangélicas virtudes. De sentir enteramente opuesto era el capítulo general de los caballeros, exacerbados con tantas iniquidades y malos juicios como personas mal intencionadas derramaban en la plebe; y con los asesinatos jurídicos de Francia. Tanto pues por no abandonar su familia de adopcion y de gloria, como por no producir con su oposicion un cisma y desunion lastimosa que diese en tierra con el poco prestigio que la milicia conservaba á los ojos del vulgo, se conformó con la opinion general. Por otra parte sus demandas nada tenian de exorbitantes, pues no declinaban la jurisdicion de la santa sede, y protestaban de no guardar sus castillos y vasallos sino por via de legítima defensa. Asi pues, nada podia impedir al parecer un rompimiento terrible y desastroso en que á nadie se podia dar la ventaja, porque si de un lado estaban el número, la opinion y la fuerza de las cosas, militaban en el otro el valor, el pundonor caballeresco, el agravio y la fuerza de vo-

luntad sobre todo que triunfa de los obstáculos y señala su curso á los sucesos.

Tal era el estado de las cosas, cuando don Alvaro con el corazon traspasado y partido salió para no volver de Arganza y de aquellos sitios, dulces y halagüeños cuando Dios queria, tristes ya y poblados de amargos recuerdos. Fiel á su promesa encaminóse á Ponferrada al punto, firmemente resuelto á no salir de sus murallas, sino con la cruz encarnada en el pecho. Antes de llegar concertó con el comendador que se adelantase á prevenir á su tio de su ida, medida muy prudente, sin duda, porque tales estremos de dolor habia hecho el anciano con la noticia de su muerte que la súbita alegria que recibiese con su presencia pudiera muy bien comprometer su salud. Tomó por lo tanto el comendador el camino que mejor le pareció y cuando por fin llegó á darle la nueva en toda su verdad, ya don Alvaro cruzaba el puente levadizo. Como si la alegria le hubiese descargado del peso de los años, bajó la escalera con la rapidez de un mancebo, y al pie de ella encontró á su sobrino rodeado de muchos caballeros, que con muestras de infinita satisfaccion le acogian y saludaban. Abrazáronse allí en medio de la emocion que á don Alvaro causaba el encuentro de su tio en momentos de tanta amargura para él, y de la no menor que al anciano dominada, no sabiendo como agradecer á Dios este consuelo que en sus cansados dias le enviaba. Por fin pasados los primeros trasportes y satisfecha la curiosidad de aquel respetable viejo sobre su prision, sus pénas y su libertad, naturalmente vinieron á caer en el desabrido arenal de lo presente, á la manera que

un aguilucho que antes de tiempo se arroja del nido materno, despues de un corto y alborozado vuelo, para finalmente en el fondo de un precipicio. Don Alvaro le contó entonces la dolorosa entrevista que acababa de tener; y el término que habia resuelto poner á sus afanes en las filas de sus hermanos de armas. D. Rodrigo atónito y turbado, apenas supo que responder en un principio á una declaracion en la cual á un tiempo se cifraban la ruina de su prosapia, el riesgo de una vida para él tan preciosa, y el sin fin de males con que estaba amagando el porvenir á la institucion. Cuando al cabo de su gran agitacion se recobró un poco, dijo á su sobrino con voz sentida:

—¿Con qué no solo derramas el divino licor de la esperanza, sino que quieres arrojar la copa al abismo? ¿No te basta el muro terrible que te separa de ella, que aun quieres poner entre los dos otro mayor? De la vida de un hombre, tan frágil en estos tiempos de discordias, pende ahora tu fortuna ¿como quieres atajarla con un tropiezo que solo le mueve la mano la muerte?

—Tio y señor; respondió el jóven con amargura, y qué es la esperanza? ya sabeis que yo la recibí en mi corazon como un huésped noble, hermoso y bien venido á quien festejé con todo mi poder y cariño; pero el huesped me asesinó y puso fuego á mi casa ¿qué ha quedado en lugar suyo y de su dueño? unas gotas de sangre y un monton de cenizas!..... Frágil llamais la vida de ese hombre! la frágil, deleznable y caduca, es la nuestra que no se ha desviado de la senda estrecha del honor, mas no la suya tegido de reprobacion y de iniquidad! largos dias le aguardan tal vez

de poder y de ambicion en este miserable pais!... Muévale Dios contra el Temple y ahora que no soy mas que un soldado suyo, nos encontraremos!

Don Rodrigo comprendió la mortal herida que el desengaño acababa de abrir en el alma de su sobrino, y varió de rumbo tratando de presentarle otra clase de obstáculos.

—Hijo mio, le dijo con aparente tranquilidad, tu dolor es justo, y natural tu determinacion; pero no alcanza mi poder á coronarla. Nuestra órden está citada á juicio; suspensos nuestros derechos y sin facultades por consiguiente para admitirte en su seno.

Don Alvaro con su claro ingenio comprendió al punto los intentos de su tio y respondió resueltamente.

—Tio y señor, si tal es vuestro escrúpulo y supuesto que el caso es de todo punto nuevo, convocad capítulo y él resolverá. Por lo demas si el Temple me cierra sus puertas, me pasaré á la isla de Rodas y me alistaré entre vuestros enemigos los caballeros de san Juan. Pensad que mi resolucion es invariable y que todo el poder del mundo conjurado contra ella no la haria retroceder ni un solo paso.

Don Rodrigo acabó de convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos, pero á pesar de ello juntó capítulo de los caballeros allí presentes para significarles sus dudas. La respuesta le dió á conocer que su negativa no haria sino irritar aquellos ánimos encendidos y comprometer su autoridad, y asi se propuso dar el hábito á su sobrino en cuanto estuviese preparado debidamente para ello. Corrió la noticia al punto por la bailia y los caba-

lleros la recibieron con alborozo estremado, considerando el poderoso brazo que se consagraba á sostener su poder ya vacilante. Saldaña que por motivos de delicadeza y rigorosa justicia se habia negado á aceptar la palabra de don Alvaro, viéndole ahora persistir en su proposito, no cabia en sí de gozo. Su alma sombría y ambiciosa mas y mas exaltada con los riesgos que cercaban á su religion, se regocijaba no solo por los triunfos que le predecia la entrada de un campeon tan valeroso como leal, si no porque en su pasion por aquel jóven tan noble y sin ventura, se habia propuesto colocarle en un trono de gloria y hacerle olvidar, si posible fuera, sus pasados sinsabores á fuerza de triunfos, honores y respetos. Aunque es verdad que el deseo de vengarse era uno de los mas poderosos motivos que escitaban á don Alvaro para su determinacion, el comendador sabia muy bien que los aplausos de la fama, las generosas emociones del valor y los trances de los combates eran la única ilusion que no habia abandonado aquel pecho lastimado y desierto.

Algunos ritos que se observan en las modernas sociedades secretas, sobre todo en la admision de sócios, se dicen derivados de los templarios. Cualquiera que pueda ser su verdadero carácter y procedencia, lo que no admite duda es que aquellos caballeros practicaban algunas ceremonias cuyo sentido simbólico y misterioso era hijo de una época mas poética y entusiasta que la que en sus postreras decadas alcanzaban. En el castillo de Ponferrada se conservan todavia entallados encima de una puerta, dos cuadrados perfectos que se intersecan en ángulos absolutamen-

te iguales, y al lado derecho tienen una especie de sol con una estrella á la izquierda. La existencia de tan estrañas figuras, de todo punto desusadas en la heráldica, basta para probar que la opinion que en su tiempo se tenia de sus prácticas misteriosas y tremendas no carecia absolutamente de fundamento. Una entre todas era particularmente chocante, á saber; las injurias que se hacian al crucifijo y cuya significacion no era otra sino la rehabilitacion del pecador, á partir de la impiedad y del crímen para subir por los escalones de la purificacion y del sacrificio á las santificadas regiones de la gracia; rito fatal que sin diferenciarse en la esencia de la *fiesta de los locos*, y algunos otros usos de la antigua iglesia, fué causa principal de la ruina del Temple, cuando su sentido místico se habia perdido ya entre las nieblas de una generacion mas sensual y grosera. A esplicar por lo tanto á su sobrino semejantes enigmas, vedados á los ojos del vulgo, se encaminaron los esfuerzos del maestre en los dias que precedieron á su profesion.

Llegó por fin el momento en que aquel ilustre mancebo se despidiese de un mundo que si alguna vez esparció flores por su camino, fué para trocárselas al punto en abrojos. Las profesiones en todas las demas órdenes religiosas se hacian á la luz del sol y públicamente, pero los templarios, sin duda para dar mas solemnidad á la suya, la hacian de noche y á puertas cerradas. Cuando ya la obscuridad se derramó por la tierra, el comendador Saldaña y otro caballero muy anciano vinieron á buscar á don Alvaro que les aguardaba armado con una riquísima armadura negra, con veros de

oro, un casco adornado de un hermoso penacho de plumas encarnadas, en la cinta una espada y puñal con puño de pedrería y calzadas unas grandes espuelas de oro. El que aspiraba á entrar en el Temple se ataviaba con todas las galas del siglo para dejarlas al pie de los altares. Condujeron, pues, á don Alvaro ambos caballeros á la hermosa capilla del castillo, á cuya puerta se pararon un momento llamando en seguida con golpes mesurados y acompasados.

—¿Quién llama á la puerta del templo? preguntó desde dentro una voz hueca.

—El que viene poseido de celo hácia su gloria, de humildad y de desengaño, respondió Saldaña como primer padrino.

Entonces abrieron las puertas de par en par y se presentó á su vista la iglesia tendida de negro con un número muy escaso de blandones de cera amarilla y verde, encendidos en el altar. En sus gradas estaba el maestre sentado en una especie de trono rodeado de los comendadores de la órden, y mas abajo en una especie de semicírculo se estendian los caballeros profesos, únicos que á ésta ceremonia se admitian, y que envueltos en sus mantos blancos parecian otros tantos fantasmas lúgubres y silenciosos. Don Alvaro en cuya imaginacion ardiente y exaltada hacia gran impresion este aparato, atravesó por medio de ellos acompañado de sus dos ancianos padrinos y fué á arrodillarse ante las gradas del trono del maestre. Estendió este su cetro hácia él y le preguntó sus deseos. Don Alvaro respondió:

—Considerando que el Salvador dijo: «el que quiera ser de mí grey tome su cruz y sígame,» yo

aunque indigno y pecador, he aspirado á tomar la del Templo de Salomon para seguirle.

—Grave es la carga para vuestros hombros jóvenes, respondió el maestre con voz reposada y sonora.

—El Señor me dará fuerzas para llevarla, como me ha dado resolucion y valor para pedirla á pesar de mis culpas, respondió el neófito.

—¿Habeis pensado, repuso el maestre, que el mundo acaba en estos umbrales silenciosos y austeros?

—Yo me he despojado á la puerta del hombre viejo para revestirme del hombre nuevo.

—¿Hay alguno entre todos los hermanos presentes, que pueda notar al aspirante de alguna accion ruin por la que merezca ser degradado de la dignidad de caballero?

Todos guardaron un silencio sepulcral. El comendador pidió entonces que se comenzase el rito, y dos caballeros trajeron un crucifijo de gran altura y toscamente labrado, pero de expresion muy dolorosa en el semblante; y lo tendieron en el suelo. Don Alvaro conforme á la ceremonia lo escupió y holló, y luego alzándolo en el aire los dos caballeros, le dirijió las sacrílegas palabras de los judios:

—¿Si eres rey, como no bajas de esa cruz? Cubriéronlo al punto con un velo negro y lo retiraron: tras de lo cual dijo el maestre:

—Tu crímen es negro como el infierno y tu caida como la de los ángeles rebeldes; pero tu Dios te perdonará, y tu sangre correrá en desagravio de su tremenda cólera y justicia.

Arodillóse entonces don Alvaro sobre un cogin

de terciopelo negro con flecos y borlas de oro, y desarrollando un gran pergamino que tenia por cabeza la cruz del Temple en campo de oro, y á la luz de una bugia con que alumbraba Saldaña, leyó su profesion concebida en estos terminos:

—Yo, don Salvador Yañez, señor de Bembibre y de las montañas del Boeza, prometo obediencia ciega al maestre de la órden del Templo de Salomon y á todos los caballeros constituidos en dignidad: castidad perpétua y pobreza absoluta. Prometo ademas guardar rigoroso secreto sobre todos los usos, ritos y costumbres de esta religion; procurar su honra y crecimiento por todos los medios que no esten reñidos con la ley de Dios, y sobre todo trabajar sin tregua en la conquista de la Jerusalen terrena, escalon seguro y senda de luz para la Jerusalen celestial. Premíeme Dios en proporcion de mis obras, y vosotros como delegados suyos.»

Entonces los padrinos comenzaron á desarmarle y los circunstantes á cantar el salmo: *Nunc dimitis servum tuum, domine*, con voces vigorosas y solemnes. Calzáronle espuelas de acero, y de acero bruñido tambien fueron las grevas, peto, espaldar y manoplas con que sustituyeron su armadura: por último le ciñeron una espada de Damasco y le pusieron en la cinta un puñal buido de fino temple, pero sin ningun género de adorno. Echaronle por fin el manto blanco de la órden y entonces le vendaron los ojos, en seguida de lo cual se postró en el suelo, mientras la congregacion cantaba los salmos penitenciales con que los cristianos se despiden de sus muertos. Acabóse por fin el cántico, cuyas últimas notas quedaron

vibrando en las bóvedas de la iglesia en medio del profundo silencio que reinaba en sus ámbitos, y entonces sus padrinos acudieron á levantarle y le destaparon los ojos, que al punto volvió á cerrar, porque acostumbrados á las tinieblas, no pudieron sufrir la vivísima luz que como una celeste aureola iluminaba aquel templo, momentos antes tan adusto y sombrio. Las colgaduras negras estaban recogidas y los altares todos resplandecian con infinitas antorchas: el aire estaba embalsamado con delicado incienso que en vagos é inciertos festones se perdia entre los arcos y columnas; y los caballeros todos tenian en las manos belas blanquísimas de cera encendidas. En cuanto descubrieron á don Alvaro, entonaron todos en voces regocijadas y altísimas el salmo *Magnificat anima mea Dominum*, durante el cual conducido por sus padrinos fué abrazando á todos sus hermanos y recibiendo de ellos el ósculo de paz y fraternidad. Concluido este acto aproximaron todos en órden sus sitiales al trono del maestre, dejando en medio á don Alvaro, que de pie y con los brazos cruzados oyó la plática que el maestre ó su inmediato dignatario solian dirigir al profeso. En tiempos mas dichosos versaba sobre las glorias y prosperidad de la órden, la consideracion de que gozaba en toda la cristiandad, y por último sobre los deberes rigorosos y terribles del nuevo caballero; pero entonces que la hora de la prueba habia llegado y aquel astro luminoso padecia tan terrible eclipse, las palabras de don Rodrigo tuvieron aquel carácter religioso, profundo y melancólico propio de todas aquellas catástrofes que pasman y sobrecogen al mundo. Por último vino á recaer

el razonamiento sobre los serios y terribles deberes que el soldado de Dios se imponia al entrar en aquella milicia, y entonces levantándose de su trono, alzando el cetro y enderezando su talla magestuosa, concluyó diciendo con acento severo y grave;

—Pero si Dios te deja de su mano para permitir que faltes á tus juramentos, tu vida se apagará al punto como estas candelas, y unas tinieblas mas densas todavia cercarán tu alma por toda una eternidad!

Al decir esto todos los caballeros mataron sus luces por un movimiento unánime, y en el mismo instante bajaron los negros y tupidos velos de los altares dejando la iglesia en una obscuridad pavorosa. Los caballeros entonces murmuraron en voz baja algunos versículos del libro de Job sobre la brevedad de la vida y la vanidad de las alegrias del crímen; y á la luz de los blandones fúnebres que todavia ardian en el altar mayor, fueron dirigiéndose á la puerta en lenta y solemne procesion. Allí se pararon de nuevo, y el maestre se adelantó para rociar con agua bendita la cabeza de su sobrino, como para lavarle y purificarle aun de las heces y vestigios de la culpa, y desde allí todos se dispersaron encaminándose á sus cámaras respectivas.

A don Alvaro le dejaron tambien en la suya, y la luz del nuevo dia que no tardó en teñir los celages del oriente, le encontró mudado en otro hombre y ligado con votos que solo al poder de la muerte le parecia dable desatar. Dichoso él si con su poder, su libertad y sus dulces esperanzas hubiese podido poner de lado su antigua y devo-

radora pasion! pero solo el tiempo y la ayuda del Todopoderoso eran capaces de limpiar su corazon de sus amargas heces, y borrar de su memoria aquellas imágenes escritas con caracteres de fuego.

Por fin á su valor y energía se le presentaba el ancho campo de la guerra y el noble empeño de defender una causa justa, pero ¿qué consuelo podia buscarse en el mundo para doña Beatriz que no tenia mas compañía que la soledad, la afliccion y la presencia de un padre ya anciano, lleno de pesares y penetrado de un arrepentimiento tardío? Tristes contradicciones y debilidades las del pobre corazon humano! La heredera de Arganza tenia por esposo un hombre jóven todavia, lleno de vigor y robustez: su salud por otra parte de dia en dia se quebrantaba: el cielo y la tierra de consuno parecian apartarla de su primer amor, que segun todas las apariencias no podia estar mas perdido para ella, y sin embargo la nueva de aquellos votos le causó profundísimo dolor. Qué podia esperar? Qué podian descubrir sus ojos en el nebuloso horizonte del porvenir, sino soledad y pesares sin término y sin cuento? ¡Extraño misterio! La esperanza es una planta que brota en el corazon y que si no florece cuando él dolor ha trocado su campo en arenal, todavia conserva su tronco enhiesto como una columna fúnebre, y aun regado por la fuente de las lágrimas, brota tal vez alguna hoja marchita y amarillenta. Doña Beatriz se habia visto separada de su amante por escaso arroyo, su matrimonio desgraciado lo habia convertido en rio profundo y caudaloso, ahora la profesion de don Alvaro acababa de trocarle en

mar inmenso, y la desventurada sentada en la orilla veia desaparecer á lo lejos el bagel desarbolado y roto en que para no volver se partian sus ilusiones mas dulces.

CAPÍTULO XXII.

A los tres dias de los sucesos que acabamos de referir, pareció el buen Millan por Arganza á dar cuenta á Martina del arreglo que iba poniendo en las haciendas que su amo le habia legado. Venia entonces de las montañas muy satisfecho de sus tierras, y de algunas reses que habia comprado, con las cuales pensaba beneficiar sus praderas y juntar un caudal que ofrecer á su futura en cambio de su blanca máno y de su cara de Pascua. Algo desasosegado le traian los rumores de guerra que comenzaban á correr á propósito de los templarios, pero contaba con el favor de Dios y sobre todo se echaba la cuenta de tantos otros que acometiendo empresas descabelladas, creen responder á todo con el refran de que: el que no se arriesga no pasa la mar. Asi pues, no es maravilla que se presentase contento y alegre en una casa de donde se habia huído la poca alegria que quedaba.

—¡Ay Millan de mi alma! esclamó Martina saliéndole al encuentro apresurada, y que cosas han pasado desde que te fuiste! Vamos! aun no se me ha quitado el temblor del cuerpo, ni he dormido una hora de seguido y doña Beatriz, la cuitada!

No sé que me dá en el corazon cuando pienso en ella!

—Pero, muger, qué es lo que ha sucedido? preguntó el mozo un poco azorado.

—Ahí es nada! contestó ella, no poco satisfecha, en medio de sus recuerdos de pavor, de contar un cuento tan maravilloso; tu amo ha parecido por aqui.

—Jesucristo! Virgen santísima de la Encina! esclamó el escudero santiguándose: ha venido á pedir algunas misas y sufragios? Pues mira, segun lo bueno que era no creí yo que fuese al purgatorio, sino al cielo en derechura.

—A pedir sufragios y oraciones, eh? contestó la aldeana: que si quieres! ha venido en cuerpo y alma á reclamar la mano y palabra de doña Beatríz,

—Martina, contestó el escudero, mirándola de hito en hito ¿qué te pasa, muchacha? ¿Te ha dado algun bebedizo y estás endiablada? ¿En cuerpo y alma dices y lo dejé yo enterrado en Tordehumos? por cierto que me hubiera traido su cuerpo sino fuese por aquel testarudo de don Juan Nuñez: vaya, vaya, que si me lo dijera Mendo, al instante le preguntára, si venia de la bodega.

—Eso no va conmigo, señor galan, respondió la muchacha un poco amostazada, porque no lo cato.

—No, muger: quien habia de decirlo de tí? repuso Millan cortesmente: la lengua le cortaria yo al que lo dijese.

—Sea como quiera, contestó ella: lo que te digo es que yo y Mendo, y mi amo, y el alhaja del conde y todos en fin, hemos visto y oido á don Al-

varo junto al nogal del arroyo: por mas señas que venia con el comendador Saldaña, el alcaide de Cornatel.

—¡Virgen purísima! esclamó Millan cruzando las manos y mirando al cielo ¡con que vive mi señor; el mejor de los amos, el caballero mas bizarro de España! ¿Donde está, Martina? dónde está? que aunque sea al cabo del mundo iré en busca suya!

—Pues! repuso la muchacha tristemente; y siendo como eres un señor, vamos al decir, te vas á quedar como antes y nuestra boda Dios sabe para cuando será!

—En verdad que tienes razon, contestó él en el mismo tono; y yo que habia arrendado tan bien el prado de Ygüeñá al tio Manolon y habia comprado unas vacas que daba gusto verlas! Pero ¿qué le hemos de hacer? añadió despues de un rato de silencio, ¿no me he de alegrar yo por eso de la vuelta de mi amo? Vayánse muy enhoramala todos los prados del Bierzo y todas las vacas del mundo, y viva mi don Alvaro que es primero. Martina, le dijo despues con seriedad; ya sabes que primero es la obligacion que la devocion, y por eso yo aunque me corria priesa, bien lo sabe Dios nunca quise que dejáras á doña Beatriz.. Pero válgame Dios, esclamó como sorprendido, y yo que no me habia acordado de ella! ¿y qué ha dicho la infeliz? ¿qué es de ella?

Martina entonces le contó llorosa todo lo acaecido, narracion que dejó confuso y turbado al pobre Millan con la perfidia del conde y lo negro de la trama en que su amo se habia visto envuelto.

—Y ahora, concluyó diciendo la muchacha, el viejo anda por los rincones llora que llora y zumba que zumba, y la señora, como es natural, mas afligida que nunca: pero como ni uno ni otro quieren darse á entender su sentimiento, andan los dos por ver quien engaña á quien, sin lograrlo ninguno; porque á lo mejor cuando se encuentran sus miradas echan á llorar como dos perdidos. Si te he de decir la verdad no sé quien me causa mas lástima.

—Vaya por Dios! réspondió Millan con un suspiro: pero y mi amo ¿dónde para porque yo no he oido nada por el camino?

Martina que sabia muy bien lo poco devoto que su amante era del Temple, gracias á la superstición comun, habia esquivado en la narracion el punto de la determinacion de don Alvaro, pero como ya no era posible ocultarlo, tuvo que decírselo.

—Dios de mi alma! esclamó el mozo consternado, no valia mas que de veras hubiera muerto, que no guardarle para la hoguera con todos esos desdichados descomulgados por el papa? No, pues en eso perdóneme: si él quiere perder su alma yo estoy bien avenido con la mia, y no será él hijo de mi madre quien se quede á servirle para que despues le tengan á uno por nigromante y hechicero.

—¿Sabes lo que digo, Millan? repuso la muchacha, es que debe haber mucha mentira en eso de los templarios, porque cuando se ha entrado en la órden un señor tan cristiano y principal como tu amo, se me hace muy cuesta arriba creer esas cosas de mágia y de heregia que dicen.

—¿Qué sabes tú, respondió él con un poco de aspereza; don Alvaro está desconocido desde sus malhadados amores y es capaz de hacer cualquiera cosa de desesperado. En fin yo allá voy, porque á eso estoy obligado, pero quedarme con él mucho lo dificulto. Ojalá que no le hubiera comido el pan ni me hubiese sacado medio ahogado del Boeza!... Mal haya tu venta! añadió mirando con ceño á su futura; que por tus cosas no estamos ya casados en paz y en gracia de Dios y libres de semejantes aprietos, en vez de que así Dios sabe lo que será de nosotros.

—Pero, hombre, repuso ella con dulzura, ¿qué querias que hiciera estando doña Beatriz así?

—Si, si; contestó él como distraido: no me hagas caso, porque no sé lo que me digo... Qué demonio de hombre! haberse metido templario!.... Pero en fin yo allá voy y sea lo que Dios quiera! Adios Martina.

Y dándola un abrazo bajó presuroso la escalera sin aguardar á mas: montó en su jaco y tan de priesa cabalgó que en poco mas de una hora estaba en Ponferrada. La resolucion que tan terminantemente anunció en el principio, y durante su enfado de no servir á don Alvaro, segun hemos visto se iba debilitando poco á poco, y á medida que se acercaba á la bailia se iba deshaciendo como la nieve de las sierras al sol de mayo. El buen Millan, era de una índole escelente y luego los habitos de amor y de fidelidad hácia don Alvaro se confundian en su imaginacion con los recuerdos de sus primeros años, porque se habia criado en su castillo y sido el compañero de su infancia. Las hidalgas prendas de don

Alvaro, la largueza con que en su testamento habia atendido á su suerte y las desdichas que habian formado el tegido de sus jóvenes años, eran otros tantos eslabones que le unian á él. Asi fué que cuando llegó al castillo, su determinacion se la habia llevado el viento y solo pensó en asistir y servir á su antiguo dueño mientras durasen aquellos tiempos revueltos, á despecho de supersticiones, recelos y antipatias de toda clase. Muy de estimar era este sacrificio en un hombre preocupado con las groseras creencias de la época, y que de consiguiente, solo á costa de un terrible esfuerzo podia determinarse á saltar por todo.

Por mucha que fuese su priesa se dirijió antes á la celda del maestre que le recibió con su bondad acostumbrada, y que deseoso de proporcionar á su sobrino una sorpresa con que pudiese dar vado en cierto modo á sus sentimientos oprimidos, le condujo inmediatamente á su aposento.

—Aquí os traigo, sobrino, un conocido antiguo, le dijo al entrar, con cuya vista presumo que os alegrareis.

—Ese será mi fiel Millan, repuso al punto don Alvaro: ¿qué otra persona se habia de acordar de mí en el mundo?

Millan entonces sin poderse contener salió de detras del maestre que ocupaba la puerta, y corrió desalado á arrojarse á los pies de su señor, abrazándo sus rodillas y prorrumpiendo en lágrimas y sollozos que no le dejaban articular palabra. Don Rodrigo se ausentó entonces, y don Alvaro enternecido, pero reprimiéndose sin embargo, porque

ño acostumbraba á mostrar delante de sus criados ningun género de transporte, le dijo levantándole:

—No asi, pobre Millan, sino en mis brazos, vamos, abrázame, hombre... en cuanto vine pregunté por tí ¿qué es de tu persona? ¿por dónde andabas?

—Pero, señor, ¿es posible, esclamó el escudero, que despues de lloraros por muerto os encuentro ahora en ese hábito?

—Nunca le tuviste gran aficion, contestó el caballero procurando sonreirse, pero ahora que le visto yo, fuerza será que le mires con mejores ojos, siquiera por amor del que fué tu amo.

—¡Cómo es eso del que fué mi amo! le interrumpió el escudero como con enojo: mi amo sois ahora como antes, y lo sereis mientras yo viva.

—No, Millan, respondió don Alvaro con reposo, yo ya no tengo voluntad sino la del maestre mi tio y sus delegados. Los bienes que te dejaba en mi testamento como galardon de tu fidelidad ya no te pertenecen en rigor por haber salido falsa mi muerte, pero yo intercederé con mi tio para que te los dejen, porque en realidad yo estoy muerto para el mundo, y quiero regalarte esa memoria.

—Señor, contestó el escudero sin dejarle pasar mas adelante, yo para nada necesito esos bienes estando con vos: pero si por vos mismo no podeis admitirme á vuestro servicio, yo iré á pedírselo de rodillas al maestre vuestro tio, y no me levantaré hasta que me lo conceda.

—No, Millan, respondió don Alvaro, yo sé que tú tienes otras esperanzas mejores que las de venir á servir á un templario en medio de los peligros que cercan esta noble órden. Todavia tienes

una madre anciana y á mas á Martina, con lo cual sin duda vivirás tranquilo y con toda aquella ventura que puedes juiciosamente apetecer en esta vida.

—En cuanto á mi madre, replicó el escudero, bastaba el que os abandonase para granjearme su maldicion, pero por lo que hace á Martina que tenga paciencia, y me espere que yo tambien la he esperado á ella. Ademas que no creais que por eso se enoje, porque la pobrecilla os quiere bien y.....

Don Alvaro temblando que no añadiese alguna otra cosa que no deseaba oir, se apresuró á atajarle, diciéndole que su resolucion estaba tomada y que no queria envolver á nadie en las desgracias que pudieran sobrevenirle. Con esto se entabló una disputa de generosidad entre amo y mozo, firme aquel en su propósito y éste no menos aferrado en su voluntad; disputa que dirimió el maestre haciendo ver á su sobrino la poca cordura que habia en desechar un corazon tan generoso en circunstancias como aquellas. Con esto quedó Millan instalado en sus antiguas funciones, y don Rodrigo asi por recompensar su lealtad como por complacer á su sobrino, confirmó la donacion hecha en el testamento para que no tuviera que arrepentirse nunca el buen Millan de su desprendimiento.

CAPÍTULO XXIII.

Las diferencias del rey con don Juan Nuñez de Lara se compusieron por fin mas á placer de aquel orgulloso rico hombre, que á medida del decoro real, porque el poder de don Fernando quebrantado con lo largo del sitio de Tordehumos y enflaquecido ademas con la defeccion de varios señores y la retirada de otros, no era bastante ya á postrar aquel soberbio vasallo. Asentáronse pues, las condiciones y tratos dictados por la ocasion: volvió don Juan de Lara á su mayordómazgo; conservó á Moya y Cañete y demas pueblos que tenia, y el rey hubo de restituirle su gracia. Notable mengua la de la corona! pero que sin embargo no dejaba de tener sus ventajas, porque ademas de ser prudente transigir con la necesidad, al cabo le quedaban al rey las manos sueltas y desembarazado el ánimo para dar cima al negocio de los templarios, que segun se veía, no podia allanarse sino por la fuerza de las armas. Sin duda los cimientos de la órden estaban minados y vacilantes en la opinion, pero aquel cuerpo robusto se sostenia, así y todo por la enérgica cohesion de sus partes, por sus recuerdos de gloria y por el miedo que á todos inspiraba su poder, única verdadera causa de su ruina.

No se negaban los caballeros á comparecer en juicio, delante de los prelados españoles, ni menos declinaban su jurisdiccion, pero alegando las torpes calumnias que contra ellos se derramaban en-

tre el vulgo, los asesinatos de Francia y toda aquella inaudita persecucion, protestaban que no se entregarian indefensos en manos de sus enemigos, y que en sus castillos y conventos aguardarian la sentencia de los obispos, y la definitiva resolucion del papa. Por lo demas, blasonaban de leales y obedientes, aseguraban con el mayor empeño que solo su defensa les movia, y con su conducta firme y prudente, parecian poner de manifiesto á los ojos de la muchedumbre la falsedad de los cargos, junto con su firme resolucion de defender su honor y su existencia hasta el último trance.

De toda la gente que con tanta flojedad y desvío sirvió á don Fernando en la demanda de Tordehumos, no encontró á nadie remiso ni desmayado: tal era la codicia que en todos los corazones despertaban los ópimos despojos del Temple. Fácil le fué por lo tanto juntar una hueste numerosa y lucida, aunque no sobrada ciertamente para trance tan difícil; y de nuevo comenzó el estruendo de la guerra á resonar por toda la España; porque como el empeño era igual en Aragon, por ambas partes, á donde quiera, alcanzaban los aprestos y disposiciones. Solo el rey de Portugal permanecia en lo esterior frio espectador de la contienda, si bien en su ánimo estaba inclinadísimo á la religion del Temple, y aun empleaba buenos oficios con el sumo pontífice para apartar de su cabeza la tormenta fatal que desde los mas remotos ángulos de Europa venía á amontonarse sobre ella. Este rey sábio mas de lo que parecia consentir aquella época ignorante y ruda para desconocer la grosera trama en que estribaba la persecucion de la órden, y no

menos caballero que discreto, sentia que tal fuese el premio de tantas glorias, honores y triunfos, cuando aquellos brazos invencibles tenian aun en la Península enemigos en quien continuar la gloriosa cruzada española de siete siglos. Asi pues, tanto en Aragon como en Castilla, estaban pendientes los ánimos de aquella lucha fatal, cuyo término y desastres no era muy fácil prever, porque si de una parte peleaba el número y la fuerza, militaban en la otra la inteligencia de la guerra, la disciplina y la clase de los combatientes, cualidades de gran precio en medio del desbarahuste de la época.

El señor de Arganza como Merino Mayor que era del Bierzo, recibió la órden de alistar inmediamente los ballesteros y gente de armas que pudiese é ir á juntarse en los confines de Galicia con los escuadrones de su yerno el de Lemus. Honra era esta de que con gusto infinito se hubiera escusado á no mediar su hidalguía, porque merced á los desengaños y pesares que sufria, semejante empresa iba presentándose á sus ojos con sus verdaderas formas y colores. Su enemistad con el Temple, falta de pábulo hacia algun tiempo, se habia amortiguado poco á poco, y la conducta de Saldaña y de don Alvaro en los sotos de su palacio, junto con el decoro y caballerosidad que no habia dejado de guardar con él el maestre don Rodrigo á pesar de sus desvios, habian acabado de debilitarla. Sus sueños de ambicion, por otra parte, iban revistiéndose de tristísimos colores delante de la realidad inexorable que de bulto le mostraba la perfidia negra del conde, y la triste cuanto abundante cosecha de tribulaciones y angustias que ha-

bia sembrado para su hija única. Y por colmo de desventura, ahora lo llamaba la suerte á pelear con el único hombre que habia conquistado y merecido aquel corazon de ángel, y cuya imágen probablemente estaba esculpida en él á despecho de todo. Aquejábanle ademas embarazos domésticos, pues conocida la ruindad del conde, que desde su ausencia ni por cortesanía habia enviado satisfaccion, mensage ni escrito alguno, no le parecia justo llevarle su esposa, y por otra parte no era decoroso ni prudente dejar á doña Beatriz espuesta á los azares y contratiempos de una guerra que con tales visos de sangrienta y dudosa se mostraba. Perplejo y confuso en medio de tantos inconvenientes, hubo de consultar con doña Beatriz que como prevenida por su discrecion y tristeza, manifestó poca sorpresa y menos dudas ni tropiezos.

—Padre mio, le respondió, no os inquieteis por mi, pues ya sabeis que es patrimonio de la desdicha estar segura y defendida en todas partes. Guárdense los dichosos en buen hora, que á mi me guarda mi estrella. Sin embargo, como en tales ocasiones no hay sagrado sino al pie de los altares, me encerraré en Villabuena mientras dure la guerra entre nosotros.

—En Villabuena, Beatriz? respondió el viejo, ¿y podrás resistir las memorias que aquellos lugares despertarán en tu corazon?

Sonrióse ella melancólicamente y contestó á su padre con dulzura:

—No fueron los peores de mi vida los dias que pasé á la sombra de sus cláustros y arboledas. ¡Ojalá que mudando de lugares se mudase tambien de pensamientos! pero entonces el hombre

sería dueño de sus penas y el cielo no le probaría en la escuela de la adversidad. Llevádme, pues, á Villabuena donde ya sabeis que me quieren bien, y caminad á la guerra sin zozobras y sin cuidados, pues allí quedo tranquila y segura. Una cosa sin embargo quisiera encomendaros, añadió con una inflexion de voz que revelaba con harta claridad lo que en su interior estaba pasando. Ya sabeis que entre los que vais á combatir como enemigos, hay una persona á quien hemos hecho mucho mal. Tambien sabeis que la serpiente de la calumnia lo está envolviendo en sus anillos ponzoñosos.... mirad por él y procurad, si no remediar, aliviar por lo menos los dolores que por nuestra culpa sufre.

—No por la tuya, ángel de Dios, replicó el anciano, sino por la mia. Quiera el cielo perdonarme! Siempre le habia agradecido la cuna ilustre en que nací y las riquezas de que me rodeó desde la niñez, pero ahora con el pie dentro del sepulcro reconozco lo funesto del don, y muchas veces me he dicho en mis desvelos nocturnos: «¡cuánto mas dichosa hubiera sido mi hija con nacer en una cabaña de estos valles!... En fin, hija mia, tus deseos serán cumplidos y yo procederé como quien soy: ojalá que mis ojos hubieran estado siempre tan abiertos como ahora!

Despues de esta breve conversacion quedó determinado el viage á Villabuena que se verificó á los dos ó tres dias. No hacia muchos meses que el rigor paternal habia conducido allí á doña Beatriz. Su madre quedaba sumida en el llanto; ella se veia desterrada de la casa paterna y apartada de don Alvaro, pero la esperanza la alentaba,

el valor la sostenia, un gérmen de vida y de hermosura, al parecer inagotable, realzaban las gracias de su cuerpo, y por último una primavera llena de pompa y lozania, parecia acompañar con su verdor el verdor y frescura de sus sentimientos y presagiarle una existencia próspera y floreciente. ¡Miserable instabilidad la de las cosas humanas! En tan corto espacio de tiempo aquella madre cariñosa habia pasado á las regiones de la eternidad: su valor no habia alcanzado á defenderla contra la mano de hierro del destino: su libertad habia caido en holocausto de su generosidad delante de un hombre manchado de delitos: su salud se habia consumido, disipádose su hermosura: don Alvaro habia salido del sepulcro solo para morir de nuevo y para siempre á los ojos de su esperanza, y por último en vez de aquellas arboledas frondosas, de tantos trinos de pajarillos y de las auras suaves de mayo, los vientos del invierno silbaban tristemente entre los desnudos ramos de los árboles, los arroyos estaban aprisionados con cadenas de hielo y solo algunas aves acuáticas pasaban silenciosas sobre sus cabezas ó graznando ásperamente á descomunal altura. ¡Dolorosa consonancia de una naturaleza amortecida y yerta con un corazon desnudo de alegria y vacio del perfume de la esperanza!

La cabalgata se componia de las mismas personas que la otra vez, pero ya fuese que la disposicion de ánimo de los señores, se pegase á los criados, ya que lo pantanoso del camino y lo frio y destemplado de la estacion les hiciese atender á sus cabalgaduras y les quitase todo deseo de hablar, el resultado fué que durante el viage ape-

nas se les oyó una palabra. El mismo Mendo cuyos instintos torpes y groseros solian alejarle de ciertas emociones, propias tan solo de organizaciones mas delicadas, parecia mústio y apesadumbrado en aquella ocasion. Sin duda el pobre palafrenero iba cayendo en la cuenta de que por muy conde y muy señor que fuese el de Lemus, no llegaba á juntar otras cosas que no hacen menos falta, como la hombria de bien y la bondad del carácter. Acostumbrado á ver en sus amos entrambas cualidades y aun muchas mas, el cuitado Mendo las creia anejas á toda nobleza y poderio, y ahora desengañado ya en fuerza de reflexiones y evidencias, se le oyó esclamar mas de una vez desde la aventura del soto, provocada por su imprudencia.—Qué demonio de hombre!... tan señor y tan pícaro!... Quién lo hubiera creido con tanto oro y unos vestidos tan ricos!... Vaya una grandeza bien empleada!... Y yo, necio de mi, que lo preferia al valeroso don Alvaro! Vamos, vamos! no me lo pida Dios en cuenta, que no hará sin duda, porque está visto que soy un podenco y solo sirvo para tratar con caballos!... Con semejantes desahogos probaba el buen caballerizo sino su agudeza, por lo menos su buen corazon y sin duda todos ellos sonaban entre sus dientes cuando tan mohino caminaba para Villabuena. En cuanto á Nuño y Martina sobrado enterados estaban de los incidentes de aquel terrible drama para no tomarse en él un vivísimo interés.

Al cabo de dos ó tres horas de caminar, llegaron por fin al monasterio, donde lás religiosas ya prevenidas, estaban esperando en comunidad

á una tan principal señora, que por otra parte para todas habia sido una hermana en su poco distante hospedaje en aquella santa casa. Todo estaba en el mismo órden y animado por el mismo espíritu de pureza y de modestia: igual espresion en los semblantes, igual tranquilidad en las miradas, igual serenidad y compostura en los modales: solo en doña Beatríz habia mudanza. Las monjas que habian esperado encontrarla restituida á su primera robustez y lozania, de todo punto recobrada de los pasados males y llena de contento con su ilustre esposo, se pasmaron de ver su estenuacion, sus miradas á un tiempo lánguidas y penetrantes, la flacura de su cuerpo y al escuchar sobre todo el metal de su voz en que vibraba un no sé qué de profundo y melancólico que las penetraba como de angustia. Ajenas la mayor parte de aquellas cándidas mugeres á las tempestades del corazon y á las amargas esperiencias del mundo, se perdian en conjeturas sobre las causas de aquel súbito y lastimoso cambio en una persona á quien la suerte habia mirado desde el nacer con ojos en su entender benignos. Como doña Beatriz no habia exhalado una queja durante su reclusion en el monasterio, creian que su amor á la soledad y sus frecuentes distracciones provenian de la natural tendencia de su carácter y de su sensibilidad delicada, pero no de su alma profundamente ulcerada. Solo la abadesa algo mas versada en los dolores del corazon y en los desengaños de la vida, conoció el estado de aquella criatura que tan de cerca le tocaba. El encuentro de tia y sobrina fue triste y aflictivo, como era de suponer, pues con él se renovó la memo-

ria de la reciente pérdida de doña Blanca; pero doña Beatriz vertió sin embargo pocas lágrimas. Aquel noble carácter cada dia se reconcentraba un poco mas, semejante á las flores que al aproximarse la noche cierran su cáliz y recogen sus hojas. Eran ademas sus males de los que solo la mano de la religion puede sanar, y con aquella noble altivez y pudor que sienten siempre las almas elevadas, procuraba retirarlos de los ojos del vulgo y presentarlos solamente á la vista del dispensador del bien. Como quiera, este sosiego aparente acababa de devanar el seso de las pobres monjas que no acertaban á componer con él las visibles huellas del pesar que en su semblante se descubrian.

Doña Beatriz se aposentó en su antigua celda desechando otra mejor y mas desahogada que le tenian dispuesta, dando por razon el apego que con la costumbre habia cobrado á su primer vivienda. Las hermanas lo atribuyeron á modestia y humildad cristiana, en lo cual tenian alguna razon porque siempre fueron prendas que resaltaron en ella; pero la verdadera causa de su indiferencia y fácil contentamiento era otra. ¿Qué podian importarle vanas atenciones, ni respetos, cuando sus pensamientos pertenecian á otro mundo y solo para descansar alguna vez de su incesante vuelo se posaban por instantes en la tierra?...

Don Alonso se partió de Villabuena en la misma tarde á cumplir, como bien nacido, los mandatos de su rey y á dar calor á los preparativos de guerra que por todas partes se hacian. La presencia de aquellos lugares se le hacía cada vez mas penosa y por eso se apresuró á dejarlos. Encomen-

dó, pues, su hija al cuidado de la abadesa con particular encarecimiento, y se encaminó á las montañas del Burbia á levantar gente y ordenar su mesnada. La suerte le destinaba á pelear con el que por un influjo mas benigno destinaba en otro tiempo para su yerno, y no era esta la menor de sus pesadumbres, pues sobrado conocía la ansiedad que produciria en el ánimo de doña Beatriz aquella lucha fatal entre su padre y el hombre que aunque perdido para ella, no se borraba de su memoria. Sus sentimientos personales, ademas, habian sufrido grande alteracion y el árbol de su ambicion comenzaba á dar tan amargos y desabridos frutos, que á costa de su vida hubiera querido arrancarlo; pero sus raices se habian ahondado en el corazon de su hija y solo arrancándolo con ellas pudiera lograr su objeto. La obligacion de juntarse con el conde y concertar con él todo lo perteneciente á la guerra, era muy penosa para su pundonoroso carácter, una vez descorrido el velo que tanta ruindad y perversidad habia encubierto: de manera que su camino por donde quiera estaba sembrado de abrojos y sinsabores.

El abad de Carracedo que desde las bodas de doña Beatriz y la muerte de su madre se habia estrañado de Arganza por entero, movido entonces del amor á la paz, y deseoso de atajar el torrente de males que de nuevo amagaban á la trabajada Castilla y sobre todo al Bierzo, medió entonces con eficacia entre el conde de Lemus, el señor de Arganza y el maestre don Rodrigo. Aunque su carácter era duro y austero en demasía y su rencor contra el Temple bastante vivo, fundábase este en su deferencia ciega á la Sede romana, y no estaba

aquel, como vimos ya en otra ocasion, sordo á los sentimientos afectuosos y puros. Ahora que las mayores catástrofes y miserias estaban pendientes sobre aquella órden que como la suya se habia cobijado al nacer bajo el manto de San Bernardo, su caridad se despertó vivamente y su antigua amistad con el maestre recobró sus derechos. Todo su celo y diligencia hubieron de naufragar, sin embargo, porque la corona estaba decidida á borrar aquella caballeria de la tierra de España, y los templarios por su parte prontos á presentarse en juicio y sumisos á la autoridad del papa se negaban justamente á despojarse de sus medios naturales de defensa, recelosos, y con harto fundamento, de que se renovasen en ellos las desaforadas crueldades de Francia. Asi, pues, viendo frustrarse una tras de otra todas sus tentativas, hubo de juntar su corta hueste á la del señor de Arganza y obedecer como sacerdote católico y fiel vasallo las órdenes del rey y del papa.

Los aprestos bélicos siguieron por lo tanto con la mayor actividad por parte de las tropas de Castilla, pues los templarios de antemano prevenidos y aprovechándose de las enormes ventajas que sus riquezas, su subordinacion y disciplina les daban sobre sus contrarios, no hicieron mas sino estarse á la defensiva, segun lo tenian determinado, y aguardar el trance del combate. Los peligros de semejante empresa se ocultaban á su orgulloso y altivo valor y cansados de la paz con los moros á que los habian obligado las alianzas de Castilla con los reyes de Granada y sus discordias intestinas, codiciaban nuevos laureles ganados en defensa de su honor y de su existencia. Don Rodrigo

mismo á pesar de sus tristes previsiones y de sus años, parecia animado de un ardor juvenil cuando se vió cerca de dar su vida por el honor de su órden; bien como un caballo envejecido en las batallas relincha y se estremece á pesar de su debilidad, al oir la trompeta guerrera.

Cualquiera que fuese el entusiasmo con que por ambas partes pudiera emprenderse esta lucha, habia en cada bando un hombre que saludaba su sangrienta aurora con particular júbilo y esperanza. Estos dos hombres eran el conde de Lemus y el señor de Bembibre. Los pesares del corazon y los desengaños de la vida en el uno: la ambicion y codicia desapoderada en el otro, y en entrambos el odio y el valor, les mostraban los trances venideros bajo los colores de sus deseos. Don Alvaro para mayor humillacion del conde se habia negado á hacer campo con él por la desigualdad que con su ruin comportamiento habia introducido entre los dos; pero en aquella ocasion desnudo ya de voluntad propia, como lo estaba de sus antiguos derechos de señor independiente, podia completar su venganza y lavar con sangre su ofensa. El conde de cuya memoria no se apartaba aquel ultraje y á quien su proceder no podia menos de avergonzar, anhelaba ardientemente cerrar para siempre la boca de aquel testigo inexorable y terrible, y desagraviar con su muerte su orgullo ofendido. Asi pues ambos aguardaban la ocasion de medir sus fuerzas con ansiedad indecible, bien agenos de la suerte que su sino fatal les preparaba.

CAPÍTULO XXIV.

La posicion militar de los templarios en el Bierzo, segun ya dejamos dicho en otro lugar, no podia ser mas aventajada. Por el lado de Castilla nada tenian que temer porque las encomiendas y fortalezas que alli poseian darían demasiado que hacer á las huestes del rey, y en el pais los vasallos de don Alvaro que por su profesion habian pasado al poder del Temple, eran contrapeso sobrado á las fuerzas del abad de Carracedo y del señor de Arganza. Las suyas propias eran mas que bastantes para conservar la posesion de la tierra y cerrar ambas entradas de Galicia con los fuertes de Cornatel y del Valcarcel.

Sin embargo, las gentes que de toda Galicia juntaba el conde de Lemus en Monforte, iban componiendo ya una hueste poderosa formada en su mayor parte de montañeses ágiles, robustos y alentados, acostumbrados á los ejercicios de la caza y diestrísimos ballesteros en general. El conde era ademas capitan muy hábil, y aunque odiado en el pais, su liberalidad y desprendimiento siempre que la ocasion lo requeria, le granjeaban la voluntad de la gente de guerra. Su astucia, ademas habia sabido aprovecharse de la crédula supersticion de los montañeses, pintando á los templarios con los mas negros colores, y atizando mas y mas aquel horror secreto con que miraban las artes diabólicas y maravillosas y los ritos impíos á que suponian entregados á los caballeros de la órden.

Con semejantes voces y estímulos no parecia sino que iban á emprender una cruzada contra infieles, segun el tropel de soldados que corrian á ponerse debajo de sus banderas, deseosos algunos de servir al rey, codiciosos otros de botin y ganancias, y todos aguijados del deseo de poner pronto fin á un mal que tan grande les pintaban. Juntó por fin un tercio y comenzaron á moverse por la encañada del Sil, como una nube amenazadora que iba á descargar sobre Cornatel, acaudillados por el conde en persona.

Este era el peligro de mas bulto á que habia que acudir: así el comendador Saldaña que para servir de padrino á don Alvaro se habia quedado durante algunos dias en Ponferrada volvió prontamente á su antigua alcaidia. Don Alvaro solicitó licencia de su tio para acompañarle y la consiguió al punto, con lo cual nada quedó que desear al anciano caballero mas poseído que nunca de sus estraños pensamientos de gloria y de conquista. La idea de ser el primero en pelear por el honor de su cuerpo y tener por contrario al enemigo mas encarnizado que contaba en Castilla, le envanecia y alegraba estraordinariamente, porque si en los motivos se diferenciaba algo, no era menor ni menos profundo que el de don Alvaro el rencor que abrigaba contra el conde. La aficion que habia cobrado á su ahijado, violenta como todos sus afectos, habia avivado esta hoguera con todos los pesares que la perfidia del rico-hombre gallego habia derramado sobre aquel alma generosa y llena de bondad: y el deseo de llenarla con las emociones de la gloria y de asentar su fama sobre la ruina del enemigo, comunicaba energía nueva á to-

dos sus movimientos y disposiciones, y al parecer le quitaba de delante de los ojos las hondas heridas que su causa recibia en lo restante de Europa. Pronto se sintió su presencia en el castillo; pues tanto su brazo como su ingenio infundian por todas partes el valor y la confianza, y sus antiguos compañeros y soldados le acogieron con estraordinaria alegria. Desde aquella enriscada altura estendió su mirada tranquila y satisfecha por los precipicios que la rodeaban, por el lago de Carracedo, entonces crecido con las aguas y corrientes del invierno y por las llanuras del Bierzo que desde allí se descubrian, y tendiendo la mano á don Alvaro y apretándosela fuertemente, le dijo con los ojos alzados al cielo y con acento religioso y recogido: *Dominus mihi custos et ego disperdam inimicos meos.* (1)

Don Alvaro solo le respondió apretándole tambien la mano fuertemente y poniéndola en seguida sobre su corazon con un gesto vehemente y espresivo. El comendador recorrió en seguida el castillo con el mayor cuidado, examinando muy prolijamente sus murallas, y convenciéndose de su buen estado, se recogió á su cámara sosegado y confiado en sus gentes y en sus medios de defensa. Verdaderamente él es tal aun ahora, que sus obras avanzadas han desaparecido y está cegado el foso de todo punto, que no es de estrañar la confianza de su alcaide en aquella época.

Cualquiera que ella fuese, los enemigos tardaron poco en llenar aquellos contornos con el ruido

(1) Este versículo está esculpido en una lápida en el castillo de Ponferrada, y parecia servir de divisa.

de sus armas. A los dos ó tres dias los puestos de soldados de la guarnicion, que llegaban hasta las Médulas, se fueron retirando sucesivamente y dejaron al conde dueño del campo con sus bandas, no muy veteranas ni disciplinadas, pero en cambio pintorescas y vistosas en sumo grado. Sus lanzas y hombres de armas venian equipados con cierta regularidad, y aun sus caballos traian las defensas de costumbre; pero los peones variaban estraordinariamente. Los gallegos de Valdeorres y de otros valles y pueblos que componen la mayor parte de la provincia de Orense, venian armados de cueras de pellejo de buey bien adobadas, y traian ademas en la cabeza unas monteras que casi por entero la cubrian. Las piernas traian hasta las rodillas con unos gregüescos muy anchos de lienzo blanco y lo demas desnudo menos el pié que cubria un enorme zueco de becerro y de madera. Las armas en unos eran picas y en los otros unas porras de gran peso y guarnecidas de puntas de hierro, cuyo golpe debia de ser fatal en aquellos brazos robustos y fornidos. Todos ellos se distinguian por su corpulencia, por su fuerza y por la pesadez de sus movimientos.

Los de las montañas de la Cabrera traian todos gorros de pieles de cordero, coleto muy largo de piel de rebezo destazada y de color rojizo; calzones ajustados de paño obscuro y unas pellejas rodeadas á las pantorrillas y sujetas con las ligaduras y correas de la abarca. La traza de estos serranos era viva, ágil y suelta: su cuerpo enjuto, su fisonomía atezada y seca, porque su vida dura de cazadores y pastores les sujetaba á todas las asperezas é inclemencia de su clima; y las armas

que usaban eran un gran cuchillo de monte á la cinta y su ballesta, en la cual eran muy certeros y temibles. Pudiérase decir de los unos que componian la infantería de línea de aquel pequeño ejército, y de los otros que eran los flanqueadores y tropas ligeras á quienes por lo fragoso del pais debería caber la mayor gloria y peligro de la demanda, que no dejaba de ofrecerlo grave.

Toda esta gente acampó á la falda del antiguo monte *Meduleum*, tan celebrado por su estraordinaria abundancia de criaderos de oro durante la dominacion romana en la península ibérica. Esta montaña horadada y minada por mil partes, ofrece un aspecto peregrino y fantástico por los profundos desgarrones y barrancos de barro encarnado que se han ido formando con el sucesivo hundimiento de las galerías subterráneas y la accion de las aguas invernizas; y que la cruzan en direcciones inciertas y tortuosas. Está vestida de castaños bravos y matas de roble, y coronada aqui y allá de picachos rojizos y de un tono bastante crudo, que dice muy bien con lo estravagante y caprichoso de sus figuras. Su estraordinaria elevacion y los infinitos montones de cantos negruzcos y musgosos que se estienden á su pié, resíduo de las inmensas escavaciones romanas, acaba de revestir aquel paisage de un aire particular de grandeza y estrañeza que causa en el ánimo una emocion misteriosa. De las galerias se conservan enteros muchos trozos que asoman sus bocas negras en la mitad de aquellos inaccesibles derrumbaderos y dan la última pincelada á aquel cuadro en que la magnificencia de la naturaleza y el poder de los siglos campean sobre las ruinas de la codi-

cia humana y sobre la vanidad de sus recuerdos. Al pié de la montaña está fundada la aldea de las *Médulas*, poco considerable en el dia, pero que en la época de que hablamos era mucho mas pobre y ruin todavía. Aqui asentó el conde sus reales rodeado del trozo mas florido y mejor armado de su gente, y la que no pudo ampararse de las pocas chozas que allí habia, se repartió por las minas y cuevas para buscar un abrigo contra la intemperie de la estacion. La caballería se ladeó hácia la izquierda y se estendió por las orillas del lago de Carracedo que le brindaban abundosos pastos y forrages. De esta suerte repartidos, púsose el sol turbio y triste de diciembre, y estableciendo sus guardias y precaviéndose como lo pedia la vecindad de un enemigo audaz y temible, aguardaron al rededor de sus hogueras la venida del nuevo dia.

Amaneció este, y al punto los clarines, gaitas y tamboriles saludaron sus primeros resplandores. Los relinchos de los caballos á la orilla del lago, los ecos de los groseros instrumentos, las voces de mando y los romances guerreros de aquellas alegres y animadas tropas, resonaban con estraordinario ruido entre aquellas breñas y precipicios; y los corzos y javalíes huian asustados por las laderas con terribles saltos y bufidos. Semejante estruendo y algaravía formaba raro contraste con el reposo y silencio del castillo, cuyos caballeros inmóviles como estátuas, reflejaban en sus bruñidas armaduras los tempranos rayos del sol. El ronco murmullo que se oyó entre ellos fué el de los salmos y oraciones matutinas que entonaron á media voz, de rodillas, con la cabeza descubierta,

las lanzas y espadas inclinadas al suelo, y el rostro vuelto hácia el oriente. Concluido este acto religioso tornaron á su silencio y recogimiento ordinario, aguardando en actitud briosa la llegada del enemigo, que de momento á momento se acercaba, á juzgar por la distincion y claridad con que se oian sus instrumentos músicos. Don Alvaro pidió licencia para batir y registrar el campo, pero el comendador no se la otorgó, resuelto, á pesar de su ardimiento y cólera, á no romper el primero las hostilidades, conforme á lo acordado entre los templarios españoles; y temeroso por otra parte de que don Alvaro, sin escuchar mas voz que la de su resentimiento, no se empeñase temerariamente. Otro caballero de mas edad salió á la descubierta, y despues de reconocer bien al enemigo y haber escaramuzado ligerámente con sus corredores, se volvió á dar cuenta á Saldaña de su espedicion.

Mientras tanto las cejas de los montes vecinos se fueron coronando de montañeses que no cesaban en sus rústicas tonadas. Los gallegos se estendieron por la ladera mas suave que se estiende hácia Bermés; y la caballería, á quien por la naturaleza del terreno y la clase del ataque no podia caberle gran parte de peligro ni gloria, se estacionó en la reducida llanura que corona la cuesta de Rio Ferreiros, ocupando el camino único de Cornatel y cortando toda comunicacion con Ponferrada. El conde apareció poco despues, seguído de los hidalgos de su casa, montado en un soberbio caballo castaño de guerra, con riendas y arreos de seda azul cuajados de plata, que el fogoso animal salpicaba de espuma á cada movimiento

de cabeza. La armadura era del mismo color y adornos con una banda encarnada que la atravesaba, y el casco dorado remataba con hermoso penacho de plumas blancas y tendidas que se movian al leve soplo del viento. Venia, en suma, gallardamente ataviado en medio de su lucido cortejo, y su hueste entera le saludó con vivas y aclamaciones y con las sonatas mas espresivas que melodiosas de sus gaitas y tamboriles. Saludó él tambien graciosamente con su espada, volviéndose hácia todas partes, y en seguida se puso á reconocer la posicion con aquel ojo militar y certero que en muchas guerras le habia grangeado fama de diestro y esperimentado caudillo. Bajó paso á paso la cuesta de Rio-Ferreiros, cruzó el riachuelo entonces hinchado por las lluvias, y presto se convenció de que por aquella parte el castillo era inespugnable, porque la naturaleza se habia empeñado en fortificarle con horrorosos precipicios. Para mayor seguridad, sin embargo, situó un destacamento de caballería en el vecino pueblo de Santalla, con lo cual aseguraba de todo punto el camino de Ponferrada. Subió en seguida de nuevo el recuesto, y entonces decidió hacer su embestida por el lado de poniente y mediodia, donde la fortaleza presenta dos frentes regulares, pero defendidos entonces cuidadosamente con una fortísima muralla y un foso muy hondo.

Por respeto á los usos de la guerra, envió antes de comenzar el ataque, un pliego á los sitiados comunicándoles las órdenes que tenia del rey, é intimándoles la rendicion con amenazas y arrogancias empleadas adrede para exacerbarlos y empeorar su causa con la resistencia. Saldaña con-

testó, segun era de esperar, que ninguna autoridad reconocia en el monarca de Castilla, como miembros que eran de una órden religiosa solo dependiente del papa; que de las órdenes de Su Santidad solo obedecian la que les mandaba comparecer en juicio, pero no la que les desposeia de sus bienes y medios de defensa antes de juzgarlos, pues claro estaba que la habia arrancado la violencia del rey de Francia; y finalmente, que no habiéndose purgado el conde de la ruindad de Tordehumos, cometida en la persona de don Alvaro Yañez, le advertia que no tratarian con él de igual á igual, y que á cuantos mensageros enviase los recibiria como á espías de un capitan de bandoleros, y los ahorcaria de la almena mas alta. Aunque el conde se esperaba semejante respuesta, los términos de menosprecio y denuesto en que estaba concebida, le hicieron rechinar los dientes de ira y le robaron el color de la cara. Lo peor del caso era que su conciencia le repetia punto por punto las injurias del comendador, y que con enemigo tan implacable y fiero no valian desdenes ni altanerías.

Como quiera, pasado el primer impulso volvieron sus ordinarias y habituales disposiciones á su natural corriente, y por último se alegró ferozmente de aquel desafío á muerte, en que la superioridad numérica de sus tropas y el apoyo del rey, del pontífice y de toda la cristiandad parecian prometerle que llevaria lo mejor. Habia recibido con siniestra alegria la nueva de la profesion de don Alvaro, porque de esta suerte él mismo se prendia en las redes que acabarian por perderle. Asi, pues, gozoso de contar como por suyos á dos tan aborrecidos enemigos, se apresu-

ró á trazar aquel mismo dia las trincheras y señalar los puestos y cuerpos de guardia con gran tino y habilidad, para apretar aquel baluarte en que tan grandes esperanzas tenia puestas la órden. En realidad, para cercar un castillo por su misma situacion aislado, pocas fuerzas eran necesarias: para apoderarse de él era para lo que ocurrian inmensas dificultades.

Los gallegos comenzaron al punto á abrir las trincheras, y los montañeses de Cabrera bajando de las crestas de la montaña que cae al mediodia del castillo, y amparándose de los matorrales y peñascos, protegian sus trabajos con una nube de flechas dirigidas con gran puntería. Acaudillábalos un hidalgo de aquel pais, llamado Cosme Andrade, arquero y ballestero muy afamado, y la distribucion y colocacion que les dió fué muy atinada; pues apenas asomaba un sitiado le alcanzaba al punto una flecha. De ellos, algunos peor armados, cayeron pasados en claro y otros mal heridos; pero los caballeros con sus armaduras damasquinas, de finísima forja, nada tenian que temer de aquellas armas lanzadas á cierta distancia, y sobre todo mal templadas para atravesar sus petos y espaldares. En cambio los ballesteros del castillo cuando alguno de los enemigos se descubria, al punto lo convertian en blanco, y como no siempre los matorrales y retamas los escondian del todo, y por otra parte sus enormes coletos de destazado no los resguardaban bien, venia á resultar, como era natural, que recibian mas daño. De todas maneras sus disparos incomodaban estraordinariamente á los del castillo, y á su sombra seguian las obras del cerco.

Todo aquel dia corrió de este modo, sin que los caballeros hiciesen salidas ni ningun género de demostracion hostil, y entrambos bandos pasaron la noche en sus respectivos puestos. Cornatel envuelto en el silencio y las tinieblas, formaba vivo contraste con el campo del de Lemus, resplandeciente con un sin número de hogueras en que asaban cuartos de vaca y trozos de venado como en los tiempos de Homero; y poblado de un murmullo semejante al de una inmensa colmena. El conde descansó poco en toda aquella noche y contínuamente se le veia pasar de un corro á otro, como animando y prometiendo recompensas á sus gentes. Brillaban sus armas á la luz de las hogueras y su penacho blanco se revestia de un color rojizo, mientras agitado por un viento recio que se habia levantado, flotaba semejante á un fuego fátuo en la cimera de su yelmo. Por lo demas tantas lumbres encendidas por la ladera del monte arriba y cuyas llamas, ora vivas y resplandecientes, ora turbias y obscuras segun la humedad ó sequedad del combustible, oscilaban á merced del viento con mil formas caprichosas, llenando el aire con los fantásticos festones del humo que despedian, formaban un espectáculo sumamente vistoso y sorprendente. La principal ardia delante de la tienda del conde, sobre la cual estaba enarbolada la bandera de los Castros, que tambien azotaban las ráfagas nocturnas, silbando por entre las rocas y árboles. Una porcion de mugeres que habian seguido á sus padres, maridos, amantes ó hermanos á aquella espedicion, vestidas las unas con una saya blanca, un dengue encarnado al pecho y un pañuelo blanco á la cabeza ó con rodados obscuros,

dengues y jubones del mismo color y un tocado de pieles negras, segun eran, de Galicia ó de Cabrera, y una gran parte de ellas jóvenes y agraciadas, acababan de completar aquel cuadro, bullendo y agitándose por todas partes. A cierta hora sin embargo, cesó todo movimiento, sino es el de los centinelas que se paseaban cerca del fuego, y un ruido acompasado como de martillazos con que algo se clavaba.

Saldaña que con su vista de águila habia seguido todo aquel dia los pasos del enemigo, adivinando sus intenciones como si fuesen las suyas propias, estaba entonces en uno de los mas altos torreones del castillo acompañado del señor de Bembibre, no menos ocupado que él en observarlo todo atentamente.

—Don Alvaro, dijo por fin con mal disimulado regocijo, mañana vienen.

—Ya lo sé, respondió el jóven; oid como clavan ó las escalas ó el puente de vigas con que piensan suplir el levadizo para atacar la puerta cuando nos hayan ganado la barbacana.

—Pobres montañeses! repuso Saldaña con una sonrisa y un acento en que se notaba tanto menosprecio como lástima; piensan que nos ván á cazar como á los osos y javalíes de sus montes, y sin duda despertarán muy tarde de su sueño.

—¿Me perdonareis si os pregunto lo que pensais hacer? le preguntó el mancebo respetuosamente.

—No todo os diré ahora, contestó el comendador; solo sí que á vos reservo la parte mas honrosa y brillante de la jornada. Antes de romper el dia bajareis con todos los caballos que hay en el

castillo por la escalera secreta que ya sabeis y vá á dar á la orilla misma de ese riachuelo, y siguiendo su orilla tomareis la vuelta á la caballería del conde que creyéndonos de todo punto aislados, sin duda estará desprevenida y la desbaratareis; pero para esto preciso será que aguardeis emboscado en el monte hasta que la campana del castillo os dé la señal, tañendo á rebato.

—Pero señor, repuso don Alvaro, ¿y podrán bajar los caballos por aquella escalera de piedra tan larga y pendiente?

—Todo está previsto, respondió el anciano, la escalera está llena de tierra para que no resbalen. Ademas, ya sabeis que los caballos del Temple son de las mejores castas de la Siria y de Andalucia, aquí y en toda la Europa, y nuestros esclavos infieles los enseñan y acostumbran á todo.

—¿Y habeis tenido en cuenta, insistió don Alvaro, el cuerpo avanzado que tienen en Santalla?

—Eso es lo que los pierde cabalmente, replicó el comendador; porque como solo atienden al camino de Ponferrada, podeis pasar por medio de entrambos y cogerlos de improviso. Ah! don Alvaro, añadió tristemente, yo he peleado con los árabes y mamelucos, ¿y quereis que no se me alcance algo de estratagemas y ardides?

—Si, si, ya veo que todo lo teneis previsto; pero ¿y querrán los caballeros mas antiguos que yo pelear bajo mi mando?

—Todos os estiman y respetan por vuestra alcurnia, carácter y valor, contestó Saldaña, y todos os obedecerán gustosos; pero ¿qué teneis que no habeis hecho sino ponerme reparos y dificultades en lugar de agradecerme la preferencia que os doy?

Don Alvaro permaneció callado y como indeciso unos breves instantes, al cabo de los cuales volvió á preguntar á Saldaña:

—¿Y pensais que el conde esté mañana con sus lanzas?

—No por cierto, contestó él, porque ya sabeis que nuestro enemigo no abandona los sitios del riesgo. Nuestro odio mismo nos obliga á hacerle justicia.

—Pues entonces, repuso don Alvaro, mas os agradeciera que me dejárais en la barbacana del castillo.

Saldaña levantó entonces la cabeza y le dirigió una terrible mirada que don Alvaro no vió por la obscuridad de la noche, pero su ademan le hizo bajar los ojos.

—Don Alvaro, le dijo el anciano con severidad, hace muchos años que á ningun mortal se ha acercado mi corazon tanto como á vos; por lo mismo no os advertiré que vuestro único deber es la obediencia; pero no dejaré de deciros que el desprendimiento personal es lo que mas ensalza al hombre. Para esta empresa os necesito, id y cumplidla, y prescindid por hoy de vuestro odio por mas legítimo que sea, y esperad á mañana que tal vez la suerte lo ponga en vuestras manos. De todos modos si me lo entrega á mi albedrío, tal vez le irá peor.

Don Alvaro, un tanto avergonzado de haber querido anteponer el interés de su venganza á la gloria de aquella milicia que con tanto amor le habia recibido en sus filas, dió sus disculpas al comendador, que las recibió con su señalada benevolencia y se dispuso á su empresa que no dejaba

de ofrecer riesgos. El comendador se separó de él para dar las últimas órdenes y acabar los preparativos, ya de antemano dispuestos, con que pensaba recibir á los sitiadores en el asalto del dia siguiente.

CAPÍTULO XXV.

Buen rato antes de que asomase por entre las nieblas del oriente la aurora pálida y descolorida de aquel dia en que debian suceder tantos casos lastimosos, don Alvaro seguido de una gran porcion de caballeros bajó por aquella escalera que sola otra vez y con tan distintas esperanzas habia pisado. Los caballos llegaron tambien sin gran trabajo á la orilla del torrente, que entonces corria con tremendo estrépito, muy apropósito para ocultar su marcha. Emprendiéronla callados y atentos al inminente riesgo que les cercaba, porque caminaban por una ladera gredosa y escurridiza y por una senda estrecha y tortuosa al borde mismo de los enormes barrancos que escava aquel regato poco antes de entrar en el Sil. Desfilaban uno por uno con gran peligro de ir á parar al fondo al menor resbalon y con otro no menor de ser descubiertos en tan apretado trance por el relincho de un caballo; pero estos generosos animales, como si conociesen la importancia de la ocasion, no solo anduvieron el dificil camino sin dar un paso en falso, sino que apenas soltaban tal cual corto resoplido. Por fin salieron de aquellas angosturas, y

antes de que amaneciese ya estaban emboscados en el monte de acebuches que linda con el pueblo de San Juan de Paluezas, y llegaba muy cerca del campamento de la caballería del conde de Lemus. Alli cuidadosamente escondidos, aguardaron la convenida señal.

Poco tardaron en colorearse debilmente los húmedos celages del oriente, y los clarines, gaitas y tamboriles de los sitiadores despertaron á los que todavia dormian al amor de la lumbre. Levantáronse todos ellos alborozados, y dando terribles gritos, se formaron al punto bajo sus enseñas. El conde Lemus salió de su tienda y en un caballo blanco, donde el terreno lo permitia, y á pie en los riscos mas dificiles, corrió las filas y pelotones haciendo distribuirles dinero, raciones y aguardiente, y alentándoles con su natural y astuta elocuencia contra aquellos idólatras impios que adoraban un gato, y que dejados de la mano de Dios poco tardarian en caer bajo las suyas. Semejantes razones subyugaban y exaltaban á aquellas gentes crédulas y sencillas, y doblaban su brio; asi es que el clamoreo y algaraca ensordecia y atronaba el aire. Los templarios por su parte, despues de haber hecho su acostumbrada oracion, conservaron su natural gravedad, y el comendador que pensaba haberles arengado, despues de haber observado el denuedo de sus miradas y semblantes, conoció la inutilidad de exortar á unas gentes en cuyos pechos ardia la llama del valor como en su propio altar y se contentó con repetirles, con aquel magestuoso ademan que tan bien cuadraba, el versículo que dias antes habia dicho á don Alvaro al tomar por segunda vez el mando del castillo:—

Dominus mihi custos, et ego disperdam inimicos meos. Los caballeros, aspirantes y hombres de armas, lo repitieron en voz baja y cada uno quedó en su sitio sin hablar mas palabra.

Los momentos que siguieron fueron de aquellos zozobrosos y llenos de ansiedad, que preceden generalmente á todos los combates, y en que el temor, la esperanza, el deseo de gloria, los recuerdos y lazos que en otras partes pueden atar el corazon, y un tropel en fin de encontradas sensaciones batallan en el interior de cada uno. Por fin las trompetas de los sitiadores dieron la última señal á la cual los añafiles y clarines de los templarios respondieron con agudas y resonantes notas como de reto, y los cuerpos destinados al asalto se pusieron en movimiento rápidamente, precedidos de un cordon de ballesteros que despedian una nube de saetas, y sostenidos por otros muchos que desde las quiebras y malezas los ayudaban poderosamente. Encamináronse como era natural, contra la barbacana del castillo, solo dividida de este por el foso y enlazada con él por el puente levadizo; asestando sus tiros contra los caballeros que la defendian y que por su parte recibieron á los sitiadores con descargas en que maltrataron é hirieron á muchos. Sin embargo, su defensa fué menos tenaz de lo que el conde aguardaba; asi es que dieron lugar á los mas atrevidos á acercarse á la puerta, sobre la cual empezaron á descargar al punto redoblados hachazos. Los caballeros viendo sin duda lo poco que podian resistir aquellas débiles tablas á semejante empuge y sacudidas, atravesaron en seguida el puente levadizo que se alzó al punto, justamente cuando forzada la puer-

ta, cabreireses y gallegos se precipitaban de tropel en la barbacana. Pasmados todos y el de Lemus en especial, de tan floja defensa, creyeron que la hora del Temple habia llegado, cuando así se amortiguaba de repente la estrella rutilante de su valor. Comenzaron, pues, á denostarlos con injuriosas palabras, á las cuales no respondian sino disparando de cuando en cuando alguna flecha ó piedra, amparándose sin embargo cuidadosamente de las almenas. La caballería que desde su puesto veia el triunfo de los suyos y tremolar la bandera del conde en la barbacana, prorrumpieron en una estrepitosa y alegre gritería victoreando y agitando sus lanzas desde abajo. Estaban pie á tierra y con los caballos del diestro descansando enteramente en la avanzada apostada en el camino de Ponferrada, y tenian puestos los ojos y el alma en el drama que mas arriba se representaba, y del cual con gran enojo suyo, solo venían á ser frios espectadores.

Los de la barbacana trageron al instante el puente de vigas que habian estado clavando y aderezando á prevencion en la noche anterior, y que no habian conducido desde luego contando con que el primer ataque seria mas largo y reñido. Desmentido con gran gusto suyo este pronóstico, asomaron inmediatamente con su informe pero sólido armazon por la puerta interior de la barbacana para echarle sobre el foso. Los sitiados entonces parecieron reanimarse y se presentaron en la plataforma que dominaba la puerta, arrojando piedras y venablos; pero la granizada de flechas de los montañeses los hizo retirar al punto. La afluencia de estos desgraciados era tal, que la

barbacana estaba atestada de gentes á cual mas deseosas de abalanzarse á la puerta del castillo, y echándola al suelo, entrar á saco y á degüello aquellos cobardes guerreros. Por fin, con harto trabajo se asentó el puente y un sin número de montañeses y valdeorranos se agolparon á herir con sus hachas las herradas puertas del castillo.

No bien habian descargado los primeros golpes, cuando un grito de horror resonó entre aquellos infelices, de los cuales una gran parte cayeron en el foso y otros en el mismo puente lanzando espantosos aullidos y revolcándose desesperadamente. Los que les seguian empujados por la inmensa muchedumbre de atrás, aunque horrorizados porque apenas sabian á que atribuir aquel repentino accidente, corrieron tambien contra la puerta. Entonces se vió claro lo que tales gritos arrancaba y tan grandes estragos hacia. Aquellos desdichados mal armados, morian abrasados bajo una lluvia de plomo derretido, aceite y pez hirviendo que venia de la plataforma y de la cual salian tambien muchísimas flechas rodeadas de estopas alquitranadas y encendidas que no podian desprenderse, ni arrancarse sin quemarse las manos. Algunos quisieron retroceder, pero el extraordinario empuge que venia de afuera no solo se lo estorbaba sino que vomitaba sin cesar sobre el puente nuevas víctimas. Los que estaban debajo de la arcada de la puerta, conociendo su peligro y creyéndose á cubierto por algunos instantes, menudeaban los golpes deseosos de terminar aquella horrenda escena, pero cuando mas descuidados estaban, por unos agugeros, sin duda practicados de intento en las piedras, comenzó á llover sobre

ellos aquel rocío infernal, y al querer retirarse, las piedras que caian por los matacaspas acabaron de estropearlos. Entonces comenzó á sonar á rebato la campana del castillo como si doblase por los que morian en los fosos y al pié de sus murallas; los muros y la plataforma se coronaron de caballeros que cubiertos de acero de pies á cabeza y con el manto blanco á las espaldas y la cruz encarnada al lado, se mostraron como otras tantas visiones del otro mundo á los ojos de aquella espantada muchedumbre. Unos cuantos esclavos negros que desde la plataforma derramaban y esparcian aquel fuego voraz, asomaron entonces sus aplastados semblantes de azabache animados por una diabólica sonrisa, y aquellas acobardadas gentes creyendo que el infierno todo peleaba en su daño, comenzaron á arrojar sus armas consternados y tomando la huida.

El conde que embarazado con tanto ahogo y apretura se habia visto embarazado en la barbacana, pudo desprenderse en aquel momento crítico y arrojándose al puente para reanimar á los fugitivos y pasando por encima de los muertos y heridos sin hacer caso de las lluvias, piedras y aceite hirviendo que caian sobre su impenetrable armadura, llegó hasta la puerta con un cercano deudo suyo muy bien armado. Asieron allí las hachas de manos de dos muertos y comenzaron á descargar tan recios golpes que de arriba abajo se estremecia el porton á pesar de sus chapas de hierro. Entonces una enorme bola de granito bajando por uno de los matacaspas cayó á plomo sobre la cabeza de su pariente que al punto vino al suelo muerto, con el cuello y el cráneo rotos, vien-

do lo cual otros hidalgos de su casa que se habian quedado á la puerta de la barbacana, atravesaron el puente desalados, y á viva fuerza arrancaron de allí á su gefe.

La caballería entretanto, como hemos dicho, seguia con envidiosos ojos la pelea de sus compañeros, cuando oyó tocar á rebato la campana del castillo. Entonces creyeron que ya era el conde dueño de él, y con loca presuncion comenzaban á darse el parabien de tan feliz jornada, cuando de repente les estremeció sus espaldas una trompeta que sonó en sus oidos como la del último dia, y volviendo los asombrados ojos vieron el corto pero lucido escuadron de don Alvaro que lanza en ristre y á todo escape les acometia. Muchos caballos espantados no menos que sus ginetes, rompieron la brida y dieron á correr por las cuestas dejando á pie á sus dueños que fueron los primeros que cayeron al hierro de las lanzas enemigas. Los restantes que pudieron ocupar las sillas en medio del tumulto, arremolinados y envueltos en sí propios, solo hicieron una cortísima resistencia, durante la cual mordieron muchos sin embargo la tierra, y al punto se dispersaron bajando algunos á reunirse con el destacamento que tenian en el camino de Ponferrada, corriendo otros por la ladera del monte á reunirse con las bandas de peones, y echando los demas con desbocada carrera por el camino de las Médulas. Don Alvaro entonces deseoso de dar alcance á los que iban á incorporarse con el grueso de la hueste del conde, picó en pos de ellos por la ladera, con el firme intento no solo de ahuyentarlos, sino de coger á los enemigos por la espalda.

Saldaña, bien informado del éxito de esta arriesgada empresa, bajó entonces seguido de sus mas escogidos caballeros, echando el puente levadizo, porque el otro estaba ya medio consumido por el fuego, embistió denodadamente la barbacana con un hacha de armas en las manos, cada golpe de la cual cortaba un hilo de vida en aquella gente todavia apiñada y comprimida. En medio de aquel tumulto y matanza acertó á ver al conde que forcejeaba con sus hidalgos y deudos para volver al puente.

—Conde traidor! le gritó el comendador ¿cómo tan lejos del peligro?

—Allá voy, hechicero infernal, ligado con Satanás, le respondió él con la boca llena de espuma y rechinando los dientes; y dando un furioso empellon se fué para el templario determinado y ciego. Llegó á él y con el mayor corage le tiró una soberbia estocada que el comendador supo esquivar; y alzando el hacha con ambas manos iba á descargarla sobre él cuando uno de sus deudos se interpuso. Bajó el arma como un rayo y dividiendo el escudo cual si fuera de cera y hendiendo el capacete, se entró en el cráneo de aquel malhadado mozo que cayó al suelo con un profundísimo gemido. Trabóse entonces una reñidísima contienda, porque cuando los del conde vieron que se las habian con hombres como ellos y no con vestiglos ni espíritus infernales, cobraron ánimo; pero peor armados y menos diestros que sus enemigos, naturalmente llevaban lo peor. En esto un ginete con el caballo blanco de espuma y sin aliento se presentó á la puerta de la barbacana y dijo en alta voz:

—Conde de Lemus! vuestra caballería há sido desbaratada por un escuadron de estos perros templarios, que no tardará seis minutos en llegar.

—¿Hay mas desventuras, cielos despiadados? esclamó él levantando al cielo su espada que apretaba convulsivamente.

—Sí, todavia hay mas, le dijo Saldaña con voz de trueno, porque ese que con un puñado de caballeros ha destrozado tus numerosas lanzas, ese es el señor de Bembibre, tu enemigo!

Lanzó el conde un rugido como un tigre, y de nuevo quiso embestir al comendador; pero los suyos se lo impidieron arrancándole de aquel sitio, porque los gritos y galope de los caballeros que iban al mando de don Alvaro, se oian ya muy cerca. Saldaña no juzgó prudente acometer fuera de su castillo con la poca gente que lo guarnecia y á un enemigo todavia respetable por su número, y que acababa de dar tan repetidas muestras de valor. Los caballeros que le acompañaban habian cerrado la puerta con sus cuerpos, y dejado acorralados un gran número de montañeses que aunque no acometian, no parecian dispuestos á rendirse sin pelear de nuevo.

—Y vosotros, infelices, les dijo el comendador ¿qué suerte creeis que vá á ser la vuestra despues de acometernos tan sin razon?

—Nos sacrificaréis á vuestro ídolo, contestó uno que parecia capitan, y le pondreis nuestras pieles, que es lo que dicen que haceis: pero aun os ha de costar caro. En cuanto á venir á haceros guerra, el rey y el conde de Lemus, nuestros naturales señores, lo han dispuesto, y como es servicio á que estamos obligados, por eso hemos venido.

—¿Y quién eres tú que con ese desenfado me hablas, cuando tan cerca tienes tu última hora? ¿Cuál es tu nombre?

—Cosme Andrade, replicó él con firmeza.

—Ah! ¿con qué eres tú el arquero celebrado en toda Cabrera?

—Mas celebrado hubiera sido hoy, respondió él, porque á no ser por el maleficio de vuestra armadura, os hubiera atravesado lo menos cinco veces.

—¿Y qué hubieras hecho conmigo si hubiese caido en tus manos?

—Yo no era el que mandaba, y de consiguiente nada os hubiera hecho por mí; pero si el conde os hubiera quemado vivo, como dice que han hecho allá muy lejos con los vuestros, yo hubiera atizado el fuego.

—¿Quiere decir que no te agraviarás si te mando ahorcar, porque aun es tratarte mucho mejor?

—De manera, señor, respondió el montañés, que á nadie le gusta morir cuando como yo puede matar todavia muchos osos y rebezos y venados; pero cuando vine á la guerra, me eché la cuenta de que con semejante oficio no es facil morir en la cama con el cura al lado y asistido por su muger. Asi pues, señor caballero, haced lo que gusteis de nosotros, pero no estrañeis que nos defendamos, porque eso lo hacen todos los animales cuando los acosan.

—No es necesario, contestó Saldaña, porque tu valor os libra á todos del cautiverio y del castigo. Caballero Carvajal, dijo á uno de los suyos; que se den cien doblas al valeroso Andrade para que

aprenda á tratar á sus enemigos, y acompañadle vos hasta encontrar con don Alvaro, no sea que le suceda algun trabajo.

El montañés se quitó su gorro de pieles que habia tenido encasquetado hasta entonces, y dijo:

—Agradezco el dinero y la vida, porque me los dareis, á lo que se me alcanza, sin perjuicio de la fidelidad que debo á mi rey y al conde mi señor.— El comendador le hizo una señal afirmativa con la cabeza.—Pues entonces, añadió el montañés, Dios os lo pague, y si algun dia vos ó alguno de los vuestros os veis perseguidos, idos á Cabrera, que alli está Andrade y al que intente dañaros le quitará el modo de andar.

Con esto se salió muy contento seguido de los suyos, y acompañado del caballero Carvajal y diciendo entre dientes:—No, pues ahora escusa el conde de venir con que son mágicos ó no lo son, porque por estrecho pacto que tengan con el diablo, ni el diablo ni él les quitarán de ser caballeros de toda ley! Asi quiera Dios darme ocasion de hacer algo por ellos!

La precaucion de Saldaña no podia ser mas cuerda, pues á los pocos pasos encontraron los caballeros de don Alvaro, que al ver los rojizos coletos de los montañeses, al punto enristraron las lanzas. Carvajal se adelantó entonces, y los dejaron pasar sanos y salvos, sin mas pesar que el recuerdo de los compañeros que dejaban sin vida, delante de aquel terrible castillo. Don Alvaro no solo cumplió el objeto de su salida, sino que antes de volver á Cornatel quemó las empalizadas y chozas de los sitiadores, se apoderó de sus víveres y pertrechos, y trajo arrastrando la bandera enemi-

ga. Todo esto pasaba á la vista del conde que trepando por la ágria pendiente de los montes y desesperado de vencer el terror pánico de los suyos, y llevarlos á las obras que habia trazado, veía aquel rival aborrecido talarlo y destruirlo todo, mientras el huía en medio de los suyos, que en aquel momento parecian una manada de corzos acosada de los cazadores.

Asi pues, reunió su gente como pudo, y aquella misma noche volvió a las Médulas, de donde dos dias antes habia salido con tan diferentes pensamientos. Alli escogió una posicion fuerte y aventajada en la que se reparó con el mayor cuidado y adonde poco á poco se le fueron allegando los dispersos. Aquella noche se pasó entre las voces de los que se llamaban unos á otros segun iban llegando, entre los lamentos de los heridos y los llantos de las mugeres que habian perdido alguna persona querida; los mas valientes habian perecido en la refriega, y cuando los respectivos gefes pronunciaban sus nombres, solo les respondia el silencio ó algun amargo gemido. El conde mismo habia perdido dos deudos muy cercanos y veía retrasada por lo menos, durante mucho tiempo, una empresa de que tanta honra y mercedes pensaba sacar. Todas estas desdichas exacerbaron su orgullo ofendido, y avivaron su odio á los templarios y en especial á don Alvaro, de manera que todo se propuso intentarlo á fin de vengarse.

Por lo que hace al señor de Bembibre que tantos laureles habia cogido en aquella jornada, fué recibido con tales muestras de estimacion y con tanto aplauso, que su entrada en Cornatel fué un verdadero triunfo.

CAPÍTULO XXVI.

Despues de la malograda empresa que acabamos de describir, el conde mandó á pedir refuerzos á sus estados de Galicia, firme en su propósito de lavar con la toma de Cornatel la afrenta recibida. Antes de que llegasen sin embargo, las mesnadas de Arganza y Carracedo, cruzaron el Sil al mando de don Alonso Ossorio, y fueron á engrosar sus diezmadas filas: socorro oportunísimo en aquellas circunstancias poco favorables, no solo por el número y calidad de sus guerreros, sino por el prestigio que el señor de Arganza disfrutaba en el pais, y sobre todo, por el sello de religion que parecia poner en la demanda la intervencion del abad de Carracedo, justamente respetado por sus austeras virtudes. La confianza volvió á renacer con esto en su pequeño ejército, y como á pocos dias de Cabrera comenzaron á venir nuevas bandas otra vez, florecieron en el conde, sus antiguas y risueñas esperanzas.

La entrevista de suegro y yerno fué, como pueden figurarse nuestros lectores, muy ceremoniosa, porque delante de sus respectivos vasallos debian dar el ejemplo de union y concierto de voluntades, que tanto provecho podria traer á la causa que defendian.

No era la menor de las contrariedades que sufria impaciente don Alonso, la de servir debajo del mando de un hombre que unido á él por los lazos del parentesco más inmediato, distaba infini-

to de su corazon por las fealdades que le manchaban. El conde conociendo harto bien la dificultad de purgarse de sus culpas á los ojos de su suegro, y por otra parte viendo bajo sus banderas los vasallos de Arganza, que era uno de los blancos á que se encaminaba desde muy atras su calculada perfidia, se encastilló en su altanería, y no quiso entrar con su suegro en ningun género de esplicaciones. Este por su lado guardó una conducta en todo parecida, y aunque delante de los suyos y en todos los actos públicos le trataba con deferencia y aun con cordialidad, cuando la casualidad les juntaba á solas, acostumbraban á hablar únicamente de los asuntos militares propios de la empresa que habian acometido: situacion para entrambos penosa, pero sobre todo para don Alonso, cuyo carácter franco y noble, se avenia mal con semejantes falsías y dobleces. Como quiera el deseo de ocultar á los ojos del vulgo los pesares y desabrimientos de su familia, le obligaba á devorar en silencio su amargura por desgracia demasiado tardía y que hacia mas insufrible todavia la comparacion que á cada punto se le presentaba de la suerte de su hija, con la que otra eleccion mas acertada pudiera haberle proporcionado.

Algo mas tardaron en llegar los refuerzos de Galicia, tanto por la mayor distancia, cuanto porque el conde escarmentado con el pasado suceso y convencido de que Cornatel no era para ganado de una embestida, habia hecho traer trabucos y otras máquinas de guerra que embarazaron no poco la marcha de las tropas. Durante este tiempo sobrevinieron graves sucesos que aceleraron el desenlace de aquel drama enmarañado y

terrible. Los templarios de Aragon abandonados de todos sus aliados y en lucha con un trono mas afianzado y poderoso que el de Castilla, á duras penas podian resistir encerrados en Monzon y en algun otro de sus castillos, las armas de toda aquella tierra concitadas en contra suya, y andaban ya en tratos para rendirse. El rey de Portugal por su parte á pesar del apego con que miraba aquella noble órden, conociendo la dificultad de calmar la opinion general y temeroso por otra parte de los rayos del Vaticano, habia cedido en su propósito mas generoso que político, y aconsejado á don Rodrigo Yañez y al lugar-teniente de Aragon que aceptando su mediacion y confiándose á la justificacion de los concilios provinciales, entregasen desde luego sus castillos y bienes, en obediencia de las bulas pontificias. Tal habia sido la opinion del maestre de Castilla en un principio, pero los ultrajes hechos á la órden por una parte, la conmocion dificil de calmar introducida entre sus caballeros por otra, y por último la imprudencia del rey Fernando el Cuarto, en elegir para capitan de aquella faccion al enemigo mas encarnizado del Temple en el reino de Leon, le habian retraido de ponerla en planta. De todos modos, ahora la inexorable mano del destino parecia indicarle esta senda, y por lo mismo envió cartas á Saldaña, noticiándole lo que pasaba, y exhortándole á que atajando la efusion de sangre, entrase en capitulaciones honrosas con el conde. El anciano comendador dió por respuesta que el encono y rencor implacable del de Lemus, imposibilitaban todo término justo y decoroso de avenencia, pues solo soñaba y respiraba venganza del revés que habia

esperimentado delante de sus murallas: que con semejante hombre, ageno de toda hidalguía, no podia responder de las vidas de sus caballeros, y finalmente que si el rey traspasaba á otro cualquiera de sus ricos-hombres el cargo y autoridad por él egercida, desde luego entablaría las pláticas necesarias.

De estas noticias las mas esenciales se derramaron brevemente por el campo sitiador, y el conde no dejó de aprovecharlas para sus intentos de odio y de venganza. Don Alonso no pudo menos de recordarle cuan ageno era de la ley de la caballeria negar todo acomodo honroso á unas gentes que tan ilustre nombre dejaban, sobre todo cuando tantos daños podian venir á la desventurada Castilla de la prolongacion de una lucha fratricida; pero el conde le respondió que sus órdenes eran terminantes y su único papel la obediencia. Separáronse, pues, mas desabridos que nunca, y el señor de Arganza le amenazó con que pondria de manifiesto ante los ojos del rey la preferencia que daba á sus rencillas é intereses particulares sobre el procomun de la tierra y de la corona. El conde que en el fondo no desconocia la justicia y prudencia de semejantes reclamaciones temió con razon que la córte accediese á ellas, y como por otra parte sus tropas estaban ya previstas y reforzadas se decidió á dar la última embestida á Cornatel.

Poco tardó en averiguar que los ginetes que habian destrozado su caballeria habian salido del castillo y no venido de Ponferrada como en un principio se figuró. Asi pues, procuró conocer la misteriosa puerta que sin duda daba al precipicio,

deseoso de herir á un contrario por los mismos filos. Mandó llamar para esto al intrépido Andrade que gracias á su serenidad y á los hábitos de cazador, podia andar por sitios inaccesibles á la mayor parte de las gentes, y al mismo tiempo poseia gran astucia y sagacidad.

—Cosme, le dijo en cuanto le vió en su presencia, ¿te parece que podremos entrar en ese infernal castillo por el lado del derrumbadero?

—Por muy difícil lo tengo, señor, respondió el montañés dando vueltas entre las manos á su gorro de pieles, á menos que no nos den las alas de las perdices y milanos; ¿pero hay mas que verlo, señor?

—Si, pero en eso está el peligro porque con una peña que echen á rodar de arriba pueden aplastaros en semejantes angosturas.

—De manera es que no hay atajo sin trabajo, respondió el animoso Andrade, y no estaré mucho peor que en aquel maldito puente que parecia el del infierno.

Frunció el conde el ceño con este importuno recuerdo de su derrota, pero conteniéndose como pudo, esplicó sus deseos al montañés que con la agudeza propia de aquellas gentes, los comprendió al momento.

—Asi, y con la ayuda de Dios, concluyó el caudillo, presto daremos cuenta de esos ruines hechiceros que solo con sus malas artes se defienden.

—En eso habeis de perdonar, señor, replicó el sincero montañés, porque si el diablo los asiste, no se ayudan ellos menos con sus brazos, que á fé que no son de pluma. Y sobre todo, mágicos ó no, en sus manos me tuvieron con una porcion de

los mios, y pudiendo colgarnos al sol para que nos comieran los cuervos, nos dejaron ir en paz y nos regalaron sobre esto.

Y en seguida contó al conde la escena de la poterna y la largueza del comendador. Mordióse el conde los labios de despecho al ver que en todo le vencian y sobrepujaban aquellos soberbios enemigos, y deseoso de borrar su liberalidad, dijo al cazador:

—Doscientas doblas te daré yo, si encuentras modo de que entremos en el castillo.

—Eso haré yo sin las doscientas doblas, respondió Andrade, porque las ciento que me dió Saldaña todas las he repartido entre los heridos y viudas de los pobres que murieron aquel dia. A mí, Dios sea bendito, nada me hace falta, mientras tenga mi ballesta y haya osos y jabalíes por Cabrera.

Con esto, y despues de recibir las instrucciones del conde, se salió de su tienda, y juntando una docena de los mas esforzados de los suyos, bajó por detras de Villavieja hasta el riachuelo y se acercó á la raiz misma de las asperezas que por alli defienden el castillo. Con sus ojos acostumbrados á los acechos nocturnos comenzaron á registrar las matas y peñascos, y entre una quiebra formada por dos de ellos y medio cubierta por los arbustos, tardaron poco en divisar los barrotes de hierro de la reja; pero no bien se habian acercado cuando una flecha salió silvando de la obscuridad é hirió de soslayo á uno de ellos en un brazo. Apartáronse al punto conociendo que era imposible toda sorpresa con hombres tan vigilantes, y que una embestida á viva fuerza por la misma seria

tan temeraria como inútil. Comenzaron por lo tanto á retirarse, pero al pasar por debajo del ángulo oriental del castillo paróse Andrade y comenzó á mirar atentamente las grietas y matorrales de aquel escarpado declive. Por lo visto hubo de satisfacerle su reconocimiento; pues comenzó á trepar por aquella escabrosidad asiéndose á cualquier arbusto y asentando el pie en la menor prominencia del peñasco, hasta que llegó con asombro de los mismos suyos, á una especie de plataforma poco distante ya del torreon. Allí se puso á escuchar con gran ahinco por ver si sentia los pasos del centinela, y despues de observar cuidadosamente durante otro rato todos los accidentes, formas y proyecciones del terreno, se volvió á bajar del mismo modo que habia subido, aunque con mayor trabajo. En cuanto llegó á la márgen del arroyo encomendó el silencio á sus compañeros, y apretando el paso poco tardaron en llegar á los barrancos de las Médulas. Dormia el conde á la sazon, pero en cuanto se presentó Andrade á la entrada de la tienda al punto le despertó un page y no tardó en introducir al montañés. Hízole sentar el conde y despues de ofrecerle una copa de vino que sin ceremonia trasegó á su estómago, le pidió cuenta de su espedicion.

—Hemos dado con la puerta, contestó Andrade, pero está defendida y por allí no hay que pensar en meterles el diente.

—Bien debí presumirlo, respondió el conde, pero la impaciencia me ciega y me consume.

—No os dé pena por eso, señor, respondió el montañés, porque he descubierto otro boquete algo mejor y mas seguro.

—¿Y cuál? preguntó el conde con ansiedad.

—El torreon del lado del naciente, respondió el cazador muy ufano.

El conde le miró con ceño y le dijo asperamente

—¿Estás loco, Andrade? ni los corzos y rebezos de tus montañas son capaces de trepar por allí!

—Pero lo somos nosotros, replicó él con un poco de vanidad mal reprimida, ¿loco, eh? en verdad que para vos y los vuestros debe de ser locura llegar por aquel lado á pocas varas de la muralla.

—¿Pues no decias que eran menester las alas de las perdices para eso?

—Es que si entonces dije eso, ahora digo otra cosa, que como decia mi abuela, de sabios es mudar de consejo y además no soy yo el rio Sil para no poder volverme atras de mis juicios, cuando van descaminados. Os digo que de allí al castillo no hay mas que una mediana escala ó unas brazas de cuerda con un garfio á la punta.

—Pero ¿crees tú que no tendrán allí escuchas ni centinelas? Cuenta con que dos hombres solos podrian desbaratarnos desde aquel sitio.

—Mas de una hora estuve escuchando, repuso el montañés que ya comenzaba á impacientarse con tantas objecciones, y no oí ni cantar, ni rezar, ni silbar, ni ruido de armas ó de pasos.

—¡Ah! respondió el conde poniéndose en pié con júbilo feroz: mios son, y de esta vez no se me escaparán. Pídeme lo que mas estimes de mi casa y de mis tierras, buen Andrade, que por quien soy, te lo daré al instante.

—No es eso lo que tengo que demandaros, se-

ñor, replicó el cabreirés, sino la vida del comendador en especial y de todos los demas caballeros que prendamos. A mí y á los mios nos conservaron la que nos sustentá, y como sabeis sin duda mejor que yo, el que no es agradecido, no es bien nacido.

Quedóse como turbado el conde con tan estraña peticion, pero recobrando sus naturales é iracundas disposiciones, le dijo rechinando los dientes y apretando los puños:

—La vida de ese perro de Saldaña! Ni el cielo ni el infierno me lo arrancarian de entre las manos!

—Pues entonces, replicó resueltamente el montañés, ya veremos como vuestros gallegos que tienen la misma agilidad que los sapos, se encaraman por aquellos caminos carreteros, porque yo y los mios mañana mismo nos volvemos á nuestros valles.

—Quizá no volvais, respondió el conde con una voz ahogada por la rábia, porque quizá yo os mande amarrar á un árbol y despedazaros las carnes á azotes hasta que murais. Vuestra obligacion es servirme, como vasallos mios que sois.

El montañés le respondió con templanza pero valientemente:

—Durante la temporada del invierno que es la de nuestras batidas y cacerias, ya sabeis que segun costumbre inmemorial y fuero de vuestros mayores, no estamos obligados á serviros. Lo que ahora hacemos es porque no se diga que el peligro nos arredra. En cuanto á eso que decis de atarme á un árbol y mandarme azotar, añadió mirándole de hito en hito, os librareis muy bien de hacerlo, porque es castigo de pecheros y yo soy

hidalgo como vos, y tengo una egecutoria mas antigua que la vuestra y, un arco y un cuchillo de monte con que sostenerla.

El conde aunque trémulo de despecho, por uno de aquellos esfuerzos propios de la doblez y simulacion de su alma, conociendo la necesidad que tenia de Andrade y de los suyos, cambió de tono al cabo de un rato y le dijo amigablemente:

—Andrade, os otorgo la vida de esos hombres que caigan vivos en vuestro poder, pero no estrañeis mi cólera porque me han agraviado mucho.

—Los rendidos nunca agravian, respondió Cosme; ahora nos teneis á vuestra devocion hasta morir.

—Anda con Dios, le dijo el conde, y dispon todo lo necesario para pasado mañana al amanecer.

Salió el montañés en seguida y el conde esclamó entonces con irónica sonrisa:

—¡Pobre necio! y cuando yo los tenga entre mis garras serás tú quien me los arranque de ellas?

CAPÍTULO XXVII.

De tan iminente peligro estaban amenazados los templarios de Cornatel, porque como no habia memoria de que persona humana hubiese puesto la planta sobre el abismo que dominaba el ángulo oriental del castillo, ni parecia empresa asequible á la destreza humana; aquel lado no se guardaba. Lo mas que solia hacerse en tiempos de

peligro era visitar de cuando en cuando el torreon, mas para registrar el campo desde alli que para precaver ningun ataque. Una vez dueños de él los enemigos, como ningun género de obstáculo interior habian de encontrar, claro estaba que la ventaja del número habia de ser decisiva. Atacados á un tiempo por el frente y flanco, y desconcertados de aquella manera impensada y súbita, era segura la muerte ó la prision de todos los caballeros. Solo una rara casualidad hizo abortar aquel plan tan ingenioso como naturalmente concebido.

Saldaña, como esperimentado capitan, no se descuidaba en averiguar por todos los medios imaginables cuanto pasaba en el real enemigo; y sus espías bajo mil estudiados disfraces, sin cesar le estaban trayendo noticias muy preciosas. Aconteció, pues, que una noche se brindó á salir de descubridor nuestro antiguo conocido Millan, y disfrazándose con los atavios de un montañés, muerto en el castillo de resultas de la pasada refriega, se dirigió por la noche á las Médulas, acompañado de otro criado del Temple, natural del pais, que conocia todas las trochas y veredas como los rincones de su casa. La vista que ofrecía el campamento del conde en medio de aquellas profundísimas cárcabas, cuyo color rojizo resaltaba mas y mas con el trémulo resplandor de las hogueras, era sumamente pintoresca. La mayor parte de los soldados estaban resguardados del frio en las cuevas y restos que quedaban de las antiguas galerias subterráneas; pero los que velaban para impedir todo rebato, encaramados en aquellos últimos mogotes, visibles unas veces é invisibles otras, segun las llamas de los fuegos lanzaban reflejos mas vivos ó

apagados, pero siempre inciertos y confusos, parecian danzar como otras tantas sombras fantásticas en aquellas escarpadas eminencias. La forma misma de aquellos picachos, caprichosa y estraña y la obscuridad de los matorrales, imprimian en toda la escena un sello indefinible de vaguedad enigmática y misteriosa.

Para el que conoce todos los ramales de las antiguas minas, fácil cosa es, aun ahora, sustraerse á las mas esquísitas indagaciones por entre su revuelto laberinto. Así es que el compañero de Millan le guió por medio de la mas tremenda obscuridad hasta un puesto de cabreireses en que se hablaba con mucho calor. Estaban juntos al rededor de una gran hoguera, y uno de ellos sentado en un tronco estaba diciendo en voz alta á sus compañeros:

—Pues, amigos, él se ha empeñado en venir por mas que le he dicho que se va á desnucar por aquellos andurriales. Dios nos la depare buena, porque si tras de esto no llegamos á entrar en el castillo, medrados quedamos.

Como el montañés estaba de lado no podia Millan distinguir sus facciones, pero en el metal de la voz conoció al punto al intrépido Andrade, y puso la mayor atencion en escuchar aquel coloquio que tanto debia interesarle.

—Lo que es por falta de cuerdas y ganchos no quedará, contestó otro, porque tenemos un buen manojo; pero el conde quiere ser de los primeros?

—El primero quiere ser, contestó Andrade, pero Dios mediante entraremos juntos.

—Al cabo, dijo otro, yo no sé bien por dónde hemos de subir todavia.

Andrade se lo esplicó claramente mientras que Millan sin atreverse á respirar, estaba hecho todo oidos.

—Y es mañana? preguntó uno.

—No; mañana nos acercamos todos al castillo por donde la otra vez, con todos los pertrechos y avios como si fuéramos á poner cerco de veras, y pasado mañana, mientras del lado de acá levantan gran grita y alharaca, en guisa de asaltar las murallas, nosotros nos colamos por el lado de allá como zorros en un gallinero. Como vosotros sois los destinados á la empresa, lo mismo será que lo sepais un poco antes ó despues, pero cuenta con el pico.

Todos se pusieron el dedo en los lábios haciendo gestos muy espresivos, y en seguida comenzaron á cenar sendos tasajos de cecina, acompañados de numerosos tragos. Millan entonces dando gracias al cielo por el descubrimiento que acababa de hacer, salió apresuradamente de su escondite, y se volvió á Cornatel con su compañero. Al salir de la mina echó una ojeada hácia las hondonadas de aquellos estraños valles y advirtió muchas gentes que iban y venian, unos con hachones de paja encendidos y otros cargados con diferentes bultos. Veíanse tambien cruzar en una misma direccion muchas acémilas, y en todo el real se notaba gran movimiento, con lo cual acabó de persuadirse el buen Millan de la exactitud de las noticias que por tan raro modo habia recibido. Volvióse, pues, al castillo con gran priesa y en cuanto entró, se fué á ver á su amo y á contarle muy menudamente cuanto sabia. Hizo don Alvaro un movimiento tal de alegria al escucharle y de tal

manera se barrió repentinamente de su semblante la nube de disgusto que casi siempre lo empañaba, que el escudero no pudo menos de maravillarse. Cogióle entonces del brazo y mirándole de hito en hito, le dijo:

—Millan, ¿quieres hacer lo que yo te mande?

—¿Eso dudais, señor? respondió el escudero: ¿pues á mí qué me toca sino obedecer?

—Pues entonces no digas nada al comendador sino del ataque manifiesto.

—Pero ¿y si nos entran como intentan?

—Tú y yo solos bastamos para escarmentarlos: ¿no quieres acompañarme?

—Con el alma y la vida, contestó el ufano escudero, y ojalá que mi brazo fuese el de Bernardo del Carpio en Roncesvalles.

—Tal como es, le contestó don Alvaro sonriéndose, nos será de mucho provecho. Anda y despierta al comendador, y dile todo menos el ataque del torreon.

—Ah! con que él mismo viene á caer bajo mi espada! dijo hablando entre sí, no bien salió Millan: ¡cielos divinos! ¡dejádle llegar sano y salvo hasta mí! Dadle si es menester las alas del águila y la ligereza del gamo.

A la mañana siguiente volvieron los enemigos á ocupar sus antiguas posiciones, y comenzaron los trabajos de sitio que con tanta sangre habian regado, no hacia mucho tiempo. En esto pasaron todo el dia con grande indiferencia de los templarios que veian todavia lejano el momento decisivo. Al otro dia sin embargo, muy temprano comenzó á sentirse grande agitacion en el campo sitiador, y á oirse el tañido de gaitas, trompetas y tambo-

riles. En todo el Bierzo son las nieblas bastante frecuentes por la proximidad de las montañas y la abundancia de los rios; y la que aquel dia envolvia los precipicios y laderas de Cornatel era densísima. Así pues, hasta que los sitiadores se acercaron á los adarves no pudo distinguir Saldaña el buen órden con que venian adelantándose contra el castillo y que no dejó de inspirarle algunos temores. La misma nube de tiradores que en el anterior asalto poblaba el aire de flechas; pero al mismo tiempo buen número de soldados mejor armados, con una especie de muralla portátil de tablones, revestida de cueros mojados para evitar el fuego de la vez pasada, avanzaba lentamente hácia el foso. Detrás de aquel ingenioso resguardo venian amén de los que lo conducian, otra porcion de soldados con azadones y palas; y por encima de él se veian asomar las estremidades de una porcion de escalas cargadas en hombros de otros. Saldaña comprendió al punto cual podia ser el intento de los enemigos, que sin duda al abrigo de aquella máquina imaginaban cegar el foso, y aplicando las escalas en seguida por varias partes á un tiempo, y prevaliéndose de su número, dar tantas embestidas á la vez que dividiendo las fuerzas de los sitiados, hiciesen imposible una defensa simultánea y vigorosa. Contra una acometida imaginada con tanta habilidad, solo un recurso ocurrió al anciano comendador; una salida repentina y terrible, que pudiese desconcertar á los sitiadores.

—¿Dónde está don Alvaro? preguntó mirando en derredor suyo.

—En la barbacana me parece haberle visto entrar, respondió el caballero Carvajal.

—Pues entonces id y decidle que tenga toda la gente á punto para salir contra el enemigo, y que la señal se le dará como la otra vez, con la campana del castillo.

Carvajal salió á dar las órdenes del comendador; pero como pueden suponer nuestros lectores don Alvaro no estaba allí, sino como un águila encaramada en un risco, acechando la llegada de los enemigos, y muy especialmente la del conde.

La estraña configuracion del terreno á que desde luego tuvo que sujetarse la fortificacion imposibilitada de dominarla, prolonga estraordinariamente el castillo de ocaso á naciente. La niebla que tanto favorecia los pensamientos y propósitos del de Lemus, encubriendo su peligroso asalto, no favorecía menos á don Alvaro, que en aquel ángulo tan apartado desaparecía bajo su velo de las miradas de los suyos. El torreon edificado en un peñasco saliente, forma una especie de rombo de pocos pies cuadrados, y comunica con el resto de la fortaleza por una estrecha garganta flanqueada por dos terribles despeñaderos. En este tan reducido espacio, sin embargo, iba á decidirse la suerte de dos personas igualmente ilustres por su prosapia, sus riquezas y su valor; pero de todo punto diferentes á mas no poder por prendas morales y sentimientos caballerescos.

Aunque lo opaco de la niebla robaba á don Alvaro y á su fiel escudero, de la vista de sus enemigos, con todo para mejor asegurar el golpe, ambos se tendieron en el suelo á raiz de las almenas. Reinaba gran calma en la atmósfera y los pesados vapores que la llenaban trasmitian fielmen-

te todos los sonidos: de modo que Millan y su amo iban oyendo el ruido de los ganchos de hierro que los enemigos mas delanteros iban fijando en las peñas para facilitar la subida de los demas con cuerdas, y las instrucciones que á media voz y con recato les iban dando, á medida que trepaban. La voz sonora de Andrade, por mucho cuidado que en apagarla ponia, sobresalia entre todas y como era el que abria aquella marcha singular y atrevida, por ella calculaba don Alvaro la distancia que todavia los separaba de los enemigos. Por fin la voz se oyó muy cerca y como en seguida calló y no se percibió mas ruido que uno, como de gente que despues de subir trabajosamente, llega á un terreno en que puede ponerse en pie; el señor de Bembibre congeturó fundadamente, que el conde y Cosme Andrade con sus montañeses estaban ya en la pequeña esplanada que forma la peña misma de la muralla, poco elevada en aquel sitio. El momento decisivo habia llegado ya.

Al cabo de breves minutos dos ganchos de hierro atados en el estremo de una escala de cuerda cada uno, cayeron dentro de la plataforma en que estaba don Alvaro y se agarraron fuertemente á las almenas.

—¿Está seguro? preguntó desde abajo una voz que hizo estremecer á don Alvaro.

—Seguro como si fuera la escalera principal de vuestro castillo de Monforte, replicó Andrade: bien podeis subir sin cuidado.

No bien habian dejado de oirse estas palabras, cuando aparecieron sobre las almenas de un lado el determinado Andrade, y por otro el conde. Millan entonces se levantó del suelo con un rápido

salto y dando un empellon al descuidado montañés le derribó de las murallas.

—Virgen santísima, válme! dijo el infeliz cayendo por aquel tremendo derrumbadero, mientras los suyos acompañaban su caida con un grito de horror. Millan, bien prevenido de antemano, desenganchó las cuerdas y las recogió en un abrir y cerrar de ojos. El conde temeroso de sufrir la misma suerte que Andrade, se apresuró á saltar dentro del torreon, y Millan entonces recogió su escala del mismo modo y con igual presteza. En seguida comenzó á tirar á plomo sobre los montañeses, poseidos de terror con la caida de su gefe, enormes piedras de que no podian defenderse apiñados en aquel reducido espacio y á raiz misma del muro, visto lo cual, todos tomaron la fuga dando espantosos alaridos y despeñándose algunos con la precipitacion.

Quedáronse por lo tanto solos aquellos dos hombres poseidos de un resentimiento mortal y recíproco. Por uno de aquellos accidentes atmosféricos frecuentes en los terrenos montañosos, una ráfaga terrible de viento que se desgajó de las rocas negruzcas de Ferradillo, comenzó á barrer aceleradamente la niebla, y algunos rayos pálidos del sol empezaron á iluminar la esplanada del torreon. Como don Alvaro y su escudero tenian cubiertos los rostros con las viseras, el conde les miraba atentamente, como queriendo descubrir sus facciones.

—Soy yo, conde de Lemus, le dijo don Alvaro sosegadamente descubriéndose.

La ira y el despecho de verse asi cogido en su propio lazo, colorearon vivamente el semblante

del conde, que mirando al señor de Bembibre con ojos encendidos le respondió:

—El corazon me lo decia y me alegro de que no se desmienta su voz. Sois dos contra mí solo y probablemente otros acudirán á vuestra señal: la hazaña es digna de vos.

—Nunca acabareis de medir la distancia que separa la ruindad de la hidalguia? le contestó don Alvaro con una sonrisa en que el desden y desprecio eran tales que rayaban en compasion. Millan, vuélvete allá dentro.

El escudero comenzó á mirar al conde fieramente, y no mostraba gran priesa por obedecer.

—Como así, villano! le dijo don Alvaro encendido en cólera; parte de aqui al punto y cuenta con que te arrancaré la lengua si una sola palabra se te escapa.

El pobre Millan, aunque muy mohino y volviendo la cabeza hácia atrás, no tuvo mas remedio que apartarse de allí. Este nuevo alarde de generosidad que tanto humillaba al conde, solo sirvió para escandecer mas y mas su altaneria y soberbia. Sobrado claro veia que su vida habia estado á merced de su caballeroso enemigo al poner el pie en aquel recinto fatal, y por de pronto en bizarria y nobleza ya estaba vencido. Corrido pues, tanto como sañudo, dijo á don Alvaro desenvainando la espada:

Tiempo es ya de que ventilemos nuestra querella, que solo con la muerte de uno de los dos podrá acallarse.

—No direis que os he estorbado el paso, contestó él, ahora que no soy sino soldado del Tem-

ple y he renunciado á mis derechos de señor independiente, no me abochorna el igualarme con vos en esta singular batalla.

El de Lemus sin aguardar á mas y rugiendo como un leon, arremetió á don Alvaro que le recibió con aquella serenidad y reposado valor que viene de un corazon hidalgo y de una conciencia satisfecha. Estaba el conde armado á la ligera como convenia á la espedicion que acababa de emprender, pero esto mismo le daba sobre su contrario la ventaja de la prontitud y rapidez en los movimientos; don Alvaro armado de punta en blanco no podia acosarle con el ahinco necesario, pero como el campo era tan estrecho, poco tardó en alcanzarle al conde un tajo en la cabeza, del cual no pudo defenderle el delgado aunque fino capacete de acero que la cubria, y que de consiguiente dió con él en tierra. Don Alvaro se arrojó sobre él al punto y le dirijió la espada á la garganta.

—¡Ah traidor! dijo el conde con la voz ahogada por la rábia, peleas mejorado en las armas y por eso me vences.

Don Alvaro apartó al punto su espada y desenlazando el yelmo, y arrojando el escudo, le dijo:

—Razon teneis: ahora estamos iguales.

El conde mas aturdido que herido se levantó al punto y de nuevo comenzó la batalla encarnizadamente.

Todo esto sucedia mientras el grueso de las fuerzas sitiadoras se acercaban al castillo en los términos que dijimos, y el comendador enviaba sus órdenes á don Alvaro con el caballero Carvajal. Poco tar-

dó el caballero en volver diciendo que don Alvaro no habia parecido por la barbacana El comendador estaba notando con estrañeza la flojedad con que los enemigos continuaban en su bien comenzado ataque, cuando recibió esta inesperada respuesta.

—¿Dónde está, pues? esclamó con ansiedad.

Entonces se presentó como un relámpago á su imaginacion la idea de que la arremetida conocidamente falsa de los enemigos, podria tener relacion con la impensada ausencia de su ahijado. La última ráfaga de viento arrebató en aquel instante los vapores que todavia quedaban hácia la parte oriental del castillo, y la plataforma quedó iluminada con los rayos resplandecientes y purísimos del sol. Apenas la diviso el cuerpo sitiador, cuando un grito de consternacion se levantó de sus filas, porque en lugar de verla coronada con sus montañeses, solo alcanzaron á ver á su caudillo en poder de los enemigos y peleando con uno de ellos. Al grito volvió el comendador la cabeza, y lo primero que hirió sus ojos fué el resplandor movible y contínuo que despedian las armas heridas por el sol. Comprendió al punto lo que podia ser, y dijo en voz alta:

—Síganme doce caballeros, y los demas quédense en la muralla. Y con una celeridad increible en sus años, corrió al sitio del combate acompañado de los doce.

—Don Alvaro, le gritó desde la estrecha garganta que separaba el torreon del castillo; deteneos en nombre de la obediencia que me debeis.

El jóven volvió la cabeza como un tigre á

quien arrebatan su presa, pero sin embargo se detuvo.

—Don Alvaro, le dijo de nuevo Saldaña en cuanto llegó: este asunto no es vuestro, sino de la órden, y yo que la represento aquí, lo tomó á mi cargo. Conde de Lemus, defendéos.

—Yo tambien soy templario; repuso don Alvaro que apenas acertaba á reprimir la colera. Yo he comenzado esta batalla y yo la acabaré á despecho del mundo entero.

El comendador conociendo que la cólera le sacaba de quicio, hizo una seña, echándose sobre él seis caballeros, le sujetaron, y lo apartaron de allí en medio de sus esfuerzos, amenazas y denuestos.

—Por fin sois nuestro, mal caballero, dijo al conde, veremos si ahora os valen vuestras cábalas y calumnias.

—Todavia no lo soy, respondió él desdeñosamente. Cara os ha de costar mi vida, porque no quiero rendirme.

—De nada os serviria, replicó el comendador con torcido rostro. Sin embargo conmigo solo habeis de pelear y si la victoria os corona, estos caballeros respetarán vuestra persona.

Algunos de ellos quisieron interrumpirle, pero el anciano los acalló al punto.

—Nada quiero de vosotros, replicó el conde con arrogancia: mientras me dure el aliento no cesará mi brazo de moverse en vuestro daño. Solo me duele pelear con viejo un cuitado.

—No hace mucho que huisteis de él, le dijo el comendador.

—Mentís, contestó el conde con una voz ronca

y con ojos como ascuas, y sin mas palabra comenzó de nuevo el combate.

Los sitiadores llenos de ansiedad por la suerte del conde, se habian corrido por su derecha, y divididos del lugar de la pelea por el despeñadero, asistian como espectadores ociosos al desenlace de aquel terrible drama. Don Alonso, que en la ausencia de su yerno mandaba aquellas fuerzas, encaramado sobre una roca, parecia tener el alma pendiente de un hilo.

Por grande que fuese el poder del brazo de Saldaña, como el conde le sobrepujaba en agilidad y soltura, apenas le alcanzaban sus golpes. Encontrando, sin embargo, una vez al anciano mal reparado le tiró un furioso revés que á no haberlo evitado rápidamente, hubiera dado fin al encuentro: pero así, la espada del conde fué á dar en la muralla y allí saltó hecha pedazos, dejándole completamente desarmado. En tan apurado trance no le quedó mas recurso que arrojarse al comendador antes de que se recobrase, y trabar con él una lucha brazo á brazo, para ver de arrojarle al suelo y allí rematarle con su puñal. Este espediente sin embargo tenia mas de desesperado que de otra cosa, porque el viejo era mucho mas robusto y fornido. Así fué, que sin desconcertarse por la súbita acometida, aferró al conde de tal modo que casi le quitó el aliento, y alzándole en seguida entre sus brazos, dió con él en tierra tan tremendo golpe, que tropezando la cabeza en una piedra perdió totalmente el sentido. Asióle entonces por el cinto el inexorable viejo, y subiéndose sobre una almena y levantando su voz que parecia el eco de un torrente en medio del

terrífico silencio que reinaba, dijo á los sitiadores:

—Ahí teneis á vuestro noble y honrado señor!

Y diciendo esto lo lanzó como pudiera un pequeño canto en el abismo que debajo de sus pies se estendia. El desgraciado se detuvo un poco en su caida, porque su ropilla se prendió momentáneamente en un matorral de encina, pero doblado este, continuó rodando cada vez con mas celeridad, hasta que por fin ensangrentado, horriblemente mutilado y casi sin figura humana, fué á parar en el riachuelo del fondo.

Un alarido espantoso se levantó entre sus vasallos helados de terror á vista de tan trágico suceso. Todos siguieron con los cabellos herizados y desencajados los ojos el cuerpo de su señor en sus horribles tumbos, hasta que lo vieron parar en lo mas profundo del derrumbadero. Entonces los que mas obligados tenia con sus beneficios y larguezas, rompieron unos en lamentos y otros profiriendo imprecaciones y amenazas quisieron ir contra el castillo y embestirlo á viva fuerza. Don Alonso que á despecho de todas sus quejas y sinsabores, habia visto con grandísimo dolor el fin de aquel poderoso de la tierra, no por eso olvidó sus deberes de capitan. Recogiendo pues, su gente con buen órden y levantando el sitio con todos sus aprestos bélicos, volvió al campo atrincherado de las Médulas resuelto á entablar medios puramente pacíficos y templados con aquellos guerreros altivos y valerosos que no se hubieran avenido en tiempo alguno á las injustas pretensiones del conde. Por violenta que le pareciese la

conducta del comendador, no dejaba de conocer los atroces agravios que la órden habia sufrido del difunto y los ruines medios de que habia echado mano para dañarla y socabar su crédito. Así pues envió un mensage al comendador comedido y caballeroso, manifestándole su deseo de que amigablemente se arreglasen aquellas lastimosas diferencias, y al punto recibió una respuesta cortés y cordial, en que Saldaña le encarecia el gran consuelo que era para ellos tenerle por mediador en la desgracia que les amenazaba. Concluia rogándole que pasase á habitar el castillo, donde sería recibido con todo el respeto debido á sus años, carácter y nobleza.

Comenzados los tratos que podian dar una solucion honrosa á tan inútil contienda, don Alonso envió los restos mortales de su yerno al panteon de sus mayores en Galicia. Los cabreireses que habian bajado de su peligrosa espedicion, recogieron su cadáver á la orilla del riachuelo, y en unas andas hechas de ramas le subieron con gran llanto al real. Desde allí se volvieron á Cabrera con el valiente Cosme Andrade que no habia muerto como presumirán nuestros lectores de su caida, porque unas matas protectoras le tuvieron colgado sobre el abismo de donde á sus gritos le echaron unas cuerdas los del castillo, con las que se ató y pudieron subirle. Así y todo no salió sin señales porque se rompió un brazo y sacó bastantes contusiones y araños. Hecha pues la primer cura, se partió con los suyos mas agradecido que nunca de los templarios, y deseoso de probárselo en la primera ocasion.

El pecho de el buen cabreirés era terreno es-

celente para quien quisiera sembrar en él beneficios y finezas.

Por lo que hace al conde, poco tardó tambien en partir su cadáver depositado en un ataud cubierto con paños de tartarí negro con franjas de oro. Sus deudos y vasallos le acompañaban con las picas vueltas y los pendoncillos arrastrando. Asi atravesaron parte de sus estados, donde lejos de ser sentida su muerte, solo el temor detenia la alegria que generalmente se asomaba á los semblantes.

Tal fué el fin de aquel hombre notable por su ingenio, su valor y su grandeza, pero que por desgracia convirtió todos estos dones en daño de su fama, y solo usó de su poder para hacerle aborrecible, contrariando así su mas noble y natural destino.

CAPÍTULO XXVIII.

El estruendo y trances diversos de esta guerra han apartado de nuestros ojos una persona, en cuya suerte tomarán nuestros lectores tal vez el mismo interés que entonces inspiraba á cuantos la conocian. Claro está que hablamos de doña Beatriz á quien dejamos á la sombra del cláustro de Villabuena, sola con sus pesares y dolores, porque la compañía de su fiel Martina, poco podia contribuir á sanar un corazon tan profundamente ulcerado. Los gérmenes de una enfermedad larga y sensible, habian comenzado, segun dejamos di-

cho, á desenvolverse fuerte y rápidamente en aquel cuerpo, que si bien hermoso y robusto, mal podia sufrir los continuos embates de las pasiones que como otras tantas ráfagas tempestuosas en el mar, sin cesar azotaban aquel espíritu á quien servia de morada. Las últimas amarguísimas escenas que habian precedido su segunda entrada en aquel puerto sosegado, habian rasgado el velo con que la religion por un lado y por el otro el contento de su padre y la noble satisfaccion que siempre resulta de un sacrificio, habian encubierto á sus ojos el desolado y yermo campo de la realidad. Llorar á don Alvaro y prepararse por medio del dolor y de la virtud á las místicas bodas que sin duda le disponia en la celestial morada, llevaba consigo aquella especie de melancólico placer que siempre dejan en el alma las creencias de otro mundo mejor, mas cercano á la fuente de la justicia y bondad divina; pero recobrarle solo para perderle tan horriblemente, y verle caminar á orillas del abismo que amenazaba tragar á la órden del Temple, sin mas báculo y apoyo que su lanza ya cascada, era un manantial contínuo de zozobras, dudas y vaivenes. Por otra parte ¡cuánta humillacion no encontraba su alma generosa y elevada en pertenecer á un hombre en quien las cualidades y prendas del carácter, solo servian para poner mas de manifiesto su degradacion lastimosa! Hasta entonces la máscara de la cortesanía, habia bastado á cubrir aquella sima de corrupcion y bajeza, y como doña Beatriz no podia dar amor, tampoco lo pedia; de manera que la natural delicadeza de su alma ninguna herida recibia; pero deshecho el encanto y apartados los disfraces, la ignominia que sobre ella

derramaba la ruindad de su esposo, se convirtió en un torcedor fiero y penoso que alteraba sus naturales sentimientos de honor y rectitud, y echaba una fea mancha en el escudo hasta allí limpio y resplandeciente de su casa. ¡Desdicha tremenda que no aciertan á sobrellevar las almas bien nacidas, y que uno de nuestros antiguos poetas espresó con imponderable felicidad cuando dijo:

¡Oh honor! fiero basilisco,
Que si á tí mismo te miras,
Te das la muerte á tí mismo!

Por tan raros modos el soplo del infortunio, habia disipado en el cielo de sus pensamientos los postreros y tornasolados celages que en él quedaban despues de puesto el sol de su ventura, y para colmo de tristeza todos los sitios que recorrian sus ojos, estaban llenos de recuerdos mejores y poblados de voces que continuamente traian á sus oidos palabras desnudas ya de sentido, como está desnudo de lozanía el arbol que ha tendido en el suelo el hacha del leñador. De esta suerte perdida su alma y errante por el vacío incommensurable del mundo, levantaba su vuelo con mas ánsia hácia las celestes regiones, pero tantos combates y tan incesante anhelo acababan con las pocas fuerzas que quedaban en aquella lastimada señora. El aire puro y oloroso de la primavera, tal vez hubiera reanimado aquel pecho que comenzaba á oprimirse, y devuelto á su cuerpo algo de su perdida lozanía, pero el invierno reinaba desapiadadamente en aquellos campos yertos y desnudos, y el sol mismo escaseaba sus vivificantes resplandores.

Desde las ventanas y celosías del monasterio, veía correr el Cua turbio y atropellado, arrastrando en su creciente troncos de árboles y sin número de plantas silvestres: los viñedos plantados al pie de la colina donde todavia se divisaban las ruinas de la romana *Belgidum*, despojados de sus verdes pámpanos, dejaban descubierta del todo la tierra rojiza y ensangrentada que los alimenta, y en las montañas lejanas una triste corona de vapores y nublados oscilaba en giros vagos y caprichosos al son del viento, cruzando unas veces rápidamente la atmósfera en masas apiñadas y descargando recios aguaceros, y entreabriéndose otras á los rayos del sol para envolverle prontamente en su pálida y húmeda mortaja. No faltaban accidentes pintorescos en aquel cuadro, pero todos participaban abundantemente de la tristeza de la estacion, del mismo modo que los pensamientos de doña Beatriz, bien que varios en sus formas, todos tenian el mismo fondo de pesar.

Como frecuentemente acontece, en el estado á que la habian conducido la profunda agitacion de espíritu unida á la debilidad de su cuerpo, al paso que esta iba poco á poco aumentándose, cada dia iba tambien en aumento la exaltacion de su espíritu.

El arpa en sus manos tenia vibraciones y armonías inefables, y las religiosas que muchas veces la oian, se deshacian en lágrimas de que no acertaban á darse cuenta. Su voz habia adquirido un metal profundo y lleno de sentimiento, y en sus canciones parecia que las palabras adquirian nueva significacion, como si viniesen de una region misteriosa y desconocida, y saliesen de los labios

de seres de distinta naturaleza. A veces tomaba la pluma y de ella fluia un raudal de poesía apasionada y dolorida, pero benéfica y suave como su carácter, ora en versos llenos de candor y de gracia, ora en trozos de prosa armoniosa tambien y delicada. Todos estos destellos de su fantasía, todos estos ayes de su corazon, los recogia en una especie de libro de memoria, forrado de seda verde que cuidadosamente guardaba, sin duda porque algun rasgo de amargura vecino á la desesperacion, se habia deslizado alguna vez entre aquellas páginas llenas de angélica resignacion. A vueltas de sus propios pensamientos habia pasages y versículos de la Sagrada Escritura que desde que volvió al monasterio, era su libro mas apreciado y que de continuo leia; y aquellas memorias suyas, comenzaban con un versículo en que hasta alli parecia encerrarse su vida, y que tal vez era una profecia para lo venidero: *Vigilavi et factus sum sicut passer solitarius in tecto.*

Tal era el estado de doña Beatriz cuando una mañana le pasaron recado de que el abad de Carracedo deseaba verla. Desde su aciago desposorio no habia aparecido en Arganza, y luego sus mediaciones pacíficas, y mas tarde los preparativos que como señor de vasallos habia tenido que hacer, bien á pesar suyo, le habian traido algun tiempo fuera de la tierra y constantemente apartado de los ojos de doña Beatriz. Duraba el sitio de Cornatel y ya la derrota primera del conde de Lemus, la gloriosa defensa de los templarios y las proezas de don Alvaro, habian llegado á aquel pacífico asilo. Unos y otros, sin embargo, llevaban adelante su empeño con vigor y no era la

menor de las zozobras de doña Beatriz ver comprometidas en semejante demanda, personas que tan de cerca le tocaban.

—Válgame Dios! qué será? dijo para sí, después que salieron á avisar al religioso. Cuánto hace que no veo á este santo hombre, que tal vez solo á mí ha dañado en el mundo con su virtud! Cómo se han mudado los tiempos desde entonces! Dios me dé fuerzas para resistir su vista sin turbarme!

Razon tenia doña Beatriz para recelar que con esta entrevista se renovasen todas sus memorias, pero, sin embargo, al ver abrirse la puerta y aparecer el anciano, se disipó su turbacion y con su señorío acostumbrado, le salió al encuentro para besarle la mano. No fué tan dueño de sí el abad, pero la sorpresa de ver tanta hermosura y lozanía reducida á tal estado, pudo tanto en él que sin poderlo remediar dió dos pasos atras asombrado como si la sombra de la heredera de Arganza fuese la que delante tenia.

—¿Sois vos, doña Beatriz? esclamó con el acento de la sorpresa.

—Tan mudada estoy! respondió ella, con melancólica sonrisa y besándole la mano. No os maraville, pues ya sabeis que el hombre es un compendio de miserias que nace y muere como la flor, y nunca persevera en el mismo estado. Pero decidme, añadió clavando en él su mirada intensa y brillante, ¿qué noticias traeis de Cornatel? ¿Qué es de mi noble padre y de..... del conde quise decir?

—Vuestro padre disfruta salud, respondió el abad; pero vuestro noble esposo ha muerto ayer.

—¿Ha muerto? contestó doña Beatriz asombrada; pero, decidme, ha muerto en los brazos de la religion y reconciliado con el cielo?

—Ha muerto como habia vivido, esclamó el abad sin poder enfrenar su natural adustez, lleno de cólera y rencor, y apartado de toda idea de caridad y de templanza.

—¡Oh desgraciado, infeliz de él! esclamó doña Beatriz, juntando las manos y con doloroso acento, ¿y cuál habrá sido su acogida en el tribunal de la justicia eterna?

Al escuchar el tono de verdadera afliccion con que fueron pronunciadas estas palabras, el abad no fué dueño de su sorpresa. El conde habia traido males sin cuento sobre aquella bondadosa criatura: su porvenir se habia disipado como un humo en manos de aquel hombre: sus negras tramas habian robado la libertad y hasta la esperanza de la dicha al desventurado don Alvaro, y sin embargo, á la idea de su infortunio perdurable su corazon se estremecia. Doña Beatriz no le amaba, porque no cabia en su altivez poner su afecto en quien asi se olvidaba de sí propio y de su nacimiento; ni menos renunciar á la única ilusion que de tiempos mejores le quedaba, bien que enlutada y marchita; pero los ímpetus del resentimiento y del odio, no podian avenirse largo tiempo con la irresistible propension á perdonar que dormia en el fondo de su pecho; y delante de las tinieblas de la eternidad que mas de una vez se habian ofrecido á sus ojos, bien conocia la pequeñez de las pasiones humanas.

—Hija mia, respondió el abad conmovido á vista de tan noble desprendimiento y tomándole la

mano; ¿cómo desconfiais asi de la misericordia de Dios? Sus crímenes eran grandes, y la paz y la justicia han huido siempre al ruido de sus pasos, pero su juez está en el cielo, y á su clemencia sin límites nada hay vedado. Pensad que el buen ladron se convirtió en la hora postrimera y que la fé es la mas santa de las virtudes.

—Válgale, pues, esa adorable clemencia; contestó doña Beatriz sosegándose, y el Señor le perdone.

—¿Como vos le perdonais?

—Sí, como yo le perdono, respondió ella con acento firme, levantando los ojos al cielo y poniendo la mano sobre el corazon. ¡Ojalá que todas las palabras que arranque la noticia de su desastroso fin no sean mas duras que las mias!

Quedáronse entrambos por un rato en un profundo silencio, durante el cual el abad mirándola de hito en hito, parecia observar con asombro y alarma las huellas que la enfermedad y las pasiones habian dejado en aquel cuerpo y semblante, cifra no mucho habia de perfecciones y lozania. El pensamiento que semejante espectáculo suscitó en su alma llegó á ser tan doloroso que sin alcanzar á contenerse, le dijo:

—Doña Beatriz, sabe el cielo que en mi vida entera, vuestro bien y contento han sido blanco constante de mis desos. Yo he visto vuestra alma desnuda y sin disfraces en el tribunal de la penitencia..... ¿cómo no amaros cuanto se puede amar á la virtud y á la pureza? Y sin embargo la austeridad de mis deberes se ha convertido contra vos, y nadie en el mundo os ha hecho tanto daño como este anciano, que siempre hubiera dado gustoso

por vos la última gota de su sangre. ¿No es verdad? Doña Beatriz solo dió por respuesta un largo suspiro arrancado de lo mas íntimo de su corazon.

—Harto me decís con eso, continuó el religioso con un tono de voz apesarado, pero escuchadme y vereis que aun puedo tal vez enmendar mi obra. Vuestra dicha seria la gloria de mis postreros años y aunque nada me echa en cara mi conciencia, con ella se descargaria mi corazon del peso con que vuestra desdicha le abruma. Yo no sé si los usos del mundo me permiten hablaros de una esperanza que tal vez me sea mas halagüeña que á vos misma, pero vuestro infortunio y mi carácter poco tienen que ver con las hipócritas formas y esterioridades de los hombres. Doña Beatriz, en la actualidad sois libre.

—¿Y que me importa la libertad? contestó ella con mas presteza de la que podia esperarse de su abatido acento. Alguna vez he oido decir á caballeros que han padecido cautividad en tierra de moros, que los príncipes y señores de aquella tierra conceden la libertad á las mancebas de sus serrallos cuando la vejez les ha robado fuerza, vigor y hermosura. Ahí teneis una libertad muy semejante á la mia.

—No, hija mia, respondió el religioso; no es tan menguado el don que el cielo te concede: escúchame. Cuando don Alvaro entró en el Temple aconsejado mas de su dolor que de su prudencia, la órden estaba ya suspensa de todas sus prerogativas y derechos, emplazada ante el concilio de los obispos, secuestrados sus bienes y sin poder admitir en su milicia un solo soldado, ligado con sus solemnes y terribles votos. Si don Alvaro hizo

su profesion, si su tio el maestre le vistió el hábito de Hugo de Paganis y de Guillen de Montedon, fué porque los caballeros todos querian tener por suya una lanza tan afamada, y porque su sobrino le amenazó con pasarse á Rodas y tomar el hábito de san Juan de Jerusalen. El recelo de perderle por un lado, y el miedo de introducir la desunion entre los suyos, cuando la presencia del riesgo hacia mas necesaria la concordia y concierto de voluntades, le obligaron á atropellar por sus propios escrúpulos. Mal pudo don Alvaro de consiguiente renunciar á su libertad, y su profesion no dudo que será dada por nula en el concilio que dentro de poco se juntará en Salamanca, y al cual se espera que se presentarán los templarios de Castilla, sin alargar una lucha en que la cristiandad los abandona. Yo me presentaré tambien ante los padres y espero que mi voz sea escuchada y que el Señor os traiga á entrambos horas mas felices.

Doña Beatriz que desde que escuchó el nombre de su amante habia estado colgada de las palabras del abad, fijos en él sus ojos que de suyo hermosos y animados, recibian nuevo brillo de la enfermedad, le dijo con ansiedad:

—¿Con que segun eso aun puede amanecer para nosotros un dia de claridad y de consuelo?

—Si, hija mia, contestó el monge, y por la misericordia de Dios asi confio que sucederá.

—¡Ah! ya es tarde, ya es tarde! esclamó ella con un acento que partia el corazon.

—Nunca es tarde para la misericordia divina, contestó el anciano que ya sobresaltado por su aspecto, se sentia espantado con esta súbita esclamacion.

—Sí, ya es tarde, os digo, replicó ella con la mayor amargura, yo veré amanecer ese dia, pero mis ojos se cerrarán, en cuanto su sol me alumbre con sus rayos.—Sí, si, no os asombreis; el sueño ha huido de mis párpados, mi corazon se ahoga dentro del pecho, mi pulso y mis sienes no dejan de latir un instante. Cuando llego á descansar un momento en brazos del sueño, oigo una voz que me llama y veo mi sombra que cruza los aires con un ramo de azucenas en la mano y una corona de rosas blancas en la cabeza; y luego otra sombra vestida una túnica rutilante como el hábito del Temple y un casco guerrero en la cabeza, me sale al encuentro y alzándose la visera como en la tarde del soto me dice de nuevo pero con un acento dulcísimo. «Soy yo doña Beatriz¡» y esta sombra es la suya! Entonces despierto bañada en sudor, palpitando mi corazon como si quisiera salirse del pecho, y un diluvio de lágrimas corre por mis megillas. Mi antiguo valor me ha abandonado; mis dias de gloria se han desvanecido: las flores de mi juventud se han marchitado: y la única almohada en que pretendo reclinar ya mi cabeza, es la tierra de mi sepultura.—Ah¡ esclamó retorciéndose las manos desesperadamente ¡ya es tarde, ya es tarde!!

Quedóse el abad como de hielo al escuchar aquella temible declaracion que ahogada hasta entonces y comprimida, rebentaba al fin con inaudita violencia. El semblante de doña Beatriz, la flacura de su cuerpo, la brillantez de su mirada, el metal de su voz habian llenado su imaginacion de zozobra y de recelo; pero ahora se habia trocado en una fatal certidumbre de que apenas seria dado á la ciencia y al poder humano lavar aquel al-

ma de las heces que el dolor habia dejado en su fondo, y curar aquel cuerpo de su terrible dolencia. Sin embargo, cobrando fuerzas y saliendo de su estupor, la dijo con acento suave y persuasivo:

—Doña Beatriz, para Dios nunca es tarde, ni en su poder puede poner tasa el orgullo ó la desesperacion humana. Acordáos de que sacó vivo del sepulcro á Lázaro, y no arrojeis de vuestro seno la esperanza, que como vos misma deciais en una solemne ocasion, es una virtud divina.

—Teneis razon, padre mio, repuso ella como avergonzada de aquel ímpetu que no habia podido sojuzgar, y secándose las lágrimas; hágase su voluntad y mírenos con ojos de misericordia, porque en él solo espero.

—¿Porque asi, hija mia? replicó el monge, todavia sois jóven y quizá contareis muchos dias de felicidad.

—¡Ay, no! contestó ella, mi prueba ha sido muy dura y yo me he quebrado en ella como frágil vasija de barro, pero nunca me levantaré contra el alfarero que me formó.

—Doña Beatriz, dadme vuestro permiso para retirarme, dijo el religioso poniéndose en pié: advierto que con este coloquio os habeis agitado en demasia, pero os dejo muy encomendada la memoria de mis consejos. Probáblemente no tardaré en ausentarme, porque los caballeros del Temple al cabo se sujetarán de grado al concilio de Salamanca, y á mí que he sido el causador de vuestros males, aunque inocente, me toca repararlos.

La señora le besó la mano y le despidió, pero no pudo honrarle hasta la puerta por la debilidad que sentia despues de tan agitada escena. Desde

allí le acompañó la abadesa, y las mas ancianas de la comunidad hasta la portería del monasterio, en tanto que doña Beatriz quedaba entregada al nuevo tumulto que con aquella imprevista esperanza se habia despertado en su corazon. Lástima grande que sus ojos anublados por las lágrimas y acostumbrados á las tinieblas del dolor, se sintiesen mas ofendidos que halagados, con aquella luz tan viva y resplandeciente.

CAPÍTULO XXIX.

En tanto que esto pasaba en Villabuena seguian los tratos en Cornatel entre Saldaña y el señor de Arganza, con esperanzas cada dia mayores de un amigable y caballeroso arreglo. Las noticias que desde antes de la muerte del conde de Lemus sin interrupcion se sucedian, iban dando en tierra poco á poco con el aereo castillo de las esperanzas de aquel viejo entusiasta y valeroso. Al cabo de tantos sueños de gloria y de grandeza, la mano de la realidad le mostraba en perspectiva no muy lejana, la ruina inevitable de su órden que el cielo abandonaba en sus altos juicios, despues de haberla adornado como á un rápido meteoro de rayos y resplandores semejantes á los del sol.

No bien se habian retirado los enemigos despues de la muerte de su capitan, pasó Saldaña al aposento donde por órden suya habian cerrado á don Alvaro. Conociendo su carácter impetuoso y violento, entró decidido á sufrir todas las injusti-

cias de su cólera, exacerbada entonces hasta el último grado por la injuria que creia recibida. Estaba sentado en un rincon con los codos en las rodillas y la cara entre las manos, y aunque oyó descorrer los cerrojos y abrir la puerta, no salió de sus sombrías cabilaciones, pero no bien escuchó la voz del comendador saltó como un tigre de su asiento y plantándose delante de él comenzó á mirarle de hito en hito. El comendador le miraba tambien, pero con gran sosiego y con toda la dulzura que cabía en su carácter violento; con lo cual se doblaba la cólera del agraviado caballero. Por fin enfrenando su ira como pudo le dijo con voz cortada y ronca:

—En verdad que si los enemigos de nuestra órden logran sus ruines deseos, y quedamos ambos sueltos de los lazos que nos atan, os tengo de arrancar la vida ó dejar la mia en vuestras manos.

—Aqui la teneis, contestó el comendador con tono templado, poco me arrancan con ella, cuando ya no puedo emplearla en servicio de nuestra santa órden. Harto mejor fuera morir á vuestras manos que en la soledad y el destierro, pero como quiera que sea el haber arrancado al conde de vuestras manos, es la única merced y prueba de cariño que habeis recibido de mí, en vuestra vida.

Don Alvaro se quedó estático con esta respuesta, pues conociendo el respetable carácter de Saldaña, no podia figurarse que en su mayor balde se cifrára un servicio tan eminente. Embrollada su mente en tan opuestas ideas permaneció callado por un buen rato.

—Don Alvaro, le dijo de nuevo el anciano ¿creeis que doña Beatriz pudiera dar su mano á quien estuviese manchado con la sangre de quien al cabo era su esposo?

—Tal vez no: contestó don Alvaro, en quien aquel nombre habia producido un estremecimiento involuntario.

—Pues ahí teneis el servicio que me debeis. A un mismo tiempo he vengado á mi órden y os he acercado á doña Beatriz.

—¿Qué estais ahi diciendo? repuso don Alvaro cada vez mas confuso y aturdido: ¿qué puede haber de comun entre doña Beatriz y yo, sino es la igualdad de la desventura?

—Dentro de poco probablemente recobrareis vuestra libertad, y entonces....

—Como echais en el olvido que mis votos solo se rompen con la muerte? le replicó el jóven amargamente.

—Ni vos pudísteis pronunciarlos, ni nosotros recibirlos. Nuestra órden estaba ya emplazada delante del concilio, y cuando en él comparezcamos yo me acusaré de que el maestre vuestro tio solo os recibió por nuestra violencia.

—Pero yo diré lo que mi corazon sentia, y que por mi parte fueron y son de todas veras sinceros. Mi suerte ademas será la vuestra, porque nuestro crímen es el mismo. Pero, decidme, añadió olvidando su resentimiento y acercándose al comendador con interés ¿cómo vamos á presentarnos al concilio?

—Como reos y á la merced de nuestros enemigos, respondió Saldaña procurando reprimir algunas lágrimas de corageque se asomaban á sus ojos.

La Europa entera se levanta contra nosotros y Dios nos ha dejado en medio del mar que atravesábamos á pie enjuto como al ejército de Faraon. De hoy mas, Jerusalen, continuó volviéndose al oriente con las manos estendidas y soltando la rienda al llanto y á los sollozos, de hoy mas, compra tu pan y grangéate tu agua con dinero, como en los tiempos del profeta, porque el Señor ha tendido sus redes y no aparta su mano de tu perdicion. Todos tus amados te han desamparado, y la esterilidad y la viudez vendrán juntas sobre tí.

Entonces y despues de dar vado á su intenso dolor contó á don Alvaro el desaliento que cundia entre los templarios de Aragon y de Castilla, que ya habian entregado algunas de sus fortalezas y finalmente el desamparo y aislamiento total á que la calumnia y codicia por un lado, y la supersticion por otro, les habian reducido. Ultimamente le mostró una carta que habia recibido de don Rodrigo poco antes de la embestida en que acabó tan miserablemente el conde de Lemus, en que le mandaba tan funestas nuevas, insistiendo en la necesidad de dar pronto término á tan aciaga lucha, sin menoscabo del honor en todo caso. Advertíale así mismo de lo conveniente que seria á su fama acudir prontamente al concilio de Salamanca, sobre todo despues que algunos de los obispos que debian componerle, le habian asegurado por escrito, contestando á sus cartas, que en aquel importante juicio entraban limpios de toda prevencion y ojeriza, y que jamás consentirian en que se atropellasen sus fueros de caballeros y miembros de la iglesia. El comendador no habia

querido dar á conocer estas cartas á ninguno de los suyos porque la enemiga del de Lemus cerraba la puerta á todo trato honroso, y por otra parte semejantes nuevas podian enfriar una resolucion que de ningun modo sobraba delante de contrario tan sañudo. Apartado por fin este obstáculo, y entabladas las negociaciones bajo distinto pié por el señor de Arganza, manifestó á don Alvaro que pronto asentarian sus capitulaciones y pondrian la fortaleza de Cornatel y aun la de Ponferrada quizá, en poder de don Alonso.

—Hijo mio, le dijo por último, la venda ha caido de mis ojos, y mis sueños de gloria y de conquista se han desvanecido, porque el Balza no volverá á desafiar al viento en nuestras torres.

Como quiera, tu eres jóven y la felicidad aun puede mostrarte su rostro en los albores de tu primavera. El único obstáculo invencible que habia, lo he quebrantado yo en pedazos contra las rocas y precipicios de este castillo. Por lo que hace á mí si Dios conserva á pesar de tan fieros golpes esta vida ya cascada. no residiré ya mas en esta Europa ruin y cobarde que así abandona el sepulcro del Salvador, y solo guerrea contra los que han dado su vida y su sangre por él. ¿Todavia me guardas ahora rencor por lo pasado? preguntó á don Alvaro asiéndole de la mano y trayéndole hácia sí.

—¡Oh noble Saldaña, esclamó el jóven, precipitándose en sus brazos y estrechándole fuertemente; ¿Que habeis encontrado en mí para tanta bondad y cariño como me prodigais á manos llenas? ¿Quién puede tachar de seco vuestro noble corazon?

—Así es la verdad, don Alvaro, contestó el an-

ciano, y con eso no me ultrajan. Mis pensamientos me han servido como las alas al águila para levantarme de la morada de los hombres; pero como ella he tenido que vivir en las quiebras de los peñascos donde silban los vientos. ¿Que por qué te he querido? porque solo tú eras digno de morar conmigo en el altura, como mi polluelo, para mirar al sol y acechar el llano. Ahora la montaña se ha hundido, y cuando mis alas ya no me sostengan, iré á caer en un arenal apartado para morir en él. ¡Ojalá que entonces pueda verte posado con tu compañera á la orilla de una fuente en el valle florido, de donde solo te ha apartado la iniquidad y la desdicha!

Con tan melancólicas palabras se acabó aquella conversacion que interrumpió la llegada del señor de Arganza. La entrevista con entrambos caballeros, testigos de la terrible escena del cercado de Arganza, no pudo menos de traer un sin fin de memorias tristes á don Alonso, que en la cortés acogida que hizo á don Alvaro, y en los grandes y delicados elogios que tributó á sus recientes hazañas, le dió claramente á entender cuán mudado estaba su espíritu y cuántos pesares le habia acarreado su anterior conducta.

Las bases y condiciones de aquel tratado se ajustaron prontamente á gusto de los templarios, y á los pocos dias desocuparon aquel castillo que con tanto valor habian guardado. Saldaña antes de salir indicó al señor de Arganza el mismo pensamiento que á don Alvaro, y por la alegre sorpresa con que fué recibido pudo conocer que sus deseos se cumplirian. Don Alvaro acompañó á los templarios á Ponferrada, y para colmo de cortesía, el

pendon de la órden no dejó de ondear por mandado suyo en la torre de Cornatel, en tanto que sus moradores pudieran divisar al volverse aquellas enriscadas almenas que ya no volverian á defender.

En la hermosa bailía de Ponferrada se fueron juntando todos los templarios del pais dejando las fortalezas de Corullon, Valcárcel y Bembibre, en poder de las tropas del señor de Arganza y de algun tercio que habia mandado el marqués de Astorga. Todos iban llegando silenciosos y sombríos, montados en sus soberbios caballos de guerra, y seguidos de sus pages y esclavos africanos que traian otros palafrenes del diestro. El espectáculo de aquellos guerreros indomables y jurados enemigos de los infieles que entonces se rendian sin pelear y por sola la fuerza de las circunstancias, era tan doloroso que el abad de Carracedo y don Alonso, que lo presenciaban, apenas podian disimular sus lágrimas. El mismo teson con que aquellos altivos soldados encubrian sus propios sentimientos, y la igualdad de ánimo que aparentaban, no hacian sino encapotar mas y mas aquel cuadro de suyo lóbrego y negro.

Cualidad de las almas bien nacidas es trocar el odio en aficion y respeto cuando llega la hora de la desgracia para sus enemigos, y esto cabalmente fué lo que sucedió con el abad y el señor de Arganza, que entonces renovaron los vínculos de antigua amistad con el maestre don Rodrigo. El monge determinó desde luego acompañarlos al solemne juicio que iba á abrirse en Salamanca, para dar personal testimonio de la virtud del maestre y de algunos caballeros, y especialmente para

cumplir á doña Beatriz la palabra que le habia empeñado de volverle la felicidad que en su juventud se habia imaginado. Don Alonso que no podia salir del pais, cuya custodia le estaba encomendada por su rey, apuró todos los recursos de su hidalguía por hacer menos dura su suerte á aquellos desgraciados.

Por grande que fuese el deseo de los templarios de salir de aquel trance incierto y penoso á que se veian espuestos, los preparativos de su marcha y las formalidades necesarias para la entrega de sus bienes, se llevaron algun tiempo. Una mañana pues, que Saldaña se paseaba por los adarves que miran al Poniente y veia correr el Sil á sus pies con sordo murmullo, vino un aspirante á decirle que un montañés solicitaba hablarle. Mandóle al punto que lo condujese á su presencia, y á los pocos minutos se encontró delante á un conocido nuestro, que quitándose la gorra de pieles con tanto respeto, como llaneza le dijo:

—Dios os guarde, señor comendador. Acá estamos todos.

—¿Eres tú, Andrade? respondió el comendador sorprendido. ¿Pues qué te trae por esta tierra?

—Yo os lo diré, señor, en dos palabras. El otro dia vino mi primo Damian á Ponferrada, á vender unas pellejas de corzo y de rebezo, y llevó allá una porcion de noticias, diciendo que ya no teniais mas castillo que este, que os iban á llevar á Salamanca, y alli qué sé yo que cosas dijo que iban á hacer con vosotros. En fin, ellas no son para contadas, ni importa un caracol que las sepais.—Pues señor, como iba diciendo, yo siempre me he echado la cuenta de mi padre, de que

el que no es agradecido no es bien nacido, y como allá en Cornatel me dísteis la vida dos veces y ademas aquel puñado de doblas, que en mi vida vi mas juntas, vengo á deciros que si el diablo lo enreda, os venís allá á mi casa y Cristo con todos. Ello no estareis muy bien, porque allá aun los ricos somos pobres, pero lo que es á buena voluntad no nos gana ningun rey; y mi muger en cuanto se lo dije, se puso mas contenta que unas castañuelas, y al punto comenzó á pensar en las gallinas, pichones y cabritos que estaban mas gordos para regalaros con ellos. Conque ya lo sabeis, si os venís conmigo, lo que es allí no han de ir á buscaros.

¡Ah! se me olvidaba deciros que os lleváseis tambien al señor de Bembibre, porque sé que le quereis tanto como su tio, y bien me acuerdo de lo cortés que estuvo con nosotros en Cornatel.

El comendador que no esperaba semejante visita, ni mucho menos que tuviese semejante objeto, cuando el universo entero abandonaba á los templarios, se vió tan dulcemente sorprendido que la emocion le atajó la palabra por un rato. Por fin dominándola con su acostumbraba energía, se llegó al montañés y apretándole la mano vivamente le contestó:

—Andrade, lo que contigo hice lo mismo hubiera hecho con cualquiera; pero tú eres el primero que tales muestras de aficcion me da. Anda con Dios, buen Cosme, y que su bondad te prospere á tí y á los tuyos, como yo se lo pediré siempre. Ningun riesgo nos amenaza, porque ya sabes que son obispos los que nos van á juzgar, y en cuanto al rey y sus ricos hombres, añadió con

amargura, cuando se hayan hartado con nuestra abundancia, se cansarán de ladrar y de morder.

—No, pues lo que es con eso no me sosiego yo, repuso Andrade, porque, segun me dijo el cura el otro dia, los jueces de Francia tambien eran sacerdotes, y asi y todo...

—Nada hay que temer, buen Andrade, vuélvete á tu montaña y cree que me dejas muy obligado.

—¿Con que, á lo que veo, insistió el montañés, estais en ir á Salamanca y sufrir el juicio?

El comendador le hizo señal de que asi era.

—Pues entonces, yo quiero ir allá para servir de testigo.—Señor comendador, á la paz de Dios, que dentro de tres dias ó cuatro aqui estoy.—Y sin atender á las razones del anciano, tomó el camino de Cabrera de donde volvió al tiempo señalado.

Llegó por fin la hora de que los templarios reunidos en Ponferrada abandonasen aquel último baluarte de su poder y grandeza. Por inevitable que sea la desgracia, la hora en que llega siempre es dolorosa, sin duda porque con ella se rompe el último hilo de la esperanza invisible á los ojos, mas no por eso desprendido del corazon. Aquellos guerreros que sucesivamente habian dejado los demas castillos del pais, mientras se vieron al abrigo de aquellas murallas todavia respiraban el aire de su grandeza, pero al desampararlas con la imaginacion llena de funestos presentimientos, los ánimos mas fuertes flaqueaban.

El dia señalado muy de madrugada, juntáronse en la anchurosa plaza de armas del castillo, caballeros, aspirantes, pages y esclavos.

Reinaba un silencio funeral y todos tendian los ojos por aquel hermoso paisage, que aunque desnudo de hojas y azotado por el soplo del invierno, todavia parecia agraciado y pintoresco á causa de los variados términos de su perspectiva, y la suave degradacion de sus montañas. Por fin se presentó el maestre y despues de dichas las oraciones de la mañana, montaron á caballo y al son de una marcha guerrera comenzaron á moverse hácia el puente levadizo.

Antes de llegar á éste y encima del arco del rastrillo, existe todavia un gran escudo de armas cuyos cuarteles estan de todo punto carcomidos menos la cruz que se conserva entera y distinta, y las tres primeras palabras de un versículo de los salmos que todavian se leen. Estas eran las armas del Temple, que desde entonces iban á quedar sin dueño y abandonadas por lo tanto y sin honra, despues de haber sido símbolo de tanta gloria y cifra de tanto poder.

Este pensamiento ocupaba sin duda la mente de don Rodrigo que por su clase caminaba el delantero, pues al llegar al puente levadizo volvió de repente su caballo, y mirando el escudo al través de las lágrimas que empañaban sus cansados ojos, esclamó con una voz que parecia salir de un sepulcro y leyendo la sagrada inscripcion, *Nisi dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.* Los caballeros volvieron igualmente sus ojos, y en medio del desamparo á que se veian reducidos, repitieron en voz baja las palabras de su maestre, despues de lo cual espoleando sus corceles salieron con gran priesa de aquella fortaleza á donde no debian volver.

Don Alonso los acompañó hasta que cruzaron el Boeza y allí los dejó con el abad de Carracedo que los seguia á Salamanca, llevado de su noble y santo propósito. El buen Andrade caminaba entre don Alvaro y el comendador, y de todos recibia infinitas muestras de cortesía y bondad que no acertaba á esplicarse, porque su rectitud natural y sencilla, desnudaba de todo mérito aquella accion generosa y desinteresada. De esta suerte hicieron su viage á Salamanca donde ya estaban juntos los obispos, que bajo la presidencia del arzobispo de Santiago, componian aquel concilio provincial.

CAPITULO XXX.

Las muchas seguridades que doña Beatriz recibió del abad y de su buen padre, acerca de la suerte que aguardaba á los templarios españoles, no fueron poderosas á calmar los recelos y zozobras que se agolpaban en su ánimo: tan hondas raices habia echado en su corazon el pesar y tan negra tinta derramaba su imaginacion aun sobre los objetos mas risueños! Si habia de juzgar de las disposiciones de los obispos por las que durante mucho tiempo habia abrigado el prelado de Carracedo, no tenia á la verdad gran motivo para tranquilizarse, y por otra parte el embravecimiento de la opinion contra los templarios, habia llegado á tal punto que todo podia temerse con razon. Añádase á esto que su enfermedad teñia ha-

bitualmente de un color opaco aun los mas brillantes objetos, y fácil será de presumir los muchos y turbios celages que empañaban aquel rápido vislumbre de felicidad que el abad le habia mostrado. No desconocia por otra parte que don Alvaro era un objeto de enemistad especial para el infante don Juan, desde los sucesos de Tordehumos, y su discrecion natural le daba á entender que en medio de la inquietud que inspiraban los templarios aun despues de su caida, no dejaria de haber dificultades para restituir su libertad, su poder y sus bienes á quien tan decidido apoyo les habia prestado hasta el punto de aceptar sus votos y compromisos.

Contra tan sólidas razones poco valian todos los argumentos de su padre y de su tia, de manera que la misma esperanza venia á ser para ella una luz sin cesar combatida por el viento, y que esparcia al rededor sombras y dudas antes que seguridad y resplandores. El incesante anhelar y zozobra que tan poderosamente habian contribuido á la ruina de su salud, continuaron por lo tanto minándola á gran priesa, y como en la postracion de su cuerpo toda clase de emociones venian á ser por igual dañosas, cada dia sus fuerzas se disminuian y se aumentaba el cuidado de los que andaban á su alrededor. Don Alonso que achacaba á sus pesares y desvelos los estragos que se veian en su rostro, comenzó á inquietarse sériamente cuando llegó á advertir que aquella dolencia derivada sin duda del alma en un principio, existia ya de por sí y como cosa aparte. Al cariño de padre, al aguijon del remordimiento vinieron á mezclarse entonces los temores del caba-

lleno que temblaba por la suerte y el porvenir de su linage depositados en tan frágil vaso, cabalmente cuando el destino parecia que iba á convertir en bronce su vidrio delicado.

Posesionado ya de los castillos del Bierzo y sosegados todos los rumores de guerra, pensó en sacar á doña Beatriz del monasterio y en restituirse con ella á su casa de Arganza. Poco se alegró la jóven con la resolucion de su padre, porque mientras su suerte se fallaba, ningun lugar habia mas acomodado á la solemnidad religiosa de sus pensamientos y á la tranquilidad que tanto habia menester su espíritu, que el retiro de Villabuena. Los recuerdos de la infancia y adolescencia tan dulces de suyo al corazon, mas de una vez se acibaran con las imágenes que los acompañan, y entonces su consuelo y blandura son mas que dudosos. Asi doña Beatriz que en los muros de la casa paterna habia visto en brevísimo espacio de tiempo nacer y agostarse la flor de su ventura, desaparecer su madre, perderse su libertad y aparecer impensadamente un sol que juzgaba para siempre puesto, solo para cegar sus ojos y dejar un rastro de desolada luz en su memoria, temblaba volver á aquel recinto, cuando tan enigmático se presentaba todavia lo futuro. Sin embargo, el atractivo que para su alma pura y piadosa tenian las cenizas de su madre, el deseo de acompañar á su padre anciano y la seguridad de que los objetos esteriores solo podian atenuar muy levemente las ideas que como con un buril de fuego estaban impresas en su alma, le decidieron á abandonar por segunda vez aquella casa, de donde habia salido antes para tantos pesares y sinsabo-

res, y de la cual entonces se apartaba sin mas patrimonio que una lejana y débil esperanza; igualmente privada de salud y de alegría. Despidióse pues, de su tia y de las buenas religiosas sus amigas y compañeras, sin estremos ni sollozos, pero profundamente conmovida y echando miradas tan vagarosas á aquellos sitios como si hubiesen de ser las postreras. Aunque sus males y tristezas eran como una sombra para aquellas santas mugeres, su dulzura, su discrecion, su bondad y hasta el particular atractivo de su figura, las aficionaban estraordinariamente á su trato y compañia: asi fué que por su parte hicieron gran llanto en su partida.

Por fin salió acompañada de su Martina y de sus antiguos criados. ¿Dónde estaban los dias en que sobre un ágil y revuelto palafren corria los bosques de Arganza y Hervededo con un azor en el puño, acechando las garzas del aire, como una ninfa cazadora? Ahora ni aun el sosegado y cómodo paso de su hacanea podia sufrir, y mas de una vez hubo de pararse la cabalgada en el camino para reclinarla al pie de un árbol solitario, donde cobrase aliento. La agitacion de la despedida la habia debilitado en gran manera, asi es que llegó á Arganza mas desencajada que de ordinario y llena de fatiga. Las imágenes que aquellos sitios le presentaron animadas con todo el ardor de la calentura, produjeron gran trastorno en su ánimo y aguaron el contento de aquellos pacíficos aldeanos, para quienes su venida era como la visita de los ángeles para los patriarcas.

A la mañana siguiente quiso bajar á la capilla donde estaba enterrada doña Blanca, y por la tar-

de apoyada en Martina y en su padre que apenas se atrevia á contrariarla, se encaminó lentamente al nogal de la orilla del arroyo debajo de cuyas ramas se despidió don Alvaro para siempre. Si sus lágrimas hubieran corrido en abundancia, sin duda se hubiera descargado de un gran peso; pero el deseo de esconderlas de su padre las cuajó en sus ojos y el esfuerzo que hubo de hacer, se convirtió como era natural en daño suyo. Aquella noche la lenta calentura que la consumia se avivó en tales términos que entró en un delirio terrible en que sin cesar hablaba del conde, de su madre y de don Alvaro, quejándose dolorosamente de cuando en cuando. El señor de Arganza desolado y fuera de sí mandó inmediatamente por el anciano monge de Carracedo que ya la habia asistido en Villabuena, cuando su anterior enfermedad. El buen religioso vino al amanecer con toda diligencia y encontró ya á doña Beatriz casi de todo punto sosegada, porque en aquella complexion ya destruida, no tenian gran duracion los accesos del mal. Informóse sin embargo de todo lo sucedido, y como don Alonso descorriese á sus ojos hasta el último velo, le dijo:

—Noble don Alonso, fuerza será que vuestra hija no vea durante algun tiempo estos sitios que tan dolorosas memorias renuevan en ella. Trasladadla sin perder tiempo á la quinta que poseian los templarios sobre el lago de Carracedo, porque allí es el aire mas templado y el pais mas plácido y halagüeño. Pronto vendrá la primavera con sus flores y entonces se decidirá la suerte de doña Beatriz, que de continuar aqui, no puede menos de ser desastrada.

—Pero decidme, le preguntó con ansiedad el señor de Arganza, ¿y vos me respondeis de su vida?

—Su vida, le contestó el religioso, está en las manos de Dios, que nos manda confiar y esperar en él. Sin embargo, vuestra hija es jóven todavía y por profunda raiz que haya echado el mal en ella, bien puede suceder que un suceso feliz y precursor de una época nueva, la curase harto mejor que todos los humanos remedios. No nos descuidemos: de nuevo os lo encargo; aprovechad el respiro que va á darnos un calmante que tomará hoy y llevaosla al punto.

Con efecto, el calmante proporcionó tan grande alivio á la enferma que don Alonso devorado de recelos y de inquietudes, despues de acelerar todos los preparativos de viage, partió á los dos dias con su hija. Algo mejor preparada ésta y atenta mas que á su quietud y bienestar propio al sosiego de su padre, emprendió sin repugnancia su nueva peregrinacion, despidiéndose de aquellos sitios, teatro de sus juegos infantiles, con un mal disimulado acento, en que no podia traslucirse la esperanza de volverlos á ver. Tal vez nadie mejor que ella podia juzgar de su estado, pues solo á sus ojos era dado ver los estragos de su alma; pero ¿quién podia adivinar lo que el porvenir guardaba en los pliegues obscuros de su manto? y por otra parte la imágen de don Alvaro libre de sus votos, mas rendido, mas noble y mas hermoso que nunca, era como un ave de buen agüero, cuyos cantos se quedan halagando el oido por rápido que sea su vuelo.

La comitiva cruzó el Sil por la misma barca de Villadepalos que en otros tiempos mas felices de-

bió conducirla en brazos de su amante á un puerto de seguridad y de ventura. Fatalidad y no pequeña era encontrar por todas partes memorias tan aciagas, pero aquel reducido pais habia servido de campo á tantos sucesos que mas ó menos de cerca le tocaban, que bien podia decirse que sus pensamientos y recuerdos lo poblaban y de donde quiera salian al encuentro de sus miradas.

Pasado el rio, hay una cuesta muy empinada, desde la cual á un tiempo se divisan entrambas orillas del Sil, todo el llano que forma su cuenca, el convento de Carracedo con su gran mole blanca enmedio de una fresquísima alfombra de prados, y los diversos términos y accidentes de las cordilleras que por donde quiera cierran y amojonan aquel pais.

Comenzaba á desprenderse la vejetacion de los grillos del invierno, el Sil un poco crecido, pero cristalino y claro, corria magestuosamente entre los sotos todavia desnudos que adornaban sus márgenes: el cielo estaba surcado de nubes blanquecinas en forma de bandas, por entre las cuales se descubria un azul purísimo, y una porcion de mirlos y gilgueros revoloteando por entre los arbustos y matas, anunciaban con sus trinos y piadas la venida del buen tiempo.

Del otro lado descollaban las sierras de la Aguiana con sus crestas coronadas de nubes á la sazon y los agudos y encendidos picachos de las Médulas remataban su cadena con una gradacion muy vistosa. Casi al pie se estendia el lago de Carracedo rodeado de pueblos, cuyos tejados de pizarras azules vislumbraban al sol siempre que se descubria; y terminado por dos montes, de los cua-

les, el que mira á mediodia estaba cubierto de árboles, mientras el que da al norte formaba estraño contraste por su desnudez y peladas rocas. Doña Beatriz se sentó á descansar un rato en el alto de la cuesta, y desde allí tendia la vista por entrambas perspectivas, levantando de vez en cuando sus ojos al cielo, como si le rogase que los recuerdos de amargura y las pruebas de su juventud quedasen á su espalda como la tierra de Egipto detras de su pueblo escogido, y á orillas de aquel lago apacible y sereno comenzase una nueva era de salud, de esperanza y de alegria que apenas se atrevia á fingir en su imaginacion. Despues de descansar un rato, subió la comitiva en sus caballos y se encaminó silenciosamente á la hermosa quinta en que doña Beatriz debia aguardar el fallo de su vida y de su suerte.

Era esta un edificio con algunas fortificaciones á la usanza de la época, pero sobrado primoroso para fortaleza, porque todos los frágiles adornos y labores del gusto árabe se juntaban en sus afiligranadas puertas y ventanas y en los capiteles que coronaban sus almenas. Habíanla labrado los templarios en tiempos de su mayor esplendor; y para su asiento escogieron una colina poco elevada y de suavísimo declive que está debajo del pueblo de *Lago* y domina la líquida llanura en cuyos cristales moja sus pies. Forma el lago junto á ella un lindo seno y allí se abrigaban algunos esquifes ligeros en que los caballeros acostumbraban á solazarse con la pesca de las anguilas de que hay gran abundancia, y cazando con ballesta algunas de las infinitas aves acuáticas que surcan la resplandeciente superficie. Como las áridas cuestas del

monte del norte que los naturales apellidan de los *Caballos* hacian espaldas á la quinta, resultaba que de aquel paisage agraciado y lleno de suavidad, únicamente se ocultaban los términos áridos y yermos. Lo restante era y es todavia un panorama de variedad y amenidad grandísima, que repelido por el espejo del lago figura á veces, cuando lo agita blandamente la brisa, un mar confuso de rocas, árboles, viñedos y colinas sin cesar divididos y juntados por una mano invisible. Tiene el lago mas de una ensenada, y la que se prolonga entre oriente y norte perdida entre las sinuosidades de un valle, parece dilatar su estension, y los juncos y espadañas que la pueblan sirven de abrigo á infinitas gallinetas de agua y lavancos de cuello tornasolado. No lejos de esta ensenada está el pueblo de Carracedo sentado en una fresca encañada y á su estremo una porcion de encinas viejísimas y corpulentas, cuyas pendientes ramas se asemejan á las de los árboles del desmayo, sirven de límite á las aguas, mientras en la opuesta orilla occidental un soto de castaños enormes señala tambien su término á los caudales del lago.

Doña Beatriz que tenia un alma abierta, por desgracia suya en demasia, á todas las emociones puras y nobles, no pudo menos de admirar la belleza del paisage, cuando las laderas de los montes que descienden al lago, y su hermosa tabla comenzaron á desplegarse á sus ojos desde las alturas de San Juan de Palueras. A medida que se acercaba íbase descogiendo un nuevo pliegue del terreno, y ora un grupo de árboles, ora un arroyo que serpenteaba en alguna quiebra, ora una manada de cabras que parecian colgadas de una ro-

ca, á cada paso derramaban nuevas gracias sobre aquel cuadro. Cuando por fin llegó á la quinta y se asomó al mirador, desde el cual todos los contornos se registraban, subieron de punto á sus ojos todas aquellas bellezas.

El sol se ponia detrás de los montes dejando un vivo rastro de luz que se estendia por el lago y á un mismo tiempo iluminaba los diversos terrenos esparciendo aquí sombras y allí claridades. Numerosos rebaños de ganado vacuno bajaban mugiendo á beber, moviendo sus esquilas, y otros hatos de ovejas y cabras y tal cual piara de yeguas con sus potros juguetones, venian tambien á templar su sed, triscando y botando, mezclando relinchos y balidos. Los lavancos y gallinetas tan pronto en escuadrones ordenados, como desparramados y solitarios, nadaban por aquella reluciente llanura. Una pastora que en su saya clara y dengue encarnado mostraba ser jóven y soltera y en sus movimientos gran soltura y garbo, conducia sus ovejas cantando una tonada sentida y armoniosa, y como si fuera un eco, de una barca que cruzaba silenciosa, costeando la orilla opuesta salia una cancion guerrera entonada por la voz robusta de un hombre, pero que apagada por la distancia perdia toda su dureza, no de otra suerte que si se uniese al coro armonioso, templado y suave que al declinar el sol, se levantaba de aquellas riberas.

Por risueños puntos de vista que ofrezcan las orillas del Cua y del Sil, fuerza es confesar que la calma, bonanza y plácido sosiego del lago de Carracedo no tiene igual tal vez en el antiguo reino de Leon. Doña Beatriz casi arrobada en la con-

templacion de aquel hermoso y rutilante espejo guarnecido de su silvestre marco de peñascos, montañas, praderas y arbolados, parecia engolfada en sus pensamientos. Para un corazon poseido de amor como el suyo, la creacion entera no parece sino el teatro de sus penas ó su felicidad, de sus esperanzas ó sus dudas, y esto cabalmente sucedia á aquella interesante y desgraciada señora. La imágen de don Alvaro era el centro adonde iban á parar todos los hilos misteriosos del sentimiento que en su alma despertaban aquellos lugares, y entretegiéndolos con los que de tiempos mas dichosos quedaban todavia enmarañados en su memoria, formaba en su imaginacion la tela inacabable de una vida dichosa, llena de correspondencia dulcísima y de aquel noble orgullo que en todos los pechos bien nacidos, escita la posesion de un bien legítimamente adquirido. ¡Engañosas visiones que al menor soplo de la razon se despojaban de sus fantásticos atavios y caian en polvo menudo en medio de las puntas y abrojos que herizaban el camino de doña Beatriz! Al cabo de una larga meditacion en la cual como otras tantas ráfagas luminosas habia visto pasar todas aquellas representaciones doradas y suaves de un bien ya disipado, y de otro bien incierto, y apenas bosquejado, la desdichada exaló un largo suspiro y dijo:—Dios no lo ha querido!

—Dios ha querido probarte y castigarme, ángel del cielo, contestó su padre abrazándola; nuestras penas acabaron ya y los nuevos tiempos se acercan á mas andar. Dios se apiadará de tu juventud y de estas canas vecinas ya al sepulcro, y no querrá borrar mi nombre de la haz de la tierra.

Doña Beatriz le besó la mano sin contestar porque no se atrevia á entregarse á tan risueñas ideas, ni alcanzaba á acallar los presentimientos que de tiempos atrás habian llegado á posesionarse de su espíritu, pues para colmo de amargura la muerte que por tanto tiempo habia invocado como término y descanso de sus penas, sin verla aparecer jamás, ahora cruzaba á lo lejos como un lúgubre relámpago, cuando la vida cobraba á sus ojos todas las galas de la esperanza, y sembraba de flores funerarias el camino que guiaba á su templo. Sin embargo doña Beatriz, como todas las almas fuertes, pasado el primer estremecimiento hijo del barro, aceptaba sin miedo ni repugnancia esta idea, y solo le dolia de la contingencia de su fin prematuro por el luto de su padre, y de aquel amante arrebatado de sus brazos por una desecha borrasca y que otra no menos deshecha podia volver á ellos. Asi pues; sin decir palabra, se apoyó en el brazo del anciano, y lentamente bajó la escalera con barandilla prolijamente calada, y hasta que en la cámara para ella aderezada, la dejó en compañía de Martina. Dejémosla tambien nosotros entregada á las dulzuras del sueño que aquella noche bajaba sobre sus párpados mas suave y bienhechor que en muchos dias, y transportémonos á Salamanca, donde se iba á fallar el ruidoso proceso que traia alborotada á la cristiandad entera.

CAPÍTULO XXXI.

En medio de la tremenda tormenta que la envidia por un lado, la códicia por otro y la supersticion é ignorancia por casi todos, habian levantado contra el Temple, la península puede gloriarse de que su santuario se conservó exento del contagio de aquellos torpes y groseros errores, y de aquellas pasiones ruines y bastardas. Sobrado se les alcanzaba á sus obispos la fuente de males que tal vez hubiera podido abrirse en Europa de la conservacion y crecimiento de aquella órden decaida de su antigua pureza y virtud, y convertida á los ojos del vulgo en piedra de reprobacion y de escándalo; pero como cristianos y caballeros, respetaban mucho á sus individuos, y no desmintieron la noble confianza que en ellos habia puesto don Rodrigo Yañez. Vanas fueron las prevenciones con que Aymerico, inquisidor apostólico y comisionado del papa para acompañar á los arzobispos de Toledo y Santiago, entró en aquel juicio que intentaba llevar por el mismo sendero de los de Francia; vanos todos los esfuerzos de la córte de Castilla, y en especial del infante don Juan, y vano por fin el estravio de la opinion, para torcer la rectitud de sus intenciones. Las iniquidades de Felipe el Hermoso, eran justamente el escudo mas fuerte de los caballeros en el ánimo de aquellos piadosos varones, que en el fondo de su corazon, deploraban amargamente las debilidades de Clemente V, origen de tanta sangre y tan feos borrones para la cristiandad.

Juntos, pues, en Salamanca bajo la presidencia del inquisidor apostólico y del arzobispo de Santiago, Rodrigo; Juan, obispo de Lisboa; Vasco, obispo de la Guardia; Gonzalo, de Zamora; Pedro, de Avila; Alonso, de Ciudad-Rodrigo; Domingo, de Plasencia; Rodrigo, de Mondoñedo; Alonso, de Astorga; Juan, de Tuy; y Juan, de Lugo; se abrió el concilio con las ceremonias y solemnidades de costumbre. Cada uno de los padres, con arreglo á las bulas pontificias y á las órdenes de sus respectivos monarcas, habia formado en su diócesis respectiva un proceso de informacion, en el cual constaban las declaraciones de infinitos testigos, sacerdotes y seglares, de cuya confrontacion debia deducirse la culpabilidad de los caballeros ó su inocencia. Sin embargo, en vísperas de un fallo tan solemne fuerza era ampliar aquel sumario, oir á los encausados, recibir nuevas deposiciones y justificar finalmente una sentencia que iba á dar remate á un suceso, con razon calificado por un historiador moderno de gran mérito de «el mas importante de los siglos medios despues de las cruzadas.»

Poco tardó en averiguar el infante don Juan las intenciones con que acudia al concilio el abad de Carracedo, y con ellas recibió sobresalto no pequeño, pues estando todavia en balanzas la suerte de la órden por los reinos de España, muy de temer era que en el de Leon, al abrigo de una familia tan poderosa, moviese nuevos disturbios y mudanzas, y pusiese en duda la posesion de aquellos bienes que con tanta ánsia codiciaba para consolarse de la pérdida de su soñada corona. Asi pues echó mano como de costumbre de sus cábalas y maquinaciones, y comenzó á sembrar la cizaña

de su encono en el ánimo de los obispos, infundiendo recelos de discordias con el sumo pontífice en algunos, y amenazando á otros con los alborotos que pudiera ocasionar en la mal sosegada Castilla, la resolucion de dar por libre de sus votos á don Alvaro.

El anciano monge á quien no se le ocultaba el estado de doña Beatriz, y que por otra parte sabia cuan agudo cuchillo era para su vida el contínuo vaiven de la incertidumbre, presentó el caso como separado del juicio general, alegando la nulidad de la profesion del señor de Bembibre y manifestando la injusticia que podria haber en complicarle en el proceso y responsabilidad de una corporacion, que mal podia contarle entre sus miembros. Por valederas que fuesen semejantes razones, no hallaron en el ánimo de los jueces todo el eco que reclamaban, asi la solicitud del abogado, como la ventura de doña Beatriz. Por una parte era urgentísimo sustanciar y decidir aquel gran pleito harto mas importante que la suerte de un individuo, y por otra penetrados los prelados en su interior del poco peso de las acusaciones contra los templarios, no tenian reparo en envolver á don Alvaro en los procedimientos generales, que en todo caso siempre habia lugar de enmendar con la debida escepcion.

Infructuosos fueron por lo tanto los esfuerzos que de concierto hicieron, el buen religioso, el maestre don Rodrigo, el comendador Saldaña, su deudo Hernan Ruiz Saldaña, y sobre todo don Juan Nuñez de Lara, que tanto por mostrar la nobleza de su sangre, cuanto por el deseo de remediar en lo posible el gran mal que habia hecho á

don Alvaro en Tordehumos, habia venido á Salamanca con diligencia grandísima. Las almas elevadas suelen pagar muy caros los sueños de la ambicion; y buena prueba de ello era don Juan de Lara, para quien la noticia de los pesares de don Alvaro y su violenta resolucion de entrar en el Temple, habian sido y eran todavía un doloroso torcedor. Sin la culpable trama de que tambien él habia sido víctima, libre estaba don Alvaro de los pasados sinsabores y de las presentes angustias, y cualquiera que hubieran sido las pruebas y amarguras de su amor, en último resultado pendiendo su suerte de la constancia y elevado carácter de doña Beatriz, sin duda sus hermosas esperanzas se hubieran visto logradas como merecian. Todo esto que en voces altas y muy claras decia á don Juan su conciencia, le afligia por estremo y de buena gana hubiera redimido con la mitad de los años de vida que le quedaban, y con lo mejor de su hacienda tales quebrantos. Otra cosa habia ademas de por medio que aquejaba vivamente su voluntad, y eran los amaños y arterias que en sentido opuesto, empleaba el infante don Juan, su jurado enemigo desde lo de Tordehumos. Razones de gran peso, y entre ellas el bien y el sosiego de Castilla, le habian impedido hacer campo cerrado con él, segun en un principio imaginó, pero la idea de contrariar en aquella ocasion sus esfuerzos y dár en tierra con sus artificios, ponia espuelas á su voluntad, ya muy decidida de suyo.

Como quiera todos estos buenos oficios careciam de base, pues estando presente don Alvaro, natural parecia que de por sí reclamase contra el agravio que al parecer se le hacia; pero la autó-

ridad de sus ancianos amigos y de su tio, las instancias de todos los caballeros de la órden que se hallaban en Salamanca, la importuna solicitud de don Juan de Lara, y hasta la voz misma de aquella pasion que mal acallada en su pecho se despertaba violentamente á la voz de la esperanza, no fueron poderosas á determinarle á semejante paso. La idea de separar su causa de la de sus hermanos de eleccion, de tal manera alborotaba su altivo pundonor, que al poco tiempo todos sus allegados cesaron por entero en sus persecuciones. Así pues, víctima de aquella ilusion generosa de desprendimiento y de hidalguia, tras de la cual habia corrido toda su vida, dilataba sin término el suceso feliz del que pendia ya la dicha que en el mundo pudiera tocarle.

Abrióse por fin el juicio, y el maestre don Rodrigo, Saldaña y los mas ancianos caballeros comparecieron delante de los obispos á oir los cargos que se les hacian, cargos que en nuestros dias moverian á risa, pero que en aquella época de tinieblas encontraban en la muchedumbre un eco tremendo, tanto mayor cuanto mas se acercaban á lo maravilloso.

Compulsáronse las informaciones que cada prelado habia hecho antes de congregado el concilio y comenzaron á oirse nuevos testigos. No faltaron muchos que se presentasen en contra del Temple, achacándole los mismos crímenes que perdieron á la órden en Francia; y sobre todo y como cosa mas visible, avaricia en las limosnas, y escaseces y falta de decoro en el culto. Cohechados la mayor parte de ellos por los enemigos de aquella gloriosa institucion, arrebatados otros

de un celo ignorante y fanático, parecia que unos á otros se alentaban en aquella obra de iniquidad: natural consecuencia de las pérfidas calumnias que deslumbraban los ojos del vulgo sediento siempre de novedades, y tan sobrado de imaginaciones estrañas y maliciosas, como falto de juicio y compostura.

Los caballeros solos en medio de aquel vendabal que sin cesar arreciaba, se defendian sin embargo, con templanza y valeroso sosiego, atentos á conservar su altiva dignidad aun en medio de tamañas falsías y bajezas.

Don Rodrigo como cabeza de la órden, era el blanco de todos los tiros, no por odio á su persona, pues su prudencia, su urbanidad y sus austeras virtudes andaban en boca de todos; sino porque humillando la órden en lo que tenia de mas sábio y elevado, se minaban sus cimientos y se imposibilitaba su restauracion. Como quiera, el maestre infundia tal respeto por sus años y por aquel resto de imperio y de poder que todavia quedaba en su frente, que mas de una vez sucedió que los testigos se retiraron corridos y amedrentados delante de la severidad de sus miradas.

El comendador Saldaña hizo harto mas en defenderse de otros ataques, que si bien menos concertados, al cabo eran mas enconados y violentos.

Recordarán sin duda nuestros lectores, que en el asalto de Cornatel, un deudo muy cercano del conde murió al golpe de una piedra que le deshizo el cráneo, y otro poco despues en la barbacana bajo el hacha del anciano guerrero. Asi

mismo recordarán que la bandera de los Castros entró arrastrando en el castillo, arrancada por mano de don Alvaro de la tienda en que ondeaba al soplo del viento.

Heridas y ultrages eran ya estos que dificilmente pudiera olvidar aquel orgulloso linage, pero el desastrado fin de su caudillo habia encendido en sus pechos un odio implacable contra los templarios, y sobre todo contra Saldaña como autor de su deshonra y duelo.

Apenas, pues, los vieron emplazados y llamados á juicio, acudieron prontamente á Salamanca donde añadieron al peso de la acusacion general el de su encono y recriminaciones.

Cuando llegó su dia, presentaron su queja ante los padres, acusando al anciano de haber usado malas artes en la defensa de su castillo, con notorio menosprecio de las órdenes de su rey y señor natural. Echáronle en cara la altanería con que desechó las intimaciones del difunto conde, y sobre todo su muerte atroz, contraria á las leyes de la guerra. Beltran de Castro, uno de los mas cercanos deudos y que aun no habia podido acomodarse al baldon del vencimiento, presentó todos estos cargos con gran discrecion y energía, disfrazando á su modo los incidentes de aquella desastrosa jornada.

—Comendador Saldaña, le dijo el arzobispo de Santiago, ¿confesais todos los cargos que os hace Beltran de Castro?

—Padres venerables, contestó el anciano, no por rebeldía ni deslealtad nos negamos á obedecer las cédulas de nuestro monarca, sino por justa y legítima defensa. Caballeros de nuestra prez, no

eran para tratados como queria el conde de Lemus á quien respeto, pues que ya el supremo juez le habrá juzgado. Él quería la guerra porque anhelaba vengar agravios recibidos con causa, por desgracia sobrado justa, de mí y de uno de nuestros mas nobles caballeros. Amaba el peligro y pereció en él.... la paz sea con su alma.—Por lo que hace á la nigromancia que nos reprochais, señor hidalgo, continuó volviéndose á Beltran y sonriéndose irónicamente: el miedo sin duda os turbaba la vista y el entendimiento á la par, pues que asi confundíais con los demonios nuestros esclavos africanos, y tomábais por llamas del infierno la pez, alquitran y aceite hirviendo con que os rociábamos la mollera.

El gallego perdió el color al oir semejante ultrage, y rechinando los dientes clavó sus ojos encendidos como brasas en el anciano caballero. Su mano se encaminó maquinalmente á la guarnicion de la espada, pero acordándose del sitio en que estaba, mantuvo á raya los ímpetus de su ira.

—No os enojeis, señor hidalgo, que asi venís á hacer leña del árbol caido, replicó el comendador en el mismo tono acre y mordaz, no os enojeis ahora, ya que entonces de tan poco sirvió vuestro corage á aquellos infelices montañeses, que tan sin piedad llevábais al matadero, ya que entonces el señor de Bembibre con solo un puñado de caballeros desbarató toda vuestra caballería, saqueó vuestros reales y trajo arrastrando vuestro pendon, sin que á pesar de vuestras fuerzas superiores tuviéseis ánimo para estorbarlo. ¿En qué opinion teníais á los soldados del Temple y á un viejo caballero que peleó por la cruz en Acre, hasta que

los villanos la echaron por el suelo para alfombra de los caballos del soldan? Andad, que vuestro valor es como el de los buitres y cuervos, solo bueno para emplearse en los cadáveres.

—Señor caballero, le dijo gravemente el arzobispo de Santiago, no habeis respondido todavía á la principal cabeza de la acusacion; la muerte del noble conde de Lemus... ¿Es cierto este capítulo?

—Y tan cierto, respondió Saldaña con una voz que retumbó en el salon como un trueno, que si mil veces lo cogiera entre mis manos, otras tantas vidas le arrancaria. Sí, yo le así por el cinto cuando cayó á mis pies sin conocimiento: con él me subí á una almena, y desde allí se lo arrojé á sus gentes diciéndoles: «Ahí teneis vuestro valiente y generoso caudillo!»

—Lo ha confesado! lo ha confesado! esclamaron llenos de júbilo los parientes del difunto.—Comendador Saldaña, continuó Beltran, yo os acuso de traicion, pues solo cohechando al cabreirés Cosme Andrade pudísteis tener noticia de la espedicion del desgraciado conde.

—Mentís, Beltran de Castro! contestó una voz de entre la apiñada multitud, que entonces comenzó á arremolinarse como para abrir paso á alguno. Efectivamente, despues de un corto alboroto y de algun oleage y vaivenes entre la gente, un montañés con su coleto largo de destazado, sus abarcas y su cuchillo de monte al lado, saltó como un gamo en el recinto destinado á los acusados, acusadores y testigos.

—¿Sois vos, Andrade? esclamó Castro sorprendido con esta aparicion para él inesperada.

—Yo soy, yo, el cohechado, como vos decís ruin y villano! contestó el encolerizado montañés. Parece que os pasma el verme! bien se conoce que me creíais muy lejos cuando asi me ultrajábais. Algun ángel me tocó sin duda en el corazon, cuando viéndoos llegar á Salamanca me oculté de vuestra vista para confundiros ahora, ahora que conozco la ruindad de los Castros! ¡Oh pobres paisanos y compañeros mios, que dejásteis vuestros huesos en el foso de Cornatel! venid ahora á recibir el premio que os dán estos malsines! Yo cohechado! y con qué me cohecharíais vos, mal nacido? ¿O teneis por cohecho el rodar por los precipicios y arriesgar la vida hartas mas veces que vos?

—Vos recibísteis cien doblas del comendador, replicó Beltran un poco recobrado, aunque confuso con las embestidas del montañés, que le acosaba como un javalí herido.

—Cierto que las recibí, contestó Andrade candorosamente, porque se me ofrecieron con buena voluntad; pero ¿guardé una siquiera, embustero sin alma? ¿No las distribuí todas y aun bastantes de mis dineros á las viudas de los que murieron allí por los antojos de vuestro conde? ¿O piensas tú que es Andrade como tu amo maldecido, que vendia por un lugar mas su fé de caballero y la sangre de los suyos? Agradece á que estamos delante de estos varones de Dios, que sino ya mi cuchillo de monte te hubiera registrado los escondites del corazon.

—Sosegáos, Andrade, le dijo el obispo de Astorga, y contadnos lo que sepais, porque vuestra presencia no puede ser mas oportuna.

—Yo, reverendos padres, contestó él con su

sencillez habitual, no soy mas que un pobre hidalgo montañés á quien se le alcanza algo mas de cazar corzos y pelear con los osos, que no de estas cosas de justicia; pero con la verdad por delante, nunca he tenido miedo de hablar, aunque fuese en presencia del soberano pontífice. Allá vá, pues, lo que ví y pasé, bien seguro de que nadie le quite ni ponga.

Dijimos que cuando el honrado Andrade cayó despeñado del torreon por mano de Millan, le detuvieron unas ramas protectoras. Afortunadamente no estaban muy lejos de la muralla, y de consiguiente pudo oir casi todas las palabras que mediaron entre don Alvaro y el conde al principio, y luego lo que pasó con el comendador hasta que el magnate gallego bajó descoyuntado y hecho pedazos hasta la orilla del arroyo. Asi, pues, su declaracion en que tanto resaltaba la generosidad de don Alvaro, y la efusion con que contó los prontos socorros que habia recibido de Saldaña y de todos los caballeros, hicieron una impresion tan favorable en el ánimo de los padres, que los acusadores de Saldaña no solo enmudecieron, sino que corridos y avergonzados no sabian como dejar el tribunal.

—En suma, santos padres, concluyó el montañés; si las buenas obras cohechan, yo me doy por cohechado aqui y para delante de Dios, porque á decir verdad, tan presa dejaron mi voluntad con ellas estos buenos caballeros, que cuando oí decir que al cabo los llevaban presos, acordándome de las mentiras del conde de Lemus y temiendo no les sucediese lo que en Francia, me fuí corriendo á Ponferrada, y allí dije al comendador que yo le

ocultaria en Cabrera y aun le defenderia de todo el mundo. Yo no sé si hice bien ó mal, pero es seguro que volveria á hacerlo siempre, porque él me salvó la vida dos veces, y como decia mi padre, que de Dios goce, «el que no es agradecido no es bien nacido.»

—Señor de Bembibre, dijo entonces el inquisidor general volviéndose á don Alvaro, aunque nuevo en esta tierra no me es desconocida la fama de hidalguía y valor que en ella gozais. Decid, pues, bajo vuestra fé y palabra si es verdadera la declaracion de Andrade.

—Por mi honor juro que la verdad ha hablado por su boca, contestó el jóven poniendo la mano sobre el corazon. Solo una cosa se le ha olvidado al buen Cosme, y es que tambien se entendia conmigo sin haberme conocido, la noble hospitalidad que ofreció al comendador Saldaña.

—Ea, ea, repuso el montañés casi avergonzado: bueno seria que lo poco bueno que uno hace lo fuese á pregonar á son de trompeta. Y luego que cuando disteis aquel repelon á nuestro campo de Cornatel, ni siquiera hicisteis un rasguño á ninguno de los mios, y despues á los que curaron de sus heridas, los regalásteis con tanta largueza como si fuérais un emperador.—Para acabar de una vez, padres santos, continuó dirigiéndose al concilio con tanto respeto como desembarazo, si dudais de cuanto llevo dicho, venga aquí la Cabrera entera, y ella lo confirmará.

—No es necesario, dijo entonces el obispo de Astorga, porque las secretas informaciones que por mi mandato han hecho los curas párrocos de aquel país, corroboran los mismos extremos. Este

proceso, último que queda por ver de cuantos se han traido á esta junta sagrada, deberá decidir el fallo, salvo el mejor parecer de mis hermanos.

—Deudos del conde de Lemus, dijo en alta voz el arzobispo de Santiago, ¿quereis proseguir en la acusacion, presentar nuevas pruebas y estar á las resultas del juicio?

—En mi nombre y en el de los mios me aparto de la acusacion, contestó Beltran de Castro con despecho, sin perjuicio de volver á ella delante de todos los tribunales cuando pueda presentar pruebas mas valederas.

—Debiais pedir la del combate, le dijo Saldaña siempre con la misma amargura, siquiera no fuese mas que por renovar las hazañas de que fuimos testigos encima de Rio Ferreiros.

Capitaneaba Beltran la caballería del conde en aquella ocasion, y envuelto en el torrente de los fugitivos nada pudo hacer á pesar de sus esfuerzos, de manera, que sin estar desnudo de valor, su opinion habia quedado en dudas. Ninguna herida, por lo tanto, mas profunda y dolorosa pudiera haber recibido que la venenosa alusion del comendador. Tartamudeando, pues, de furor y con una cara como de azufre, le dijo:

—En cuanto os dieren por libres la pediré, y entonces veremos lo que vá del valor á la fortuna!

—Mio es el duelo, contestó don Alvaro, pues que tomais sobre vos las ofensas del conde de Lemus. A mí me encontrareis en la demanda.

—No sino á mí, replicó Andrade, que he sido agraviado delante de tanta gente.

—Con los tres haré campo, esclamó Beltran en el mismo tono.

—Caballeros todos, dijo el inquisidor apostólico, no debe escondérseos, sin duda, que delante de la justicia no hay agravio ni ofensa. Asi, pues, dad lo hecho por de ningun valor y efecto, y vos, Beltran, ya que tan cuerdamente desamparais la acusacion, pensad en volveros á vuestro pais, que los altos juicios de Dios no se enmiendan con venganzas ni rencores, siempre ruines cuando se ejecutan en vencidos.

Estas graves palabras, dichas con un acento que llegaba al alma, si no mudaron las malévolas intenciones de los Castros, les probaron por lo menos su impotencia; asi fué que despechados tanto como corridos, se salieron del tribunal y en seguida de Salamanca, donde habian encontrado el premio que suelen encontrar los sentimientos bastardos; la aversion y el desprecio.

Otro fruto produjeron tambien sus ciegas persecuciones y fué el poner tan de bulto la inocencia de los templarios, que aun sus mas encarnizados enemigos hubieron de contentarse con sordos manejos y asechanzas.

Vistos, pues, todos los procesos y pensado el asunto maduramente, el concilio declaró por unanimidad, inocentes á los templarios de todos los cargos que se les imputaban, reservando, sin embargo, la final determinacion al sumo pontífice.

Con esta sentencia salvaron los templarios el honor de su nombre, única cosa á que podian aspirar en la deshecha borrasca que corrian; pero harto mas importante para ellos que sus bienes y su poder. Privados de uno y otro, su posicion quedaba incierta y precaria hasta el concilio general, convocado para Viena del Delfinado, donde debia

fallarse definitivamente el proceso de toda la órden, dado que bien pocas esperanzas pudieran guardar, cuando la estrella de su poder, como el Lucifer del profeta, se habia caido del cielo.

CAPÍTULO XXXII.

Mientras esto pasaba en Salamanca, doña Beatriz, pendiente entre la esperanza y el temor, veia correr uno y otro dia fijos los ojos en el camino de Ponferrada, creyendo descubrir en cada aldeano un mensagero, portador de la suerte de su amante y de la órden. La elevacion natural de su espíritu le hacia mirar siempre el honor como el primero de los bienes, y bien puede decirse que entonces en el de don Alvaro pensaba, y no en su felicidad. Poco podia influir en su ánimo la sentencia mas infamatoria que contra él llegase á fulminarse, porque el amor puro y lleno de fé que se habia abrigado en aquel corazon, y que todavía le encendia, era incompatible con toda duda ni sospecha; pero la idea de ver á un jóven tan noble y pundonoroso sujeto á infamantes penas, á la misma muerte quizá, la estremecia en sueños y despierta.

A pesar de todo los consuelos y seguridades de su padre, la entrada de la benéfica estacion y la influencia que aquellos lugares apacibles y pintorescos egercian en su espíritu, producian poco á poco alguna mejoría en su salud y parecian

disminuir su ansiedad y sus temores. El lago habia recobrado la verdura de sus contornos y la serenidad de sus aguas; los arbolados de la orilla de nuevo cubiertos de hoja, servian de amparo á infinidad de ruiseñores, palomas torcaces y tórtolas que poblaban el aire de cantares y arrullos: los turbios torrentes del invierno se habian convertido en limpios y parleros arroyos; los vientos templados ya y benignos traian de los montes los aromas de las jaras y retamas en flor: los lavancos y gallinetas revoloteaban sobre los juncales y espadañales en donde hacian sus nidos, y el cielo mismo hasta entonces encapotado y ceñudo, comenzaba á sembrar su azul con aquellos celages levemente coloreados que por la primavera adornan el horizonte al salir y ponerse el sol. La Aguiana habia perdido su resplandeciente tocado de nieve y solo algunas manchas quedaban en los resquicios mas obscuros de las rocas, formando una especie de mosaico vistoso. La naturaleza entera, finalmente, se mostraba tan hermosa y galana, como si del sueño de la muerte despertase á una vida perdurable de verdor y lozania.

A la manera que el agua de los rios se tiñe de los diversos colores del cielo, asi el espectáculo del mundo esterior recibe las tintas que el alma le comunica en su alegría ó dolor. Los acerbos golpes que doña Beatriz habia recibido y su retraimiento en el monasterio, habian trocado la natural serenidad de su alma en una melancolía profunda, que estimulada por el mal, tendia sobre la creacion un velo opaco. Antes eran sus pensamientos un cristal rutilante que esmaltaba y daba vida y matices á todos los objetos al parecer mas

despreciables, porque el amor derramaba en su imaginacion el tesoro de sus esperanzas mas risueñas, y ella á su vez las vertia á torrentes sobre las escenas que á sus ojos se ofrecian; pero deshecho el encanto y deshojadas las flores del alma, todo se habia obscurecido. El mundo mirado desde las playas de la soledad y al través del prisma de las lágrimas, solo tiene resplandores empañados y frondosidad marchita.

Una tarde que estaba entregada á semejantes pensamientos en el mirador de la quinta paseando por el cristal de las aguas distraidas miradas, llegóse su padre á ella á tiempo que sus ojos se fijaban en el castillo de Cornatel, plantado á manera de atalaya en la cresta de sus derrumbaderos. No advirtió ella la aproximacion de don Alonso y siguió engolfada en sus meditaciones.

—¿Que piensas, Beatriz, le preguntó con su acostumbrado cariño, que no has reparado en mí?

—Pensaba, señor, le respondió ella, llevando su mano á los lábios, que mi vida no es de diez y ocho años sino tan larga como la vuestra. Yo tenia un amante y lo he perdido, tenia una madre y la he perdido; tuve un esposo y allí lo he perdido tambien, añadió señalando el castillo con el dedo. Dos veces me he visto desterrada del techo paterno: don Alvaro desposeido de sus esperanzas, se acogió al claustro guerrero de una órden poderosa y helo ahí por el suelo. ¿Cómo en el breve espacio de un año se han amontonado tantos sucesos sobre la endeble tela de mi vida? ¿Qué es la gloria del hombre que así se la lleva el viento de una noche? Mi ventura se fué con las hojas de los ár-

boles el año pasado ¡ahí están los árboles otra vez llenos de hojas! yo les pregunto ¿qué hicisteis de mi salud y de mi alegria? pero ellas se mecen alegremente al son del viento y si alguna respuesta percibo en su confuso murmullo es un acento que me dice: «El árbol del corazon no tiene mas que unas hojas y cuando llegan á caerse se queda desnudo y yerto, como la columna de un sepulcro.

—Hija mia, respondió el anciano ¿te acuerdas de que el Señor hizo brotar una fuente de las entrañas de una peña para que bebiese su pueblo? Cómo dudas pues de su poder y su bondad ¿Te sientes peor?.... Esta mañana no te he visto pasear por los jardines como otras veces...

—Sin embargo, contestó ella, ya puedo andar un buen trecho sin el apoyo de Martina, y suelo dormir alguna que otra hora de la noche. Espero en Dios que mi mejoria será mayor cada dia y que pronto sanaré de los males del alma y del cuerpo.

La cuitada se acordó de que su padre la escuchaba y volvió á su sistema de generoso fingimiento; pero tan lejos estaba de decir lo que sentia, que sin poderlo remediar terminó con un suspiro aquellas consoladoras palabras. El anciano le dirigió una mirada tan triste como penetrante, y al cabo de un corto rato en que guardó silencio, le dijo con acento sentido:

—Beatriz, hace tiempo que estoy viendo tus esfuerzos; pero tú no sabes que cada uno es un dardo agudísimo que me traspasa el corazon. ¿De que me sirven esas apariencias vanas?... ¡Tu si que te empeñas en deshojar la planta de mi arrepentimiento y en quitarme hasta la esperanza de sus frutos! Vuelve en tí, hija mia, y piensa que

tú eres la única corona de mi vejez para deshechar esos pensamientos que son una reconvencion continua para mí.

—¡Oh padre mio! respondió la jóven echándole los brazos al cuello: no se hable mas de mis locos desvarios, que no siempre están en mi mano.—No quereis que demos un paseo por el lago?

—Oyeme; todavia un poco mas, respondió el anciano, y dime todas tus dudas y recelos. ¿Qué te suspende y embebece tan dolorosamente, cuando las cartas que recibimos del abad de Carracedo nos aseguran de la justificacion del tribunal de Salamanca? ¿Cómo dudas de que suelten á don Alvaro de sus votos, cuando los mas sabios los dan por de ningun valor ni obligacion?

—Dudo de mi dicha por ser mia, contestó doña Beatriz, y porque es don Alvaro demasiado poderoso y de altas prendas para no infundir recelo á sus enemigos.

¿No sabeis tambien cuanto se afana el infante don Juan porque los templarios, sufran aquí la misma suerte que en Francia? Harto justos son mis temores. Este pleito ruidoso me trae sin mí, y aun las escasas horas de sueño que disfruto, me las puebla de imágenes funestas. El otro dia soñé que don Alvaro estaba en medio de una plaza, atado á un palo y cercado de leña, y el pueblo que le miraba en vez de darse á su ordinaria grita, lo contemplaba mudo de asombro. Tenia vestido el hábito blanco de su órden, y en su semblante habia una espresion que no era de este mundo. De repente la leña se encendió y el inmenso concurso soltó un grito, pero yo le veia por entre las llamas, y estaba con su ropa cada vez mas blanca y su sem-

blante cada vez mas hermoso. Por fin empezaron á tiznarse sus vestidos y á alterarse sus facciones con el dolor, y clavando en mí los ojos me dijo con una voz muy alta y dolorosa. ¡Ay Beatriz, estas habian de ser las luminarias de nuestras bodas!—Yo entonces que habia estado como de piedra, me encontré ágil de repente y corrí á él para desatarle, pasando por en medio de las llamas, pero apenas lo hube logrado cuando los dos caimos en la hoguera. Entonces me desperté temblando como una hoja, bañada en sudor frio y con un aliento tan ahogado que pensé que iba á morir. Por eso me notais algo mas de tristeza y abatimiento hoy que otras veces, pero la suerte me hallará para todo prevenida.

Don Alonso conoció que todas sus razones servirian de poco en aquella ocasion; asi pues al cabo de un rato de silencio dijo presentando la mano á su hija:

—La tarde está muy hermosa y bien decias antes que era preciso aprovecharla.

La jóven se levantó prontamente, y apoyándose en el brazo de su padre, bajó con él hasta el embarcadero donde les aguardaba una ligera falúa con jarcias y banderolas de seda con las armas del Temple. Entraron en ella y tres mozos del pais empuñando los remos comenzaron á bogar recíamente, mientras la airosa embarcacion se deslizaba rápida y magestuosamente dejando tras sí un largo rastro, en el cual los rayos del sol parecian quebrarse en mil menudas chispas y centelleos.

Martina se habia quedado en la quinta, y meneando la cabeza, y con ojos no muy alegres se-

guió la falúa en que su señora cubierta con una especie de almalafa blanca muy sutil que se mecia al son del viento, y con los cabellos sueltos parecia una nereida del lago. La pobre muchacha que con tanto amor y discrecion la habia servido y acompañado, no acertaba á verse libre de zozobra y ansiedad, pues como la mas cercana á doña Beatriz, mejor que nadie conocia su estado. En realidad antes se habia mejorado que decaido su salud, pero bien sabia las mortales congojas que le costaba la incertidumbre en que vivia por la suerte de don Alvaro, y que los vislumbres todos de su esperanza de ella pendian principalmente. Por otra parte como la tristeza es harto mas contagiosa que la alegría, la buena de Martina habia perdido no poco de su belleza y donaire, y hasta el brillo de sus ojos azules se habia amortiguado algo.

Sucedió, pues, que cuando mas embelesada estaba en sus ideas, unos pasos muy pesados que sintió detrás le hicieron volver la cabeza, y se encontró nada menos que con nuestro antiguo conocido Mendo, el caballerizo que venia muy apurado y con la misma cara que en otro tiempo le vieron poner nuestros lectores cuando fué á noticiar á su ama en el soto de Arganza la llegada del templario y de su compañero. Martina que desde aquella ocasion le habia mirado con algo de ojeriza y mala voluntad, le recibió con impaciencia y ceño.

—Martina, Martina, le dijo con gran priesa, algo debe de haber de nuevo, porque desde la torre he visto asomar gente por lo alto de la cuesta de Rio Ferreiros.

—Vamos allá; respondió ella con despego; siempre será una embajada como la de antaño. ¿Qué tenemos con la gente que venga? ¿No vienen todos los dias de mercado aldeanos de Ponferrada?

—¡Qué aldeanos ni qué ocho cuartos, muger! respondió él con su acostumbrada pachorra, si he visto yo los pendoncillos de las lanzas y el sol que les daba en los cascos y no se podia sufrir? Dígote que son hombres de armas, y que algo de nuevo traen.

—Pues harto mejor harias en haber ido á esperarlos, y volver corriendo con la noticia, replicó Martina, que no gustando de la compañia, se hubiera deshecho de ella con gran satisfaccion.

—De buena gana me hubiera ido, dijo él, pero el vejete de Nuño se empeñó hoy en salir en el *Gitano* que es el caballo que á mí me gusta, y me quedé. Vedlo, allí va, añadió señalando el lugar de la orilla por donde el cazador iba con su caballo, ¡y qué aires tan altos y sostenidos! y qué maestría en el portante. ¡Calla! ¿pues qué le ha dado al viejo que así lo pone al galope sin necesidad, como si fuera su jaca gallega?...

Quedóse entonces el palafrenero con la boca abierta y siguiendo con los ojos la carrera de su palafren predilecto, hasta que soltando un grito, esclamó con una impetuosidad que le era totalmente estraña:

—Ahora sí! ahora sí que son ellos; míralos allá, Martina.... Allá bajo las encinas á la entrada del pueblo... no los ves?

—Sí, sí, ya los veo; respondió la muchacha, que era toda ojos en aquel momento. Pero ¿qué traerán?

—¿Qué se yo? respondió Mendo. Toma! toma! pues si casi todo el pueblo de Carracedo está allí! Oye, oye, como gritan y como brincan los rapacees y aun los mozos... Pues señor, algo alegre tiene que ser por fuerza.

—Pero válgame Dios, y qué podrá ser? volvió á preguntar la muchacha, poseida de curiosidad.

—Ahora llega Nuño y habla con ellos.. Por Santiago que el viejo se ha vuelto loco! ¿no has visto como ha tirado el gorro al alto... ahora todos hacen señas á la falúa de los amos... allá va... cuerpo de Cristo; y qué gallardamente reman!... pues no tienen poca priesa los que aguardan... ¿has visto tal grita y tal manotear?

La embarcacion iba acercándose en efecto rápidamente á las señas y voces de aquel animadísimo grupo de gentes de todas edades y sexos, sobre los cuales se veian descollar algunos hombres de armas á caballo; sin embargo, la velocidad de la falúa no correspondia á la impaciencia de Nuño que picando de ambos lados su generoso corcel se metió á galope por el lago adelante levantando una gran columna de agua con la que debia de mojarse hasta los huesos, y escitando la furia de Mendo que echando un voto y amenazando con el puño cerrado, dijo con una gran voz:

—¡Ah bárbaro silvestre y bellacon! ¿así tratas tú la alhaja mejor de la caballeriza? ¡Por quién soy que no tienes tú la culpa, sino quien pone burros á guardar portillos! Para mi alma que si otra vez te vuelves á ver encima de él que me vuelva yo moro!

—Mal año para tí y para todos tus rocines, esclamó enojada Martina; calla á ver si podemos

oir algo, y déjame ver de todas maneras lo que pasa.

El generoso corcel obediente y voluntario como suelen ser todos los de buena raza, llegó nadando gallardamente con su ginete hasta el borde de la falúa y allí Nuño gesticulando con vehemencia dió su mensage, que tanta priesa le corria. Doña Beatriz que se habia puesto en pie para escucharle, y cuya forma esbelta y agraciada con su vestido blanco se dibujaba como la de un cisne sobre la superficie azulada del lago, levantó los brazos al cielo y en seguida se hincó de rodillas con las manos juntas como si diese gracias al Todopoderoso. Su padre fuera de sí de alborozo corrió á abrazarla estrechamente; en seguida metiendo la mano en una especie de bolsa que traia pendiente de la cinta, sacó una cosa que entregó á Nuño, y éste volviendo á la orilla con gran priesa, comenzó á distribuir entre los aldeanos el bolsillo de su señor, que como presumirán nuestros lectores, era lo que acababa de recibir. Con esto crecieron las aclamaciones y vítores mientras la falúa ligeramente se dirigia á las encinas, donde el señor de Arganza saltando en tierra y abrazando á uno de los recien venidos, le hizo embarcar con él y su hija que tambien se adelantó á darle la mano. Los demas precedidos de Nuño se dirigieron á galope á la quinta, seguidos durante un rato de toda la chiquilleria de Carracedo que gritaba á mas y mejor.

Martina que con los ojos arrasados en lágrimas habia visto aquella escena, cuyo sentido no tardó mucho en comprender, esclamó entonces:

—Gracias mil sean dadas á Dios, porque los

templarios han sido absueltos, y ya nada tenemos que temer por el generoso don Alvaro.—Pero, qué haces ahí, posma? le gritó á Mendo que se habia quedado como lelo; ¿no ves que ya están llegando? Anda á habilitar las caballerizas.

No le pesaba al rollizo palafrenero de la absolucion de don Alvaro, porque desconocidos como le eran sus proyectos de servir á un conde con la muerte del de Lemus, creia que ninguno podia haber mas honrado para reemplazarle que el señor de Bembibre, pero no estaba en esto la dificultad, sino en que como amo y criado venian á ser á sus ojos una misma persona, y él no habia cedido en sus amorosos propósitos respecto á Martina, veia dar en el suelo toda la fábrica de sus pensamientos con semejante desenlace. Así fué que aguijoneado tan vivamente por la muchacha, bajó la escalera diciendo entre dientes:

—Pues, señor, con que el zascandil de Millan vuelva y con que el Gitano coja un muermo con la mejadura que no se lo quite en medio año de encima, medrados habemos quedado.

Martina por su parte bajó tambien aceleradamente al embarcadero, donde á poco saltó en tierra su señora en compañía de su padre y de aquel portador de buenas nuevas, que no era otro sino nuestro buen amigo Cosme Andrade.

CAPÍTULO XXXIII.

El honrado montañés que vió tan bien terminada la causa de los templarios á despecho del

encono que los Castros abiertamente, y el infante don Juan y otros señores con sordos manejos habian manifestado contra aquella esclarecida órden, determinó de volverse á su Cabrera, de donde faltaba hacía ya mas tiempo del que hubiera deseado. Como la situacion de los caballeros despues de la ocupacion de sus bienes era tan precaria, volvió á las instancias y ofertas que ya en Ponferrada habia hecho al comendador, pero con mas ardor que nunca, ponderándole con su sencilla efusion el gran contento que recibiria su muger con su vista, el favor que le haria en enseñar á sus hijos los ejercicios de los guerreros, lo mucho que se divertiria con sus cazas, y sobre todo la paz y veneracion que le rodearian por todas partes. El anciano se mantuvo inflexible como quien ha formado una resolucion que todo el poder del mundo no bastaria á destruir, y asi el buen hidalgo hubo de hacer sus preparativos de viage, sin que se le lográra aquel vivo deseo.

Cuando llegó el dia de la separacion, los caballeros todos salieron á despedir á Cosme á las afueras de Salamanca para darle un público testimonio de lo agradecidos que quedaban á su noble comportamiento. Paga escasa en verdad, sino la realzára y diera tan subido precio la sincera voluntad que la dictaba, porque nadie se habia arrojado á la defensa del Temple con tanto valor como aquel sencillo montañés, ní hubo testimonio que tanto peso tuviese como el suyo en el ánimo de aquellos santos varones.

La nobleza de su alma se descubrió bien á las claras cuando casi solo se arrestó á sostener el choque de la opinion embravecida en aquel siglo

supersticioso, y sin vacilar se puso á luchar cuerpo á cuerpo con el poderoso linage de los Castros.

Cualquiera que fuese la prevencion y odio con que miraban á aquella caballería, como los rasgos generosos tienen un no sé qué de eléctrico, poco tardó en ganar la mayor parte de los corazones: así fué que salió de Salamanca colmado de elogios y favores de todas clases.

Llegó por fin el instante de la partida, y entonces el maestre despues de haberle dado las gracias en unos términos, que el buen montañés no parecia sino que estaba á la vergüenza, segun el vivo color que á cada momento le encendia las megillas, le regaló un caballo de casta árabe y de hermosísima estampa, ricamente enjaezado. Bien hubiera querido él escusar el regalo, pero no fué posible atendida la fina y delicada muestra de gratitud de aquellos guerreros. Antes de montar á caballo, sin embargo, todavia llamó aparte á Saldaña, y con las lágrimas en los ojos le volvio á rogar que se fuese con él á Cabrera, cosa que él rehusó, pero no sin cierto enternecimiento que no estaba en su mano sofocar. Por fin, despues de muchos abrazos y aun lágrimas, subió el montañés en su nueva cabalgadura y se alejó de la noble Salamanca, acompañado de unas cuantas lanzas del abad de Carracedo que volvian al Bierzo.

Como quiera las alegres nuevas, de que era portador, casi disiparon del todo el disgusto de la separacion, porque las cartas que llevaba para el señor de Arganza del venerable religioso, y los sucesos que como testigo presencial podia contar,

era cosa averiguada que derramarian la alegria en las pintorescas orillas del lago de Carracedo.

Y no se engañaba, segun acabamos de ver, porque como aquellos pacíficos aldeanos solo bienes y limosnas debian á los templarios, recibieron como la mejor fiesta del mundo la noticia de su absolucion. Así fué que cuando puso el pié en tierra despues de haberle acogido con los brazos abiertos el señor de Arganza y de haber visto entre las suyas la mano delicada de aquella dama á quien sus pesares y dolencias no habian podido despojar de su singular atractivo y hermosura, no sabia el buen cazador lo que le pasaba, ni cabia en sí de puro ancho.

Como ya declinaba el sol cuando el encuentro y sucesos que de referir acabamos, don Alonso no rompió la nema de los pliegos hasta llegar á la quinta.

El virtuoso abad le daba cuenta en ellos de varios pormenores del juicio y de la sentencia, le recomendaba eficazmente á Andrade y concluia diciéndole que atendido el espíritu de los padres del concilio, estaba casi cierto de que darian por libre á don Álvaro de todos sus votos. La carta concluia con algunas reflexiones llenas de uncion y de consuelo, vivo traslado de la caridad que se abrigaba en aquella alma, á pesar de la notable adustez de su carácter.

Encargar festejos y toda clase de finezas para el portador de semejantes nuevas, era trabajo de todo punto escusado; ademas que don Alonso estimaba cordialmente á aquel hombre, dechado de honradez y de virtudes antiguas.

Así fué, que en los dias que permaneció en la quinta no cesaron las funciones de caza y pesca, los banquetes y las danzas. Sin embargo de todo, el montañés que nunca habia hecho ausencia tan larga de su casa, anhelaba estraordinariamente volver á ver la cara de su muger y los enredos de sus hijos; por lo cual, al cabo de una semana se despidió de su noble huésped y de su interesante hija, para volverse á sus nativas montañas. Doña Beatriz le regaló unas preciosas ajorcas de oro y pedrería para su esposa, y don Alonso le hizo presente de un hermoso tren de caza, con una corneta primorosamente embutida en plata. Ademas para mayor honra le acompañó un buen trecho de camino, al cabo del cual se separaron haciéndose las mas cordiales protestas de amistad y buena correspondencia.

En su alma era donde encontraba Andrade el mejor galardon de sus acciones, pero no dejaba de ser uno y bien halagüeño la aficion que con ellas habia logrado despertar en todas las almas bien nacidas.

Mezclábase tambien á estos sentimientos un poco de vanidad por haber venido á ser el héroe de aquellos sucesos, por manera que el respeto antiguo con que entre los suyos era mirado, subió de punto y aun llegó á pasmo y admiracion.

Despues de esta peripecia pasó doña Beatriz del estremo de la ansiedad y del dolor, al de la esperanza y alegría. No solo veia á su amante honrado y absuelto, sino libre de sus votos, volviendo á sus pies mas rendido y enamorado que nunca, y abriendo como la aurora las puertas

de la luz al dia resplandeciente y eterno de su amor. Desde entonces parecia que un nuevo gérmen de vida discurria por aquel cuerpo debilitado y lánguido, y que sus ojos recobraban poco á poco la serenidad de su mirada. Sus megillas comenzaron á colorearse suavemente, y en todos sus discursos se notaba que la confianza habia vuelto á introducirse en su alma. Locos estremos sin duda, en que mas parte tenia el deseo de su corazon, que la realidad de las cosas, puesto que la suerte de don Alvaro estaba todavia pendiente del fallo de un tribunal, y que ni la razon ni la religion aconsejan que se ponga tanta fé en la instabilidad de los negocios humanos.

Los que contaban con la condena y castigo de los templarios, que era la córte de Castilla y la mayor parte de sus ricos hombres, aunque estaban apoderados de sus bienes y aun de sus personas, volvieron á sus recelos y temores, no bien los vieron absueltos y dados por libres de los cargos que se les imputaban. Por lo mismo redoblaron su diligencia y esfuerzos, para que los tristes pedazos de aquel ilustre cuerpo, como los de la serpiente fabulosa, no pudieran volver á juntarse y soldarse para tornar á la vida. Desconcertada su accion y secuestrados sus bienes, el medio mas eficaz de reducirles al último abatimiento, era privarles de aquellas alianzas, escasas en número á la verdad, pero por lo mismo sinceras, á cuya sombra pudieran intentar su restauracion; y cuando á tanto no alcanzaran debilitar por lo menos todo lo posible, á los señores que les quedaban amigos, para hacerlos menos temibles.

En tan fatal coyuntura se ofrecia á la resolucion del tribunal el asunto de don Alvaro. Aunque todos sabian que la amargura del desengaño, era la que le habia llevado á la soledad del claustro, no por eso dejaban de conocer, que habiendo pronunciado sus votos voluntariamente, cualquiera que fuesen las cualidades de que en su orígen adolecian, nunca faltaría á la fé jurada á sus hermanos. Claro estaba, por consiguiente, que si quedaba suelto de las ligaduras religiosas, y volvia á ser señor de sus bienes en un pais donde el Temple habia echado tan hondas raices, podian amagar grandes peligros, y mucho mas, si al cabo llegaba á entroncarse con la poderosa casa de Arganza.

Como don Alvaro, por otra parte, no habia querido apartar su causa de la de su órden, ni aun á trueque de la felicidad con que le brindaba, mas que el abad de Carracedo y sus amigos, su propio corazon; de imaginar era, que no bien se le deparase la ocasion, trataria de volver por el honor de los suyos y de reparar la injusticia cometida con ellos.

Muy comun es aborrecer á quien sin causa se agravia, porque su presencia es un vivo y continuo reproche y sañudo despertador de su conciencia, y por esta razon, sin duda miraba el infante don Juan á don Alvaro con sangriento rencor. Cuanto pues, no debieron crecer sus inquietudes cuando vió la posibilidad de que de nuevo se anudase aquel lazo que ya antes habia roto con el enlace del conde de Lemus, y que entonces parecia traido por una mano invisible. Desde el dia mismo de la sentencia volvió á sus cábalas y maquinaciones,

procurando torcer el ánimo de los obispos para que declarasen templario á don Alvaro, y como tal, sin absolverle de ninguno de sus votos le sujetasen á la final determinacion del sumo pontífice. Con esto se lograba que continuando sus bienes en secuestro, perdiese aquella insigne milicia la esperanza de mejorar su causa al abrigo de un señor poderoso y valiente, mientras el tiempo y el decaecimiento á que habian venido, acababa de todo punto con su lustre y prestigio. Solo de esta suerte podia descansar su codicia acerca del fruto que pensaba sacar aquel rico botin.

Con grandes obstáculos tenia que luchar, sin embargo, y no era el menor de todos ciertamente ser él quien tan solícito se mostraba en semejante fallo, porque su reputacion no podia andar mas despreciada y abatida, aunque se abrigase de la magestad y pompa del rey su sobrino. Por otra parte las candorosas declaraciones de don Alvaro que viendo ya en salvo el honor y aun la vida de sus hermanos, habia acallado por fin los generosos escrúpulos de su honor; las cartas del infante á don Juan Nuñez en que se revelaba la negra trama de Tordehumos, los esfuerzos de este buen caballero sinceramente arrepentido y deseoso de enmendar su anterior conducta, y el noble desprendimiento de Saldaña que á trueque de favorecer al señor de Bembibre, no vaciló en acusarse de haber ejercido coaccion en el maestre para su admision en la órden, eran contrapeso mas que suficiente á las intrigas y maquinaciones de aquel mal caballero. No era la cuestion de gobierno y buena política la sometida á la sensatez de los prelados de Castilla y Portugal, sino de justicia estricta y rigorosa, y

asi desde luego manifestaron su resolucion de favorecer á don Alvaro. En tan robusto fundamento descansaban las esperanzas del abad de Carracedo y las seguridades, temerarias sin duda, de doña Beatriz.

Desgraciadamente no estaba del mismo modo de pensar el inquisidor delegado del papa, y sin su ayuda mal podia ponerse el sello á la ventura de aquellos desdichados amantes. Arrastrado por el rey de Francia segun ya dijimos, entró Clemente en la persecucion de los templarios: la política mas que el encono le mantuvo en aquella senda indigna de la magestad pontificia, y atendiendo á ella mas que á otra cosa, sus legados salieron bien penetrados de sus instrucciones y decididos á llevar á cabo sus intentos. Viendo, pues, Aymerico, que los padres de Salamanca, puesta la mira únicamente en la justicia, se inclinaban á pronunciar la nulidad de los votos de don Alvaro, y ocupado de los mismos temores que el infante don Juan, comenzó á suscitar estorbos á la decision del concilio. No le valieron sin embargo sus astucias; asi es que pasado poco tiempo, hubo de recaer fallo sobre este incidente del gran proceso del Temple.

La sentencia declaró á don Alvaro libre de los votos de obediencia y pobreza, únicos que le ligaban á la órden, y le restituyó todos sus bienes y derechos, pero no pudo coronar la obra de virtud de aquellos piadosos prelados. El voto de castidad y pureza, atadura la mas fuerte de todas, quedaba sujeto á la jurisdiccion especial del legado pontificio; pues cualquiera que fuese la nulidad de los otros, al cabo todos se referian á un órden de cosas ya finado ó suspenso por lo menos, al paso que

este como de obligacion absoluta y puramente individual, no estaba sujeto á tiempo, ni circunstancias, habiendo sido pronunciado voluntariamente.

Semejante esplicacion como otras muchas que se fundan en una mezquina y farisáica esplicacion de las leyes, tenia mucho mas de escolástica y teológica que de caritativa y benéfica, porque el ningun valor esencial de la profesion de don Alvaro, mal podia fortalecer ninguna de las obligaciones con ella contraidas, y por otra parte ningun empleo mas noble podia buscarse al poder de la religion que remediar los daños de la iniquidad y perfidia. Por dado que fuese el siglo aquel á sutilezas de escuela, de tanto bulto eran estas razones y tan acomodada por otra parte la solicitud al espíritu del Evangelio, que los obispos todos con el mayor encarecimiento rogaron al inquisidor que en uso de sus falcultades estraordinarias, rompiese la última valla que se oponia á la felicidad de dos personas tan dignas de estimacion y de respeto por sus desventuras y por su elevado carácter, agradeciendo así las hazañas de don Alvaro en Andalucía y Tordehumos, y librando á un tiempo de su final ruina á dos linages esclarecidos y antiguos.

Cabalmente estas razones eran las que mas desviaban al inquisidor de otorgar la demanda, pues no habiendo sido poderosa su influencia á estorbar la declaracion que restituia á don Alvaro á la clase de señor independiente, el único medio que tenia de disminuir su poderío, era impedir aquel enlace deseado Tan cierto es que la mano de la política, y la razon de estado sin escrúpulo, trastornan las esperanzas mas legítimas, y se burlan de todos los sufrimientos del alma.

Perseverante, pues, en su propósito, desoyó Aymerico no solo las reclamaciones del abad y de los prelados, sino los ruegos de una gran porcion de señores que guiados por don Juan Nuñez de Lara, y llenos de aficion á don Alvaro, emplearon todos sus esfuerzos en allanarle el camino de su felicidad. Recayó pues brevemente la sentencia dando por válido y obligatorio el voto de que se trataba, hasta que el sumo pontífice en el concilio general que debia celebrarse en Viena del Delfinado, determinase lo mas justo.

El inquisidor por su parte para dulcificar algun tanto la amargura de este fallo, ofreció interponer sus buenos oficios con la córte romana, para la resolucion definitiva de este asunto que en conciencia no habia podido zanjar favorablemente, segun decia. Ninguno se dejó engañar, sin embargo, porque acudiendo al concilio de Viena, casi todos los obispos de la cristiandad, y habiendo de verse en él las piezas innumerables del inmenso proceso del Temple, no habia imaginacion que le viese el término, ni esperanza que hasta su fin pudiese llegar.

Muy general fué la pesadumbre que ocasionó semejante desenlace, pero la del abad, del maestre, de Saldaña y don Juan Nuñez de Lara, fué grandísima y sobremanera amarga, aunque dictada por tan distantes motivos. Mucho le pesaba al buen religioso de ver asi malogrados sus afanes, y á los ancianos caballeros asistir á los funerales de la última esperanza de don Alvaro, pero en Lara se mezclaba al dolor el mas vivo remordimiento, y de todos ellos era quizá el mas digno de compasion.

Por lo que hace á aquel desventurado jóven no se le oyó mas que una queja; la de ver definitivamente separada su suerte de la de los templarios, cuando acababan de romper el último talisman que podia hacerle agradable el poder y los honores. Desde entonces hasta el dia en que hubo de dar la vuelta al Bierzo en compañía del abad, no volvió á pronunciar una sola palabra sobre su suerte, pero en aquella ocasion, y sobre todo al despedirse de Saldaña, soltó la compresa á su dolor, y maldijo mil veces del sino que habia traido al mundo. El anciano le consoló como pudo, exortándole á la fortaleza, y poniéndole delante la inmensidad del porvenir con que le brindaba su juventud. Tanto él como el maestre y casi todos los caballeros quedaban en calidad de reclusos esparcidos en monasterios y conventos apartados, hasta la resolucion del papa: asi pues, don Alvaro despues de haber recibido la bendicion de su tio y los abrazos de Saldaña y de sus compañeros, salió de Salamanca con el abad de Carracedo, desamparado y triste como nunca. Despues de tantos desengaños y severas lecciones, al cabo de tantos vaivenes dentro de su propio corazon y en los revueltos caminos del mundo, la luz de la esperanza, solo podia iluminar dudosa y turbiamente las tinieblas de su alma. No se le ocultaba el estado de doña Beatriz y el terrible golpe que con el último suceso iba á recibir, y contra aquel presentimiento, contra aquella voz interna, se estrellaban todos los consuelos y reflexiones del abad; bien es verdad que los mismos temores y zozobras, asaltaban el alma del anciano, y privaban a su voz de aquel acento de seguridad tan necesario para comunicar

el valor y la confianza. El viage, por consiguiente, fué muy desabrido y silencioso.

Habia pensado el monge presentarse desde luego en la quinta de Carracedo y preparar por sí mismo á doña Beatriz para la dura prueba á que volvia á sujetarla la suerte, pero mejor mirado todo, juzgó mas prudente detenerse á descansar en Bembibre, y desde alli escribir á don Alonso todo lo ocurrido.

Habíase adelantado Millan á la impensada nueva del regreso de su amo, y todo Bembibre salió á su encuentro, pues ni un solo dia habian dejado de rezar por su feliz y pronta vuelta, ni echar de menos su autoridad paternal. Don Alvaro procuró corresponder como siempre á aquellas sencillas muestras de aprecio, pero nadie dejó de observar con disgusto cuan mudado estaba con los pesares el semblante de su señor. La guarnicion que en nombre del rey ocupaba el castillo, lo dejó al punto en manos de su legítimo dueño, y un buen número de los soldados que habian acompañado á don Alvaro á la espedicion de Tordehumos, se apresuraron á guarnecerlo. En una palabra, el dia entero y aun alguno de los posteriores se pasaron en danzas y regocijos de todas clases, pues todo habia vuelto en Bembibre á su antigua alegria.—Todo, menos el corazon de su señor!

CAPÍTULO XXXIV.

Las esperanzas de doña Beatriz venian á ser con tan raros sucesos como las flores del almendro

que apresurándose á romper su capullo á las brisas de la primavera, y abriendo su seno á los rayos del sol, desaparecen en una sola noche al soplo mortífero de la helada. Su alma cansada de sufrir y su salud postrada á los embates del dolor, no bien sintieron flojas las rigurosas ataduras, cuando se abalanzaron ardientemente á la fuente del bien y la alegria, para templar su hidrópica sed, bien agenas de encontrar el acibar de nuevas tribulaciones, donde tan regalada frescura y suavidad se imaginaban.

No era muy del agrado del cuerdo don Alonso aquella imprudente seguridad en que se adormecia su hija, pero gracias á ella, sus fuerzas se restauraban tan visiblemente y hasta su memoria parecia purificarse de los pasados trágicos recuerdos de tal modo, que no tenia valor para destruir aquel hermoso sueño que le libraba de su mas terrible recelo.

El anciano médico de Carracedo se manifestaba sumamente satisfecho del sesgo que la enfermedad iba tomando, y como las noticias que de Salamanca llegaban, solo traian anuncios de un porvenir próspero, nada habia que detuviese la naturaleza en su benéfico movimiento.

Habia entrado de lleno la primavera y su influjo contribuia tambien poderosamente al alivio de la enferma, pintando en su imaginacion las risueñas escenas de aquellos contornos y regalando su pecho con su aromoso ambiente. Aquel cuadro ganaba cada dia en belleza y amenidad, y en él encontraba el alma tierna y apasionada de doña Beatriz un manantial inagotable de dulcísimas sensaciones.

Una mañana que unas veces á pié y otras embarcada, habia recorrido con su padre y su doncella gran parte de las orillas del lago, se recostó por último al pie de un castaño para descansar un poco de su fatiga. Arrullaba tristemente una tórtola en las ramas de aquel árbol; un leñador descargando recios golpes con su hacha en el tronco de un acebuche no muy distante, acompañaba su trabajo con una tonada muy dulce, y en el medio del lago menudamente rizado por un vientecillo ligero, se balanceaba una barquilla con un sólo aldeano. El cielo estaba puro; el sol recien salido alumbraba con una luz purísima el paisage, y únicamente en un recodo algo mas sombrío de aquella líquida llanura una neblina azul y delgada parecia esconderse de sus rayos.

Los tres guardaban silencio como si temiesen interrumpir con sus palabras la calma de aquel hermoso espectáculo, cuando un resplandor que venia del lado de Carracedo dió en los ojos de don Alonso, y fijándolos con mas cuidado en aquel parage, vió un hombre de armas que al trote largo se encaminaba hácia ellos, y cuyo almete y coraza herido por el sol despedia vivos fulgores. Hacia dias que no recibia noticias de Salamanca el noble señor y al punto juzgó que aquel hombre vendria enviado del abad.

El forastero que vió la falua atracada á corta distancia y el trage y apostura del grupo que estaba al pié del castaño, se encaminó hácia ellos en derechura, y apeándose ligeramente, presentó á don Alonso un pliego con las armas de Carracedo. Abriólo rápidamente y á los pocos renglones que hubo leido, se le robó el color de la cara,

comenzaron á temblarle las rodillas, y como si fuese á perder el conocimiento se apoyó contra el tronco del árbol y dejó caer el papel de las manos. Doña Beatriz entonces, veloz como el pensamiento se arrojó al suelo y recogiendo la carta se puso á leerla con ojos desencajados, pero su padre que al ver su accion pareció recobrarse enteramente, se arrojó á ella para arrancársela de las manos diciéndole á gritos:

—No lo leas! no lo leas, porque te matará!

Pero ella desviándose á un lado, sin separar sus ojos del fatal pliego, y cebada en sus renglones, llegó á un punto en que lanzando un tremendo gemido, cayó sin sentido en brazos de su fiel doncella. El mensagero acudió al punto á su socorro y los remeros hicieron lo mismo saltando en tierra, pero ya don Alonso y Martina la habian reclinado de nuevo al pie del árbol sentándose esta en el suelo y teniendo en su regazo la cabeza de su señora. Entonces comenzaron á rociarle el rostro con agua que traian del lago en un búcaro, y á administrarle cuantos remedios consentia lo impensado del lance; pero inútilmente porque no volvia en sí, ni cesaba una especie de respiracion sonora y anhelosa que parecia hervir en lo mas profundo de su pecho. De cuando en cuando exhalaba un ¡ay! profundísimo y llevaba las manos al lado del corazon, como si quisiese apartar un peso que la abrumaba, mientras un copioso sudor corria de su frente y humedecia todo su cuerpo.

En semejante estado se pasó un largo rato, hasta que viendo don Alonso que el accidente ofrecia sério cuidado, determinó ponerla en la falúa y

volver á la quinta inmediatamente. Trasportáronla, pues, entre todos con el mayor cuidado y bogando aceleradamente poco tardaron en desembarcar en el muelle, desde donde con las mismas precauciones la llevaron á su cama. Afortunadamente estaba allí á la sazon el anciano físico de Carracedo que acudió al punto, y observando con gran cuidado su respiracion y pulso le abrió sin perder tiempo una vena. Con el remedio comenzó á mitigarse su tremenda fatiga, y á poco abrió los ojos aunque sin fijarlos en objeto alguno determinado y rodeando su cámara con una mirada incierta y vagarosa. Por último recobró totalmente sus sentidos pero presa todavia de su tremendo ataque, las primeras palabras que pronunció fueron:

—Aire! aire! yo me ahogo!

El religioso acudió aceleradamente á las ventanas y las abrió de par en par.

—Ah! todavia! todavia tengo aqui un peso como el de una montaña! esclamó pugnando por incorporarse y señalando el lado izquierdo del pecho.

Entonces Martina, el monge y su padre la incorporaron en el lecho amontonando detras una porcion de almohadas. En esta postura recobró poco á poco algun sosiego, y el aire templado y apacible que entraba por las ventanas empezó á serenar su respiracion. Entonces fué cuando el recuerdo de la escena que acababa de pasar, se despertó en su memoria y clavando en su padre sus ojos alterados y brillantes con el fuego de la calentura, le dijo:

—¿Qué se hicieron la carta y el mensagero?...

Dadme el papel que todavia, no le he acabado de leer!... ¿dónde le guardais, que no le veo?

—Hija mia! hija mia! le respondió el anciano, no me destroces el corazon. Qué vas á buscar en ese malvado escrito?

—La carta! la carta! repuso ella con ciega y obstinada porfía, y sin hacer caso de las razones de su padre.

—Dádsela y no la contradigais, añadió el físico en voz baja, porque ya no le podrá hacer mas daño del que le ha hecho.

Entregósela entonces don Alonso y ella con estraordinaria avidez se puso á devorarla. Esta carta, como presumirán nuestros lectores, no contenia sino lo que ya saben; pero por una fatal circunstancia distaba de la imaginacion de doña Beatriz como el cielo de la tierra. Acabó por fin de leerla, y dejando caer entrambas manos sobre el lecho, como postrada de debilidad, dirigió una larga y melancólica mirada al paisage que por las abiertas ventanas se descubria. Un breve espacio estuvo sumida en esta triste distraccion, hasta que al cabo lanzando un profundo suspiro esclamó:

—Y sin embargo, mi ensueño era bien puro y bien hermoso: puro y hermoso como ese lago en que se mira el cielo como en un espejo, y como esos bosques y laderas llenas de frescura y de murmullos. No seré yo quien sobreviva á las pompas de este año. ¡Necia de mí que pensaba que la naturaleza se vestia de gala como mi alma de juventud para recibir á mi esposo cuando solo se ataviaba para mi eterna despedida!

—¡Y necio de mí mil veces! repuso don Alonso,

que te dejé adormecer en esa vana esperanza que podia desvanecerse con un soplo!

—¿Qué queriais, padre mio? repuso ella con dulzura: mis ojos se habian cansado de llorar en la noche de mis pesares, y cuando el cielo me mostró un vislumbre de felicidad, creí que duraria, porque lo habia comprado á precio de infinitas amarguras. Poco siento la muerte por mí, pero quien os consolará á vos, quien le consolará á él, á él que me ha amado tanto?

—Doña Beatriz, dijo gravemente el religioso, no hace mucho tiempo que la misericordia divina os sacó de las tinieblas mismas de la muerte, y no sé como en vuestra piedad lo echais en olvido tan pronto y asi desconfiais de su poder. Por otra parte yo he leido tambien lo que dice mi reverendo prelado y no veo motivo para ese desaliento, cuando el inquisidor Aymerico ha prometido su ayuda para con el soberano pontífice á fin de que la consulta se decidá favorablemente. Asi debeis esperarlo.

—¡Ah, padre! contestó ella, ¿cómo pensais que en el laberinto de este inmenso negocio tropiecen en la hoja de papel de que pende mi sosiego y felicidad? ¿Qué les importa á los potentados de la tierra la suerte de una jóven infeliz que se muere de amor y de pesar? ¿Quién pone los ojos en el nido del ruiseñor cuando el huracan tala y descuaja los árboles del bosque?

Don Alonso que se habia sentado á los pies de la cama con la cabeza entre las manos, sumido en una profunda afliccion, se levantó al oir estas palabras como herido de una idea súbita, y poniéndose delante de su hija con ademan resuelto respondió:

—Yo, yo que te he perdido, yo te traeré la libertad de don Alvaro y la ventura de los dos! yo pasaré á Francia, yo iré al cabo del mundo aunque sea á pié y descalzo y con el bordon del peregrino en la mano y me arrojaré á los pies de Clemente V. Yo le hablaré de la sangre que ha vertido mi casa por la fé de Cristo y le pediré la vida de mi hija única. Mañana mismo partiré para Viena.

—¡Vos, señor! contestó ella como asustada, ¿y pensais que yo consentiré en veros espuesto á las penalidades de un viage tan largo y en mirar vuestras canas deslucidas con inútiles ruegos solo por esta pasion insensata que ni la oracion, ni las lágrimas, ni la enfermedad han podido arrancar de mi pecho? Y luego, padre mio, considerad que ya es tarde y que á vuestra vuelta solo encontrareis el césped que florezca sobre el cuerpo de vuestra hija! No os aparteis de mí en ese instante!

—Beatriz! Beatriz! contestó el anciano con un acento terrible: no me desesperes, ni me quites las fuerzas que necesito para tu bien y el mio. Mañana partiré porque el corazon me dice que el cariño y el arrepentimiento de tu padre, han de poder mas que la fatal estrella de mi casa.

Doña Beatriz quiso responder, pero Martina juntando las manos, le dijo con el mayor encarecimiento:

—Por Dios santo, noble señora, que le dejeis hacer cuanto dice, porque me parece que es una voz del cielo la que habla por su boca, y ademas con eso le quitareis un peso que le agovia de encima del corazon.

—Doña Beatriz, le dijo gravemente el religioso,

en nombre de vuestro padre, de vuestro linage y de cuanto podeis amar en el mundo, os encargo que recojais todo vuestro antiguo valor y que os sosegueis, pues semejante agitacion puede dañaros infinito.

Y al acabar estas palabras, se salió del aposento llevándose consigo al señor de Arganza. Separóse de él un instante para disponer una bebida con que pensaba templar la calentura de la enferma aquella noche y en seguida volvió al lado del acongojado viejo.

—¿Cuál es vuestro pensamiento? le preguntó.

—El de emprender la marcha al instante, le respondió don Alonso, pero quisiera que vuestro prelado viniese á hacer el oficio de padre con mi desdichada hija, que va á quedar por algun tiempo en la mayor horfandad y desamparo. ¿Creeis que su vista no empeore su estado, trayéndole á la memoria imágenes dolorosas?

—Todo lo contrario, respondió el monge, antes es preciso amortiguar el crudo golpe que ha recibido hoy, borrándolo en lo posible de su imaginacion. Asi que, no solo debe venir el abad sino don Alvaro tambien y muy en breve, porque tal vez su presencia valga harto mas que todos mis remedios.

—Si, si, sin perder tiempo, respondió don Alonso llamando con una especie de silbato de plata.

Al punto se presentó el cazador Nuño.

—¿Se ha ido ya el mensagero de Bembibre? le preguntó su amo.

—No señor, respondió el viejo con aire de taco, sin duda aguardará por las albricias de las buenas nuevas que ha traido.

—No importa, respondió don Alonso, tráele inmediatamente á mi presencia.

El criado salió murmurando entre dientes y su señor sentándose aceleradamente á un bufete, escribió una carta muy encarecida al abad encargándole la pronta venida en compañía de don Alvaro. Justamente acababa de cerrarla, cuando se presentó el mensagero.

—Malas nuevas has traido, amigo, le dijo el señor de Arganza.

—¡Ah señor! respondió el hombre con el acento de la sinceridad, harto me pesa, y si yo hubiera sabido cuales eran, otro hubiera tenido que ser el portador.

—No importa, repuso don Alonso, ahí tienes esas monedas por tu viage, pero dí ¿vienes bien montado?

—Una yegua traigo mas ligera que el pensamiento, respondió el correo muy alegre de verse tan generosamente recompensado.

—Pues es preciso que pongas á prueba su ligereza para llegar á Bembibre al punto, y entregar esta carta al abad de Carracedo; que si la yegua se revienta yo te dejaré escoger entre las mias la que quieras.

Sin aguardar á mas salió el soldado y desatando su cabalgadura y montando en ella de un salto, salió como un torbellino por el camino de Ponferrada en donde se perdió muy en breve de vista.

A medida que fué entrando el dia fué creciendo la calentura de doña Beatriz, y turbándose su conocimiento. Quejábase de dolor y opresion en el lado izquierdo y de una sed devoradora: de cuando en cuando se quedaba dormida, y enton-

ces un sudor estraordinario venia por fin á despertarla. En estas alternativas pasé la tarde, hasta que entrando la noche, su respiracion comenzó á ser mas fatigosa y á tener ciertos intérvalos de delirio, bebiendo con ánsia indecible grandes porciones del cordial que la habian dispuesto.

Ni su padre ni el anciano religioso se apartaron sino muy contados instantes del aposento de la enferma, silenciosos ambos, aunque igualmente atentos, y haciendo, sin duda, las mas tristes reflexiones sobre aquella vida marchitada en flor por el gusano roedor de la desdicha. A cada frase de las varias incoherentes que se escapaban de sus lábios, don Alonso se acercaba como si oyese pronunciar su nombre, pero ó callaba en seguida, ó despues de echarle una mirada errante y distraida se volvia del lado opuesto, unas veces lanzando un suspiro y otras sonriéndose de una manera particular. El desventurado padre se apartaba entonces meneando tristemente la cabeza, y sentándose á un estremo de la estancia volvia á sus penosas reflexiones.

Como el insomnio y la afliccion acaloraban á un tiempo su cabeza, salió en una ocasion un momento al mirador de la quinta á respirar el aire esterior. Estaba muy entrada la noche, y la luna en la mitad del cielo parecia al mismo tiempo adormecida en el fondo del lago. Con su luz vaga y descolorida, los contornos de los montes y peñascos se aparecian estrañamente suavizados y como vestidos de un ligero vapor. No se movia ni un soplo de aire: los acentos de un risueñor que cantaba á lo lejos se perdian entre los ecos con una música de estremada armonía.

El señor de Arganza no pudo menos de sentir el profundo contraste que con los tormentos de su hija única formaba la calma de la naturaleza. Acordóse entonces de la prediccion del abad de Carracedo, y de tal manera se perturbó su imaginacion que se sentó trémulo y acongojado en un asiento, cuando de pronto le pareció oir como á la salida del pueblo de Carracedo un ruido que instantáneamente iba aumentándose. Un rápido vislumbre que salió por acaso de debajo de las encinas escitó mas su curiosidad, y observando con cuidado vió que eran tres ginetes, dos de ellos con atavíos militares que venian costeando el lago con galope rápido y acompasado á un tiempo, y se encaminaban á la quinta. La luz de la luna, que no servía para distinguir mas que los bultos, alumbró lo bastante cuando ya se acercaron para descubrir que el uno de ellos vestía el hábito blanco y negro de la órden de San Bernardo. Don Alonso no pudo contener un grito de alegria y de sorpresa, y bajando la escalera precipitadamente fué á abrir por su misma mano la puerta al abad de Carracedo, que era el que llegaba acompañado de Don Alvaro y de su escudero Millan.

—¡Ah padre mio! le dijo el apesadumbrado señor arrojándose en sus brazos; no hace un instante que estaba pensando en vos. Vuestra prediccion ha empezado á cumplirse de un modo espantoso, y mucho temo que no salga cierta del todo.

—No deis crédito á palabras, hijas de un ímpetu de cólera, le dijo el abad bondadosamente. Mas alta que la vanidad de nuestra sabiduría está la bondad de Dios.

—¿Y vos tambien, noble don Alvaro? añadió don Alonso yéndose para el jóven con los brazos abiertos. ¿De esta manera debíamos encontrarnos al cabo de tan alegres imaginaciones?

Entonces se le anudaron las palabras en la garganta, y don Alvaro sin desplegar los lábios se apartó violentamente de él, volviendo las espaldas y metiéndose en la obscuridad para enjugarse las lágrimas de que estaban preñados sus párpados y sofocar sus sollozos. Todo quedó silencioso por un rato, si no es el caballo árabe de don Alvaro, que á pesar de la fatigosa jornada heria la tierra con el casco. Por fin el noble huésped sosegándose un poco, dijo á los recienvenidos:

—No os esperaba hasta mañana, mis buenos amigos; pero en verdad que nunca pudo haber llegada mas á tiempo.

—¿Eso creíais de nosotros? respondió el abad; ¡no permita el cielo que con esa tibieza acuda nunca á los menesterosos y afligidos! Desde que recibimos vuestra carta, no hemos cesado de caminar con la mayor diligencia, y aquí nos teneis. ¿Pero nada nos decís de vuestra hija?

—Hace un momento que dormia, respondió don Alonso, si sueño puede llamarse el que en medio de tanta perturbacion se disfruta. Venid, acerquémonos á su aposento para que la veais si puede ser.

Al ruido de los caballos habian acudido algunos criados y uno de ellos cogiendo una luz, los guió á la cámara de la enferma. Quedáronse los forasteros al dintel mientras don Alonso se informaba, pero al punto volvió por ellos y los hizo entrar.

Estaba doña Beatriz tendida en su lecho como sumergida en un angustioso letargo y las largas pestañas que guarnecian sus párpados daban á sus ojos cerrados una espresion estraordinaria. Aquella animacion que la esperanza y alegria disipadas hacia tan pocas horas, habian comenzado á derramar en su rostro, todavia no estaba borrada. En su frente pura y bien delineada se notaba una cierta contraccion, indicio de su padecimiento, y la calentura habia esmaltado sus megillas con una especie de mancha encendida. Sus rizos largos y deshechos le caian por el cuello blanco como el de un cisne, y velaban su seno, de manera que á no sèr por su resuello anheloso y por el vivo matiz de su rostro, cualquiera la hubiera tenido por una de aquellas figuras de mármol que vemos acostadas en los sepulcros antiguos de nuestras catedrales. Todavia no habian desaparecido las huellas de los antiguos males y las del nuevo comenzaban á marcarse profundamente , pero sin embargo estaba maravillosamente hermosa, no de otra suerte que si un reflejo celestial iluminase aquel semblante.

El abad despues de haberla mirado un instante se puso á hablar en voz baja, pero con un gesto y espresion vehemente, con el religioso que la asistia, pero don Alvaro se quedó contemplándola con los ojos fijos. De repente exhaló un suspiro y luego con una entonacion fresca y purísima que participaba á un tiempo de la melancolía de la tórtola y la brillantez del ruiseñor, cantó sobre un aire del pais el estribillo de una cancion popular que decia:

Corazon, corazon mio,
Lleno de melancolía,
¿Cómo no estás tan alegre,
Como estabas algun dia?

Los ecos de aquella voz tan llena de sentimiento y de ternura quedaron vibrando en las bóvedas de la estancia, y como mas de una vez sucede en los sueños, doña Beatriz se despertó al son de su propio canto. Don Alvaro que vió abrirse sus hermosos ojos, como dos luceros hermanos que saliesen al mismo tiempo del seno de una nube, tuvo la bastante presencia de ánimo para esconderse al punto detras de don Alonso y de Martina, temeroso de producir con su aparicion una revolucion fatal en la enferma; pero ya fuese que la accion le pareciese sospechosa, ya que su corazon le dijese á gritos quien era el que delante tenia, se incorporó en la cama con ligereza increible, y como si quisiera atravesar con su mirada los cuerpos de su padre y de Martina para descubrir al que se ocultaba, preguntó con zozobra:

—¿Quién, quién es ese que asi se recata de mis miradas?

El abad poseido de los mismos temores quiso hacer entonces la deshecha y presentándose de repente le dijo:

—Es un guerrero que me ha acompañado, doña Beatriz. ¿No me conoceis?

—¡Ah, sois vos, padre mio? contestó la jóven asiendo su mano y llevándola á sus labios, pero quién sino él os acompañaria á esta casa de la desdicha? prosiguió fijando los ojos en el mismo sitio.

La estatura aventajada de don Alvaro hacia

que su casco coronado de un plumero se viese claramente por encima de la cabeza del señor de Arganza.

—Él es! él es! esclamó doña Beatriz con la mayor vehemencia; ese es el mismo yelmo y el mismo penacho que llevaba en la noche fatal de Villabuena. Salid, salid, noble don Alvaro! ¡Oh Dios mio, gracias mil, de que no me abandone en este trance de amargura!

—¡Ah señora! esclamó él presentándose de repente; ni en la ventura, ni en la desdicha, ni en la vida ni en la muerte os abandonará nunca mi corazon,

La jóven medio turbada aun por el delirio y sin seguir mas impulsos que el de su corazon, se habia inclinado como para echarle los brazos al cuello, pero al punto volvió en sí y se contuvo. Con la emocion se habia quedado descolorida, pero entonces un vivo carmin esmaltó sus megillas y hasta su cuello, y bajó los ojos.

—¡Cosa estraña! dijo despues de un breve silencio: no hace mucho que soñaba que me arrebatábais del convento como aquella noche fatal, y que sin llegar al asilo que me teníais preparado, os despedíais de mí para siempre porque os íbais á la guerra de Castilla. Yo entonces me senté á la orilla del camino y me puse á cantar una endecha muy triste. Era un sueño como todos los mios, de separacion y de muerte, pero he aqui que vos volveis.... ¿cómo habrá podido serme infiel mi corazon? ¿Qué quiere decir esta mudanza?

—¿Qué ha de decir, hija mia, respondió el abad, sino que el Señor que te prueba aparta ya de tí las horas malas? No temblabas por la vida,

por la honra y por la libertad de don Alvaro? pues aqui le tienes libre y mas honrado que nunca. Aun el único estorbo que á tu felicidad se opone, desaparecerá sin duda muy en breve. ¿Cómo no esperas lo que todos para tí esperamos y nos afliges de esa suerte?

Doña Beatriz se sonrió entonces melancólicamente, y replicó:

—Mi pobre corazon ha recibido tantas heridas, que la esperanza se ha derramado de él como de una vasija quebrantada. Yo me las figuraba ya cicatrizadas, pero no estaban sino cerradas en falso, y con este golpe han vuelto á brotar sangre. Tenga el cielo piedad de nosotros!

Volvió á quedarse todo en aquel profundo silencio que entristece, tanto como el mismo mal, las habitaciones de los enfermos, sin oirse mas ruido que el de la anhelosa respiracion de doña Beatriz. Ella fué la que volvió á romperlo, diciendo impetuosamente y como si sus palabras y determinacion atropellasen por una gran lucha interior:

—Don Alvaro! no os partais de aquí.... ¿no es verdad que os quedareis? ¿quién puede prohibíroslo? Yo os amo, es verdad, pero del mismo modo pudiera amaros un ángel del cielo, ó vuestra madre si la tuviérais. ¡Pensad que mis palabras llegan á vos del pais de las sombras y que no soy yo la que teneis delante, sino mi imágen pintada en vuestra memoria!—Pero no me respondeis? decid, ¿tendríais valor para abandonarme en este trance?...

—No, no, hija mia, repuso el abad apresuradamente, ni él ni yo nos apartaremos de tu lado hasta que tu padre vuelva de Francia con esa dis-

pensa, prenda de tu alegria y gloria venidera.

—¿Con que perseverais en esa penosa determinacion solo por amor mio? esclamó ella clavando en su padre una dolorosa mirada en que se pintaban la duda y el abatimiento.

—Sí, respondió don Alonso, mañana mismo partiré, si tú no me quitas el valor con esa flaqueza indigna de tu sangre. Animo, Beatriz mia, pues que en tan buena compañía te dejo; que yo espero estar de vuelta antes de tres meses con lo único que puede tranquilizar á un tiempo tu corazon y mi conciencia: la libertad de don Alvaro.

El médico hizo ver entonces que una conversacion tan larga y llena de agitacion podia aumentar el acceso de doña Beatriz, y despues de algunas palabras de ánimo y consuelo que la dirigieron el abad y su padre, se salieron todos de la habitacion, menos el anciano monge y Martina. Don Alvaro no dijo ni escuchó una sola palabra, pero los ojos de entrambos hablaron un lenguage harto mas elocuente al despedirse.

Cualesquiera que fuesen los recelos que doña Beatriz tuviese de su fatal estado, por entonces una sola idea la ocupaba y era que no se veria privada de la vista de don Alvaro. Poco podia servir para sanar los males de su cuerpo, pero era un bálsamo celestial para su espíritu y su influencia fué tan suave y benéfica, que como mas de una vez sucede con las imaginaciones fogosas, bastó para alterar favorablemente el curso de la enfermedad y proporcionarle mas descanso del que pudiera esperarse de aquella noche.

CAPÍTULO XXXV.

Al dia siguiente muy temprano, y cuando su hija descansaba todavía, salió el señor de Arganza para Francia, sin mas que el viejo Nuño y otro criado. Ambos entrados en años, y por consiguiente quebrantados, estaban sostenidos sin embargo por un mismo sentimiento, que si en el uno se podia esplicar por el arrepentimiento y ternura paternal, en el otro venia á ser lealtad acendrada, y en entrambos ciega inclinacion á aquella jóven digna de mejor suerte. No quiso don Alonso despedirse de ella, siguiendo el cuerdo consejo del físico, para no agitarla mas con una escena siempre triste, pero en aquella ocasion mucho mas. Asi, pues, la partida se verificó á las calladas, acompañando al viagero el abad y el señor de Bembibre un buen trecho de camino. Cuando hubieron de separarse, don Alonso los abrazó estrechamente, encargándoles el cuidado con su hija querida, y sobre todo que distrajesen su ánimo de las fúnebres ideas que lo obscurecian. Asi se lo prometieron entrambos, y despidiéndose con pesadumbre, continuó el uno su viage y dieron los otros la vuelta hácia la quinta.

Doña Beatriz, rendida con las emociones de aquella noche, se habia quedado profundamente dormida cerca del amanecer, y aunque los síntomas constantes de su enfermedad no daban á su sueño aquel descanso inapreciable, medicina de tantos males, sin embargo le permitian una blan-

da tregua con ellos. Justamente al entrar don Alvaro y el abad la despertó el relincho de Almanzor, y tendiendo la vista al rededor, echó menos la fisonomía de su padre. Preguntó al punto por él, y Martina salió como en su busca, pero en su lugar entró el abad de Carracedo. Doña Beatriz comprendió al punto lo que era, y su semblante se cubrió de una nube, pero el anciano con gran prudencia y con la persuasiva autoridad que dan los años, la consoló poniéndola delante los prontos y felices resultados que de aquella separacion podian venir. Doña Beatriz le escuchó sin muestra alguna de impaciencia y sin responder una palabra, pero cuando el viejo acabó su discurso, exhaló un suspiro que salia de lo íntimo de su corazon y queria decir:—Todo ese bien que me prometeis llegará tarde. En seguida llamó á Martina, y dijo que queria levantarse. El físico no se opuso, y al poco tiempo ya estaba en pié.

Su palidez era estraordinaria, pues la escitacion del delirio y de la calentura de la noche anterior habia cedido el puesto á una debilidad y decaimiento fatales. Solo cuando don Alvaro se presentó delante de ella sus megillas se sonrosearon ligeramente, y al oir su voz grave y varonil como siempre, pero como siempre tambien tierna y apasionada, pareció estenderse por todo su cuerpo un estremecimiento eléctrico. Habíale mirado con ánsia la noche anterior, pero el velo que estendia la calentura delante de sus ojos y la escasa luz que alumbraba el aposento, no le permitieron ver aquellas facciones á un tiempo armoniosas y espresivas, las primeras y únicas que se habian impreso en su alma. Entonces pudo satisfacer su de-

seo á la claridad del dia, pero con una impresion semejante á la que su vista habia producido en don Alvaro. Ningun síntoma de enfermedad se advertia en su noble semblante, pero el pesar habia comenzado á surcar su frente; sus ojos garzos habian perdido su serenidad antigua, hundiéndose un tanto en las cuencas, y revistiéndose de una mirada sombría. Habia perdido ademas el color, y en los contornos del cuerpo se notaba asimismo cierta flacura, hija de las desdichas y meditaciones.

Cuanto hemos dicho con tantas palabras, notó doña Beatriz con sola una ojeada; pero sin embargo, nunca le pareció don Alvaro tan hermoso. Es cierto que nada habia perdido de su antigua apostura y gallardía, y que en su porte y modales se advertia un no sé qué de austero y elevado que imponia respeto.

Apoyada en su brazo y en el del abad, bajó doña Beatriz la escalera que conducia al jardin con ánimo de sentarse á la sombra de un emparrado y cerca de un toldo de jazmines. Todas las flores estaban abiertas, y un enjambre de abejas doradas zumbando por entre ellas, libaban sus cálices para precipitarse en seguida hácia unas colmenas que estaban en el fondo. Las calles y cuadros presentaban un interminable arabesco de matices vivísimos; las paredes estaban entapizadas de pasionaria y enredaderas, y una fuente que brotaba en el medio, tenia una corona de violetas que asomaban entre el césped su morada cabeza.

La jóven, que á pesar de bajar casi en brazos la escalera, se habia fatigado mucho, no pudo resistir aquel ambiente tibio y cargado de perfumes

que la ahogaba. La lozanía misma de las flores y la juventud pomposa de la naturaleza, formaban en su alma doloroso contraste con la marchita flor de sus años y su exánime juventud. Inmediatamente, pues, la trasladaron á la falúa que al pié del muelle aguardaba. Entraron al punto los remeros, y desamarrándola comenzaron á surcar la azulada llanura.

La brisa fresca del lago reanimó un poco á doña Beatriz. Habíase recostado en la popa sobre unos cojines de seda con un decaimiento y abandono que bien daban á entender la postracion de sus fuerzas. El abad viéndola un poco mas sosegada, sacó el libro de horas, y yéndose á sentar en el estremo opuesto de la embarcacion comenzó á rezar. Don Alvaro en pié, delante de ella, la contemplaba con ojos inquietos y vagarosos, mientras los suyos fijos en el espejo de las aguas, seguian como en éstasis sus blandas undulaciones. Alzólos por fin para mirarle, y clavándolos en los suyos, le hizo señas con la mano para que viniese á sentarse á su lado. Obedeció él silenciosamente, y entonces la jóven le dijo asiéndole la mano:

—Ahora estoy mas sosegada, y puedo hablaros. Gracias á Dios, estamos solos: oidme, pues, porque tengo sobre mi corazon hace ya mucho tiempo un peso que me agovia.—Acercáos mas.—¿No es verdad que alguna vez os habeis dicho:—La muger á quien yo amaba ha sido la esposa de un hombre indigno de ella: su aliento ha empañado su frente: yo me la figuraba semejante á la azucena de un valle á quien no tocan ni los vientos de la noche; pero he aqui que cuando yo la encuentro está ya separada de la planta paterna, y

sus hojas sin aroma y sin lustre.—¿No os habeis dicho esto algunas veces?

Don Alvaro calló en lugar de responder, y no alzó los ojos del suelo. Entonces doña Beatriz despues de haber guardado por un rato el mismo silencio, sacó del seno una cartera de seda verde, y le dijo:

—Os habia comprendido, porque hace tanto tiempo que laten nuestros corazones á compás, que ningun movimiento del vuestro puede serme desconocido. Pero vos.... vos no habeis leido en mi alma! le dijo con acento sentido y casi colérico.

Don Alvaro entonces levantó los ojos, mirándola con ademan suplicante, pero ella le impuso silencio con la mano, y continuó:

—No os lo echo en cara, porque sobradas desdichas han caido sobre vuestra cabeza por amor de esta infeliz muger, y solo ellas han podido quebrantar la fé de vuestro noble corazon. Tomad esta cartera, le dijo en seguida alargándosela, y con ella aclarareis vuestras dudas.

—¡Ah! no tengo ningunas! ningunas! esclamó don Alvaro sin recogerla.

—Tomadla, sin embargo, repuso ella, porque dentro de poco será cuanto os quede de mí.—No me mireis con esos ojos desencajados, ni me interrumpais. Pensad que sois hombre y una de las mas valerosas lanzas de la cristiandad, y conformáos con los decretos del cielo. En esa cartera escribia yo mis pensamientos y aun mis desvaríos: para vos la destinaba: recibidla, pues, de mis manos, como la hubiérais recibido de las de mi confesor.

—¡Ah señora! ¿cómo abrigais semejantes ideas, cuando vuestro padre vá á volver sin duda alguna, y con él los dias de la primavera de nuestro amor?

—Mi padre volverá tarde, respondió ella con acento profundo, volverá solo para confiar á la tierra los despojos de su hija única y morir despues. Antes de este último y fiero golpe la sávia de la vida volvia á correr por estos miembros marchitos, pero ahora se ha secado del todo.

El abad, que acabó entonces su rezo, se acercó á ellos é interrumpió la conversacion. Doña Beatriz, oprimida por ella y quebrantada por el esfuerzo que acababa de hacer, se mantuvo taciturna y abismada en sus dolorosas reflexiones. Don Alvaro, trastornado por aquella escena terrible, que acababa de levantar el velo de la realidad, guardaba tambien silencio apretando convulsivamente entre sus manos y contra su corazon, la cartera verde, y el abad por su parte, respetando la pena de entrambos, no pronunció una sola palabra. De esta suerte cruzaron el lago hasta la ensenada de la quinta, donde saltando en tierra, volvieron á subir en brazos á la jóven. Era ya anochecido y significó su deseo de quedarse á solas con su criada, con lo cual los dos se despidieron de ella, retirándose á sus estancias respectivas.

No bien se vió don Alvaro en la suya, cuando cerrando la puerta y acercándose á un bufete en el cual ardian dos bujías, abrió la fatal cartera y comenzó á leer ansiosamente sus hojas. Estaba señalada la primera con aquel versículo melancólico, que segun dijimos en otro lugar, venia á servir de epígrafe á aquellas desordenadas y tristísimas me-

morias: *Vigilavi et factus sum sicut passer solitarius in tecto*. Don Alvaro despues de haberlo leido, lo repitió maquinalmente. En tan breves palabras estaba encerrada su vida y la de doña Beatriz, con su continuo desvelo, su soledad y su esperanza siempre burlada. ¡Cuántas veces se habrian fijado en aquellos caractéres los ojos llorosos de aquella infeliz y hermosa criatura!.... Don Alvaro pasó adelante, y volviendo la hoja encontró este pasage:

«Cuando me dijeron que *él* habia muerto, pasadas las primeras congojas del dolor, me pareció oir una voz que me llamaba desde el cielo y me decia: Beatriz, Beatriz, qué haces en ese valle de obscuridad y llanto?» Yo pensé que era la suya, pero despues he visto que vivia: sin embargo, la voz ha seguido llamándome entre sueños, y cada vez con mas dulzura. ¿Qué me querrá decir?—Mucho se ha debilitado mi salud, y moriré jóven sin duda alguna.

En otra hoja decia asi:

«Qué contenta cerró los ojos mi pobre madre cuando me vió esposa del conde! Ella igualaba su corazon con el mio y esperaba para mí un porvenir de gloria y de ventura: pero qué esperaba su hija? la paz de los muertos, y aun por eso alargó su mano. . . . .

. . . .

Mas se tarda la muerte de lo que yo me imaginaba, y sin embargo, soy mas dichosa de lo que pude esperar. Rara felicidad la mia! Antes de mis tristes bodas llamé aparte al que iba á ser mi esposo y le exigí palabra de que me respetaria todo el año que le habia ofrecido á *él* aguardarle, cuan-

do se partió á la guerra de Castilla. Asi me lo prometió y me lo ha cumplido, porque como no me ama, se ha contentado con la esperanza de mis riquezas y el poder que le dá este enlace sin solicitar mi corazon, ni mucho menos mis caricias. Asi moriré como he vivido pura y digna del único hombre que me ha amado. Para él escribo estos renglones: ¿pero quién sabe si llegarán á sus manos? ¿Quién sabe si se los llevará el viento como las hojas de los árboles que veo pasar por encima de las torres del monasterio? Mas apriesa arrebatará quizá el soplo de la muerte las escasas galas que le quedan al árbol de mi juventud! Pobre padre mio, qué terriblemente habrá de despertar de sus sueños de grandeza!»

Venia despues un versículo del libro de Job, que decia:

«*Ecce nunc in pulvere dormiam*, *et si mane me quesieris*, *non subsistam*!»

Y en la página siguiente esta estrofa dolorosa:

«La flor del alma su fragancia pierde;
Por lo de ayer el corazon suspira,
Cae de los campos su corona verde;
Lágrimas solo quedan á la lira!!

Don Alvaro pasó unas cuantas hojas, y encontró con una que decia:

«Héme en fin, viuda y libre; mis lazos están sueltos, pero ¿quién desatará los de *él*? La suerte de la órden me inspira vivísimos temores. ¿Quién sabe si mi amor le traerá la muerte y la deshonra? ¡Oh Dios mio! ¿por qué mi corazon ha de esparcir la desdicha por todas partes? . . . .
. . . .

Por fin vá preso con todos sus nobles compañeros, y se presentará á los jueces como un salteador de caminos! ¿Qué vá á ser de ellos? Esta noche he tenido una hoguera voraz dentro del pecho: una sed mortal me devoraba, y en la ilusion de mi calentura me parecia que todos los riachuelos y fuentes de este pais corrian con murmullo dulcísimo por detrás de mi cabecera. No he querido despertar á Martina, porque dormia sosegadamente, aunque su corazon está en otra parte, como el mio. ¿En qué puede consistir semejante diferencia? En que ella ama y espera, y yo amo y me muero!»

Don Alvaro recorrió otros pasages, en que la agonía que esperimentaba por su suerte estaba trazada con rasgos de suma angustia y desconsuelo. Por fin, despues de tantas ánsias y congojas, venia el siguiente pasage:

«¡Oh cielo santo! está absuelto de todas las acusaciones con todos los suyos!... Pensé que me tiraba al agua para abrazar al mensagero que semejantes nuevas traia! Al cabo volverá, sí, volverá, no hay que dudarlo: ¿para qué se habia de ataviar tan pomposamente la naturaleza con todas las galas de la primávera, sino para recibir á mi esposo? Bellas son estas arboledas mecidas por el viento, bellas estas montañas vestidas de verdura: puras y olorosas sus flores silvestres, y músico y cadencioso el rumor de sus manantiales y arroyuelos, pero al cabo son galas del mundo, y yo tengo un cielo dentro de mi corazon! Yo saldré á buscarle con mi laud en la mano, con mi cabeza cubierta del rocío de la noche y como la esposa de los Cantares, preguntaré á todos los caminan-

tes: «¿En dónde está mi bien amado?» Ah! yo estoy local tanta alegría debiera matarme, y sin embargo, la vida vuelve á mi corazon á torrentes, y me parece que la planta del cervatillo de las montañas sería menos veloz que la mia! Él me ponderaba de hermosa.... ¿qué será ahora cuando vea en mis ojos un rayo del sol de la ventura, y en mi talle la gallardía de una azucena, vivificada por una lluvia bienhechora? ¡Oh Dios mio, Dios mio! para tamaña felicidad, escaso pago son tantas horas de soledad y de lágrimas! Si un paraiso habia de ser el lugar de mi descanso, pocos eran los abrojos de que habeis sembrado mi camino!»

. . . .

Don Alvaro habia podido leer, aunque conturbado y confuso, los anteriores pasages, empapados en llanto y pesar, pero al llegar á éste, en que con tan vivos colores estaba bosquejada una dicha como el humo disipada, no fué ya dueño de los violentos arrebatos de su alma, y se dejó caer sobre su cama, rompiendo en amarguísimos sollozos. Por fin estaba solo, y nadie sino Dios era testigo de su flaqueza; pero las lágrimas, que tanto alivian el corazon de las mugeres y los niños, son en los ojos de los hombres alquitran y plomo derretido.

CAPÍTULO XXXVI.

Los tristes pronósticos de doña Beatriz fueron cumpliéndose muy apriesa desde aquel dia, y sus padecimientos físicos, unidos á los combates de

su alma, empezaron á desmoronar visiblemente aquel cuerpo de tantas maneras minado y cuarteado. Las bellas y delicadas tintas de la salud, que otra vez habian vuelto á sonrosear aquel delicado rostro, digno de un ángel de Rafael, se trocaron poco á poco en la palidez de la cera, bien como vemos las nubes del ocaso perder sus vivos matices á medida que baja el sol. La morbidez suavísima de sus carnes, la bella undulacion de sus contornos, la gallardía de sus movimientos, que por algun tiempo obscurecidas bajo las sombras del dolor y la enfermedad, habian comenzado á florecer de nuevo, otra vez volvieron á marchitarse bajo el soplo del desengaño. Su forma se parecia mas y mas á la de una sombra, y lo único que en ella iba quedando era el reflejo de aquel alma divina, que brillaba en sus ojos y la iluminaba interiormente. La enfermedad que la consumia, lejos de tomar en ella ningun carácter repugnante, parecia que realzaba su resignacion angelical y su dulzura sin ejemplo. Algunas veces, sin embargo, tomaban sus ideas cierto sabor amargo, que revelaba el vigor que bajo tanta mansedumbre se escondia, y el fuego encendido bajo tantos escombros y ceniza. Era realmente un infernal martirio ver llegar á pasos medidos la callada sombra de la muerte, cuando la esperanza, el amor, la paz y el sosiego doméstico, el noble orgullo de llevar un nombre ilustre, las riquezas, la juventud, la hermosura, cuanto puede embellecer y sublimar la vida, venia á dar precio á la suya. No obstante, su piedad, su carácter elevado y los mismos hábitos melancólicos de su espíritu disipaban fácilmente estos tumultuosos movimientos, y

al momento volvian sus ideas á su curso ordinario.

En aquellos dias fatales su amor á la naturaturaleza subió de punto, y su ánsia por contemplar las hermosas escenas de aquellos alrededores era estraordinaria. Fatigábale la cama terriblemente, pero como de puro postrada no podia dar un paso, sus paseos eran siempre en la falúa, cuyo movimiento era lo único que podia sobrellevar. Asi pues se pasaba horas enteras cruzando las aguas del lago unas veces contemplando sus orillas con una especie de arrobo, otras siguiendo con la vista las bandadas de lavancos que nadaban á lo lejos en ordenados escuadrones, y casi siempre abismada en sus propios pensamientos. De cuando en cuando alzaba la vista para mirar el camino por donde su padre habia partido, por ver si en lo alto de la cuesta de Borrenes resplandecian sus armas, y al ruido de las yeguas de los aldeanos que pasaban por la orilla se volvia con una especie de estremecimiento, imaginando oir las herraduras del caballo de don Alonso.

Don Alvaro y el venerable abad no dejaban de acompañarla ni un solo instante en aquellos melancólicos paseos, observando con espanto el progreso rápido del mal y el decaimiento cada dia mayor de la desdichada. Don Alvaro clavados casi siempre sus ojos en los suyos, parecia respirar con la misma congoja y ahogo que si su pecho estuviese atacado de la misma enfermedad. Doña Beatriz siempre que encontraba con aquella mirada apasionada y terrible á un mismo tiempo, apartaba la suya, bañados en lágrimas sus párpados. Las palabras eran escasas pues á tal punto

habian venido las fuerzas de la enferma, que el anciano médico habia encargado el posible silencio. Tanto él como la enferma conocian harto bien la inutilidad de semejantes paliativos, pero el uno por no dejar medio alguno de que echar mano, y la otra por no afligir á personas tan queridas, se conformaban con ellos. De esta suerte reducidos los dos amantes al lenguage de los ojos, las almas que parecian salirse por ellos, volaban una al encuentro de otra como si quisieran confundirse en el mismo rayo de luz que para comunicarse les servia.

Por fin, llegó á tanto la postracion de doña Beatriz que pasó en la cama una porcion de dias sin manifestar deseo de levantarse, y como sumida en un desvario que parecia enagenar su razon. Al cabo de ellos cerca de la caida de la tarde, se reanimó de una manera desusada y abriendo sus hermosos ojos mas brillantes aun que de costumbre, dijo con voz entera y gran rapidez:

—Martina! Martina! ¿donde estás?

—Aquí, señora, contestó la muchacha casi sobresaltada de aquel súbito recobro: aquí estoy, siempre á vuestro lado: ¿donde queríais que estuviese?

—¡Siempre asi, pobre muchacha, y sin que tu amor mismo te aparte de mi cabecera! esclamó doña Beatriz mirándola con ternura.

—¡Ah señora! dejad eso; yo no pienso sino en vos y en veros buena ¿qué queríais que con tanta priesa me llamábais? Me parece que os sentis mas animada ,no es verdad?

—Sí, si, tráeme mi vestido blanco, porque quiero pasearme por el lago. Estoy mejor, mucho

mejor; y el dia me parece hermosísimo. ¡Vos aquí tambien, don Alvaro! ¡y vos venerable padre! ¡Ah! me alegro en el alma porque con eso os vereis en parte pagados de tantos afanes y zozobras, como por mí habeis pasado!

Don Alvaro y el abad como si saliesen de un sueño no sabian que pensar de aquel tono casi festivo de doña Beatriz, y en particular el primero no acertaba á poner freno á las tumultuosas esperanzas que se levantaban en su corazon. El anciano médico al contrario no pudo contener un gesto de dolor. Saliéronse los tres del aposento y en brevísimo espacio se aderezó doña Beatriz con su sencillez y gracia acostumbrada. Realmente parecian haberse aflojado las ligaduras del mal, pero asi y todo, bajó la escalera casi en brazos de Martina y del señor de Bembibre. Cuando llegó á la góndola puso el pie en ella resueltamente, y en seguida fué á sentarse sobre los almohadones de brocado del fondo, no con el ademan doliente y abatido de otras veces, sino con estraño garbo y gentileza. Don Alvaro atento como nunca á sus menores ademanes, se quedó como de ordinario en pie delante de ella. El abad que habia sorprendido el gesto de mal agüero del físico, se apartó con él al otro estremo de la ligera embarcacion para interrogarle, y Martina por su parte se sentó junto á los remeros que sin aguardar á mas hicieron volar la barca por la azulada espalda del lago, rápida y serena como una de las muchas aves que por allí nadaban.

Estaba el cielo cargado de nubes de nacar que los encendidos postreros rayos del sol orlaban de doradas bandas con vivos remates de fuego: las

cumbres peladas y sombrías del *Monte de los Caballos* enlutaban el cristal del lago por el lado del norte, y en su estremidad occidental pasaban con fantasmagórico efecto los últimos resplandores de la tarde por entre las hojas de los castaños y nogales, reververando allá en el fondo un pórtico aereo, matizado de tintas espléndidas y enriquecido con una prolija y maravillosa cresteria.

El lago iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisage tan vago y melancólico, mas que otra cosa parecia un camino anchuroso, encantado, místico y resplandeciente que en derechura guiaba á aquel cielo que tan claro se veia allá en su término. Por un efecto de la refraccion de la luz, una ancha cinta de cambiantes y visos relumbrantes ceñia las orillas del lago, y la falúa parecia colgada entre dos abismos, como un águila que se para en mitad de su vuelo.

Con semejante escena el fugaz relámpago de alegria que habia iluminado el alma de doña Beatriz, se disipó muy en breve. Siempre habia dormido en lo mas recóndito de su alma el gérmen de la melancolia producido por aquel deseo innato de lo que no tiene fin; por aquel encendido amor á lo desconocido que lanza los corazones generosos fuera de la ruindad y estrechez del mundo en busca de una belleza pura, eterna, inesplicable, memoria tal vez de otra patria mejor; quizá presentimiento de mas alto destino. A este secreto y sobrehumano impulso habia sacrificado doña Beatriz lo que mas caro podia serle en el mundo, la libertad y el culto esterior que pensaba rendir á la memoria de su amante, cuando lo

imaginaba muerto; solo por presentarse algun dia á los ojos de su madre adornada con la aureola del vencimiento de sí propia. Los azares de su vida, sus continuos vaivenes entre la esperanza y la desdicha, los dolores de su alma y de su cuerpo, y la perspectiva de una muerte próxima, presente por tanto tiempo á sus ojos, habian fecundado estas terribles semillas y ahondado mas y mas el cáuce que la tristeza habia labrado en su alma hasta trocarlo en un verdadero abismo, donde iban á parar todos sus pensamientos:

Por lo mismo la escena que se ofrecia á su vista, naturalmente engolfó su imaginacion en aquel mar sin límites, donde bogaba hacia tanto tiempo. Por fin despues de haber dirijido llorosas miradas al cielo, al lago, á las montañas lejanas y á aquella quinta donde tanto habia aguardado y sufrido, como si de todos ellos se despidiera y tuviesen un alma para comprenderla; dijo al apenado caballero.

—Don Alvaro, no veis cuan vanas son las alegrias de la tierra? ¿Quién nos dijera hace un año que nos habiamos de encontrar en estos escondidos parages solo para una eterna despedida?

El jóven que con pesadumbre indecible habia observado el rumbo que desde la salida de la quinta iban tomando sus ideas, le contestó:

—¿Es posible, doña Beatriz, que cuando comenzaba á fortaleceros vuestro antiguo valor, asi le desecheis de vuestro pecho?

—Valor! respondió ella y pensais que necesito poco para dirijiros mis últimas palabras y apartarme de vos? ved, sin embargo, quien me lo inspira! alzad la vista y vereis el cielo: mirad á

vuestros pies y allí lo encontrareis tambien hermoso y puro. Encumbrad vuestro pensamiento á las alturas; bajad con él á la lobreguez del abismo y donde quiera encontrareis á Dios llenando la inmensidad con su presencia. Esa, esa es la fuente en donde yo ¡flaca muger! bebo el aliento que me sustenta. ¿Os acordais de las últimas palabras que me oisteis en el bosque de Arganza?

—¡Ah no, no! respondió él con el acento de la desesperacion: yo no recuerdo sino las primeras que escuché de vuestros labios, cuando la vida se nos presentaba tan florida y dulce en el seno de un amor sin fin. ¿Sabeis lo que me representa mi memoria? pues no es mas que eso solo ¿sabeis lo que me dice una voz secreta? que vuestro padre va á volver y que al cabo serèis mi esposa delante del cielo y de los hombres. Mi esposa! ¡ah! si yo escuchará esa palabra de vuestros labios, saldria de las tinieblas mismas del sepulcro!

—¡Pobre don Alvaro! contestó ella con una ternura casi maternal ¿cómo esperais tan pronto la vuelta de mi padre cuando ha poco mas de dos meses que se partió para Francia? ¿pensais que todos me aman como vos para buscar con tanto ahinco mi ventura?

—No acabèis con el poco valor que me anima, la interrumpió el jóven, dudando de esa suerte de la providencia.

—No: repuso ella gravemente, antes le doy gracias porque asi ahorrará á mi padre el espectáculo de mi muerte y á mí la desesperacion para aquella hora suprema. Aun ahora que un obstáculo insuperable me aleja de vos, mi corazon se despedaza, y solo una fuerza sobrehumana me sostiene;

pero si las barreras hubiesen de caer en el instante de mi muerte, ¡oh! entonces el ángel bueno huiria espantado de mi cabecera, y mi alma rabiosa y sombria se estraviaria en los senderos de la eternidad.

Durante esta plática tremenda se iba acercando la falúa á las encinas de la orilla bajo las cuales no hacia mucho tiempo se habia aparecido Cosme Andrade como uno de aquellos ángeles que visitaban la cabaña de los patriarcas, cuando de repente el galope de tres caballos de guerra les hizo volver á todos los ojos hacia aquel sitio. Eran en efecto tres ginetes, de los cuales el mas delantero, un poco mejor ataviado, indicaba ser el principal y los tres habiendo visto la falúa venian corriendo hácia ella por debajo de aquellos árboles venerables, dando gritos de contento y espoleando los corceles con ambos acicates. Doña Beatriz al oirlos, como si una mano invisible la sacase de su abatimiento con la presencia y voces de los forasteros, se puso en pie velozmente, y con ojos desencajados comenzó á mirarlos hasta que acercándose mas y mas lanzó un alarido de dolor á un tiempo y de alegria, y estendiendo los brazos hacia la orilla exclamó:

—Es mi padre! mi padre querido!

—Sí, tu padre soy, hija de mi alma, contestó don Alonso, porque él era en efecto; tu padre que viene á cumplirte su promesa. Mira, mira! añadió sacando del seno una cartera verde, aquí está la bula del papa, y en ella viene la fianza de tu felicidad.

—¡Misericordia divina! prorrumpió ella con un clamor tan descompasado que se oyó en las orillas

mas apartados, y aterró á los circunstantes: ¡Misericordia divina! repitió torciéndose las manos; ¡la esperanza y la ventura ahora que voy á morir!!

Al acabar de pronunciar estas palabras y con el tremendo esfuerzo que de hacer acababa, una de las venas de su pecho tan débil ya y atormentado, se rompió, y un arroyo de sangre ardiente y espumosa vino á teñir sus lábios descoloridos y su vestido blanco. Asaltóla al mismo tiempo un recio desmayo con el cual cayó en brazos de su doncella y de don Alvaro, pero como todo ello fué obra de un instante, y el empuje comunicado á la góndola por los remeros era rapidísimo, tocó en la orilla, donde ya don Alonso estaba apeado, á tiempo que precipitándose hácia su hija se encontró bañado en su propia sangre. Con semejante cuadro se quedó como petrificado en medio del alboroto de todos, con la boca entreabierta, los brazos estendidos y los ojos clavados en aquel pedazo de su corazon por cuyo reposo y contento aunque tardíos, habia hecho tan terribles sacrificios, y aquel mismo largo y penoso viage de que acababa de apearse. Doña Beatriz sin dar mas señal de vida que algunos hondos suspiros estaba con la cabeza dobláda sobre el hombro de su desolada doncella y todo su cuerpo á manera de una madeja de seda, abandonado y sin brio. El anciano médico que con tanta prolijidad y amor la habia asistido, despues de observarla detenidamente, se acercó al abad y le dijo al oido, pero no tan paso que don don Alonso no percibiese algo:

—Ya se acabó toda esperanza; lo mas que durará es un dia!

—Infeliz padre! esclamó el abad volviéndose

hácia don Alonso; pero con gran pesadumbre suya le encontró con el oido atento y á media vara de distancia.

—Todo lo he oido! le dijo con un acento que partia el corazon. Lo véis? lo véis como mi corazon no me engañaba cuando os decia que vuestra profecia de desastre se cumpliría al fin? ¡Oh hija mia, alegria de mi vejez y corona de mis canas! esclamó queriendo acercarse á ella, y forcejeando con el abad y los remeros que le detenian; ¿no pudo el Señor quitarme la vida en tantos combates con los moros, antes de venir á ser tu verdugo?

—Recobráos por Dios santo! le dijo el abad con ánsia: poned un freno á vuestras quejas, si en algo la teneis, porque pudiera oiros.

El desventurado padre calló al punto de miedo de agravar el estado de su hija, pero siguió sollozando con gran ahogo y congoja.

El deliquio era profundo; la noche comenzó á mostrar sus estrellas, y al cabo hubieron de volverse á la quinta en aquella barca, que segun lo ligera y silenciosa que bogaba, no parecia sino el bagel de las almas.

En brevísimo espacio cruzaron el lago, y desembarcando apresuradamente, subieron á la señora, todavia desmayada, á su aposento, y la pusieron en su lecho.

Al fin, despues de un buen rato, recobró poco á poco la vida que parecia haberse huido de aquel cuerpo fatigado, pero no la razon, estraviada con las visiones del delirio. La aparicion de su padre, y la nueva que le habia dado, eran la idea fija y dominante de su desvarío, unas ve-

ces alegre y risueña, y otras trágica y aflictiva, segun las oscilaciones de su ánimo. Continuamente llamaba á don Alvaro y manifestaba una ansiedad grandísima á la idea de que pudiera ausentarse.

Don Alvaro! esclamaba con la voz quebrada por la fatiga de la respiracion, ¿dónde estás? háblame, ven, dame tu mano. A nadie veo, á nadie conozco sino á tí; sin duda te veo con los ojos de mi corazon que á todas partes te sigue, como al sol el lucero de la tarde. Me oyes, don Alvaro?

—Sí, te oigo, esclamaba el jóven con una voz que parecia salir de un sepulcro.

—¡Ah! tanto mejor! reponia ella con el acento del regocijo, pero no te vayas, porque entonces quedaría sola del todo. Pero ¡loca de mí! cómo te has de marchar, si me amas y eres mi esposo para siempre? Antes mañana me vestiré de gala para que me lleves al altar. Oye! yo quiero que se den muchas, muchas limosnas, para que todos sean felices y nos bendigan. Si vieras tú como me aman todos estos campesinos! Mucho tiempo se pasará antes de que olviden mi memoria!... ¡Ah! dime, ¿ y guardas la cartera que te dí hace tanto tiempo? pues átale una piedra y arrójala al lago, porque aquellos renglones estaban mojados con mis lágrimas, y ahora ya no me quedan lágrimas, si no son las de alegria!

Fatigada entonces, calló por un rato, pero tomando sus ideas otro curso, dijo por último, apartando la ropa que la cubria:

—Quitadme esa ropa que me ahoga! abrid de par en par esas ventanas, y dejad entrar el aire

de la noche, para que se temple este fuego que me abrasa el pecho.... ¡Cielos! qué pensamientos eran los mios hace un momento, para olvidarme así de que estoy luchando con la agonia! Miserable de mí! Allí viene mi padre corriendo.... miradle, don Alvaro... la alegria le ha rejuvenecido.... ya llega.... qué es lo que saca del pecho?.... Ah! es tu libertad!... suerte desapiadada!... morir ahora..., no, no, don Alvaro, yo soy muy jóven todavia, rica y hermosa á tus ojos, á pesar de mis lágrimas, no es verdad?... No, no, no es esta mi hora, porque moriria impenitente y perderia mi alma!

Entonces se quedó de nuevo callada, pero con el rostro desemblantado, y los ojos fijos en la pared y haciendo con el cuerpo un movimiento hácia atrás, como si viese acercarse algo de que quisiese huir, hasta que por último, lanzando un agudo chillido, y cubriéndose los ojos con una mano, mientras con la otra apretaba convulsivamente el brazo de su amante, esclamó con voz ronca:

—Ahí está! ahí está! no la veis como se llega paso á paso? ¡Ah! ¡libradme de ella! envolvedme en vuestro manto.... ¡oh Dios mio! de nada sirve, porque sus manos han pasado por él como si fuera de humo, y me aprietan el corazon! separádmelas de aquí, porque me ahogan, ¡ay de mí! no, dejadlas, que todo se acabó ya.... adios!...

Y al decir esto, la acometió otro nuevo desfallecimiento.

En estas dolorosas alternativas, mas crueles tal vez para los que la rodeaban, que para

ella propia, se pasó la noche entera. Hácia el amanecer volvió á quedarse como aletargada, segun mas de una vez le habia acontecido, durante aquella terrible enfermedad que ya tocaba á su término.

CAPÍTULO XXXVII.

Deplorable era la situacion de cuantos se encontraban debajo de aquel techo, señalado por blanco á las saetas invisibles de la muerte, pero la de don Alonso era mas desastrada que la de ninguno, peor aun que la del mismo don Alvaro. Desde que sin reparar en medios para lograr sus soñados planes de grandeza, habia intentado la violencia de su hija única, en Villabuena, y consentido despues en el sacrificio que su abnegacion filial le habia dictado en Arganza, la salud, la alegria y la honra, habian huido de su hogar; como si por un decreto del cielo, el castigo siguiese inmediatamente á la culpa, sin darle siquiera respiro para saborear sus terribles frutos. A la muerte de su esposa, siguió la entrevista fatal del soto de su casa, en que cayó la venda de sus ojos, y en seguida, como en un negro turbion, vinieron los desastres de Cornatel, las dudas é incertidumbres de la causa de los templarios y el desenlace fatal del caso de don Alvaro. Cuadro tristísimo, cuyo fondo ocupaban las torturas de doña Beatriz, y lo amargo de sus remordimientos.

Deseoso de purificar su alma y sin mas pensamiento que el contento y la salud de aquella última prenda de su amor y su esperanza, habia emprendido su largo viage á Viena del Delfinado, con una diligencia y ardor incompatible al parecer con su avanzada edad. Alli sin dejarse vencer de los muchos obstáculos que le oponian la malevolencia de la córte de Francia y el triste giro que la debilidad y cobardia del papa habia dado á aquel ruidoso proceso, se arrojó á los pies de Clemente, le habló de la mucha sangre que habian vertido en defensa de la fé los suyos, presentó al rey Felipe las cartas que llevaba de don Juan de Lara estimado de él por su poderio y por haberle dado hospedage, cuando anduvo estrañado de Castilla; y logró ser oido con benevolencia.

Dos cosas se concertaron en su favor ademas que no le ayudaron poco en sus propósitos. Fué la primera el aniquilamiento total de la pujanza del Temple en Europa, pues sus guerreros donde no condenados, estaban presos y desarmados; y la segunda la llegada de Aymerico, el inquisidor del concilio de Salamanca, que despues de haber obrado al tenor de las instrucciones de la sede romana, venia resuelto á cumplir la palabra dada al abad de Carracedo y á los obispos y á seguir el impulso de su corazon que á despecho de sus muchas prevenciones contra el Temple se habia aficionado á la bizarria y caballerosidad de don Alvaro durante el juicio. Cuanto habia tenido de inflexible su conducta dictada por el rigor de la obediencia, tuvieron ahora de fervorosos sus servicios: asi fué que disipados los recelos que el poder de aquella arrogante milicia habia inspira-

do, y merced á la eficaz mediacion de Aymerico, obtuvo el señor de Arganza la anhelada dispensa en tiempo infinitamente mas breve del que buenamente pudiera esperar; con lo cual se le dobló el contento. Tal era su ansiedad por llegar él mismo con la dichosa nueva á los brazos de su hija, que en cortísimo espacio cruzó parte de la Francia y la España casi entera, llevado como en alas de la alegría, y enteramente olvidado del peso de los años. Cuál fué el término de tan presuroso viage ya lo vimos, pues la sangre del corazon de doña Beatriz fué las rosas que alfombraron su camino, y el estertor de su agonía los festejos por su llegada. Tal habia de ser el paradero de tantos esfuerzos, y sobre esto giraban sus desolados pensamientos mientras sentado á los pies de la cama de su hija aguardaba deshecho en llanto su postrer suspiro.

El reposo de la jóven tuvo poco de largo y menos de sosegado, pero, tal como fué, bastó á disipar las nubes que obscurecian su razon para hacer mas dolorosos de este modo sus postreros momentos y derramar al mismo tiempo un fulgor divino sobre la caida de aquel astro, en cuyos benéficos resplandores tantos infelices habian encontrado alivio y consuelo. Cuando abrió los ojos comenzaban á entrar por la entreabierta ventana las pálidas claridades del alba, junto con aquel ligero cefirillo que parece venir á despertar las plantas adormecidas antes de la salida del sol. En el jardin de la quinta gorgeaban gilgueros alegres, calandrias y un sin fin de pajarillos, y las flores abriendo sus cálices llenaban el aire de perfumes. Desde la cama de doña Beatriz se divisaba el orien-

la donde una porcion de caprichosos celages se coloreaban y esmaltaban con indecible pompa y esplendor., y casi todo el lago cuya trasparente llanura., reflejando los accidentes del cielo, parecia de oro líquido y encendida púrpura. Los lavancos y gallinetas revoloteaban tumultuosamente por su superficie levantando á veces el vuelo con alegres aunque ásperos graznidos, y precipitándose en seguida con sonoro ruido entre los juncos y espadañas. En suma, el dia amanecia tan risueño y alegre que nadie pudiera creer que en medio de su claridad hubiera de eclipsarse una obra tan perfecta y hermosa.

Este fué el espectáculo que encontraron al abrirse los ojos de doña Beatriz y en él se clavaron ávidamente. Tenian una especie de cerco ligeramente azulado al rededor, con lo cual resaltaban mas los rayos que despedian: el semblante aunque algo ajado manifestaba la misma pureza de líneas y angelical armonía que en sus mejores tiempos.

—¡Hermoso dia! esclamó en fin con voz melancólica, aunque bastante entera.

En seguida rodeó la estancia con la vista y viendo á todos desemblantados y la mayor parte llorosos á causa de las fatigas y dolorosas escenas de la noche anterior, y que con ojos espantados la miraban, las lágrimas se agolparon á sus párpados. Reprimiólas sin embargo con un esfuerzo de que solo era capaz un alma de tan subido temple como la suya, y llamándolos con la mano en derredor de su cama, y asiendo la de su padre, le dijo con acento sosegado:

—Esta muerte que tan de súbito me coge en la

primavera de mi vida, mas me duele por vos, padre mio, por este noble y generoso don Alvaro y por todos estos buenos amigos que han puesto en mí su cariño, que no por mí. Al cabo hace mas de un año que una voz secreta me está pronosticando este paradero, y aunque ayer lo sufrí con impaciencia querrendo volverme locamente aun contra el cielo, hoy que se han disipado las nieblas de mi entendimiento, con humildad me postro delante de la voluntad suprema. Ya lo veis, señor, que pasagera es la luz de nuestros deseos y grandezas: ¿quién le dijera á mi madre que habia de seguirla tan en breve? ¿Por qué habeis, pues, de acongojaros de ese modo, cuando vos mismo caminareis muy pronto por mis huellas, adonde yo con mis hermanos y mi madre os salga á recibir para nunca mas apartarnos de vos?

—¡Oh hija de mi dolor! esclamó el anciano; tu eras mi postrer esperanza en la tierra, pero no es tu temprano fin el que abreviará mis cortos dias, sino la ponzoñosa memoria de mi falta. .

Ah santo religioso, continuó volviéndose al abad, ved, ved como se cumple vuestra profecia! Quiera el cielo pordonarme!

—¿Eso dudais, padre mio? continuó doña Beatriz, cuando yo no solo os he perdonado sino que lo he olvidado todo, y cuando este jóven harto mas infeliz que yo, os respeta y venera como yo misma. ¿No es verdad, noble don Alvaro? Acercáos, esposo mio en la muerte, venid á decírselo vos mismo para que el torcedor del remordimiento no atormente los escasos dias que de vivir le quedan. ¿No es verdad que le perdonais?

—Si le perdono; ¡asi me perdone Dios la des-

esperacion que me va á traer vuestra muerte?

—La desesperacion! le dijo ella como con asombro afectuoso, ¿y por qué así? Nuestro lecho nupcial es un sepulcro, pero por eso nuestro amor durará la eternidad entera. ¡Ah don Alvaro! esperábais mejor padrino para nuestras bodas que el Dios que va á recibirme en su seno? concierto mas dulce que el de las arpas de los ángeles? cortejo mas lucido que el coro de serafines que me aguarda? templo mas suntuoso que el empíreo? Si vuestros ojos estuviesen alumbrados como los mios por un rayo de la divina luz, seguro es que las lágrimas se secarian en ellos ó que las que corriesen serian de agradecimiento.

Hizo aqui una breve pausa durante la cual sus ojos se clavaron en los de su amante con espresion singular, y por fin le dijo:

—Leyendo estoy en ese corazon hidalgo como en un libro abierto. No es verdad que querriais quedar en este mundo con el título de mi esposo? Vuestra alma me ha seguido por mi sendero de espinas y dolores, y ni aun en la muerte me abandona. Ah! gracias! gracias!... Padre mio, añadió dirigiéndose al señor de Arganza, y vos, reverendo abad, sabed que yo tambien quiero comparecer ante el trono del eterno adornada de tan hermoso dictado. Unidnos, pues, antes que se apague la llama de mi vida.

El abad aunque poseido de consternacion, se acercó entonces y como para templar un poco su ardiente exaltacion, le dijo cuan conveniente era que una confesion de entrambos precediese á tan augusta ceremonia.

—Teneis razon, contestó ella; pero he aqui la

mia, que bien puede decirse en alta voz. Yo he amado y sufrido: cuantos beneficios han estado en mi mano esos he derramado: cuantas lágrimas he podido enjugar esas he enjugado: si alguna vez he odiado, sedme testigo de que me arrepiento y perdono.

—Otro tanto sé decir de mí, añadió don Alvaro: unos han sido nuestros sentimientos, una nuestra vida: ¡pluguiese al cielo que la muerte nos igualase del mismo modo!

Don Alonso hizo entonces una señal al abad para que se apresurase á dar fin á un acto que podia servir en cierto modo de alivio á entrambos, y el anciano juntó la mano poderosa de don Alvaro, con la débil y casi trasparente de doña Beatriz, y con voz conmovida pronunció las palabras del sacramento, despues de las cuales quedaron ya esposos ante el Dios que debia juzgar al uno de ellos dentro de pocas horas. Làs reflexiones que en seguida les hizo, fueron bien diferentes de las que en tales casos se acostumbran, pero en lugar de hablarles del amor que podia dulcificar las amarguras de su vida, y hacerles mas llevadero el camino del sepulcro, solo les puso delante, las esperanzas de otro mundo mejor, lo deleznable de las terrenas felicidades y el premio inefable de la resignacion y la virtud.

Acabada la sagrada ceremonia, y cual si hubiese sido un bálsamo para su llagado corazon, doña Beatriz quedó muy sosegada y serena. A nadie engañó, sin embargo, esta engañosa tregua de su enfermedad, y mucho menos á la llorosa Martina, que sobradamente penetrada del riesgo

imminentísimo de su señora, no apartaba los ojos de ella, ni un punto. Advirtió la enferma su solicitud é inquietud dolorosa, y atrayéndola á sí por la mano, y enjugándole con la suya, las lágrimas que la atribulada doncella no acertaba á contener, le dijo:

—¡Pobre muchacha, que eras mas viva y alegre que el cabritillo que trisca por estos montes! un año entero has pasado lleno de angustia y de pesares, sin que tu amor y tu fidelidad se hayan desmentido ni un instante. Tu felicidad me ha ocupado muchas veces, y ahora mismo quiero asegurártela por entero.

El llanto y los sollozos de la pobre niña se redoblaron entonces, y no pudo articular ni una sola palabra de agradecimiento.

—Padre mio, á vuestra liberalidad la encomiendo; mirad que he encontrado en ella toda la sumision de una sierva, y el cariño de una hermana. Y vos, don Alvaro, dulce esposo mio, tomadla á ella y á su futuro marido bajo vuestro amparo pues su lealtad y ternura hácia vos no han sido menores, y ya que el mundo no se ha puesto de por medio en el camino de su sencilla inclinacion, gocen en paz una vida que tal vez hubiéramos gozado nosotros, si hubiéramos vestido su humilde hábito. Y vosotros, amigos mios, añadió dirigiéndose á los criados (porque todos habian acudido á aquella escena de dolor, y la presenciaban como si se les cayese las alas del corazon) fiel Nuño, honrado Mendo, á todos os doy las gracias por el amor que me habeis mostrado, y a todos os encomiendo igualmente á la generosidad de mi padre y de mi esposo.

Aquellas pobres gentes, y sobre todo las mugeres, rompieron en alaridos y llantos tales, que hubo que echarlos de la estancia para que no perturbasen á la señora en sus últimos instantes.

A medida que el sol iba subiendo, las ligeras nubes que habia sembradas por el cielo, se disiparon, y por último, se quedó el firmamento tan azul y puro, que como en el *Ensueño* de *Byron*, «Dios solo se veia en medio de él.» El lago estaba terso y unido como un espejo, y sus riberas silenciosas y solas: los pájaros del jardin habian callado tambien, pero sus flores con el seno desabrochado á los ardientes rayos del sol, inundaban el aire de aromas, que llegaban hasta el lecho de doña Beatriz.

—¡Cuántas veces, le dijo á don Alvaro, habrás comparado mis megillas á las rosas, mis lábios al alelí, y mi talle á las azucenas que crecen en ese jardin! ¿Quién pudiera creer entonces que la flor de mi belleza y juventud se marchitaría antes que ellas! Vana soberbia la de los pensamientos humanos!

El hombre se figura rey de la naturaleza, y sin embargo, él solo no se reanima, ni florece con el soplo de la primavera.

La heredera de Arganza, lo mismo en medio de sus vasallos, que lejos de ellos, era la madre de los menesterosos y el ángel consolador de las familias: la noticia de su peligro, llenó por lo tanto de desolacion, los pueblos de Lago, Villarsando y Carracedo, de los cuales acudieron infinitas gentes á la quinta.

En una especie de plazuela que habia delante

de la puerta principal, se fueron juntando todos, y aunque se les encargó el silencio, era tal su ansiedad que no podian acallar un rumor sordo sobre el cual se alzaba de cuando en cuando un grito de alguno recien venido, y que ignoraba el encargo, ó de otro que no podia reprimirse.

Poco tardó en percibirlo doña Beatriz, en cuyo corazon, encontraban tanto eco todas las emociones puras, y no pudo menos de enternecerse con aquella muestra de cariño, tan sencilla y verdadera.

—¡Póbres gentes, dijo conmovida; y como me pagan con creces el amor que les he mostrado! Cierto que me echarán menos mas de una vez, pero este es uno de los mayores consuelos que puedo recibir en este instante.

Entonces significó á su padre y al abad por mas estenso las mandas y dádivas que en su nombre se habian de hacer, y manifestó al prelado con vivas expresiones su agradecimiento por su amor paternal nunca desmentido y lo mismo al anciano médico que en su larga enfermedad habia mostrado un celo que solo la caridad podia encender en su corazon entibiado por los años. Asi mismo encargó con el mayor encarecimiento que la enterrasen en la capilla de la quinta, á orillas de aquel lago retirado y tranquilo tan lleno de memorias para su corazon.

No parecia sino que aquella existencia de tantos adorada pendia en aquella ocasion de uno de los rayos luminosos del sol, porque declinaba hácia su ocaso al compas del astro del dia. Púsese este por fin detras de las montañas y entonces doña

Beatriz levantando hacia él su lánguida mirada, dijo á su esposo:

—¿Os acordais del dia que os despedísteis de mí por primera vez en mi casa de Arganza? ¿Quién nos dijera que el mismo sol que alumbró nuestra primera separacion, habia de alumbrar en tan breve espacio la postrera? No obstante, la suerte se muestra mas benigna conmigo en este instante, pues entonces me apartaba de vuestro lado y ahora de entre los brazos de mi esposo vuelo á los de Dios.

Al acabar estas palabras inclinó suavemente la cabeza sobre el hombro de don Alvaro, sin hacer estremo ni movimiento alguno, como acostumbraba en los frecuentes deliquios que padecia; pero pasado un rato, y viendo que no se sentia su respiracion, la apartó de sí azorado. El cuerpo de la jóven cayó entonces inanimado y con los ojos cerrados sobre la cama, porque sobre su hombro acababa de exalar el último suspiro. . .

. . . .

En la misma noche despachó correos el abad á Carracedo y al monasterio benedictino de San Pedro de Montes, y á la mañana siguiente acudieron un crecido número de monges de entrambos, con lo cual pudo hacerse el entierro de la malograda jóven con toda la suntuosidad correspondiente á su clase. Don Alvaro que desde que vió muerta á su esposa se encerró en un silencio pertinaz, se empeñó en acompañar su cadáver á la capilla. Durante el oficio estuvo tranquilo aunque echando de cuando en cuando miradas vagarosas al féretro y á la concurrencia, pero cuando llegó el caso de depositar en el sepulcro aquellos

rastos inanimados, dando un tremendo alarido se precipitó para arrojarse en él. Acudieron al punto los circunstantes y le detuvieron mal su grado. Viendo entonces burlado su intento se desasió de sus brazos y sin cesar en sus alaridos y con todas las trazas de un demente, corrió con planta ligera á emboscarse en lo mas cerrado del monte á la parte de las Médulas. Su razon habia sufrido un fiero golpe, y al cabo de algunos dias el fiel Millan le encontró en una de las galerias de las antiguas minas con el cabello descompuesto y la ropa desgarrada. Con gran maña lo restituyó á la quinta donde aplicándole muchos remedios, volvió pronto á su juicio al cabo de algunos dias. En cuanto se vió libre de su acceso rogó que le dejasen bajar á la capilla, pero todos se opusieron fuertemente, temerosos de que la vista de aquel sepulcro, no bien cerrado, desatase otra vez la vena de su locura: sin embargo tantas y tan concertadas fueron las razones que dió, que al cabo hubieron de dejarle cumplir aquel triste gusto. Arrodillóse sobre la sepultura y en oracion ferviente pasó mas de una hora: besó por último la losa y levantándose en seguida sin pronunciar palabra, ni hacer estremo alguno de dolor, se salió y montando en su arrogante caballo se partió de la quinta, sin despedirse de don Alonso y seguido de Millan y otros dos ó tres criados mas antiguos, que al rumor de su enfermedad y locura acudieron desalados á la quinta.

Apenas llegó á Bembribe hizo dejacion de todos los bienes que poseia en feudo y mejorando considerablemente la herencia de su escudero, repartió lo demas entre sus criados y vasallos, mas

pobres. Hecho esto, una mañana le buscaron por todo el castillo y no pareció: lo único que se habia llevado consigo, era el bordon y sayal de peregrino de uno de sus antepasados que habia ido á la Tierra santa en aquel hábito, y para memoria se guardaba en una de las piezas del castillo. De aquí dedujeron unos que él tambien se habria encaminado á la Palestina, otros que no era allí sino á Santiago de Galicia donde iba con ánimo de quedarse en algun retirado monasterio de aquella tierra, y no faltó, por último, quien dijo que la locura habia vuelto á apoderarse de él.

El señor de Arganza por su parte sobrevivió poco á su interesante y desdichada hija, como era de esperar de sus años y de su profunda afliccion. Con su muerte se estinguió aquella casa ilustre que pasó á unos parientes muy lejanos y quedó un vivo cuanto doloroso ejemplo de la vanidad, de la ambicion y de los peligros que suelen acompañar á la infraccion de las leyes mas dulces de la naturaleza.

CONCLUSION.

El manuscrito de que hemos sacado esta lamentable historia, anda muy escaso en punto á noticias sobre el paradero de los demas personages, en cuya suerte tal vez no faltarán lectores benévolos que se interesen. Por desgracia no pocos de ellos eran viejos cuando les conocimos, y asi el manuscrito ya citado se contenta con decir-

nos que despues de la estincion final del Temple que Clemente V decretó en el concilio de Viena, no por via de sentencia, sino como providencia de buen gobierno, la mayor parte de los caballeros fueron destinados á monasterios de diferentes órdenes, y entre ellos el anciano maestre de Castilla don Rodrigo Yañez vino á concluir sus breves dias á Carracedo. Díjose, y no sin fundamento, que la desgracia de su sobrino añadida á los infinitos pesares que le habia traido el triste fin de su órden, acortó el hilo de su vida. El buen abad tardó poco en seguirle colmado de bendiciones por todos sus vasallos á quienes miraba como á hijos.

Por lo que hace al comendador Saldaña, fiel á su propósito, abandonó la Europa degenerada y cobarde, como siempre la llamaba, y pasó á la Siria donde acabó sus dias en una revuelta de los cristianos oprimidos que acaudillaba. En resúmen, el tal manuscrito no parece sino un libro de defunciones; porque, segun él hasta el mismo Mendo el palafrenero, fué víctima de una apoplejia fulminante que le trajo su obesidad, cada vez mayor.

De la suerte posterior del señor de Bembibre, de la linda Martina, de Millan y de Nuño, nada mas de lo que sabemos contenía; pero en el año pasado de 1842, visitando en compañia de un amigo las montañas meridionales del Bierzo hicimos en el archivo del monasterio de San Pedro de Montes un hallazgo de grandísimo precio sobre el particular que nos aclaró todas nuestras dudas. Era el tal una especie de códice antiguo escrito en latin por uno de los monges de la casa, pero como los sucesos que

en él se refieren exigen cierto conocimiento de los lugares, nuestros lectores pueden perdonarnos, mientras les enteramos de lo mas preciso, haciéndose cargo de que habiendo tenido paciencia para seguirnos hasta aquí, bien pueden decir con el refran vulgar «donde se fué el mar que se vayan las arenas.»

El monasterio de San Pedro de Montes es antiquísimo, pues se remonta su origen á San Fructuoso y San Valerio, santos ambos de la época gótica; y su restauracion despues de la invasion sarracénica pertenece á San Genadio obispo de Astorga, cuya es la iglesia que aun en el dia se conserva, con traza de durar no pocos años. Su situacion en medio de las asperísimas sierras que ciñen el Bierzo por el lado de mediodia, revela bien el terrible ascetismo de sus fundadores, pues está montado sobre un precipicio que da al riachuelo Oza y por todas partes le cercan montes altísimos, riscos inacesibles y obscuros bosques. El rumor de aquel arroyo encerrado en su hondísimo y peñascoso cauce tiene un no sé qué de lastimero, y los pájaros que comunmente se ven son las águilas y buitres que habitan en las rocas. El pico de la Aquiana cubierto de nieve durante siete ú ocho meses y el mas alto de todos los del Bierzo, domina el monasterio casi á vista de pájaro y dista poquísimo por el aire; pero son tales los derrumbaderos que por aquel lado lo cerçan, que el camino para llegar allá tiene que serpentear en la ladera por espacio de mas de una legua y tomar ademas grandes rodeos. Esta montaña es muy pelada, pero está cubierta de plantas medicinales y tiene en su misma cresta una ermita medio enterrada á causa de las nieves y ventarro-

nes, en que se adoraba hasta la estincion del monasterio, la imágen de Nuestra Señora de la Aquiana, cuya funcion se celebraba el 15 de agosto y era concurridísima romeria.

La vista que desde aquella altísima eminencia se descubre es inmensa, pues domina la dilatada cuenca del Bierzo llena de accidentes á cual mas pintorescos y hermosos, y desde allí se estiende la mirada hasta los tendidos llanos de Castilla por el lado de oriente y por el occidente hasta el valle de Monterey, semi adentro de Galicia. La Cabrera altísima y herizada de montañas le hace espalda, y es en suma uno de los puntos de vista mas soberbios de que puede hacer alarde la España, á pesar de que el lago de Carracedo y los barrancos y picachos encarnados de las Médulas, adornos de los mas raros y preciosos que el Bierzo tiene, desaparecen detras de las vecinas rocas de Ferradillo. Este, sin embargo, es pequeño inconveniente, porque están situadas á corta distancia de la ermita, y con un paseo, se puede gozar de la perspectiva de entrambos objetos.

Hechas, pues, estas esplicaciones que hemos juzgado necesarias volvamos al códice latino cuyas palabras vamos á traducir fielmente haciendo antes una profunda cortesia á nuestros lectores en señal de despedida, ya que despues de ellas, nada podemos contarles de nuevo. Dice así:

«Por los años de 1320, ocho despues que el santo padre Clemente V de santa memoria disolvió la órden y caballería del Temple, acaeció que un peregrino que volvia de visitar el sepulcro del Salvador, mal perdido por los pecados de los fieles, apareció en la portería de esta santa casa, y habiendo pedido que le llevasen á la cámara del

abad, asi lo hicieron. Largo rato duró la plática con su reverencia, la cual al cabo vino á dar por resultado que el forastero de todo el mundo desconocido, tomase el santo hábito del glorioso patriarca San Benito á los dos dias, con grande admiracion de todos nosotros; pero el abad con quien, segun oimos de sus lábios, se habia confesado el peregrino, pasó por encima de todos los trámites y requisitos acostumbrados para entrar en religion, y nos impuso silencio con la voz de su autoridad. El nuevo monge podia tener como hasta treinta y dos años y era alto, bien dispuesto y de hermosas facciones, pero las penitencias, sin duda, y tal vez los disgustos le doblaban la edad al parecer. Era muy austero y taciturno, y su aire á veces parecia como de quien en el siglo habia sido un poderoso de la tierra. Esto, sin embargo, no dañaba á la modestia y suavidad de trato que con todos usaba, si bien por muy poco tiempo disfrutamos el suyo.

Pocos dias antes de su misteriosa llegada, habia fallecido el ermitaño de la Aquiana, santo varon muy dado á la penitencia; pero como la ermita está cubierta de nieve gran parte del año, y la cerca tan grande soledad y desamparo, ninguno se sentia con fuerzas para vida tan áspera y rigurosa. Como quiera, el nuevo religioso no bien se hubo enterado de lo mas necesario al reciente estado, se partió con consentimiento del abad á morar en la ermita, dejando avergonzada nuestra flaqueza con su valerosa resolucion. Era esto á principios del otoño cuando caen en aquella eminencia las primeras nieves, y nubarrones casi continuos comienzan á ceñirla como un ropage flotante, pero sin arredrarse por eso, tomó posesion al punto de su nuevo cargo.

Los resplandores de su virtud y caridad no pudieron estar largo tiempo ocultos, y así, pronto se convirtió en el ídolo de la comarca. Partia con los pastores pobres su escasa racion de groseros alimentos, y cuando se arrecian con el frio, les cedia la porcion de vino que le daban en el convento y que sin duda solo recibia con este objeto, pues nunca lo llegaba á los lábios. Acontecia algunas veces que una res vacuna ó alguna cabra se perdia á boca de noche en aquellas soledades, y él entonces á trueque de ahorrar á su dueño el disgusto de su pérdida, salia de la ermita pisando la nieve endurecida y la llevaba al pueblo á riesgo de ser devorado de los lobos, osos y otras alimañas de que tan gran abundancia se cria en estas breñas.

Con estas y otras buenas obras de tal manera se llevó tras sí el respeto y los corazones de esta gente sencilla, que sus palabras eran para ellos como las que Moisés oyó de boca del Señor en el monte Oreb. Él los consolaba en sus aflicciones, componia sus diferencias, les daba instrucciones para sus cacerías como persona muy entendida, y era por fin, como la luz de estas obscuras y enriscadas asperezas.

Los frios del invierno y el rigor de sus penitencias acabaron de destruir su salud ya quebrantada: así es que la dulce estacion de la primavera no le restauró en manera alguna. Sin embargo, salia muy á menudo de la ermita, y paseando, aunque con trabajo, llegaba á las rocas de Ferradillo, desde donde se registran las cárcabas y pirámides de las Médulas, y el plácido y tranquilo lago de Carracedo. Allí se pasaba las horas como arrobado, y hasta que se declinaba el dia casi

nunca volvia á su estrecha celda. El abad, viendo como decaian sus fuerzas, le rogó repetidas veces que dejase vida tan penosa y bajase á recobrarse al monasterio, pero nunca lo pudo recabar de él.

Por fin la noche antes de los idus de agosto (14), víspera de la funcion de la vírgen de la Aquiana, se oyó tocar á deshora la campana del ermitaño con gran priesa, como pidiendo socorro. Alborotóse con esto no solo la comunidad, sino el pueblo entero, y apresuradamente subieron á la ermita; pero por priesa que se dieron, cuando llegaron los delanteros ya le encontraron muerto. Grandes llantos se hicieron sobre él, pero aunque registraron su pobre ajuar no encontraron sino una cartera destrozada, con una porcion de páginas desatadas al parecer y sin concierto, llenas de doloridas razones y sembradas de algunas tristísimas endechas, por las cuales nada podian rastrear sobre el nombre y calidad del desconocido.

Al otro dia, segun dejamos dicho, era la romería de Nuestra Señora, y tanto para que recayesen sobre el difunto las oraciones de los fieles, cuanto por ver si habia alguno que le conociese entre aquel numeroso concurso, lo pusieron en unas andas tendidas de negro á los pies de la ermita, amortajado con su propio hábito y con la cartera de seda encima.

Las gentes que vinieron aquel año fueron muchísimas, pero entre ellas llegó una familia que por el vistoso arreo de su trage llamaba la atencion. Componíase de un anciano que pasaba ya de los sesenta; de un mozo como de treinta y dos, muy gallardo; de una muger como de veinticinco, rubia, de ojos azules y tez blanca, de estraordinaria gracia y gentileza, que traia de la mano,

despues que se apearon de sus yeguas, una niña como de siete años, con una túnica blanca de lienzo y una gran vela de cera en la mano. La especie de mortaja que la cubria, la ofrenda que llevaba en la mano, y mas que todo su color un poco quebrado, pero que en nada menguaba su hermosura de ángel, daban á conocer que venia con sus padres á cumplir algun voto hecho á la Vírgen en accion de gracias, por haberla sacado de las garras de la muerte en alguna enfermedad no muy lejana. Era una familia en cuya vista se recreaba el ánimo involuntariamente, porque se conocia que la paz del corazon y los bienes de fortuna contribuian á hacerlos dichosos en este valle de lágrimas.

Los cuatro, pues, entraron en la ermita, y viendo tanta gente agolpada al rededor del muerto, se acercaron, tambien llevados á un tiempo de la curiosidad y de la piedad. Trabajo les costó romper el cerco de aldeanos para rodear aquel humilde atahud, pero apenas llegaron á él los dos jóvenes esposos, cuando fijando ella la vista en la cartera y él en el semblante del muerto, se pintó en sus rostros á un mismo tiempo la sorpresa y el terror. Estaba la cartera muy descolorida, como si sobre ella hubiesen caido muchas gotas de agua, y el cadáver, como es uso entre los monges, tenia cubierto el rostro hasta la barba con la capucha; pero así y todo, y con la seguridad que una voz interior los daba, abalanzóse él á descubrir la cara del muerto, y ella se apoderó con ánsia de la cartera que comenzó á registrar.

—¡Vírgen santísima de la Encina! esclamó la muger dando un descompasado grito: ¡la cartera de mi pobre y querid[illegible] ma doña Beatriz Ossorio!!

—Dios soberano, gritó él por su parte abrazándose estrechamente con el cadáver; ¡mi amo, mi generoso amo el señor de Bembibre!!

—¿Quién decís? esclamó el viejo atropellando por la gente, ¿el esposo de aquel ángel del cielo que yo vi nacer y morir? Los tres entonces asiéndose de las manos y del hábito del difunto, comenzaron un tierno y doloroso llanto, en que muchos de los circunstantes conmovidos á vista del no pensado caso, no tardaron en acompañarles.

—Madre, preguntó la niña con los ojos llenos tambien de lágrimas y medio aturdida con lo que veía, ¿es este aquel señor tan bueno de que hablas tantas veces con mi padre?

—Si, Beatriz mia, hija de mi alma, esclamó su madre alzándola en sus brazos, ese es vuestro bienhechor. Besa, alma mia, besa el hábito de ese santo, porque si esta vírgen divina te ha concedido la salud y guardádote á nuestro amor, fué porque él sin duda se lo pedia.

Los romeros entonces dijeron ser Nuño Garcia, montero que habia sido del señor Arganza: Martina del Valle, camarera de su hija doña Beatriz, y Millan Rodriguez escudero y page de lanza de don Alvaro Yañez, señor de Bembibre que era el que alli muerto á la vista tenian. En esto llegó el abad de esta santa casa vestido con ropa de iglesia para bajar en procesion la santa imágen segun era costumbre, y diciendo muchas palabras de consuelo á los afligidos criados, les aseguró ser cierto lo que veian y creian. Don Alvaro, segun lo que contó, habia ido á meterse fraile á un convento de la Tierra santa, pero habiéndolo entrado los infieles á saco antes de cumplir el año del noviciado, fatigado del deseo de la patria, y atraido por la se-

pultura de su esposa, habia venido á Montes donde habia confiado todas estas cosas al abad bajo secreto de confesion, hasta que otro no descubriese su nombre.

Como quiera, el pesar que aquellas gentes recibieron, fué muy grande y aun Millan pidió que le dejasen llevar el cuerpo á Bembibre, pero el abad no lo consintió, asi por no ir contra la voluntad esprêsa del difunto que queria ser enterrado entre sus hermanos, como porque creia que sus reliquias habian de traer bien á este monasterio. A los huéspedes los agasajó y regaló con mucho amor, y en especial al viejo Nuño á quien vió afligidísimo el dia del entierro de doña Beatriz, y cobró aficion muy particular desde entonces por su lealtad. El pobre montero, viejo ya y sin familia, se vió desamparado de todo punto cuando se acabó la casa de su amo, dado que rico con sus mandas y larguezas; y se fué á vivir con Martina y Millan en cuya casa pasaba los últimos años de su vida muy querido y estimado. Al cabo de dos dias se volvieron todos á Bembibre, donde vivian bien y holgadamente colmados de regalos y finezas.

Tal fué este estraño suceso que me pareció conveniente asentar aqui, y que duró mucho tiempo en la memoria de estas gentes. De los ya nombrados criados, tengo oido decir á muchas personas que aunque vivieron muy dichosos, rodeados de hijos muy hermosos y bien inclinados, y muy ricos para su clase, sin embargo, aun pasados muchos años, se les anublaban los ojos en lágrimas cuando recordaban el fin que tuvieron sus buenos amos, y sobre todo el señor de Bembibre.»

FIN.

